

Cuaderno militante



LA ACTUALIDAD DE LA REVOLUCION

**Reflexiones militantes
a 100 años de la Revolución Rusa**

100
KOMITE★
1917 AÑOS 2017

Ariadna
ediciones

CUADERNO MILITANTE

LA ACTUALIDAD DE LA REVOLUCIÓN

Reflexiones militantes a 100 años de la Revolución Rusa

**Komité Cien Años
2018**

KOMITÉ CIENT AÑOS

LA ACTUALIDAD DE LA REVOLUCIÓN

Reflexiones militantes a 100 años de la Revolución Rusa

Edición Comité, 2018.

236 pp; 14x21 cms.

Santiago de Chile, octubre 2018

ISBN: 978-956-6095-87-3

Gestión editorial: Comité Cien Años y Ariadna Ediciones

<http://facebook.com/komitecien>

<http://ariadnaediciones.cl/>

<https://doi.org/10.26448/ae9789566095873.69>

Diseño y diagramación: Matías Villa Juica

Imagen de portada: Extracto del afiche en conmemoración del
60 aniversario de la revolución de octubre (1977), de Konstantin
Nikolaevich Aksenov.



*Copyleft. Este libro no tiene ningún derecho reservado. Se invita a su
reproducción y difusión a través de todos los medios posibles.*

Obra postulada y/o ingresada a plataformas internacionales:
Book Citation Index, ProQuest, OAPEN, ZENODO, DOAB,
Digital Library of the Commons, SSOAR, Open Library (Internet
Archive) HAL Archives Ouvertes (Francia); UBL (Universidad
de Leipzig), Humanities Commons; Historicum.net (Alemania);
Pekín University Library

LA ACTUALIDAD DE LA REVOLUCION

**Reflexiones militantes
a 100 años de la Revolución Rusa**

ORGANIZADORES

Joao Acharán Riffo
Salvador Sacur Aliaga
Paz Morales Alarcón
Pía Muñoz Silva
Juan Vásquez Lamatta
Matías Villa Juica
Martín Enríquez Gallo



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
INTRODUCCIÓN	11
EL MOMENTO TALLER	
SÍNTESIS DE DISCUSIONES GRUPALES:	
Seminario-Taller 100 años de Revolución Rusa por <i>Joao Acharán Riffo</i>	19
PRIMERA PARTE: CATEGORÍAS TRANSVERSALES DE REFLEXIÓN MILITANTE	21
a) Teoría de la vanguardia como actividad práctica inmanente al Sujeto Revolucionario	23
b) Conciencia Política de clase	27
c) El devenir-poder de la capacidad creativa y espontanea del Sujeto Revolucionario	31
d) Métodos de inserción social/construcción de base y métodos de dirección política	34
e) Dialéctica del cambio personal, colectivo y estructural	38
f) Unidad política entre organizaciones revolucionarias y sujeto revolucionario	39
g) Feminismo de clase	42
SEGUNDA PARTE: SÍNTESIS POR SESIÓN	46
Sesión #1: Proyecciones y desafíos para pensar la transición al socialismo	46

Sesión #2: Una estrategia de poder contra el poder burgués	57
Sesión #3: La constitución del sujeto revolucionario en perspectiva dialéctica	72
Sesión #4: Presente y proyecciones de las organizaciones revolucionarias	86

EL MOMENTO SEMINARIO

Actualidad/Posibilidad

por <i>Alejandro Lagos</i>	113
----------------------------------	-----

Lucha por la tierra y lucha de clases

por <i>Paz Morales</i>	125
------------------------------	-----

Los campesinos y la revolución rusa: la recepción del Partido Comunista de Chile 1935-1948

por <i>Nicolás Acevedo Arriaza</i>	135
--	-----

Sujeto revolucionario y construcción partidaria

por <i>Christián Matamoras</i>	149
--------------------------------------	-----

El poder dual en Rusia, Bolivia y Chile:

El proletariado industrial y la toma del poder

por <i>Christian Berríos Marambio</i>	159
---	-----

Las categorías de Vanguardia y Hegemonía en la “teoría de organización” leninista durante la revolución democrática de 1905

por <i>Joao Acharán Riffo</i>	183
-------------------------------------	-----

La guerra civil en Rusia (1917-1922)

por <i>Arturo Muñoz</i>	205
-------------------------------	-----

PALABRAS FINALES	215
-------------------------------	-----

ANEXO FOTOGRÁFICO I: SEMINARIO-TALLER	221
--	-----

ANEXO FOTOGRÁFICO II: REVOLUCIÓN RUSA	231
--	-----

PRESENTACIÓN

(y agradecimientos)

El Komité Cien Años nació de una iniciativa colectiva que buscó tomar distancia de las diversas conmemoraciones estrictamente académicas que se desarrollaron entonces, y que como contrapartida pretendió, fundamentalmente, abrir paso a la comprensión, el alcance, el análisis y la revisión de nuestra propia historia y experiencia política, así como una invitación al debate fraternal y necesario entre las diversas militancias de la izquierda revolucionaria chilena, a la luz de los cien años del hito histórico que marcó a fuego el devenir de miles y millones de obreros y obreras en el mundo: la revolución rusa de octubre (noviembre) de 1917.

Siete compañeras y compañeros de distintas militancias constituimos este “Komité...” unos meses antes de la fecha conmemorativa, donde se fraguó el “Seminario-Taller” (y un simulacro del mismo al que denominamos “la actualidad del marxismo”, realizado el sábado 9 de septiembre) que buscó abordar distintas temáticas que consideramos pertinente trabajar y elaborar para el entendimiento y enriquecimiento de nuestra propia praxis política revolucionaria. Gracias a la Universidad de Chile, en particular al Decano de la Facultad de Ciencias Sociales, Sr. Roberto Aceituno y a la Vicerrectora de Extensión, Sra. Faride Zeran, conseguimos como lugar del encuentro la Sala Eloísa Díaz de la Casa Central, un espacio céntrico de fácil concurrencia y con las condiciones de amplitud necesarias donde pudimos realizar las cuatro sesiones planeadas: 1) sobre **Transición Socialista**, el sábado 14 de octubre; 2) sobre **Estrategia Revolucionaria**, el sábado 21 de octubre; 3) sobre **Sujeto Revolucionario**, el sábado 28 de octubre, y finalmente 4) sobre la **Organización de Clase**, el sábado 4 de noviembre del 2017, cuya última instancia contó con la presentación musical -a modo de “obertura”

e hito- de Francisco Villa y Patricia Carmona, a quienes les agradecemos su participación artística y su compromiso permanente. De igual modo, no quisieramos dejar fuera a Javiera Morales, quien nos colaboró con rigurosa constancia en la grabación de las distintas instancias de cada jornada.

Junto con destacar que nuestra pretensión fue siempre culminar dicho esfuerzo con una publicación, y que tras un largo periplo hoy vemos felizmente realizado gracias a un magnífico trabajo, queremos agradecer el interés, la participación constante y el entusiasmo con que cada uno de los y las participantes entregaron a esta iniciativa y esfuerzo militante.

Komité Cien Años
Santiago, octubre 2018

INTRODUCCIÓN

El Seminario-Taller como ejercicio de producción teórica militante

Los últimos años, han estado marcados por el lento rearme del movimiento popular, proceso que ha planteado diversos desafíos para las organizaciones políticas y sociales de izquierda revolucionaria. Se trata de problemas organizativos, táctico-estratégicos, políticos, con una innegable dimensión teórica: se ha puesto en tensión las categorías con las que nuestras organizaciones aprehenden e interpretan el mundo para transformarlo.

El problema de la unidad política de nuestras organizaciones; el rol de la organización política en la lucha social y su relación con el sujeto revolucionario; la construcción de organizaciones que atienden a los desafíos planteados por el feminismo de clase; etc., son algunas de las reflexiones políticas que la propia práctica de nuestros organizaciones ha ido poniendo sobre la mesa, en experiencias que también han intencionado el esbozo de respuestas teóricas.

En este contexto nació el Comité Cien Años como una iniciativa que reconoció en el centenario de la Revolución Rusa, una experiencia histórica de cuyo balance crítico y permanente pueden emanar lecciones y aprendizajes para afrontar los problemas teóricos y políticos de la práctica revolucionaria en el Chile actual. Este equipo reunió a militantes políticos y sociales de la izquierda revolucionaria, quienes coincidimos en la necesidad de pensar los desafíos políticos del presente en función de la transformación radical del sistema capitalista. A pesar de heterogeneidad de miradas que coexistieron bajo este consenso, la prioridad de este encuentro fue establecer ejes para la profundización y sistematización de nuestras reflexiones actuales.

Desde un inicio, por tanto, el centenario de la revolución rusa fue pensado más bien como excusa para encontrarnos y repensarnos como sector, sin la pretensión romántica de dar lectura dogmática del proceso ruso, sino, intencionando una aproximación desprejuiciadamente crítica, relevando principalmente la importancia de la militancia política y de la actualidad (y necesidad) de la revolución como transformación radical de la sociedad. Relevar la militancia política como expresión de una voluntad consciente e intencionada, de comprometerse éticamente con un proyecto político colectivo y de disponerse a asumirlo con responsabilidad y disciplina. Relevamos la actualidad y necesidad de la revolución como criterio regulador desde el cual ajustar táctica y estratégicamente nuestras políticas y nuestras acciones: la revolución es la tarea urgente a realizar en el presente. Es, precisamente, la revolución rusa, la que nos permite revitalizar con fuerza la importancia de la militancia política y la necesidad de la revolución.

Para orientar estas reflexiones seleccionamos cuatro ejes de trabajo: sujeto, organización, estrategia y transición revolucionaria, en función de comprender cuáles son los nudos críticos que la experiencia bolchevique aporta a los desafíos contemporáneos de las y los revolucionarios. Estas temáticas fueron discutidas a lo largo de cuatro sesiones que combinaron exposiciones y talleres de trabajo, durante el mes de octubre y primera semana de noviembre del año 2017, bajo la modalidad de Seminario-Taller.

El Seminario-Taller se propuso generar espacios de discusión y reflexión colectiva en profundidad, a través de metodologías que incentivan la puesta en común de los saberes preexistentes de los participantes para la producción de nuevo conocimiento. El supuesto inicial que nos impulsó a desarrollar un espacio de estas características, es que las y los militantes sociales y políticos, hemos venido acumulando lecciones y aprendizajes de nuestras experiencias de lucha, respecto a las cuales podemos compartir, someter a discusión crítica y, por supuesto, teorizar. La producción de conocimiento aparece como una actividad que es inherente a nuestro quehacer cotidiano.

La naturaleza participativa con la que se experimentó sesión a sesión, permitió generar un clima de confianza en el cual discutir política de manera fraterna, sin ocultar los clivajes que generan ten-

siones en nuestro sector, sino abordándolos de manera desprejuiciada. En este sentido, diversas tendencias políticas reflexionaron en conjunto bajo una premisa transversal y compartida: la actualidad y urgencia de la revolución en Chile.

Durante las cuatro sesiones realizadas, se buscó proponer un sentido de “avance” y progreso en las discusiones desarrolladas, de modo tal, que cada sesión asumió como base los resultados de las discusiones precedentes, de manera de profundizarlas continuamente. Para ello fue fundamental propiciar la participación constante y regular de los asistentes en el transcurso de las diferentes sesiones.

Cada una de las cuatro sesiones, contempló dos grandes momentos: en primer lugar, un momento seminario, con la presentación de escritos y ponencias en un panel de discusión para dar paso posterior a preguntas e intervenciones del público para generar diálogo con expositores. En segundo lugar, un momento taller, de discusión colectiva y grupal, con metodologías de trabajo participativo que intencionaran el involucramiento activo de las y los presentes.

Tras finalizar el proceso de sesiones de trabajo, como Comité nos dimos la tarea de analizar el material teórico-político recopilado a lo largo del encuentro, identificando elementos conflictivos que nos permitan analizar la vía revolucionaria a partir de los desafíos del siglo XXI y repensarnos críticamente como izquierda, reabriendo la discusión estratégica en el seno de nuestras organizaciones y espacios colectivos de reflexión y análisis. A la luz de la experiencia bolchevique consideramos indispensable dinamizar procesos de producción de conocimiento desde nuestras militancias en torno a los problemas abiertos en otras latitudes, por procesos revolucionarios que se han puesto el desafío de la emancipación humana.

Construir categorías para una práctica revolucionaria

Lejos del fantasma que a mediados del siglo XIX infundía temor en las clases dominantes europeas, el comunismo hoy no es más que un vago recuerdo, incluso para luchadores sociales y políticos. Bajo el supuesto carácter estrecho, dogmático, teleológico,

determinista, economicista y mecanicista del marxismo, apelativos que poco a poco fueron permeando sentidos comunes, se fueron abriendo paso “nuevas” formas de concebir la conflictividad social: la lucha de clases ha sido diluida en las luchas agonales entre identidades comunitarias, las contradicciones reales de nuestras formaciones económico-sociales han sido sustituidas por antagonismos que se construyen discursivamente y que reconstituyen el espacio de lo político desde definiciones laxas de “sujetos” políticos; la apuesta de totalidad de las transformaciones revolucionarias se niega en la exaltación de lo local y particular; se renuncia al pensamiento estratégico, y se difumina la política en meros posicionamientos éticos y/o estéticos frente a la realidad alienante que nos presenta el Capital en el siglo XXI.

De esta manera, capitulando frente a los cantos de sirena de la posmodernidad, fueron emergiendo “nuevos” discursos profundamente impregnados por epistemologías liberales, estériles para sustentar una práctica política que sea, simultáneamente, crítica y revolucionaria, esto es, que piense el mundo para transformarlo radicalmente. La necesidad de la revolución devino en un proyecto de radicalización de la democracia burguesa y la extensión de sus principios liberales a otras esferas de la vida; la centralidad de la clase trabajadora devino en “pueblos” contruidos discursivamente o “multitudes” multiformes carentes de determinaciones concretas; la apuesta por la conquista y disputa del poder decantó en la construcción de contra-poderes o anti-poderes que se niegan a cuestionar desde una perspectiva de totalidad el poder burgués cristalizado en el Estado a su servicio.

La coincidencia histórica del auge de estas “nuevas” tendencias con la crisis y colapso de los “socialismos reales”, contribuyó a una evidente dispersión ideológica al interior de la izquierda revolucionaria que fue difuminando las categorías centrales del pensamiento revolucionario y, con ello, el compromiso con un horizonte de transformación radical de las sociedades contemporáneas.

¿Desde qué bases teóricas se requiere reconstruir un proyecto revolucionario? ¿Qué categorías son las que necesitamos para aprehender los nuevos desafíos que la conflictividad social nos plantea? ¿Qué criterios políticos nos permiten evaluar avances y retrocesos?

¿Cómo concebir hoy el problema del poder? ¿Qué tipo de organización necesitamos construir para afrontar las luchas actuales?

El desafío del Seminario-Taller consistió en recuperar y construir categorías para pensar y ejercer una práctica revolucionaria. De esta manera, abordamos las problemáticas antes planteadas desde nuestra condición de militantes políticos, relevando nuestra capacidad de producción teórica sintetizada en esta publicación. Tenemos la convicción de que el documento que presentamos en esta publicación, resultante del proceso de discusión del Seminario-Taller, tiene la virtud de explicitar de manera esquemática las principales preguntas que emanan de los problemas cotidianos a los que hoy nos enfrentamos y ensayar esbozos de respuesta frente a estas preguntas, siempre abiertos e inacabados, a modo de provocación para continuar y profundizar las discusiones. Allí radica la relevancia política de la publicación: se trata de una especie de “estado del arte” de la discusión política en las organizaciones de izquierda revolucionaria, que presenta de manera ordenada los debates que nos cruzan, los consensos que se han ido fraguando, los disensos que aún no hemos superado, las discusiones que no hemos encarado y, también, los aportes que aún no hemos sistematizado. Es en este sentido que se trata de un documento necesario, de una base mínima sobre la cual seguir discutiendo. La superación de la sociedad de clases nos exige superar la carencia de hipótesis estratégicas dentro del sector revolucionario y aquí se pretende dar algunos pasos en esa dirección.

EL MOMENTO TALLER

SÍNTESIS DE DISCUSIONES GRUPALES: SEMINARIO-TALLER 100 AÑOS DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Por Joao Acharán Riffo

Durante 4 sábados continuos, se realizó el Seminario-Taller 100 años de la Revolución Rusa, dedicando cada una de las sesiones a temáticas específicas de discusión. La planificación de cada jornada contemplaba, en primer lugar, un momento seminario con la presentación de ponencias previamente seleccionadas y, en segundo lugar, un momento taller de discusión grupal con metodologías que intencionaran el involucramiento de los participantes en la discusión. Desde un comienzo, el Comité organizador se propuso el desafío de generar un documento síntesis de dichas discusiones como producto del proceso y, principalmente, como insumo para futuros procesos de discusión y/o formación política para las militancias de izquierdas.

Pero, ¿cómo transformar el conjunto de apuntes de los monitores de cada grupo de discusión y las transcripciones de audio de sus discusiones en un documento capaz, no solo de sintetizar lo discutido, sino de explicitar supuestos, sumergirse en tensiones aparentes y reales, proponer nuevas categorías, generar teoría? La respuesta la encontramos en la teoría fundamentada, como análisis recursivo que ordena y elabora, re-ordena y re-elabora, los datos a cada mirada sobre los mismos en una interacción permanente entre interpretación y análisis que empieza con el momento de la transcripción y de reconocimiento del material. De esta manera, a través del método comparativo constante y el muestreo teórico, se fueron clasificando porciones de datos en categorías intuitas o emergentes, planteadas en la misma discusión por los participantes o desarrolladas por el

sintetizador, que se van haciendo más explícitas en la medida en que se identifican patrones y temas recurrentes, se elaboran tipologías, se exploran metáforas, se esbozan propiedades de cada categoría. La reorganización constante de dichas categorías y el establecimiento de relaciones entre ellas permitieron codificar el material para aumentar la comprensión respecto del mismo y comenzar a articular las proposiciones teóricas que se presentan en este documento síntesis. A lo largo de este recorrido de interpretación y análisis se fueron desarrollando diversos materiales que permiten visualizar el tránsito desde la transcripción a este documento (fichas metodológicas por sesión, cuadros de reconocimiento de material con citas textuales, comentarios y categorías incipientes, diagramas de flujo, tablas con diversos fines, etc.), que no se adjuntan como anexo para evitar extender en demasía la síntesis, pero que dan cuenta de un método de trabajo que oriento la elaboración del documento que presentamos a continuación.

La relevancia política del documento resultante de dicho proceso no corresponde, en ningún caso, a que hayamos encontrado las respuestas a los más diversos problemas a los que hoy se enfrentan nuestras organizaciones. Aun cuando se ensayan esbozos de respuesta, siempre abiertas e inacabadas, a modo de aproximaciones incipientes, la riqueza del documento, está en su capacidad de plantear de manera esquemática dichos problemas. Se trata de una especie de “estado del arte” de la discusión política en la izquierda revolucionaria, que presenta de manera ordenada los debates que nos cruzan, los consensos que se han ido fraguando, los disensos que aún no hemos superado, las discusiones que no hemos encarado y, también, los aportes que aún no hemos sistematizado. Es en este sentido que se trata de un documento necesario, de una base mínima sobre la cual seguir discutiendo sin dar vueltas en círculo, discutiendo lo mismo de lo mismo, sin avanzar, sino, seguir discutiendo para profundizar, y que el círculo se transforme en espiral.

El siguiente documento se estructurará en dos grandes apartados: en un primer momento, se trabajará sobre siete temáticas que emergieron regularmente en las diferentes sesiones de discusión para abordarlas de manera integral y desde una perspectiva de totalidad, de manera de desarrollar teoría. Corresponde a un tratamien-

to a mayores niveles de abstracción, que hay que complementar con la profundidad de las síntesis por tema. En un segundo momento, se presentan la síntesis de discusiones por sesión, trabajando con mayores niveles de profundidad las categorías y sus relaciones en relación al tema de la sesión y circunscrito exclusivamente a las discusiones grupales que se dieron en cada sesión, con un uso intensivo de citas de transcripciones de audio y notas de monitores, de manera de dejar a los participantes hablar. Cada una de las síntesis presenta reflexiones finales que buscan explicitar los resultados de la discusión en función de cuatro dimensiones: consensos alcanzados, disensos explicitados, discusiones inacabadas o a profundizar y, finalmente, aportes de nuevas categorías o tipologías que se podido construir respecto al contenido de la discusión.

PRIMERA PARTE

CATEGORÍAS TRANSVERSALES DE REFLEXIÓN MILITANTE

En cada una de las sesiones emergían de manera recurrente ciertos tópicos, a modo de preocupaciones transversales, asociadas a diferentes categorías, en el contexto de diferentes temáticas de discusión. Fue pertinente trabajar con esos tópicos, por tanto, de manera transversal, con perspectiva de totalidad e integralidad en su tratamiento, lo que permitió alcanzar mayores niveles de abstracción al punto de esbozar aproximaciones teóricas a los problemas planteados.

A lo largo de los siete tópicos a desarrollar a continuación, va tomando forma el *carácter dialéctico de las categorías* utilizadas y su condición de *categorías en movimiento* a diferentes niveles de abstracción, que se deberá tener en cuenta para comprender el desarrollo lógico de las formulaciones teóricas expuestas.

El *carácter dialectico de las categorías* corresponde a su capacidad de condensar de manera simultánea la actualidad de lo que son y las potencialidades latentes que en su actualidad se anidan. De esta

manera, tensiones aparentes entre las intervenciones de los participantes devienen en este *carácter dialectico de las categorías*. La conciencia política de clase como depositario de los resabios de dominación burguesa y, simultáneamente, como propensión natural hacia el socialismo; las prácticas pre-figurativas y anticipatorias como expresión del estado en que se encuentra esa conciencia política de clase y, simultáneamente, como mecanismos para aumentar y profundizar la politización elevando esos niveles de conciencia; el poder popular como órgano de lucha y órgano de poder, etc., van develando una forma profundamente dialéctica de concebir la realidad.

Por otro lado, su condición de *categorías en movimiento* pone de relieve su desplazamiento por diferentes dimensiones constitutivas de todo proyecto político, ordenadas de mayor a menor nivel de abstracción, a través de las cuales diversas categorías se “van moviendo” asumiendo contenidos cada vez más específicos en relación al nivel de abstracción en el que se está observando. Estos niveles corresponden a i) dimensión ético-proyectual, que se relaciona con la posición de clase desde donde nos situamos y con el horizonte de transformación hacia el que se orienta nuestra práctica revolucionaria; ii) dimensión táctico-estratégica, se trata del marco desde donde se va codificando e identificando las características de la sociedad en la que nos toca intervenir y las tareas que se desprenden para la organización; y iii) dimensión técnico-instrumental, relacionada con las herramientas de acción y modos de intervención para realizar nuestro cometido. Tiene que ver con la forma de construcción a su nivel más concreto, de acción directa en los espacios locales/sectores sociales donde se desenvuelve la política de una organización.

Estas dimensiones a diferentes niveles de abstracción se corresponden mutuamente, estando parcialmente cohesionadas y coherentes. De manera que, por ejemplo, asumir el feminismo de clase como parte constitutiva del proyecto político y de un sujeto plural, diverso y heterogéneo, condiciona las dimensiones táctico-estratégicas y técnico-instrumental, y viceversa. Sin embargo, entre estas dimensiones no existe necesariamente un ajuste consistente ni coherente totalmente acabado. Al contrario, su articulación produce desacoples que anida tensiones al interior de un proyecto político, tensiones que le son constitutivas e inherentes, y que pueden ser canalizadas de manera

creativa impulsando el desarrollo político de la organización hacia adelante o propiciar dinámicas auto-destructivas.

Los siete tópicos a desarrollar son a) *la teoría de vanguardia como actividad práctica inmanente al sujeto revolucionario*, directamente relacionada con b) conciencia política de clase, c) el *devenir poder de la capacidad creativa del sujeto revolucionario*, y d) los *métodos de inserción social/construcción de base y métodos de dirección política*. Finalmente, se desarrolla e) dialéctica del cambio personal, colectivo y estructural, f) unidad política entre organizaciones revolucionarias y sujeto revolucionario y g) feminismo de clase.

a) Teoría de vanguardia como actividad práctica inmanente al sujeto revolucionario

La *teoría de vanguardia como actividad práctica inmanente al sujeto revolucionario* viene a dar respuesta a quienes piensan la vanguardia como una organización externa y ajena al sujeto revolucionario, en una relación dicotómica de carácter antagónico entre ambos, y que convierte a la vanguardia necesariamente en un grupo reducido, alejado del sujeto revolucionario y su realidad, que se posiciona por sobre el sujeto, que asume una posición dogmática respecto a su estrategia, y conduce y disciplina las luchas del sujeto. La vanguardia deviene necesariamente en un tipo de organización elitista, dogmática, y autoritaria.

Por el contrario, para la *teoría de la vanguardia como actividad práctica inmanente al sujeto revolucionario* no hay una relación de acoplamiento ortopédico entre el sujeto revolucionario y sus organizaciones, más bien, las organizaciones son parte constitutiva del sujeto revolucionario pero no son el sujeto revolucionario. No hay una relación de identidad absoluta entre sujeto y organización. Se trata de una relación de identidad parcial donde las organizaciones son “parte” del sujeto revolucionario, la “parte” que corresponde a los sectores con mayores niveles de conciencia política de clase. Se reconoce como contexto, por tanto, un desarrollo desigual, discontinuo y contradictorio de la conciencia política de clase entre el sujeto revolucionario, donde dicha conciencia política de clase es, simultá-

neamente, expresión de vicios y resabios burgueses instalados en las subjetividades y predisposición hacia cambios revolucionarios, producto de la vivencia cotidiana de las calamidades del capitalismo.

La vanguardia es, por tanto, un movimiento inmanente al sujeto revolucionario, donde sus partes más conscientes intervienen de manera práctica sobre ese escenario de desarrollo desigual, discontinuo y contradictorio, para elevar los niveles de conciencia política de clase del sujeto revolucionario en su conjunto. Dicha intervención práctica consiste, al menos, en a) plantear un horizonte de lucha, b) instalar consignas frente a los problemas sociales, c) generar espacios de discusión; dicha intervención práctica supone un rol de conducción y dirección política, que orienta el desarrollo de las luchas, y que puede ser realizada por cualquier tipo de organización. Se trata, en definitiva, de concebir la vanguardia no como una organización, sino como una tarea práctica, de intervención consciente e intencionada, que puede ser realizada por cualquier tipo de organización, sean estas de masas o de cuadros, políticas o sociales, etc.

La teoría de vanguardia como actividad práctica inmanente al sujeto revolucionario destaca tres ideas centrales (conciencia política de clase, prácticas pre-figurativas y anticipatorias, y métodos de inserción social y dirección política) que esbozaremos a continuación en relación a la categoría de vanguardia, pero que profundizaremos más adelante:

1. La relevancia de la conciencia política de clase en la constitución política de sujeto revolucionario plural, diverso y heterogéneo con centralidad de la clase trabajadora. En la relación dialéctica entre las condiciones materiales y subjetivas de la constitución de sujetos políticos, la actividad práctica de vanguardia juega un rol clave en la medida que es una intervención intencionada sobre el estado de desarrollo desigual, discontinuo y contradictorio de la conciencia política de clase.

La constitución de sujetos políticos requiere desarrollar las tendencias espontaneas hacia el socialismo que se anidan en la conciencia política de las personas que emanan, pero no se reducen a ello, de sus vivencias cotidianas de explotación, opresión y domi-

nación. La intervención política sobre dicha “predisposición de conciencia” permite “saltos de conciencia” cualitativos en los individuos que les permiten posicionamientos políticos de clase donde se reconocen como parte de un sujeto revolucionario. Dicha tarea de “disputa de conciencias” a la hegemonía del capital corresponde a la actividad práctica de vanguardia.

2. El despliegue de la capacidad creativa y espontánea del sujeto revolucionario como contenido de la intervención práctica de vanguardia. La desconfianza arraigada sobre toda lógica delegativa de la capacidad creativa y espontánea del sujeto revolucionario, insta a estructurar toda definición orgánica sobre la base de la desconfianza. Esta “desconfianza organizada” requerirá su concreción en mecanismos de accountability vertical y horizontal, de mediaciones institucionales en las “definiciones orgánicas”, tanto en la estructura organizativa como en los métodos de inserción social/construcción de base y métodos de dirección política.

Sobre dichas mediaciones institucionales, “definiciones orgánicas”, se desarrollará una tipología de organizaciones de vanguardia. Pues, si bien el carácter de vanguardia hace referencia a una actividad práctica y no a un tipo de organización, dicha actividad práctica debe ser realizada por una organización. Cabe preguntarse, entonces, cuales son las características de una organización que pueda asumir dicha actividad de vanguardia y la tipología pretende esbozar dimensiones básicas:

- Relación entre organizaciones y sujeto revolucionario: la actividad práctica de vanguardia coarta o potencia la capacidad creativa del sujeto revolucionario. La diferencia entre una y otra radica en sus métodos de inserción social y de dirección política.
- Dirección única o compartida.

Una teoría de la vanguardia como actividad práctica inmanente al sujeto revolucionario, crítica de cualquier forma de vanguardismo elitista y sustitucionismo, debe estructurarse sobre formas

organizativas y métodos de inserción social y dirección política que propendan a potenciar la *capacidad creativa del sujeto revolucionario, de sus prácticas pre-figurativas y anticipatorias*. Ese es el contenido de la intervención práctica para elevar los niveles de conciencia política del sujeto revolucionario en su conjunto.

3. El rol de conducción y dirección política de la organización de vanguardia con métodos de inserción social/construcción de base y métodos de dirección política que garanticen una “adecuada relación” entre organizaciones revolucionarias y sujeto revolucionario. La actividad práctica de vanguardia supone, decíamos, que las organizaciones asuman un rol de conducción y dirección política. Esto no significa que las organizaciones de vanguardia “hacen la revolución”, sino que deben ser capaces de vincular las reivindicaciones y reformas con el problema del poder y de la naturaleza del capitalismo, de manera de orientar el desenvolvimiento de los conflictos, dinamizar la lucha, sintetizar necesidades y reivindicaciones del sujeto revolucionario, vincular dichas problemáticas particulares con matriz estructural, y proponer un horizonte hacia el que se orienta la lucha. De esta manera, desarrollan *estrategias totalizadoras* que permiten superar las *conceptualizaciones parciales táctico-estratégicas de carácter temático y sectorial* que caracterizan la lucha por reformas de movimientos sociales.

La *teoría de la vanguardia como actividad inmanente al sujeto revolucionario*, al plantear que las organizaciones revolucionarias son parte constitutiva del sujeto revolucionario a modo de identidad relativa entre ambos, no resuelve el problema respecto a cómo se concibe la relación entre organización revolucionaria y sujeto revolucionario sino que lo traslada a su interior: se trata de la relación entre los sectores del sujeto revolucionario con mayores niveles de conciencia política de clase con el conjunto del sujeto revolucionario. Si el contenido de la intervención práctica de vanguardia es la *capacidad creativa y espontánea del sujeto revolucionario*, donde se juega el contenido del carácter de vanguardia es en los métodos de inserción social y los métodos de dirección política de las organizaciones y sus principios reguladores transversales que caracterizan ambos momentos. La “adecuada relación” corresponde, por tanto,

a desarrollar métodos de inserción y dirección que se articulen en torno a dichas *prácticas pre-figurativas y anticipatorias del sujeto revolucionario* para potenciarlas.

b) Conciencia Política de clase

La relevancia de la conciencia política de clase en la constitución de sujeto revolucionario fue esbozada en el desarrollo de la teoría de vanguardia como actividad práctica inmanente, en la medida en que las tensiones y contradicciones que son inherentes y constitutivas al carácter dialectico de la conciencia política de clase, son el objeto de intervención de la vanguardia como actividad práctica. Dicho carácter dialectico se esbozará en dos dimensiones: la conciencia en tanto depositario de dominación burguesa y propensión hacia el socialismo, por una parte, y la conciencia como reflejo y anticipación, por otro lado. Además, de visualizar su movimiento en relación a la formulación de estrategias de poder y de los métodos de inserción social/construcción de base y dirección política.

1. Carácter dialectico de conciencia política de clase como depositario de dominación burguesa y propensión natural hacia el socialismo.

Hegemonía del capital ejerce dirección política y moral junto a un dominio militar disciplinante que permite la producción y reproducción ideacional y política de su dominación. Para ello, despliega una capacidad coercitiva y de persuasión, construyendo subjetividades proclives que permean los comportamientos y formas de pensar de la población. La conciencia no es ajena a esta hegemonía, sino que el contrario, se afianzan en ella todos los vicios de la sociedad burguesa. Sin embargo, simultáneamente, se encuentra también en ella una propensión natural hacia el socialismo producto de la vivencia cotidiana de explotación, dominación y opresión, aunque dicha “predisposición de conciencia” no se reduce a dicha vivencia cotidiana ni se transforma de manera natural hacia posiciones de clase.

En las formaciones económico-sociales se evidencia un desarrollo desigual, discontinuo y contradictorio de la conciencia po-

lítica de clase que supone, por un lado, la existencia de niveles de conciencia política de clase y, por otro lado, mecanismos a través de los cuales la conciencia política de clase se mueve (avanza o descende) entre dichos niveles. Respecto al primer elemento, el establecimiento de niveles de conciencia política de clase permite definir subgrupos o sectores al interior del sujeto revolucionario: los “más avanzados” pueden jugar rol de vanguardia para orientar y acompañar a los “menos aventajados”. Pero, ¿Cuáles son esos niveles de conciencia política de clase? ¿Qué es un “nivel alto” de conciencia política de clase? Respecto al segundo elemento, se identifican dos mecanismos a través de los cuales se eleva la conciencia política de clase del sujeto revolucionario: i) mediante la intervención práctica de vanguardia que potencia la capacidad creativa y espontánea del sujeto revolucionario, y ii) mediante la intervención práctica de vanguardia que relaciona la lucha por reformas con el problema de la disputa por el poder y la naturaleza del capitalismo, superando las conceptualizaciones táctico-estratégicas parciales de carácter sectorial o temático por la perspectiva totalizadora de una estrategia revolucionaria. Pero, ¿Qué criterios nos permiten operacionalizar el aumento o descenso de la conciencia política de clase? ¿Cuándo descende la conciencia política de clase? ¿Bajo qué medios?

El objeto de intervención práctica de la vanguardia, la conciencia política de clase en un contexto de desarrollo desigual, discontinuo y contradictorio, destinado a elevar los niveles de conciencia política del sujeto revolucionario en general, plantea las interrogantes ya esbozadas y que quedan como provocaciones abiertas para profundizar la discusión. En tanto objeto de intervención, la actividad práctica de vanguardia busca intencionar la propensión espontánea hacia posiciones revolucionarias que aparece como “predisposición de conciencia” para dar “saltos de conciencia” cualitativos que permitan la adscripción a una posición política de clase, el reconocimiento individual con el sujeto revolucionario y el desarrollo de una disposición ética de compromiso con un proyecto revolucionario.

2. Carácter dialectico de conciencia política de clase como reflejo y anticipación.

El papel de la conciencia política de clase en la constitución de un *sujeto revolucionario plural, diverso y heterogéneo con centralidad de la clase trabajadora*, pone de relieve la dialéctica de la conciencia política de clase como reflejo y anticipación, siendo clave para superar los reduccionismos economicistas y politicistas en una *relación dialéctica entre condiciones materiales y subjetivas*.

Mientras el reduccionismo economicista destaca la conciencia como reflejo de la realidad material, el reduccionismo politicista releva la capacidad anticipatoria de la conciencia política de clase. La relación dialéctica entre condiciones materiales y subjetivas en la constitución de sujetos políticos reconoce el condicionamiento que las condiciones materiales ejercen sobre las formas de conciencia social pero también reconoce en la conciencia una capacidad de prever y anticipar que permite planificar una intervención sobre la realidad que la condiciona. La conciencia no solo refleja, también transforma.

De esta forma, la conciencia política de clase se convierte en el factor subjetivo central que interviene en la constitución de sujetos políticos, siendo el fundamento para la constitución de un sujeto plural, diverso y heterogéneo, dando el paso desde la crítica de la explotación hacia la crítica a todas las formas de opresión y dominación, al permitir que diversos grupos y sectores desarrollen una disposición ética de compromiso con un proyecto revolucionario. Constituyen al sujeto revolucionario todos aquellos que han logrado desarrollar ciertos niveles de conciencia política de clase que los impulse hacia ese compromiso revolucionario.

La conciencia política de clase es, por tanto, el fundamento de la disposición ética de compromiso hacia un proyecto revolucionario. O dicho de otro modo, el desarrollo de una disposición ética de las y los militantes hacia un proyecto revolucionario, es el resultado natural de cierto nivel de conciencia política de clase. Debido a esta disposición ética, los militantes desarrollan disposición i) a transformarse a sí mismos en la medida en que se transforman las estructuras (dialéctica del cambio personal, colectivo y estructural);

ii) a actuar en todos los momentos de nuestras vidas acorde a nuestros principios, propugnando ir prefigurando relaciones sociales de nuevo tipo; iii) a una profunda disciplina militante, entendida como la realización consciente de nuestra libertad individual, se trata de una “auto-disciplina” que aparece no como imposición heterónoma sino como expresión profunda de nuestra autonomía. La disciplina militante consciente se funda como expresión de nuestra libertad y como solidaridad para con nuestros pares.

3. La conciencia política de clase como categoría en movimiento: de la relación dialéctica entre conciencia política de clase y estrategias de poder a la relación dialéctica entre conciencia política de clase y métodos de inserción social/construcción de base y métodos de dirección política.

Toda estrategia de poder es expresión de la dualidad contradictoria que se anida en la conciencia política de clase, pero que le es inherente y constitutiva: la estrategia de poder en general, y la *estrategia de construcción de poder popular* en particular, es simultáneamente, expresión del estado en que se encuentra la conciencia política de clase y formulación de tareas para aumentar y profundizar la conciencia política de clase del sujeto revolucionario. Se trata de desarrollar apuestas táctico-estratégicas en línea con el sentir popular pero que también transformen las subjetividades de manera de superar los resabios de hegemonía burguesa que en dicho sentir popular permanecen y se reproducen.

De esta manera, para la formulación de estrategias de poder en correspondencia con el estado de la conciencia política de clase y para transformar dicha conciencia política de clase, resultan fundamentales los métodos de inserción social/construcción de base y los métodos de dirección política que establezcan una “adecuada relación” entre organizaciones revolucionarias y sujeto revolucionario. El contenido de la intervención práctica de vanguardia, corresponde a los métodos de inserción social y los métodos de dirección política que potencian la capacidad creativa y espontánea del sujeto revolucionario y el desarrollo de sus prácticas pre-figurativas y an-

tipicatorias. En su nivel más concreto, dichos métodos corresponden a la manera en que se relacionará la organización revolucionaria con el sujeto revolucionario o, lo que es lo mismo, los sectores con mayores niveles de conciencia política de clase con el conjunto del sujeto revolucionario. Estos métodos de trabajo se regirán por principios reguladores transversales que buscan la elevación de los niveles de conciencia política de clase.

c) El devenir poder de la capacidad creativa y espontanea del sujeto revolucionario

La formulación teórica del devenir poder, nos presenta el carácter contradictorio de prácticas pre-figurativas y anticipatorias en tanto expresión parcial y limitada de la capacidad creativa y espontanea del sujeto revolucionario y su devenir en poder popular como superación (anulación y preservación) en la medida que desarrollan capacidades de disputa real a la hegemonía del poder burgués.

Las prácticas pre-figurativas y anticipatorias corresponden al medio a través del cual se expresa la capacidad creativa y espontanea del sujeto revolucionaria constreñida por la hegemonía del Capital. En este sentido, corresponde a una expresión parcial y limitada de dicha capacidad creativa y espontánea. Por otro lado, son pre-figurativas y anticipatorias porque contienen en si latencias y potencialidades de relaciones sociales de nuevo tipo, esbozos o “gérmenes”, pero no son relaciones sociales de nuevo tipo plenamente desarrolladas. Se trata de latencias y potencialidades presentes en prácticas llenas de contradicciones, que emergen en el contexto de la hegemonía del Capital, realizadas por individuos educadas bajo dicha hegemonía. Las prácticas pre-figurativas y anticipatorias son, por tanto, expresión del estado en que se encuentra la conciencia política de clase y, simultáneamente, mecanismos para aumentar y profundizar la politización elevando esos niveles de conciencia. Sin los constreñimientos del capital, las prácticas pre-figurativas y anticipatorias dejan de ser tal al universalizarse en las nuevas relaciones sociales ya plenamente desarrolladas.

El devenir de dichas prácticas pre-figurativas y anticipatorias

hacia poder popular, el paso de la mera posibilidad hacia la concreción material del poder popular, requiere que las prácticas pre-figurativas y anticipatorias desarrollen capacidades de disputa real al poder burgués para desplegar nuestra autodeterminación y soberanía.

El poder popular corresponde, por tanto, a una forma más desarrollada de las prácticas pre-figurativas y anticipatorias, que contiene ese carácter pre-figurativo y anticipatorio pero en perspectiva de poder. Se trata de una superación que anula la impotencia frente al poder de dichas prácticas y preserva sus elementos más de avanzada. Ahora, ¿qué significa “capacidad de disputa real al poder burgués”? ¿Qué criterios nos indican el paso de práctica pre-figurativa y anticipatoria a poder popular? Dichas preguntas quedaran planteadas para la discusión política.

En relación al *devenir poder de la capacidad creativa y espontanea del sujeto revolucionario* se abordarán tres ideas centrales para profundizar en ella,

1. La capacidad creativa y espontanea como contenido y criterio regulador de la organización y gestión del poder en democracia de nuevo tipo.

En primer lugar, la “desconfianza organizada” frente a toda lógica delegativa de dicha capacidad creativa y espontanea implica que toda mediación institucional debe estructurarse de manera de potenciar y no coartar la capacidad creativa y espontanea del sujeto revolucionario. La *democracia de nuevo tipo* corresponderá a esa mediación institucional de la desconfianza, buscando la organización y gestión del poder para la emancipación de la capacidad creativa y espontanea del sujeto revolucionario. O dicho de otra forma, el desarrollo de las capacidades creativas y espontaneas del sujeto revolucionario debe ser el contenido y motor de la organización y gestión del poder en manos del sujeto revolucionario. En función de dicho contenido, se deberá estructurar tanto las características de la organización de vanguardia, la emergencia de líderes carismáticos y espacios de dirección colegiada y la construcción de instituciones representativas al servicio de la capacidad creativa y espontanea del

sujeto revolucionario.

En segundo lugar, a modo de herramienta analítica, se esbozan criterios reguladores que permiten analizar, evaluar y ponderar experiencias históricas que se han propuesto la emancipación humana y procesos en curso que se plantean la transición al socialismo. Estos dos criterios son i) dotarse de mediaciones institucionales que potencien y/o emanicpen la capacidad creativa y espontanea del sujeto revolucionario; y ii) desarrollo de prácticas pre-figurativas y anticipatorias que se caractericen por ser participativas, igualitarias, diversas e inclusivas.

2. Revolución como proceso participativo, igualitario, diverso e inclusivo

El proceso revolucionario es el proceso de emancipación de la capacidad creativa y espontanea del sujeto revolucionario. Dicho proceso está en curso: desde nuestras prácticas cotidianas actuales se debe ir prefigurando, debe ir tomando forma, las bases de la futura sociedad. Se encuentran en latencia potencialidades de relaciones sociales de nuevo tipo. Dicho proceso se realiza y se pone en movimiento como práctica pre-figurativa y anticipatoria de la sociedad del futuro.

El carácter participativo, igualitario, diverso e inclusivo del proceso revolucionario en curso debe expresar en prácticas pre-figurativas y anticipatorios que materialicen dichas aspiraciones. Deben ser, por tanto, prácticas pre-figurativas y anticipatorias que sean participativas, igualitarias, diversas e inclusivas. A través de dichas prácticas, se van provocando o intencionando cambios a nivel personal y colectivo, de manera simultánea a nuestra capacidad de impulsar transformaciones estructurales, o de proyectar esas transformaciones, en nuestras prácticas y desde nuestras prácticas. Se trata de una dialéctica del cambio personal, colectivo y estructural que ya está en curso.

3. Relación entre prácticas pre-figurativas y anticipatorias y construcción partidaria de organizaciones de nuevo tipo.

La organización y gestión del poder, incluso al interior de una organización revolucionaria, debe estructurarse de manera de potenciar la capacidad creativa y espontánea del sujeto revolucionario. Debe ser, por tanto, flexible y adaptable a los requerimientos del sujeto revolucionario, recrearse continuamente para asimilar los cambios de una sociedad en movimiento, y no anquilosarse en estructuras que aparezcan como fines en sí mismas. La mejor garantía de este carácter flexible y adaptable es la democracia interna.

La democracia interna a la organización revolucionaria es necesaria, por un lado, de manera instrumental, al permitir la adaptación a los cambios de una sociedad dinámica, y por otro lado, de manera sustantiva, como garantía para resguardar y potenciar la capacidad creativa y espontánea del sujeto revolucionario, desarrollando prácticas pre-figurativas y anticipatorias también dentro de la organización, que anticipen en el seno de la organización las relaciones sociales que se pretende universalizar a la sociedad en su conjunto. Esto es clave para dotar a las organizaciones de estructuras organizativas que atiendan a los desafíos que el feminismo de clase le plantea a la izquierda revolucionaria.

d) Métodos de inserción social/construcción de base y métodos de dirección política

La diferenciación analítica y política entre *métodos de inserción social/construcción de base* y *métodos de dirección política* da cuenta de momentos diferentes en la relación de vinculación entre las organizaciones políticas y diversos sectores sociales, donde cada uno de esos momentos sintetiza los desafíos de las organizaciones políticas en relación al grado de vinculación que estas tienen con un sector social específico. De esta manera, los *métodos de inserción social/construcción de base* caracterizarían el momento intervención inicial, generación de confianzas y legitimación desde el trabajo, que cimienta las bases para una dirección política que dinamice la lucha, que oriente y sugiera caminos para triunfar y, de paso, elevar los niveles de conciencia política de clase del sujeto revolucionario. Se trata de una *dirección política* cuya fuente es la validación y le-

gitimación desde el trabajo y la lucha: nunca podrá fundarse en la imposición de la política.

Dicha diferenciación tiene la potencialidad de aportar a caracterizar mejor los momentos de la vinculación entre organizaciones revolucionarias y sectores sociales y/o espacios locales, entre organizaciones revolucionarias y sujeto revolucionario, siendo mucho más aguda la identificación de las tareas pertinentes que cada uno de ellos demanda de los revolucionarios. Ahora, cabe destacar que el hecho de que sean momentos analíticamente diferentes, no establece entre ellos relaciones de causalidad ni supone una secuencia cronológica identificable entre uno y otro en las experiencias concretas de vinculación. Al contrario, más bien, suceden de manera simultánea, combinada, superpuesta.

Para profundizar en esta diferenciación, se abordarán las siguientes dimensiones,

1. Diferenciación entre inserción social y construcción de base

Las discusiones grupales evidencian una diferencia de enfoque que es pertinente explicitar y que se condensa en la denominación compuesta de la categoría de *métodos de inserción social/construcción de base*. ¿Inserción social y construcción de base son categorías equivalentes? Por métodos de inserción social se hace referencia a procesos de largo aliento que buscan intencionar dinámicas o procesos organizativos validados y legitimados, lo que exige seriedad y compromiso a la organización política y sus militantes, y respetar los ritmos y tiempos propios de cada sector social y/o espacio local con sus respectivas dinámicas organizativas. Sin embargo, la noción de “inserción” proyecta la imagen de algo externo que se acopla a una realidad que le es ajena. Dicha relación de externalidad se supera, creemos, con i) la teoría de vanguardia como intervención práctica inmanente al sujeto revolucionario; y ii) con los propios métodos de trabajo concretos, que sitúan la inserción social como actividad orientada a desplegar capacidades creativas y espontáneas del sujeto revolucionario, no a coartarlas o disciplinarlas. Por otro lado, métodos de construcción de base hacen referencia a la construcción de

estructuras que se asientan en espacios locales determinados que establecen vínculos directos –no mediados– con el sujeto revolucionario. Se da por supuesta una relación de identidad parcial entre la base y el sujeto. Sin embargo, la base ejecuta línea política que adecuan a su realidad particular, y nutren a los espacios centrales de elaboración política con reflexiones que emanan de su experiencia práctica. Puede decantar, por tanto, en formas de división del trabajo entre quienes elaboran y quienes ejecutan, relegando a la base una labor eminentemente práctica y poco reflexiva.

¿Existen otros sentidos posibles de ambas categorías? ¿Cuál es más pertinente para caracterizar la “adecuada relación” entre organizaciones revolucionarias y sujeto revolucionario que se ha buscado desarrollar?

2. Principios reguladores transversales para “adecuada relación” entre organizaciones revolucionarias y sujeto revolucionario.

El consensuar *principios reguladores transversales* a ambos momentos (inserción social/construcción de base y dirección política) identificados dota de contenido político concreto la manera en que se comprende el *carácter de vanguardia* de las organizaciones revolucionarias, en la medida que explicita los criterios a los que atenderán las y los revolucionarios para regular sus intervenciones prácticas conscientes e intencionadas para elevar los niveles de conciencia política de clase del sujeto revolucionario. Estos criterios son: i) actuar con respeto y humildad frente a los ritmos propios de cada sector social y/o espacio local y de sus respectivas dinámicas organizativas; ii) persuadir desde las preocupaciones reales y concretas de la gente; iii) transparencia frente a los sectores sociales o espacios locales donde estemos trabajando respecto a quienes somos, qué queremos y buscamos, etc. Ni en el territorio, ni el sindicato, ni en el centro de estudiantes, ni cualquier otro espacio organizativo, ocultar nuestra militancia; iv) disposición y apertura escuchar y aprender; v) priorizar el acompañamiento de aquellos sectores más precarizados, con menores niveles de organización y politización; vi) impulsar procesos de elevación de niveles de conciencia política

de clase, de politización y generación de identidad; y, finalmente, vii) evitar enfoques instrumentalistas.

El contenido político concreto que estos principios le dan al *carácter de vanguardia*, sitúa a los *métodos de inserción social/construcción de base y de dirección política* como criterio diferenciador en tipología de organizaciones de vanguardia antes expuesta, en la medida que potencien o coarten la capacidad creativa y espontanea del sujeto revolucionario. Si la teoría de vanguardia como actividad práctica inmanente al sujeto revolucionario, sitúa a la vanguardia solo como una intervención consciente, la manera concreta, la forma que adopta, las relaciones que se establecen y su carácter, corresponden a los métodos de inserción social y dirección política.

3. Los métodos de inserción social/construcción de base y dirección política como categorías en movimiento.

Se evidencia explícitamente la necesidad de correspondencia entre estrategia de construcción de poder popular y métodos de inserción social/construcción de base y dirección política, al punto de concebir dichos métodos como dimensión a desarrollar de una estrategia de construcción de poder popular. El tránsito de la posibilidad a la concreción del Poder popular, desde nuestras *prácticas pre-figurativas y anticipatorias*, requiere de una estrategia de construcción de poder popular. Esa estrategia de construcción no es compatible con cualquier forma de establecer relaciones entre las organizaciones políticas y sujeto revolucionario. Al contrario, exige de determinados métodos de inserción social/construcción de base y dirección política que potencien la *capacidad creativa y espontanea del sujeto revolucionario*.

En el contexto de la formulación estratégica, los métodos permiten la formulación de una línea política adecuada al análisis concreto de la realidad concreta, en sintonía con las expectativas, aspiraciones, necesidades del sujeto revolucionario, en suma, en sintonía con el estado de su conciencia política de clase, pero para intervenir esa misma conciencia política de clase. Esto exige a las organizaciones revolucionarias posicionarse desde los territorios,

desde sus comunidades y sus luchas, a la luz de los *principios reguladores transversales*. Dichos principios corresponden a una de las tres definiciones transversales para garantizar una “adecuada relación” entre las organizaciones políticas y sociales, junto a i) estrategias totalizadoras que superen las conceptualizaciones parciales propias de los movimientos sociales, y ii) la reivindicación de la lucha por reformas sociales y/o políticas con criterios de avance para los revolucionarios. Entendiendo por “adecuada relación” la manera que contribuye a desarrollar métodos de inserción social y dirección política ad hoc a una estrategia de construcción de poder popular. En la medida en que los métodos corresponden a las “definiciones orgánicas” básicas de la *construcción partidaria de organizaciones de nuevo tipo*, la definición de los métodos es parte constitutiva de dicha construcción.

e) Dialéctica del cambio personal, colectivo y estructural

La *dialéctica del cambio personal, colectivo y estructural* busca superar posicionamientos parciales que sobredimensionan los cambios individuales en los procesos de transformación y olvidan que son las estructuras las que condicionan y limitan las posibilidades y potencialidades de cambio personal y colectivo. Es a través de nuestra capacidad de impulsar o proyectar transformaciones sociales estructurales en nuestras prácticas y desde nuestras prácticas lo que produce simultáneamente cambios a nivel personal y colectivo. No basta, por tanto, con una disposición personal al cambio, a deconstruirse y evaluarse autocríticamente, sino va acompañado de una práctica que intervenga sobre la realidad para su transformación. Se reconoce el carácter condicionante del cambio estructural, y el carácter condicionado del cambio personal y colectivo, en una práctica que los combina y sobrepone simultáneamente.

1. Las fuentes de cambio personal, colectivo y estructural.

No cualquier tipo de práctica anida potenciales de cambio personal, colectivo y estructural, las fuentes de cambio son dos. Por

una parte, las prácticas pre-figurativas y anticipatorias corresponden al dispositivo que articula transformaciones a nivel personal, colectivo y estructural, de manera simultánea y combinada. Por otro lado, la lucha por reformas inscrita en una estrategia de poder, en correspondencia con el estado de la conciencia política de clase para transformar la conciencia política de clase.

2. Contenido del cambio personal, colectivo y estructural.

¿En qué consiste el cambio personal y/o colectivo? ¿En qué consiste el cambio estructural? ¿Se puede explicitar su contenido en abstracto, ajeno a cualquier lucha concreta en una formación económico-social específica? Solo podemos afirmar que el cambio personal y colectivo genera una disposición ética hacia un proyecto revolucionario con la exigencia de seriedad, compromiso, y disciplina que requiere. El cambio estructural, por otro lado, consiste en la universalización de relaciones sociales de nuevo tipo que están en potencia en nuestras prácticas pre-figurativas y anticipatorias, transformando cualitativamente las estructuras que sostienen la hegemonía del capital, el patriarcado y las diversas formas de dominación y opresión.

f) Unidad política entre organizaciones revolucionarias y sujeto revolucionario

La unidad política como objetivo estratégico fue caracterizada de una manera específica: no como una apelación romántica a la unidad de las izquierdas, sino como una tarea eminentemente práctica de *unidad política entre organizaciones revolucionarias y sujeto revolucionario*. Es esa la unidad política que deben intencionar las organizaciones, con el presupuesto de que la unidad de parte de organizaciones revolucionarias es necesaria para la consecución de dicha unidad política concreta y real.

Dicha unidad política deberá fundarse sobre ética compartida que operará de fundamento, para una superación dialéctica de la dispersión y atomización de la izquierda revolucionaria, poniendo

la unidad política en relación a la constitución de sujetos revolucionarios. Sobre esos elementos se profundizará,

1. Ética común como presupuesto de unidad política.

La *unidad política entre organizaciones revolucionarias y sujeto revolucionario* es un objetivo estratégico que corresponde a una tarea eminentemente práctica, sobre la base de una ética común. Dicha base ética compartida corresponde al fundamento sobre la cual se puede proyectar espacios de dialogo y encuentro en la lucha, sin sectarismos, que permitan cimentar confianzas, limar diferencias entre nosotros, compartir lecturas para capitalizar políticamente las lecciones y enseñanzas que cada proceso de movilización social nos deja, y generar adhesión en torno a nuestras ideas al interior de un amplio movimiento social. Sin esa ética común, no hay posibilidades de unidad.

Ahora, ¿cuáles son los valores, principios, prácticas de esa ética común? Con la base mínima de una ética compartida, ¿en torno a qué generar procesos de unidad? ¿Unidad en torno a una estrategia compartida? ¿Unidad en torno a un programa consensuado? ¿Unidad en torno a ciertos principios transversales?

2. Superación como anulación de la dispersión y preservación de la diversidad.

El actual escenario de la izquierda revolucionaria se caracteriza por su dispersión, disgregación, y atomización, en una multiplicidad de pequeñas organizaciones que componen un verdadero “archipiélago de organizaciones”. Dicha situación es, simultáneamente, expresión de debilidad y fuente de diversidad de prácticas y experiencias. Se debe trabajar sobre esa realidad, sin hacer negación de esa diversidad ni una apología de la misma que impida avanzar en procesos de unidad.

La superación de la dispersión de la izquierda, debe anular la atomización y resguardar la diversidad de prácticas y experiencias. Para concebir la unidad política que se levanta sobre una *base ética*

común como anulación y preservación, se debe caracterizar la relación entre unidad política y formulación estratégica, entre unidad política y construcción partidaria, y entre unidad política y centralismo democrático. Se trata de concebir la unidad política como categoría en movimiento a diferentes niveles de abstracción.

La relación entre unidad política y formulación estratégica, explicita el carácter colectivo y unitario que debiese asumir la elaboración política y formulación estratégica, particularmente, cuando se trata de una estrategia de construcción de poder popular.

La relación entre unidad política y construcción partidaria de organizaciones de nuevo tipo, explicita el desafío de pasar de la heterogeneidad de pequeñas organizaciones a la construcción de partidos, respetando las identidades que las organizaciones han ido construyendo y limando las diferencias en la misma lucha. La necesidad de impulsar procesos de unidad entre organizaciones revolucionarias aparece como presupuesto de la unidad entre organizaciones revolucionarias y sujeto revolucionario, de allí su centralidad como objetivo estratégico. Sin embargo, desde esta perspectiva se asimila los procesos de unidad política entre revolucionarios con los procesos de construcción de partidos. ¿Son los partidos la expresión de unidad entre organizaciones revolucionarias?

La relación entre unidad política y centralismo democrático, para quienes comprenden el centralismo democrático no como modelo sino conjunto de principios organizativos que buscan la construcción colectiva de una voluntad única, el centralismo democrático puede generar una estructura orgánica capaz de unificar a la izquierda permitiendo la expresión de las diferentes. Centralismo democrático como superación de la atomización: anulación de sus límites y falencias, preservación de la diversidad. Sin embargo, cabe preguntarse, ¿es el centralismo democrático la única o mejor forma de superación como anulación y preservación? ¿Es el centralismo democrático expresión orgánica de unidad? ¿Es el centralismo democrático la condición de posibilidad de la unidad política?

3. La unidad política en la constitución de sujeto revolucionario.

La constitución de un sujeto político plural, diverso y heterogéneo se estructura sobre la centralidad de la clase trabajadora como “fuerza dirigente” capaz de articular a su alrededor a diversos sectores en situación de opresión y/o dominación. De esta manera, quedo planteada como discusión sin resolver, la articulación y/o relación de la clase trabajadora, con las “otras partes de la clase” (campesinado, estudiantes, pobladores, pueblos originarios, etc.), estructuradas en torno a dos posiciones. Por una parte, algunos participantes establecen diferencias en el seno del sujeto revolucionario en función de roles transitorios que un individuo juega durante su vida (trabajador, estudiante, poblador, etc.) que se subjetualizan y autonomizan como sujetos diferentes. Por otro lado, se concibe esos otros actores como “otras facetas” de la propia clase trabajadora, que juegan un rol táctico-estratégico en el proceso de acumulación de fuerzas. Ambas perspectivas dejan abierta al menos dos preguntas respecto a la manera en qué se articulan las luchas políticas/sociales entre esas diferentes “partes” o “facetas” de la clase trabajadora que se identifican: ¿Se trata de una alianza meramente instrumental o de una unidad orgánica y sustantiva? ¿Cómo se determina la fuerza dirigente del proceso de lucha?

g) Feminismo de clase

Feminismo de clase como proyecto político es una de las *categorías en movimiento* por excelencia, en la medida que se mueve a través de las diferentes dimensiones haciendo más exigente la necesidad política de consistencia, coherencia y cohesión en cada una de ellas. Es, también, la categoría sobre la que más falta discusión política que supere el diagnóstico crítico del carácter patriarcal que nuestras actuales organizaciones aun cargan a diferentes niveles. Caracterizar el proyecto político del feminismo de clase, su rol en la constitución de un sujeto diverso, heterogéneo y plural, y su relación con la *construcción partidaria de organizaciones de nuevo tipo* y sus “definiciones orgánicas”, será la manera en que se profundizó al respecto.

1. Sujeto revolucionario diverso, heterogéneo y plural.

Si bien existe una evaluación dispar en torno a los movimientos sociales como *conceptualizaciones táctico-estratégicas parciales de carácter sectorial o temático*, entre quienes lo consideran una expresión de dispersión de las luchas y quienes ven allí la riqueza de la diversidad de luchas y la incorporación de nuevos sectores, se reconoce transversalmente la necesidad de estrategias totalizadoras, que permitan dar conducción y dirección política a la lucha.

El feminismo de clase, inscrito en estrategia totalizadora capaz de articular una serie de antagonismos sociales que expresan contradicciones reales, incorpora la dimensión anti-patriarcal a la dialéctica de condiciones materiales y subjetivas que caracteriza el proceso de constitución de sujeto revolucionario, evitando tanto *reduccionismos economicistas* como *reduccionismos politicistas*.

2. Feminismo de clase como proyecto político

En tanto proyecto político demarca la posición de clase desde donde nos situamos y señala el horizonte de transformación hacia el que se orienta nuestra práctica revolucionaria. En términos políticos y programáticos, los componentes de feminismo de clase corresponden, en primer lugar, a no subordinar la lucha contra el patriarcado a la “contradicción principal” entre capital y trabajo, pero tampoco desentender la lucha contra el patriarcado disociada de la lucha contra el capital sino comprenderlas como luchas conjuntas debido a la yuxtaposición de ambas formas de explotación y opresión sobre las mujeres. Desentenderse de la explotación económica y de su sesgo de clase, transforma el feminismo en una lucha separada que obvia el problema en su totalidad, y viceversa. En segundo lugar, en todos y cada uno de los espacios de convivencia cotidiana se levanten organizaciones propias de mujeres, que trabaje desde lo teórico y práctico las diversas formas de violencia contra las mujeres, problematizándolas, generando redes de apoyo y denuncia, etc., pero evitando situar a los hombres como el enemigo de su lucha sino más bien comprenderlo como compañeros en el camino ha-

cia la emancipación. Finalmente, en tercer lugar, comprender que la opresión patriarcal se ancla y reproduce en estructuras sociales que requieren de transformaciones profundas para dejar de operar: no basta con intencionar cambios individuales y/o colectivos (ejemplo, la deconstrucción de la masculinidad) sino transformamos revolucionariamente el mundo.

El feminismo de clase como proyecto político deviene en presupuesto sobre el cual se repensará con consecuencia los procesos de construcción partidaria de organizaciones de nuevo tipo, las estructuras organizativas que atiendan a los desafíos que plantea el feminismo de clase, las prácticas pre-figurativas y su relación con la conciencia política de clase.

3. Feminismo de clase como categorías en movimiento

La relación entre feminismo de clase y construcción partidaria de organizaciones de nuevo tipo, explicita la manera en que se debe poner en correspondencia las “definiciones orgánicas” (estructura orgánica que debe asumir la organización y métodos de inserción social/construcción de base y dirección colectiva) con los desafíos que plantea el feminismo de clase.

La construcción de una *estructura orgánica que atienda a los desafíos planteados por el feminismo de clase*, tiene el desafío de anular y superar la *denostación de la capacidad política de las mujeres* que cristaliza en la organización patriarcal que caracteriza actualmente a las organizaciones de izquierda. Esta *denostación de capacidad política de las mujeres* corresponde a un conjunto de relaciones sociales que estructuran la organización patriarcal de la sociedad y de nuestras organizaciones, y que subordinan, desacreditan, cuestionan, las capacidades de las mujeres y que se expresan en prácticas, instituciones y discursos que reproducen esta subordinación de las mujeres en la sociedad en su conjunto, en nuestras propias organizaciones, y en nuestros propios comportamientos cotidianos.

Nuestras formas tradicionales de organización reproducen esta denostación. Los vicios que históricamente ha cargado la izquierda revolucionaria frente a la lucha anti-patriarcal son: la subor-

dinación de dicha lucha a la llamada “contradicción principal” entre capital y trabajo, el ocultamiento e invisibilización de la violencia machista en su interior, el rol secundario de las compañeras en las responsabilidades políticas, etc. De acá deviene la necesidad de nuevas estructuras organizativas en el marco del feminismo como proyecto político de clase. ¿Cómo caracterizar, entonces, una estructura organizativa que atienda a los desafíos que plantea el feminismo de clase, que se orienten a anular y superar la denostación de la capacidad política de las mujeres? ¿Cómo caracterizar métodos de inserción social/construcción de base y métodos de dirección política que atienda a los desafíos que plantea el feminismo de clase, que se orienten a anular y superar la denostación de la capacidad política de las mujeres?

Respecto a la estructura organizativa, se considera como tal al conjunto de infraestructura, disposición espacial de equipamiento, metodologías de trabajo y discusión política, división del trabajo al interior de las organizaciones, etc. La organización patriarcal de la actual estructura organizativa se caracteriza debido a que no intenciona participación real y en igualdad de condiciones entre hombres y mujeres, ni se diseñan instancias que consideren los impedimentos sociales y culturales que impiden la participación plena de las mujeres para transformarlos. Al contrario, una estructura organizativa que atienda a los desafíos planteados por el feminismo de clase requiere, por tanto, revisar todas las instancias de la organización, para diseñar, planificar y ejecutar nuevas condiciones para la participación de las mujeres. Respecto a los métodos de inserción social/construcción de base y métodos de dirección política, también deben repensarse en función de los desafíos planteados por el feminismo de clase. ¿De qué manera?

La relación entre feminismo de clase y prácticas pre-figurativas y anticipatorias comprende que el proceso de transformación revolucionaria de la sociedad comienza desde hoy, desde prácticas pre-figurativas y anticipatorias que expresan en latencia las nuevas relaciones sociales que se espera universalizar a la sociedad en su conjunto. La *construcción partidaria de organizaciones de nuevo tipo* debe dotarse de estructuras orgánicas que potencien las prácticas pre-figurativas y anticipatorias participativas, igualitarias, diversas

e inclusivas, que deben desarrollar en su seno relaciones no patriarcales o que se orienten a superar la denostación de la capacidad política de las mujeres. La mejor garantía para que esto ocurra, para experimentar desde ya las nuevas relaciones sociales igualitarias que esperamos construir para la sociedad en su conjunto, será asegurar una democracia interna amplia.

SEGUNDA PARTE

SÍNTESIS POR SESIÓN DE TALLER

SESIÓN #1:

PROYECCIONES Y DESAFÍOS PARA PENSAR LA TRANSICIÓN AL SOCIALISMO

La realización de la primera sesión del Seminario Taller #1: Transición Socialista, tenía por propósito analizar críticamente los procesos que se han propuesto la construcción del socialismo, extrayendo lecciones que nos permitan proyectar los desafíos para encarar la tarea de la emancipación humana. Principalmente, en relación a la organización y gestión del poder en esa transición.

El siguiente trabajo de síntesis se realizó, lamentablemente, sobre la base de la transcripción de audio de uno solo de los grupos de discusión, debido a no existir material de respaldo de las discusiones dada en el resto de los grupos conformados. Se trata de una limitación de recursos que merma la riqueza del análisis, al perder otros puntos de referencia con los cuales comparar y contrastar las categorías y sus relaciones que se extrajeron de la discusión.

La organización y gestión del poder en la transición hacia el socialismo debe atender al desafío de construcción de una *democracia de nuevo tipo*, cuya potencia reside en la *capacidad creativa* del sujeto revolucionario que a través de su auto-organización puede asumir en sus manos el curso de una *revolución como proceso de largo aliento*. Democracia de nuevo tipo, capacidad creativa del sujeto

revolucionario, y revolución como proceso de largo aliento son los categorías nodales sobre las que se estructura una reflexión crítica en torno al papel del Estado y sus instituciones, de la organización política revolucionaria, del cambio personal, colectivo y estructural, etc. Se trata de una discusión no acabada que nos da un esbozo para pensar la transición socialista, que ensaya criterios reguladores para evaluar críticamente procesos de cambio que se propongan la construcción de un mundo diferente y antagónico al del predominio del Capital.

Sobre la democracia de nuevo tipo

¿De qué se habla cuando se habla de democracia de nuevo tipo? El concepto mismo de democracia, democracia a secas, revela tensiones en nuestros acercamientos a la democracia: necesitamos una perspectiva democrática, pero de una democracia de nuevo tipo, ajena a los moldes de la democracia burguesa, que actúa más como mecanismo de defensa y control del capitalismo, *“la pseudo-democracia ya tiene instalado todo un mecanismo de defensa y de control que hacen que la única manera de que podamos entender una liberación”* (Participante 4, Grupo 1) sea a través de una revolución. Por otro lado, *“... nadie sabe cómo cambiar el mundo, nadie sabe cómo organizar el mundo una vez que tengamos esa posibilidad en nuestras manos y en ese escenario como de incertidumbre, de mucha carencia de certezas, es que han ido como agarrando fuerzas sobre todo por la evaluación más menos negativa que se hace de lo que fue la Unión Soviética y los socialismos reales, de la importancia como del componente democrático. El punto es que frente como a la carencia de reflexiones propias como de la izquierda, de los revolucionarios, como sobre ese problema, esa aproximación a la democracia termina muchas veces siendo una capitulación ideológica como a los postulados propios como de los demócratas liberales, de la socialdemocracia, y allí yo creo que hay uno de los principales elementos que es necesario poner sobre la mesa y discutir con profundidad cuando nos planteamos el ejercicio de la transformación del mundo en clave socialista”* (Participante 2, Grupo 1).

Se trata, por tanto, de reconocer el contenido de clase de la democracia vigente, que actúa “como mecanismo de defensa” del capitalismo, y de abrirnos a pensar, construir y ejercer formas de organización y gestión del poder que superen “los moldes” de la democracia burguesa. Este corresponde al principal desafío de una izquierda que al repensar su proyecto de transformación revolucionaria de la sociedad en relación al componente democrático de ese proyecto ha tendido una “capitulación ideológica” frente al reformismo. La necesidad de pensar una democracia de nuevo tipo, que no resulte en capitulación ideológica, aceptando las trampas e ilusiones de la democracia burguesa exige reflexión profunda sobre las características de esta nueva democracia: ¿Cuáles son las instituciones a través de las cuales vamos a expresar y canalizar las aspiraciones mayoritarias de la clase, del pueblo? ¿Qué forma van a adoptar las instituciones representativas? ¿Van a haber instituciones de carácter representativo?

Las características propias y distintivas de esta democracia de nuevo tipo, su contenido, en términos de nuevas prácticas, instituciones y discursos, estará permeado por una profunda desconfianza frente a toda lógica delegativa de la capacidad creativa del sujeto revolucionario, ya sea, de las instituciones representativas, de organizaciones vanguardistas, y/o de la existencia de líderes o personalidades carismáticas. Se trata de repensar los alcances de la representatividad, el carácter y el papel de una organización política revolucionaria y el rol de los liderazgos y las dirigencias, de manera de potenciar y no coartar el desarrollo de la capacidad creativa del sujeto revolucionario.

a) Sobre la organización revolucionaria de vanguardia

El desafío es la construcción de organizaciones revolucionarias de vanguardia no vanguardista, no sustitucionista, que potencie y fomente la capacidad creativa del sujeto revolucionario.

La apelación a ese carácter de vanguardia tiene como base una desconfianza arraigada sobre la noción misma de vanguardia que se expresa en una serie de asociaciones negativas o críticas en tor-

no al concepto, se habla de “vanguardia ilustrada” que se posiciona por sobre el pueblo; de grupo reducido “alejado del pueblo” y de su realidad (*“un grupo de cabros se haya ido al monte y que venga con el mensaje, con la palabra”*, Participante 5, Grupo 1) y que, además, predica su estrategia como una verdad revelada (se asocia a dogmatismo); la vanguardia como “cúpula de concentración del conocimiento” y de reproducción de un modelo que genera “clases de militantes”, quienes piensan y elaboran política, y quienes simplemente ejecutan (*“las organizaciones suelen tener cúpulas donde se concentra conocimiento, gente que ejecuta como si fuesen clases de militantes, como casi que reproducir lo que no queremos hacer”*, Participante 3, Grupo 1); la vanguardia como grupo reducido con pretensión de ser partido único para liderar las luchas. “¿Quién hace la revolución: el partido de vanguardia o el pueblo? ¿Somos los pueblos o son una cúpula?” (Participante 3, Grupo 1) es la pregunta que resume la raíz de los resquemores planteados. El peligro de “vanguardismo” y “sustitucionismo” aquí desarrollado plantea una disociación entre la clase trabajadora y su vanguardia, donde esta última se concibe como ajena y externa, que asume un rol de dirección como disciplinamiento de las luchas y actividad del sujeto revolucionario, que se funda en un conocimiento dogmático y “elevado”, que no da cuenta de las vivencias cotidianas de los explotados, dominados y oprimidos.

Pero, ¿es precisamente eso lo que significa ser una organización de vanguardia? ¿Qué es una organización de vanguardia? ¿Qué se quiere decir cuando se afirma la necesidad de una organización de vanguardia? ¿Por qué se concibe como necesaria la vanguardia? *“La vanguardia son los sectores con los mayores niveles de conciencia del propio pueblo, sectores más avanzados en niveles de politización son los que componen esa vanguardia”* (Participante 2, Grupo 1), sobre el estado de desarrollo desigual, discontinuo y contradictorio de la conciencia política de clase en el sujeto revolucionario, de manera de elevar los niveles de politización del pueblo en su conjunto. No se trata de un grupo ajeno o externo al sujeto revolucionario ni tampoco de una forma específica de organización, sino de un “rol” que asumen las organizaciones, de una actividad o quehacer práctico. Las organizaciones, en su quehacer cotidiano, juegan un rol de vanguardia, al momento de plantearle a los sectores donde está inserto

un horizonte de lucha, cuando instalan consignas, cuando generan espacios de discusión que permitan elevar los niveles de politización de la gente con la que nos encontramos, etc. Por ejemplo, *“una organización política popular, territorial, que levanta una biblioteca popular en cualquier barrio de Santiago, que empieza a generar actividades de agitación en el entorno, que levanta un comité contra la AFP allí en el lugar donde está haciendo su trabajo asociado a la biblioteca, es en términos de facto una vanguardia, más allá de si se conceptualiza a si misma con ese rol o no”* (Participante 2, Grupo 1). Se trata de un rol que puede jugar indistintamente cualquier organización, y que no es monopolio de la acción de un partido.

Es el tipo de vanguardia que hay que desarrollar. *“Entonces qué tipo de vanguardia, yo creo que me refería al tipo de vanguardia...”* (Participante 5, Grupo 1) ¿Qué tipo de vanguardia? ¿Bajo qué criterios podemos diferenciar tipos de vanguardia? La diferencia principal desarrollada hasta el momento estriba en la relación que se establece entre la organización política y el sujeto revolucionario: ¿la vanguardia coarta o potencia la capacidad creativa del sujeto revolucionario? Si la organización política coarta, es vanguardismo y sustitucionismo. Si la organización política potencia, se elevan los niveles de conciencia política de clase en un contexto de desarrollo desigual, discontinuo y contradictorio. La diferencia entre una y otra radica en sus métodos de dirección, *“creo que lo que está puesto sobre la mesa no tiene que ver solo sobre organización sino también con los métodos de dirección en un proceso de construcción del socialismo”* (Participante 2, Grupo 1).

Una segunda diferencia introducida en la discusión, tiene que ver con la idea de partido único o dirección compartida entre organizaciones. *“yo creo que en el sentido de que la compañera y yo estamos hablando de vanguardia, es el tipo de vanguardia de un partido único, de un solo grupo, que vaya liderando el proceso”* (Participante 5, Grupo 1). Al contrario, se apuesta a una vanguardia que sea colectiva, *“donde hay múltiples organizaciones, que de manera simultánea están realizando trabajo en diferentes [lugares] pero con consignas que son transversales como por ejemplo No más AFP y que eso puede, prefigurar, de alguna manera, una forma otra de asumir la dirección en un proceso de transformación socialista.”* (Participante 2, Grupo 1).

¿Qué tipo de vanguardia? Una vanguardia no vanguardista y colectiva.

b) Sobre los líderes y las personalidades carismáticas

El desafío es dotarnos de mecanismos a través de los cuales mediar la relación entre el sujeto revolucionario y sus liderazgos y direcciones, de manera de que no se suplante la capacidad creativa del sujeto revolucionario sino que se le potencie.

El culto a la personalidad, la desaparición de instancias de dirección colectiva o colegiada, y la burocratización corresponde a la base sobre la que se cimienta la desconfianza en torno a la generación de líderes en el marco del proceso revolucionario. Enfrentar esos riesgos requiere tomar definiciones políticas y orgánicas pertinentes, a la luz de los aprendizajes que nos pueden entregar diversas experiencias, pero que no desconozca que los líderes no son productos artificiales que emergen desde la nada a conducir el proceso, arrogándose la representación del pueblo. *“Fidel no apareció de la nada a conducir el proceso, Lenin no apareció de la nada a conducir el proceso. Ellos estuvieron años insertos en las luchas de sus respectivos pueblos, desarrollando un trabajo ideológico, desarrollando un trabajo teórico, desarrollando un trabajo práctico, de organización, Lenin pasó dos décadas organizando a la clase obrera en Rusia”* (Participante 2, Grupo 1). Se trata de dirigentes que emanan del propio sujeto revolucionario, en el que pasan años insertos en sus luchas. *“Lo que hacen estas personalidades es impulsar que se vaya realizando la revolución como decía la compañera en su planteamiento de lo que es una revolución”* (Participante 6, Grupo 1). Se trata de liderazgos que emanan naturalmente debido a aquellas personalidades que tienen mayor predisposición al desarrollo de ciertas tareas. *“El punto no es como inhibir el desarrollo de ellos sino más bien pensar cuales son los mecanismos a través de los cuales vamos a mediar la relación que tienen esos líderes con el pueblo, la relación que tienen esos líderes con la clase, y allí yo creo que está el problema, porque las repuestas que le hemos dado a ese problema, han derivado en culto a la personalidad, en la desaparición de las instancias colectivas de dirección de un*

proceso, de excesiva burocratización, entonces, desde mi perspectiva, el problema no es la existencia del líder, porque creo que emana naturalmente de un proceso de lucha. La pregunta es cómo nos hacemos cargo de que en ese proceso de transformación ese líder este como condicionado, representando... (Participante 2, Grupo 1).

Con ese propósito, *“hay mucho creo yo que aprender de la democracia directa, por ejemplo, y creo que incluso los zapatistas han dado muchas reflexiones en relación al mandar-obedeciendo, el obedecer-mandando”* (Participante 2, Grupo 1). Específicamente, en concebir la organización del poder, asociado a dinámicas de rotación, revocabilidad, etc., que permita mediar esa relación entre la clase y sus instancias de dirección.

c) Sobre las instituciones representativas

El desafío es repensar el alcance del principio de representatividad y de qué manera construir instituciones representativas que potencien la capacidad creativa del sujeto revolucionario.

Este ejercicio de repensar la pertinencia de nuevas instituciones representativas, se hace sobre la base de una desconfianza que se arraiga no en las instituciones representativas burguesas, sino sobre la idea misma de representación política, de la pertinencia del principio de representatividad en una democracia de nuevo tipo. *“Y en el fondo, si a mí lo que me cuestiono, lo que más me hace ruido como de estas cosas es si es verdad es necesario tener que delegar como la resolución de nuestros conflictos y problemas a una institución o a otro, a otro y no tomar la vida en nuestras manos, ¿no es cierto?, en conjunto, organizándonos. Entonces yo me cuestiono eso, si en el proceso de la transición cuan necesario es tener que, tener estos mecanismos que van a tomar las decisiones, en el fondo, de todos los demás. Porque cuan representativo, qué necesidad hay de la representación...”* (Participante 1, Grupo 1).

Debido a esta desconfianza en el “principio de representatividad”, las instituciones que operan bajo esa lógica se perciben como ajenas y externas al pueblo. Se asocia la representación a la delegación a otro de la resolución de nuestros conflictos, como renuncia a

tomar la vida en nuestras manos, y entregar a unos pocos de la capacidad de decidir por todos. La representación y mediación institucional aparece como lógica propia del capital que inhibe el potencial de desarrollo de nuestra capacidad creativa *“y allí también pregunto po, la transición se tiene que hacer desde el alero de la institución, es necesario tomar el Estado, o si la revolución la hacemos los pueblos porque vamos a ir a pedirle algo a una institución que representa el capital”* (Participante 3, Grupo 1).

Sobre la capacidad creativa del sujeto revolucionario

La organización y gestión del poder en el proceso de transición al socialismo, debe tener como principal motor de desarrollo la capacidad creativa del sujeto revolucionario, en torno a la cual debe estructurarse una democracia de nuevo tipo. Ya desarrollamos en qué medida la construcción de una organización política de vanguardia, el diseño de mediaciones institucionales entre el sujeto revolucionario y sus instancias de dirección, y el alcance de las instituciones representativas deben repensarse a la luz de potenciar y fomentar la capacidad creativa del sujeto revolucionario.

La capacidad creativa del sujeto revolucionario radica en sus posibilidades de responder por los medios de la auto-organización a nuestros problemas sin delegación a agentes externos (instituciones, organizaciones, etc.). Se trata de construir fuerza propia que nos permita la producción de nuevas formas de vida contradictorias y antagónicas a la hegemonía del capital para abrir un escenario de disputa, de enfrentamiento abierto, *“que cuando estas formas de vida ya entren en disputa como concreta con la hegemonía dominante, creo que va a como un enfrentamiento para defender esa forma de vida po’, que nosotros estamos proponiendo”* (Participante 3, Grupo 1).

Esa hegemonía del capital, instala una lógica que reduce y coarta dicha capacidad creativa a énfasis demandista del movimiento social: incapacidad de proponer fuera de los marcos de la forma “demanda estatal”. *“He estado reflexionando mucho como acerca de que el movimiento social que yo he visto y en el que he participado en Chile lo siento muy demandista, falta como fuerza propia o creación*

propia, cómo que hemos estado mucho, siento, en la negación. Y no proponiendo, y en el momento de la propuesta se hace solo en forma de demanda estatal” (Participante 3, Grupo 1).

Sobre la revolución como proceso de largo aliento

El proceso revolucionario de transición al socialismo, de construcción de nuevas formas de vida, es el proceso de emancipación de la capacidad creativa del sujeto revolucionario desde la hegemonía del capital hacia su auto-organización. Dicho proceso *“tiene que ser desde ahora y no esperar un hito histórico sino que empezar desde la organización, un cambio personal y colectivo desde hoy, proyectándose y también con un carácter revolucionario”* (Participante 1, Grupo 1). Las bases de la futura sociedad se comienzan a cimentar desde hoy, desde nuestras prácticas cotidianas actuales (*“en el ejercicio de la vivencia”*, Participante 3, Grupo 1) que contienen “gérmenes” que prefiguran un nuevo tipo de relaciones sociales pero que aún no rompen con la lógica del capital. *“Entonces como que siento que hay un problema porque he reflexionado que, como que los cambios históricos se produce como por la creación de nuevas formas de vida, formas de vida que hasta el momento, creo, que hay atisbos de organización, pero cuesta romper como con la lógica del capitalismo, del trabajo asalariado”* (Participante 3, Grupo 1).

Estas prácticas pre-figurativas y anticipatorias caracterizan el proceso revolucionario como participativo, igualitario, diverso e inclusivo. *“Entonces creo que, yo sí creo que hay cosas importantes de rescatar de procesos revolucionarios porque siento que también han sido parte de la historia de los pueblos, y de ello lógico que hay que aprender. Dentro de esos aprendizajes creo que también tenemos que ir superando esas cosas, como generar procesos más participativos, que la revolución ojala sea diversa, igualitaria pero diversa, inclusiva, porque hay mucha gente que se siente como dejada de lado por el capital, pero que no lo asimila”* (Participante 3, Grupo 1). En este proceso en curso, ya iniciado a través de nuestras prácticas presentes, se van provocando cambios a nivel personal y colectivo, de manera simultánea a nuestra capacidad de impulsar transformaciones estructu-

rales, o de proyectar esas transformaciones, en nuestras prácticas y desde nuestras prácticas. Se trata de una dialéctica del cambio personal, colectivo y estructural que ya está en curso.

Finalmente, tenemos la necesidad de ir evaluando este proceso revolucionario de largo aliento, de construcción de socialismo, con criterios que nos permitan identificar avances y retrocesos. ¿Cuáles son las características que nosotros creemos que debiese contener un proceso de transición al socialismo? ¿Bajo qué criterios somos capaces de discernir si un proceso político de transformaciones profundas inició o no un proceso de transición hacia el socialismo? *“incluso en términos contemporáneos, tenemos la experiencia de Cuba, tenemos la experiencia del proceso venezolano, tenemos la experiencia en la misma Bolivia donde se ha intentado esbozar respuestas a ese problema, y son respuestas que tenemos que tener en mente pero que hay que tensionar también. ¿Es Cuba, es Venezuela, es Bolivia, sociedades que hoy están en transición al socialismo? ¿No están en transición al socialismo? ¿Cuáles son las características que nosotros creemos que debiese contener un proceso de transición al socialismo? ¿Bajo qué criterios somos capaces de discernir si un proceso político de transformaciones profundas inició o no un proceso de transición hacia el socialismo?”* (Participante 2, Grupo 1).

Estos criterios deben estar alineados con las nuevas formas de vida que en nuestra práctica vamos produciendo y pre-figurando. El desarrollo de prácticas pre-figurativas y anticipatorias participativas, igualitarias, inclusivas y diversas junto al despliegue de la capacidad creativa del sujeto revolucionario son, intuitivamente, dos grandes ideas reguladoras para estructurar la transición al socialismo.

Reflexiones finales

Si bien la transición al socialismo sigue siendo un camino con más incertidumbres que certezas (*“nadie sabe cómo cambiar el mundo, nadie sabe cómo organizar el mundo una vez que tengamos esa posibilidad en nuestras manos”*, Participante 2, Grupo 1), en el transcurso de la sesión se ensayaron esbozos de respuesta que pueden constituir una aproximación incipiente, aunque abierta e inacabada.

Las experiencias históricas que, en otros contextos y latitudes, se han planteado la construcción del socialismo, nos han permitido algunas certezas mínimas, a saber: que la construcción del socialismo debe tener un fuerte componente democrático, pero no de cualquier democracia, o democracia a secas, sino de una democracia de nuevo tipo que reconoce abiertamente su componente de clase y que no se piensa, por tanto, bajo los supuestos y limitaciones de la democracia burguesa vigente. Se trata de una democracia diseñada y concebida para emancipar la capacidad creativa del sujeto revolucionario de los constreñimientos de la hegemonía del Capital lo que plantea el desafío, por tanto, de repensar los alcances de las instituciones representativas, el carácter de las organizaciones revolucionarias de vanguardia y el papel de los liderazgos individuales y las direcciones colectivas.

El planteamiento de desconfianzas profundas, firmemente arraigadas, radicales, sobre toda forma de delegación de la capacidad creativa del sujeto revolucionario no lleva a la impugnación total del principio de representatividad, de la necesidad de liderazgos ni de la propia noción de vanguardia, sino que invita a pensar arreglos institucionales para poner dirigentes, instituciones representativas y organizaciones al servicio de esa capacidad creativa. Esto es explícito y evidente, principalmente, en lo que se refiere a las organizaciones revolucionarias, donde se abre la puerta a un esbozo de tipología de vanguardias. El caso contrario, es el de las instituciones representativas, donde no se profundizó la discusión para saturar dichas categorías.

Esta capacidad creativa, de responder a través de la auto-organización a los diversos problemas que se le presentan al sujeto revolucionario, se encuentra mermada por las lógicas del Capital. La revolución como proceso de largo aliento orientado a la emancipación de esa capacidad creativa, es un proceso en curso, donde a través de nuestras prácticas pre-figurativas y anticipatorias participativas, igualitarias, diversas e inclusivas vamos intencionando cambios individuales, colectivos y estructurales de manera dialéctica.

Aún careceremos de respuestas taxativas a las interrogantes planteadas en la discusión: *“¿Cuáles son las características que nosotros creemos que debiese contener un proceso de transición al socialis-*

mo? ¿Bajo qué criterios somos capaces de discernir si un proceso político de transformaciones profundas inició o no un proceso de transición hacia el socialismo?” (Participante 2, Grupo 1), pero tenemos algunas nociones mínimas consensuadas respecto a criterios que nos permitan evaluar críticamente un proceso de transición socialista.

SESIÓN #2:

UNA ESTRATEGIA DE PODER CONTRA EL PODER BURGUÉS

La realización de la segunda sesión Seminario Taller #2: Estrategia Revolucionaria, pretendió abrir una discusión en torno a cómo conceptualizar el poder para vislumbrar respuestas que nos permitan la construcción de alternativas para sacudirnos de la hegemonía burguesa.

El siguiente trabajo de síntesis se realizó sobre la base de la transcripción de audio de uno solo de los grupos de discusión (Grupo 3) y los apuntes de la discusión tomados por los monitores de otros dos grupos conformados durante el momento taller (Grupos 1 y 2). Con dichos materiales a mano, se realizó un análisis de comparación y contraste entre las categorías y sus relaciones que se extrajeron de la discusión. Si bien la mayoría de las citas textuales a las discusiones grupales explicita el número del participante que emitió cada opinión y el número de su grupo de discusión, habrá casos donde no fue posible identificar al participante producto de que no fue indicado en los apuntes del monitor.

La reflexión crítica que a continuación se desarrolla plantea que una *estrategia de poder* es aquella orientada a la disputa de la hegemonía del poder burgués para su *superación*. Dicha disputa de la hegemonía burguesa, para anular y superar su poder que entronca en el Estado burgués, requiere desplegar lógicas de autodeterminación y soberanía del sujeto revolucionario, ancladas territorialmente. Se trata de una *estrategia de poder de construcción de poder popular*. En el contexto de la lucha por reformas, el sujeto revolucionario se expresa a través de la acción de los *movimientos sociales*, de *conceptualizaciones táctico-estratégicas parciales de carácter sectorial o temático*, que pueden permitir el avance de las y los revolucionarios

en relación a ciertos criterios específicos que se irán desarrollando a continuación.

Sobre la estrategia de poder

Necesario preámbulo en torno a las nociones de poder y hegemonía está marcado por consensos transversales en los diferentes grupos de los cuales se tiene registro de sus discusiones. El poder es entendido como relación social de carácter asimétrico¹, donde una clase social, grupo o individuo, es capaz de “imponerse” por sobre otro². Esta “imposición” de unos sobre otros, se vive como dominación sobre ese “otro”³, *“reprimiéndolo de libertades (sociales, políticos)”* (Participante, Grupo 1). Se trata, por tanto, de una relación social conflictiva entre quienes dominan y quienes son dominados; exige un antagonismo entre un “nosotros” y un “otro”. Se trata, por tanto, de *“la capacidad de hacer que otra persona cambie su actitud o su forma de pensar, a través de la coerción o la persuasión”* (Participante 7, Grupo 3), siendo estos últimos los medios de la “imposición”. En definitiva, se desarrolla una concepción de poder de carácter relacional, entre sujetos que se encuentran en una posición de antagonismo, donde uno se impone sobre otro debido a capacidad coercitiva y/o persuasiva. La hegemonía corresponde, precisamente, a esa capacidad de dirección política y moral junto a un dominio militar⁴ disciplinante que permite la producción y reproducción ideacional y política de la dominación de la clase dominante y que se encuentra concentrada en el Estado, la cristalización en un andamiaje jurídico-institucional del poder burgués. *“Es el poder político que concentra la capacidad ideológica y también material”*

1 “Poder como relación ante el cual los actores toman posición para modificar relación. Relación asimétrica” (Participante, Grupo 1)

2 “Poder como relación social. Forma en que se manifiesta clase social, en sentido de ser capaces de imponerse a otras clases” (Participante, Grupo 1).

3 “Poder como relación más que social. Conflictiva. Implica un “nosotros” y hay un “otros” (Participante, Grupo 1); “Problema del poder en relación al problema de la dominación...” (Participante, Grupo 1); “Poder es dominación de otro...” (Participante, Grupo 1).

4 “Esto implica poder militar además de dirección política...” (Participante 4, Grupo 2).

(Participante 8, Grupo 2). Dicha capacidad hegemónica y reproductiva del poder en general, y del poder burgués en particular, permea nuestras conciencias y se expresa en nuestras relaciones cotidianas, por ello *“hay disputas de poder en otros campos, incluso en lo cotidiano”* (Participante 8, Grupo 2).

La centralidad de la apuesta estratégica de la izquierda debe ser el poder y la elaboración de dicha apuesta estratégica requiere la participación de todas y todos; exige unidad en el contexto de una izquierda atomizada: *“el problema del poder es que no hemos elaborado estrategias en conjunto con todos, falta esa unidad, creo que las izquierdas estamos muy divididas, creo que hace falta ese acuerdo”* (Participante 3, Grupo 3). La elaboración de esa apuesta estratégica debe superar la crítica a los “excesos del poder” burgués (represión, violencia, violación sistemática de DDHH) que caracteriza la reflexión de la izquierda, *“ver el poder no solo en su exceso, en su violencia, sino que ver como el poder en sus raíces”* (Participante 4, Grupo 3), para tensionar y problematizar las bases y fundamentos de ese poder burgués, de manera de construir alternativas que no sean solo la moderación de excesos, sino pensar, construir y ejercer una forma otra de poder, el poder popular. Por otro lado, *“no identificamos muchas veces es quien en realidad está detrás del poder, en Chile muchas veces se creyó que ver a Pinochet, claro como la ultra, excesos del poder, violencia, y todo eso, pero en realidad, había como una frase que decía es que Pinochet en realidad es el patrón del fundo, no es el dueño del fundo”* (Participante 4, Grupo 3). Se trata de visualizar más claramente el enemigo: no son los bloques políticos dominantes que se alternan la administración del Estado, es la clase social cuyos intereses representan y defienden (el enemigo no es “la derecha” como sector político, es la burguesía como clase social).

La *estrategia de poder* elaborada de manera colectiva y unitaria, que supere la “crítica de los excesos” para cuestionar las bases y fundamentos del poder burgués, para disputarlo, anularlo y superarlo, requiere de la *construcción de poder popular*. ¿Qué entender por poder popular? ¿Cómo caracterizar una estrategia de poder popular?

Sobre el poder popular

El Poder Popular, como toda expresión de poder, da cuenta de una relación social asimétrica (de dominación), en un contexto de antagonismo social, donde “nosotros” buscamos sacudirnos de la dominación para auto-determinarnos soberanamente, ejerciendo la dominación sobre quienes hoy nos dominan⁵. Sin embargo, el Poder Popular no es un símil del Poder Burgués a la inversa, el poder popular se debe construir “desde abajo”, *“comprender relaciones como no autoritarias”* (Participante, Grupo 1), *“intolerantes con todas [las] relaciones dominantes del enemigo”* (Participante, Grupo 1), que expresen una correspondencia *“entre política y ética para poner en movimiento nuestros principios”* (Participante, Grupo 1), que sea fiel a nuestra moral revolucionaria.

El poder popular corresponde a una cristalización en forma institucional autónoma del sujeto revolucionario de sus prácticas, experiencias y principios, que permite asumir su autodeterminación y soberanía en un órgano de lucha y de poder. Órgano de lucha en la medida que permite congregarse bajo una estructura democrática a amplios sectores sociales en conflicto para la disputa con el poder burgués y órgano de poder en la medida que cimienta las bases para una nueva forma de ejercicio de la dirección política y militar de una sociedad bajo hegemonía del sujeto revolucionario. *“Vamos destruyendo el poder del enemigo construyendo nuestro propio poder”* (Participante 8, Grupo 2). Constituye, por tanto, un momento de resistencia y de ofensiva, de rechazo a las calamidades del capitalismo y de construcción de alternativa, que no puede convivir con el poder burgués, que abre un escenario de disputa entre el poder popular y el burgués que arrastra inevitablemente el conflicto hacia la anulación y superación del poder burgués cristalizado en el Estado, a través del ejercicio legítimo de la violencia. *“Luchamos por hege-*

5 “No pensar nuestro poder como el poder burgués. Pensar el poder “desde abajo” (Participante, Grupo 1); “Poder popular es la hegemonía de una clase sobre otra. Luchamos por hegemonía de clase” (Participante, Grupo 1); “Problema del poder en relación al problema de la dominación. Necesidad de contraponer al poder burgués, un poder desde el pueblo para auto determinarse. El pueblo y las masas llegan un momento en que deben disputar el poder” (Participante, Grupo 1).

monía de clase, imposible convivir con poder burgués” (Participante, Grupo 1).

Ninguna forma de poder es a-histórica o supra-histórica, tienen su aterrizaje en un tiempo y lugar específico en el que se desenvuelve. El poder popular no es una excepción. *“El poder no es único, no es uno solo, y tampoco es a-histórico o supra-histórico, el poder tiene también su, tiene que tener un aterrizaje dentro de los lugares y los territorios donde se desenvuelve”* (Participante 7, Grupo 3). La organización y construcción de este poder debe asentarse territorialmente. En este principio de territorialidad, adquiere sentido la relevancia de la identidad y especificidad del proceso; la construcción de ese poder debe anclarse en la identidad popular y desde una especificidad local, que condiciona las características que debe asumir el mismo proceso de construcción, *“una de las importancias, es recuperar es el poder popular, una identidad popular, y siempre pararnos desde una especificidad, a nivel casi latinoamericano, una especificidad, incluso, de Chile, Santiago, propiamente tal, no es lo mismo estar discutiendo el poder acá en Santiago, que por ejemplo estar discutiendo en Arica u otro lugar donde quizá esto tenga un vértice distinto...”* (Participante 4, Grupo 3). Así mismo, se invita a comprender que las luchas adquieren características diferentes en ciudades grandes que en pueblos más pequeños, y que en Santiago no se concentran las contradicciones y antagonismos que pueden detonar conflictos sociales y políticos. Se trata de *“quitar el enfoque de la centralización de la lucha, o sea, muchas de las luchas se dan así en ciudades principales pero se deja en el olvido, como decía acá el compañero, no se po, a los campesinos, y a muchas luchas más, y ver que también en Chile se han dado luchas súper importantes fuera de la centralidad”* (Participante 1, Grupo 3).

Las prácticas y experiencias contemporáneas de autodeterminación y soberanía del sujeto revolucionaria, de poder popular como órgano de lucha y como órgano de poder, tienen un carácter pre-figurativo y anticipatorio del tipo socialismo en construcción. Aun cuando se encuentra latente y en potencia en dichas prácticas y experiencias, dichas prácticas y experiencias no corresponden necesariamente a formas de poder popular. Lo que conocemos o llamamos comúnmente poder popular, en experiencias históricas pasa-

das o recientes, habla más de una posibilidad que de una concreción (por ejemplo, *“el MIR en ollas comunes aprovechaba de concientizar sobre el trabajo común, colectivo”*, Participante 3, Grupo 2). El poder popular aparece como latencia en múltiples experiencias organizativas del sujeto revolucionario pero que no se ha concretizado en una alternativa con capacidad real de disputar el poder a la burguesía para arrebatárselo. Esa capacidad real, constituye un criterio para evaluar el paso de la posibilidad a la concreción. Por ejemplo, *“las experiencias que nosotros hemos tenido en Chile acá, como lo fue el MIR, que fue una experiencia bastante importante para nosotros y que nosotros compartimos y tratamos de seguir su legado histórico, sin embargo no podemos dejar de ver que por ejemplo el MIR con respecto a su himno, trabajadores al poder, y también con respecto al lema del Poder Popular, son expresiones más bien de un orden discursivo más que practico, si en lo practico era embrionario, no era un poder constituido como tal sino que era una experiencia, era una experiencia concreta de los tiempos y de la rapidez del tiempo que tuvo el MIR desde su existencia, 65 hasta el golpe militar y poco después que se combate en dictadura, entonces es un periodo muy corto donde pasan muchas cosas, y por tanto el lema del poder popular se tomó como un ideal, como alguien lo había dicho por allí, de una posibilidad, más que de una concreción, o estaba en desarrollo por lo menos, pero no algo concreto o algo que pudiera realmente disputar el poder de la burguesía...”* (Participante 7, Grupo 3).

Parece existir una tensión entre quienes plantean la conciencia política de clase como resultado del poder popular⁶ y quienes la visualizan como la base sobre la que se construye el poder popular⁷. Esa aparente tensión da cuenta, en realidad, de una dualidad contradictoria pero inherente y constitutiva a toda acción política cons-

6 “La conciencia es clave y se materializa en la organización popular” (Participante 8, Grupo 2).

7 “Hay que hacer trabajo en clase para construir poder popular. Construir conciencia. Primera contextualización bien” (Participante, Grupo 1); “Organizar clase primero para desarrollar conciencia” (Participante, Grupo 1); “Qué revolución vamos a hacer si no hemos visto cual es la problemática real de nuestra clase, trabajar también en la elaboración de la conciencia de la clase, que la gente de pueblo se dé cuenta de la miseria en que vivimos” (Participante 1, Grupo 3).

ciente e intencionada: es, simultáneamente, expresión del estado en que se encuentra la conciencia política de la clase en un tiempo y momento determinado y, al mismo tiempo, un poderoso ejercicio para aumentar y profundizar los niveles de politización y conciencia de la clase.

Sobre la estrategia de construcción de poder popular

El tránsito de la posibilidad a la concreción del poder popular, requiere que nuestras prácticas y experiencias pre-figurativas y anticipatorias desarrollen capacidades de disputa real al poder burgués para conquistar nuestra autodeterminación y soberanía. La caracterización de una estrategia de construcción de Poder Popular de esas características dijimos, es una tarea de elaboración colectiva y unitaria. No está en las pretensiones de esta sistematización la formulación de dicha estrategia, sino plantear precauciones, proponer orientaciones básicas, sugerir el planteamiento de preguntas problematizadoras pertinentes. Se trata, por tanto, como todo este trabajo, de una provocación para la discusión. En relación a una estrategia de construcción de poder popular abordaremos, grosso modo, dos dimensiones: el papel y el alcance de la violencia revolucionaria, y los métodos de dirección y de construcción de base de las organizaciones políticas.

En primer lugar, respecto al papel y el alcance de la violencia revolucionaria: La construcción de un poder capaz de producir y reproducir su hegemonía requiere de su capacidad de generar consensos y su poder coercitivo. El poder popular debe desarrollar, desde el momento de la disputa con el poder burgués, de una capacidad de imponerse en todos los planos, incluido el militar, sobre todo cuando la salida ha dicho conflicto necesariamente será violenta. Parte constitutiva e indispensable para hablar de una estrategia de poder es el componente militar, que entregue definiciones políticas para el ejercicio de la violencia revolucionaria. Sin esa dimensión, no puede haber poder efectivo. De hecho, la posibilidad de triunfo está ligada por la capacidad de enfrentar militarmente al poder hegemónico. La destrucción del poder del enemigo requiere fuerza material capaz de

responder con violencia revolucionaria a la violencia reaccionaria.

“Tenemos derecho totalmente a la violencia, pero también me adscribo a la idea de que tenemos que distinguir que tipo de violencia es la que necesitamos” (Participante 8, Grupo 3). Tenemos derecho a la violencia, pero no a cualquier violencia. No se trata solo de definir tácticamente qué tipo de violencia y su alcance, no puede ser una aproximación meramente utilitaria o instrumental, sino que se trata de una definición a la luz y en sintonía con principios orientadores que emanan de nuestra condición de revolucionarios. De esta manera, en primer lugar, *“el fin jamás va a justificar los medios”* (Participante 7, Grupo 3), sino que, al contrario, se espera de las y los revolucionarios *“consecuencia entre política y ética para poner en movimiento nuestros principios”* (Participante, Grupo 1). Por otro lado, debe ser necesariamente una violencia de masas, social, en el sentido de emanar de las luchas de personas comunes y corrientes y encontrar su legitimidad en ello.

En relación al tipo de acciones de violencia revolucionaria que debiésemos considerar utilizar tácticamente, se distinguen tres niveles que dan cuenta de cada vez más requerimientos técnicos, operativos y logísticos para sostenerlos, con la correspondiente construcción de estructuras capaz de movilizar los recursos apropiados para sostener y proyectar políticamente dichas acciones. En primer lugar, se reconoce una “violencia simbólica”, a través de acciones sociales de desobediencia civil o desacato a la autoridad que desafían el orden establecido y la legislación vigente (okupar casas y espacios públicos sin permisos ni autorizaciones con fines sociales/comunitarios o de protesta, etc.)⁸. En segundo lugar, la necesidad de contar con métodos de autodefensa que consideren el uso consciente y organizado de acciones de violencia de baja intensidad (enfrentamientos callejeros, barricadas con elementos de mobiliario público, etc.).

8 *“la violencia que hacen los compañeros anarquistas, trabajar en pequeñas localidades, donde hacen casas okupa, que no ocupan para tomar evidentemente, sino casas okupa que realmente cuando los fines de semana, todos los fines de semana hacen cuestiones para los cabros chicos, que vayan las señoras, después la feria, ya, eso es un tipo de violencia, ese tipo de violencia nos sirve, violencia de la coordinadora no + afp de haber sacado más de un millón de personas el 4 de noviembre del año pasado, ese es un tipo de violencia”* (Participante 8, Grupo 3).

En tercer lugar, la posibilidad de construcción de milicias populares con legitimidad social⁹.

Siempre es importante tener precaución en el tipo de relación que se establecerá entre nuestras apuestas político-militares con el sujeto revolucionario, por el peligro de suplantación de dicho sujeto por algún tipo de estructura militar. No menospreciar el poder que le entrega a una persona (o grupo de personas) el poseer efectivamente armas, *“quién toma el mando de las manos de millones de personas y el mando queda en sus manos, por el mero hecho de que están armados y los otros no”* (Participante 9, Grupo 3).

En segundo lugar, respecto a los métodos de dirección y de construcción de base de las organizaciones revolucionarias, en el contexto de la formulación de una estrategia, deben permitir poner en sintonía *“lo que tú puedes hacer, y lo que están pensando y haciendo los millones que al final, en mi opinión, son los que hacen la revolución”* (Participante 9, Grupo 3). Se trata de situarse en un contexto económico-social específico con los desafíos que este nos presenta: análisis concreto de la realidad concreta, y no aplicación mecánica de estrategias diseñadas para otras realidades aun cuando hayan sido exitosas. Sobre este punto, en nuestras condiciones, ¿es replicable la “estrategia soviética” que aplicaron los bolcheviques para el triunfo de la Revolución Rusa? El éxito de la revolución rusa obnubilo el desarrollo de teorizaciones y experiencias diferentes para pensar la emancipación del sujeto revolucionario. Considerar, por ejemplo, los niveles disimiles de desarrollo de la sociedad civil en la Rusia zarista con el que se aprecia en nuestras sociedades contemporáneas¹⁰. Para el planteamiento de una estrategia que sea, simultáneamente, expresión del estado de la conciencia política de clase del sujeto revolucionario en un contexto específico al mismo tiempo que movimiento para la profundización de la politización y

9 *“También crear como un método de autodefensa, al acecho de la reacción, proyectando así, crear métodos, milicias, no sé, como la queramos llamar, un método de autodefensa porque va a venir la reacción y tenemos que estar preparados”* (Participante 5, Grupo 3).

10 *“Toma del poder como conceptualización dada en instituciones por inexistencia de sociedad civil. Revolución Rusa obnubilo experiencia y teorizaciones en otros contextos”* (Participante, Grupo 1).

de los niveles de conciencia, se requiere “*participar en organizaciones populares, establecer estructuras en relaciones a estas organizaciones*” (Participante, Grupo 1), posicionarse desde los territorios, sus comunidades y sus luchas con honestidad y transparencia, con disposición para escuchar y aprender de otros, y reconocer errores con humildad, a través de un ejercicio radical de crítica y autocrítica. “*En la construcción de base, o en la construcción de grupos políticos, la primera cosa es la honestidad, que tú, aunque te duele, tú dices la verdad, y si estas en una pelea, por lo menos, en una situación en que la otra persona puede responder, y no irse, no responde, entonces la honestidad es una de las obligaciones de base (...). La cosa es que tienes que escuchar, de repente tú piensas una cosa y no tienes razón*” (Participante 9, Grupo 3). De esta manera, se pueden desarrollar apuestas táctico-estratégicas en línea con el sentir popular pero que también transformen las subjetividades de manera de superar los resabios de hegemonía burguesa que en dicho sentir popular permanecen y se reproducen. Se trata de una *dialéctica del cambio personal y colectivo* que exige comprender que nosotros, los hombres y mujeres, iremos cambiando en la medida que luchamos por la transformación del mundo la construcción de uno diferente. Será a través de la unión y participación en comunidad, la manera en que se irán superando las barreras, en términos materiales y simbólicos, que construyen relaciones sociales basadas en la subordinación de otro, “*las barreras de la discapacidad, de la discriminación, de la diversidad de género, el adulto-centrismo, barreras que son mínimas, cotidianas*” (Participante 3, Grupo 3).

Sobre los Movimientos Sociales

Existe una valoración dispar en torno a las potencialidades y alcances de los movimientos sociales, que se expresa en dificultades para concebir de manera clara las relaciones que debiesen existir entre los movimientos sociales y las organizaciones políticas.

La emergencia de las luchas de los sectores populares está asociada al desarrollo histórico de los movimientos sociales. Las luchas populares se expresan a través de la acción de los movimientos so-

ciales. Nuestro contexto actual es *“el contexto de la emergencia de la lucha de los sectores populares, de alguna manera estamos involucrados, involucradas en lo que significa el desarrollo histórico de los movimientos populares, de los movimientos sociales”* (Monitora, Grupo 3). Dicho “desarrollo histórico” de los movimientos sociales, a su vez, está sometido a ciclos de movilización, *“tenemos movimientos sociales en diferentes aspectos, con vaivenes”* (Participante 5, Grupo 3), que contemplan tanto momentos de algidez y repliegue, y que requiere de tácticas diferenciadas para cada uno de esos momentos.

Se trata de movimientos que estructuran la irrupción de las luchas populares, articulando la acción colectiva en torno a problemáticas específicas *“previsión, salud, educación, vivienda”* (Participante 5, Grupo 3), desde una lógica de “sector social” (entiéndase, trabajadores, mujeres y diversidad/disidencia sexual, estudiantes, pobladores, campesinos, etc.) o desde una lógica “temática” (ecologismo, pensiones de adultos mayores, salud, etc.). Tal como apuntaba la frase antes mencionada, *“tenemos movimientos sociales en diferentes aspectos, con vaivenes, por ejemplo, en el movimiento de la educación en su momento, ahora el NO+AFP esta fuerte, el feminismo está súper fuerte”* (Participante 5, Grupo 3). Es, precisamente, en esta *conceptualización parcial temática o sectorial* de la lucha popular donde difiere la evaluación de las potencialidades de la categoría “movimiento social” para una práctica política revolucionaria: mientras, para algunos, la existencia de movimientos sociales “sectorializados” o temáticos da cuenta de una dispersión de las luchas y de una conceptualización táctico-estratégica parcial de las problemáticas que nos constituyen como clase (*“será que esta conceptualización parcial cierto, lo conversamos un poco también la semana pasada de las problemáticas que nos constituyen como clase, están avanzando hacia el camino de la emancipación revolucionaria, por ejemplo, cuando hablamos de feminismo o mujeres como un tema aparte de estrategia o un tema específico de estrategia, o de movimiento estudiantil como si fuera específico de estrategia o aparte de estrategia...”*, Monitora, Grupo 3), para otros, da cuenta de la riqueza de la diferencia, de la diversificación de las luchas, y amplifica nuestra capacidad de incorporar a mas sectores a la lucha (*“que venga la gente común y corriente”*, Participante 8, Grupo 3).

Lo que se identifica como *conceptualizaciones táctico-estratégicas parciales de carácter sectorial o temático* es la base de la valoración dispar de los movimientos sociales y complejiza la manera en que se concibe la relación entre dichos movimientos y las organizaciones políticas revolucionarias. Si bien, no se aborda dicha relación en profundidad, aparecen esencialmente dos posiciones:

i) Las organizaciones políticas revolucionarias intervienen sobre el desarrollo y desenvolvimiento de los movimientos sociales, teniendo en cuenta sus particularidades, y sugieren estrategias totalizadoras que supere dichas conceptualizaciones parciales, en consideración del estado en que se encuentran las diversas expresiones organizadas del pueblo en lucha.

ii) Los movimientos sociales tenderán hacia la convergencia en algún tipo de estructura orgánica y hacia la construcción de un proyecto político, dotándose de una estrategia totalizadora que supere dichas conceptualizaciones parciales. En palabras de los participantes, *“en algún momento esos movimientos sociales van a tener que converger y no necesariamente quizá a través de un partido sino a través de otras formas de lucha, como decía el profesor, acá la realidad va generando la necesidad de ir construyendo organización en respuesta a lo que te está pidiendo la misma realidad”* (Participante 5, Grupo 3). *“¿Cómo a través de los diferentes movimientos sociales que ya están emergiendo y posiblemente van a emerger en una década más, o en cinco años más, no sé, es que van a hacer como los encargados de las diferentes materias a nivel social? Previsión, salud, educación, vivienda, y desde ahí converger a través de un proyecto político, como decía el compañero acá, y también de una coordinadora, coordinadora-movimiento, y no necesariamente tiene que ser un partido”* (Participante 5, Grupo 3). Se trata de movimientos sociales con capacidad de elaboración de propuestas programáticas y tácticas para ir superando las calamidades del

capitalismo “que tienen que ver con los sectores desde los cuales se está elaborando estrategia, o más bien puede ser táctica política, para ir superando de a poco los problemas que nos presenta el capitalismo, se habló por ejemplo los movimientos no+afp, que tienen que ver el problema de la pensión, la jubilación” (Monitora, Grupo 3).

Aun así, es pertinente destacar algunas definiciones transversales en torno a cómo garantizar la relación entre movimientos sociales y organizaciones políticas. En primer lugar, los *principios orientadores para la construcción de base y los métodos de dirección* antes desarrollados. En segundo lugar, la necesidad de *estrategias totalizadoras* que superen la conceptualización parcial de las luchas populares. Finalmente, la reivindicación de la *lucha por reformas sociales y/o políticas*.

La lucha por reformas sociales y/o políticas no es, necesariamente, una lucha reformista. La distinción entre reforma y revolución tampoco tiene que ver con la gradualidad de los cambios (si se trata de un proceso o un hito) sino con la dirección hacia la que se oriente, el horizonte de lucha. La pregunta clave es ¿Hacia dónde vamos si ganamos la reforma, hacia donde vamos si perdemos la reforma? Por ejemplo, “la discusión de No+AFP, si no más afp es una demanda reformista, si y no, bueno, obviamente es una demanda reformista, pero ¿importa eso o no? echo de menos en las personas que hacen las preguntas, siguen con la siguiente pregunta, ¿importa que sea una demanda reformista? ¿Y qué tipo de demanda reformista es? ¿Hacia dónde vamos si ganamos, y hacia dónde vamos si perdemos? Falta algo en las discusiones” (Participante 9, Grupo 3). ¿Qué es lo que falta en las discusiones? La definición de “hacia dónde vamos si ganamos” una reforma social y/o política, la definición de hacia donde tenemos que ir para evaluar si la consecución de una reforma es un avance o no para la política de los revolucionarios.

La diferencia entre reformistas y revolucionarios se relaciona, decíamos, con la dirección y horizonte de la lucha: cómo se vincula la reforma con el problema de la disputa por el poder y con la naturaleza del capitalismo. Desde esa perspectiva, si la reforma no va a ser resuelta de buena gana por el poder burgués, sino por nuestra

capacidad de lucha y organización, vamos en la dirección correcta¹¹. Si la reforma nos permite a los revolucionarios incidir en la elevación de los niveles de conciencia política de las y los trabajadores, entonces vamos en la dirección correcta. Si la reforma nos permite mejorar las condiciones de vida del sujeto revolucionario, entonces vamos por la dirección correcta¹². Es desde esta perspectiva como debemos evaluar nuestra participación en luchas por reformas sociales y/o políticas, el “hacia donde debemos ir” para lograr avances en una política revolucionaria.

En toda lucha político-social nos encontraremos con fuerzas reformistas, con quienes debemos debatir fraternalmente la orientación de la movilización social para conducir el proceso. Sin embargo, no se puede desconocer que en ese debate, priman las “pasadas de máquina” de quien tiene mayor capacidad para imponer sus posiciones. *“Como en toda lucha político-social que se da, no es regular, o sea, es, como decía más o menos Trotsky, desigual y combinada, o sea hay aspectos que, que en cierta medida a nosotros si nos van a favorecer como revolucionarios, y otros escenarios que si van a favorecer a aquellos que no consideramos nuestros enemigos, como por ejemplo el reformismo. Y allí hay que dar una disputa fraterna, en que no muchas veces se da a través de la fraternidad o de medios que lleguen al dialogo, sino que lo que prima acá son las maquinas o la capacidad, o el poder, que es precisamente lo que estamos hablando, que tienen ciertas organizaciones que las respaldan partidos políticos*

11 “El tema no es, como se vincula con el tema del poder y de la naturaleza del capitalismo, o sea, si es una cosa burguesa, porque si quiera el capitalismo chileno lo puede hacer, siquiera el poder burgués se lo permite. Entonces por supuesto que es una necesidad muy sentido de todas las personas que viven de eso, y que no son los empresarios que viven de otra manera con las AFP, no reciben plata, por ser una necesidad muy sentida y necesaria tiene que ser resuelta, pero el poder burgués no lo hará, entonces está a nuestro cargo, a los que van a construir el poder, otro poder, por eso es importante entender la particularidad del capitalismo” (Participante 2, Grupo 3).

12 “todo lo que pueda favorecer a mejorar las condiciones de vida de la clase trabajadora, yo creo que los revolucionarios no podemos negarnos por más que estén los reformistas o no al interior de ese tipo de demanda. Yo creo que lo que nosotros tenemos que hacer es tensionar y cuajar un poquito más el proceso para que la conciencia de los trabajadores se eleve, yo creo que ese es el objetivo que nosotros tenemos ahora” (Participante 7, Grupo 3).

institucionales, que obviamente sabemos que manejan muchos más recursos, mucha más gente que los sectores revolucionarios” (Participante 7, Grupo 3).

Reflexiones finales

Entre los principales resultados de la discusión del momento taller, cabe destacar el esbozo de *criterios reguladores* que, a modo de herramientas analíticas, nos permiten analizar, evaluar y ponderar nuestras prácticas en términos táctico-estratégicos, por ejemplo, ¿Cuándo la violencia es legítima? ¿Qué tipo de violencia es legítima? ¿Cuándo la lucha por reformas constituye avances para la lucha de las y los revolucionarios? ¿En qué momento las experiencias pre-figurativas y anticipatorias del sujeto revolucionario devienen en poder popular? La respuesta a dichas preguntas, los *criterios reguladores* que van emergiendo de la discusión política, se encuentran inscritos en una lógica de elaboración política que se piensa unitaria y colectiva, y que aspira a concretarse de manera unitaria y colectiva, a través de una determinada *estrategia de poder*.

La elaboración de una *estrategia de poder* requiere de un ejercicio de discusión unitaria y colectiva que entregue orientaciones a la disputa de la hegemonía del poder burgués para su anulación y superación. Dicha disputa de la hegemonía burguesa, para *anular y superar* su poder que entronca en el Estado burgués, requiere desplegar lógicas de autodeterminación y soberanía del sujeto revolucionario, ancladas territorialmente. Se trata de una *estrategia de poder de construcción de poder popular*. En el contexto de la lucha por reformas, el sujeto revolucionario se expresa a través de la acción de los *movimientos sociales*, de *conceptualizaciones táctico-estratégicas parciales de carácter sectorial o temático*, que pueden permitir el avance de las y los revolucionarios en la medida que fortalezca la capacidad de lucha y organización del sujeto revolucionario, eleve sus niveles de conciencia política de clase, y mejore sus condiciones de vida.

Por otro lado, tensiones aparentes entre las intervenciones de los participantes ponen de relieve el *carácter dialéctico de las catego-*

rias que son capaces de condensar de manera simultánea la actualidad de lo que son y las potencialidades latentes que en su actualidad se anidan. La conciencia política de clase como depositario de los resabios de dominación burguesa y, simultáneamente, como propensión natural hacia el socialismo; las prácticas pre-figurativas y anticipatorias como expresión del estado en que se encuentra esa conciencia política de clase y, simultáneamente, como mecanismos para aumentar y profundizar la politización elevando esos niveles de conciencia; el poder popular como órgano de lucha y órgano de poder, etc., van develando una forma profundamente dialéctica de concebir la realidad.

Finalmente, esbozar una problematización crítica en torno a los *movimientos sociales*. Aun cuando la apelación a los movimientos sociales aparece de manera recurrente, lo hace de manera aislada o periférica en relación a la discusión central. Debido a ello, no solo quedo sin profundizar la manera en que se caracteriza la relación entre organizaciones políticas y movimientos sociales o el balance crítico respecto a su caracterización como *conceptualizaciones táctico-estratégicas parciales de carácter sectorial o temático*, sino que tampoco queda claro el rol que juegan los movimientos sociales en esta estrategia de construcción de poder popular. Las deudas pendientes de este ejercicio de discusión, pasan necesariamente por la profundización de estas discusiones.

SESIÓN #3:

LA CONSTITUCIÓN DE SUJETO REVOLUCIONARIO EN PERSPECTIVA DIALÉCTICA

La realización de la tercera sesión del Seminario-Taller #3: Sujeto Revolucionario, pretendió abrir un espacio de discusión política en torno a sujeto revolucionario, entendiendo que dicha definición condiciona el carácter del proyecto político de una organización. Existe, desde la perspectiva marxista, un vínculo orgánico entre el socialismo como proyecto y la clase trabajadora como sujeto. Abrir un espacio de reflexión en torno a sujeto desde dicha premisa, se

da en un contexto de cuestionamiento a la utilidad política de las categorías de *clases sociales*, de la existencia misma de las clases sociales, en desmedro del auge de una serie de nuevas identidades que expresan y canalizan la acción política. ¿Cómo caracterizar al sujeto político para un proyecto de transformación revolucionaria de la realidad?

Esta síntesis de la discusión política se realizó sobre la base de las discusiones de dos de los grupos formados durante el momento taller, teniendo a nuestra disposición la transcripción de grabación de audio de uno de los grupos (Grupo 1) y los apuntes tomados por el monitor de un segundo grupo de discusión (Grupo 2). Con dichos materiales a mano, se realizó un análisis de comparación y contraste entre las categorías y sus relaciones que se extrajeron de la discusión.

La *relación dialéctica entre condiciones materiales y subjetivas* pretende superar definiciones unilaterales de sujeto revolucionario, evitando tanto *reduccionismos economicistas* como *reduccionismos politicistas*. La *centralidad de la clase trabajadora*, como fuerza dirigente y columna vertebral del sujeto revolucionario, no diluye la necesidad de un sujeto heterogéneo, diverso y plural, capaz de articular una serie antagonismos en torno a un proyecto revolucionario anticapitalista y anti-patriarcal. El *feminismo de clase* como proyecto político será crucial para repensarnos críticamente como sector. La relación dialéctica entre condiciones materiales y subjetivas, la centralidad de la clase trabajadora, y feminismo de clase, son los elementos que nos permitirán profundizar reflexiones en torno a la estructura organizativa de nuestras organizaciones, el papel de la conciencia política de clase en la constitución de sujetos políticos, el rol de las vanguardias, los ejercicios de articulación política entre grupos en relación de antagonismo con el capital y el patriarcado, entre otros.

Sobre la relación dialéctica entre las condiciones materiales y subjetivas

La *relación dialéctica entre las condiciones materiales y subjetivas* requiere la superación de desviaciones analíticas en las maneras

de abordar la discusión sobre *sujeto revolucionario* y que impactan perjudicialmente en nuestra forma de hacer política. Se identifica tanto un *reduccionismo economicista* como también un *reduccionismo politicista*, ambos comparten la sobrevaloración de una realidad parcial para una definición de conjunto.

Por una parte, el *reduccionismo economicista* supone que la determinación está dada por el hecho objetivo de la inserción funcional de los actores en la reproducción del capitalismo. Las condiciones materiales determinan las superestructuras política, jurídica, ideacional, etc., las que aparecen solo como reflejos de una realidad objetiva, pues, lo material es independiente a nuestras representaciones ideales de la realidad. La centralidad en la determinación de un sujeto está dada por el hecho objetivo de su inserción funcional en el capitalismo *“cada sujeto determinado por condiciones de vida. Es el ser social el que define la conciencia y no al revés. Se pertenece a una clase por condiciones objetivas que escapan a nuestra voluntad y a nuestra identificación con la misma; se pertenece a una clase independiente de si lo quiere o lo sepa. Está definido objetivamente”* (Participante 1, Grupo 2). El sujeto ya es y está dado: no puede ser sino la *clase trabajadora*.

La crítica de este *reduccionismo economicista* problematiza que la definición política del sujeto revolucionario tenga como criterio exclusivo el carácter de asalariado, insuficiente para reconocer las potencialidades revolucionarias de una serie de nuevos antagonismos y contradicciones, emana de las condiciones materiales propias del capitalismo actual. De esta manera, *“si pensamos como en el sujeto revolucionario, ahora lo podemos ver desde lo teórico, en el fondo es la persona que es asalariada, que trabaja, que tiene la principal relación de capital-trabajo que es la explotación, pero allí ya estaríamos dejando de lado a toda la otra población que en el fondo no está dentro de esa como producción y también pueden ser sujetos revolucionarios (...) porque hoy en día hay otras condiciones que no caben dentro de esa categoría como de sujeto revolucionario que siempre se ha pensado...”* (Participante 2, Grupo 1). Pasar de la crítica de la explotación al cuestionamiento de todas las formas de opresión y dominación, nos exige categorías que logren dar cuenta de un sujeto revolucionario diverso, plural y heterogéneo en su composición y

sus aspiraciones. *“El sujeto revolucionario no es solamente el trabajador, el sujeto revolucionario puede ser también los estudiantes, pueden ser también los campesinos, pueden ser también los que viven en la ciudad, y pueden ser también un montón de actores más”* (Participante 3, Grupo 1). El Sujeto Revolucionario “pueden ser” (condicional, es una posibilidad) los estudiantes, pobladores, campesinos. Pero ¿de qué depende que sean? De sus niveles de *conciencia política de clase*, *“porque perfectamente yo puedo ser una sujeto revolucionario pero no estoy dentro de la cadena de producción, pero si tengo la conciencia de clase y estoy dispuesta como a llevar las tareas de la revolución”* (Participante 2, Grupo 1).

Por otro lado, el *reduccionismo politicista* parte desde una premisa opuesta: sujeto revolucionario no es ni *está dado*, se construye. Es, más bien, el producto de un ejercicio de construcción política, resultado de proceso histórico de lucha, que releva, sobre la primacía de las condiciones materiales, elementos de orden subjetivo (la conciencia política, la capacidad de iniciativa, su determinación en la lucha)¹³. El sujeto revolucionario no aparece como determinado por su inserción funcional en el capitalismo, sino que serán aquellos sectores con mayores niveles de conciencia política de clase, aquellos sectores con estructuras organizativas más robustas y arraigadas en sus bases, aquellos sectores más dinámicos en las luchas sociales en curso, independiente de su importancia estratégica para la reproducción del capital. El sujeto revolucionario, por tanto, no es definible a priori, estará condicionado por la aleatoriedad de la lucha en un contexto determinado. Esta *“construcción de sujeto no es idílica. Los mismos soldados que defendieron al zar, son los primeros que hacen la insurrección. La conciencia no es estado ideal, depende de estado de la lucha de clases”* (Participante, Grupo 2).

La problematización crítica del *reduccionismo politicista* pone una luz de alerta en el peligro de abandono de la *clase trabajadora* y su centralidad para una apuesta política revolucionaria. Puede decantar en la construcción de sujetos políticos desanclada totalmente

13 *“Si bien proletariado es sujeto teórico, pero el sujeto concreto es construcción política, es proceso histórico. Para construir ese sujeto de la revolución se requiere conciencia, iniciativa y determinación”* (Participante 2, Grupo 2).

de las contradicciones reales que se anidan en una formación económico-social específica, y de las fuerzas reales que las relaciones sociales de producción van moldeando y modelando. Una *relación dialéctica entre las condiciones materiales y subjetivas* en la constitución de sujetos políticos debe ser capaz de articular la relevancia estratégica de los actores debido a su posición en la estructura productiva con la “*capacidad de golpear más fuerte*” (Participante, Grupo 2), que deriva del dinamismo y robustez de sus formas organizativas, niveles de conciencia política, determinación en la lucha, etc. Asimismo, se evidencia la necesidad de precisar algunos aspectos de la “construcción política” del sujeto, “resultado de proceso histórico de lucha”. ¿La construcción política del sujeto revolucionario es producto de la intervención consciente de alguien que lo prevé? ¿Se auto-construye en la medida que diversos sectores en lucha se reconocen y se articulan? ¿A través de qué mecanismos se va construyendo dicho sujeto en el transcurso de la lucha? Sobre estos elementos volveremos más tarde.

Mientras, por una parte, el *reduccionismo economicista* hace política desde un *nivel teórico-abstracto*, desde la universalidad abstracta y formal de un *modo de producción capitalista* que separa a la humanidad en dos grandes grupos, burgueses y proletarios, en torno a la contradicción capital-trabajo, se desentiende de la realidad concreta. El *reduccionismo politicista*, por otro lado, se sitúa desde un *nivel político-concreto*, desde la *especificidad histórica e irreducible de los procesos sociales*, con formaciones económico-sociales que no son mecánicamente asimilables al modo de producción capitalista en abstracto sino donde se yuxtaponen relaciones sociales de producción diversas, donde reconocen diversos sectores, capas, franjas de grupos organizados con móviles diferentes, con contradicciones antagónicas o no antagónicas, pero que se desentiende de cualquier condicionamiento estructural del capitalismo. Tanto el *reduccionismo economicista* como el *reduccionismo politicista* apelan a la *conciencia política de clase*. El carácter insuficiente de condición de asalariado para la definición de sujeto revolucionario, recalca la importancia de la conciencia política de clase, como uno de los factores subjetivos que intervienen en la construcción política de sujetos. Sujeto revolucionario como “clase para sí”, es “por esencia”

quien busca la transformación de su realidad material.

Para superar esta dicotomía de manera dialéctica, se debe partir desde la base de que son las condiciones materiales y objetivas las que condicionan (condicionan, no determinan) la existencia objetiva de una clase con propensión a asumirse como revolucionaria. Pero para tomar ese posicionamiento político, se requiere la adquisición de niveles mínimos de conciencia política respecto a las diversas formas de dominación y opresión que sufre cotidianamente y que le permita reconocer su potencial para transformar dicha realidad. Si bien, no se es naturalmente revolucionario, se reconoce una tendencia espontánea que emana de la vivencia cotidiana –pero que no se reduce mecánicamente a ella– de la explotación, dominación y/u opresión, *“cuando yo me sindicalizo en una empresa que no existía sindicato, no es porque yo me creo revolucionario, es por la contradicción misma de la explotación que estoy viviendo, me adjunto a tomar posiciones como clase, “esto no está bien”. Entonces, en su proceso inicial, efectivamente todos surgimos desde una disposición de conciencia, [el reconocimiento de que] esto no está bien, donde esa orientamos esa conciencia adquirida, es la adquisición de nuestra conciencia de clase”* (Participante 4, Grupo 1). Se trata de un “salto de conciencia” que, como dijimos, ni es natural ni emana mecánicamente de la vivencia cotidiana de la explotación. Este “salto de conciencia” permite el devenir desde la “disposición de conciencia” política hacia un posicionamiento político específico que se vive de manera individual. *“El sujeto revolucionario existe por las condiciones materiales, objetivas, de, como, que una clase te explota sobre otra, entonces ya está dentro como de la realidad objetiva pero sí creo que pasa como esa construcción, de ese salto de conciencia, por si es una parte espontánea pero esa parte espontánea yo la veo más ligado a lo individual del proceso que tú haces para convertirte, o ya tomar como posición de revolucionario o revolucionaria”* (Participante 2, Grupo 1). Que dicho posicionamiento político sea un posicionamiento de clase requiere de una intervención consciente, “debe construirse”. Se trata de un proceso intencionado por los revolucionarios organizados, que juegan un papel de vanguardia (*“en ese sentido, juega un rol clave creo yo la organización de clase, sea una vanguardia o un conjunto de vanguardias”*, Participante 1, Grupo 1), y cuya práctica política

supera la mera consecución de objetivos cortoplacistas, dándole una conducción a la lucha, que la encauza y evita la dispersión de energía que puede significar el espontaneismo¹⁴. Por tanto, las condiciones materiales generan cierta “disposición de conciencia” hacia posiciones políticas, donde el “salto de consciencia” debe ser intencionado por los revolucionarios. Se trata de un “rol revolucionario” de “disputa de las conciencias” con los sentidos comunes instalados por la hegemonía del capital, para elevar los niveles de politización del propio sujeto revolucionario¹⁵. El rol de los revolucionarios en esa disputa de conciencias, debe permitir visualizar los problemas particulares, en relación a su matriz estructural, y reconocer la intencionalidad de nuestra acción política, orientada hacia objetivos, enmarcada en una táctica-estrategia, que visualiza un horizonte de lucha.

Sobre la centralidad de la clase trabajadora

Aun cuando se cuestiona la premisa de que la primacía de la relación contractual y la condición de asalariado por considerarse insuficiente para la definición de un sujeto revolucionario, el estatus de la clase trabajadora en la noción de sujeto revolucionario goza de un consenso transversal: se reconoce la centralidad de la clase trabajadora, el carácter estratégico de la organización de las y los trabajadores en un proyecto revolucionario, por su capacidad de controlar los medios de producción, lo que la convierte en la “fuerza dirigente”, que constituye la columna vertebral de una fuerza social revolucionaria.

El nudo de discusión que no logro resolverse, tiene que ver con la articulación y/o relación de la clase trabajadora, con las “otras

14 “tenemos ejemplos de que la espontaneidad gira rápidamente en torno a la dispersión de energía acumulada, cuando actúa espontáneamente sin conducción puede suceder lo que paso el 2011, lo que paso en Freirina, en Chiloé, que son objetivos cortoplacistas, que tienden a decaer rápidamente. En ese sentido, el sujeto revolucionario debe organizarse en miras a una perspectiva más allá de objetivos cortoplacistas...” (Participante 1, Grupo 1).

15 “premisa yo creo que el rol fundamental que cumple el sujeto que se define como revolucionario es la disputa de las conciencias, un primer paso es la disputa de las conciencias” (Participante 4, Grupo 1).

partes de la clase” (campesinado, estudiantes, pobladores, pueblos originarios, etc.). Se identifican, grosso modo, dos posiciones que no logran confluir claramente en una síntesis política:

i) Por un lado, se establecen diferencias en el seno del sujeto revolucionario en función de roles transitorios que un individuo juega durante su vida, por ejemplo, se afirma que *“el sujeto revolucionario no es solamente el trabajador, el sujeto revolucionario puede ser también los estudiantes, pueden ser también los campesinos, pueden ser también los que viven en la ciudad, y pueden ser también un montón de actores más”* (Participante 3, Grupo 1), disociando al estudiante del trabajador, al poblador del trabajador, al jubilado del trabajador, como si no fuesen roles suplementarios, que muchas veces se sobreponen. Se autonomiza y subjetualiza cada uno de esos roles, los que devienen en sujetos específicos y diferenciados de la clase trabajadora.

ii) Por otro lado, se concibe esos otros actores como “otras facetas” de la propia clase trabajadora, que juegan un rol táctico-estratégico en el proceso de acumulación de fuerzas, *“cuál es el rol que cumplen los estudiantes dentro del desarrollo de acumulación de fuerzas, cual es el rol que van cumpliendo los pobladores dentro de esto, y desde allí uno puede visualizar claro, el sujeto estratégico, ligado al tema de la capacidad de controlar los medios de producción, efectivamente tiene un rol importante, y es importante que la fuerza social revolucionaria, el partido revolucionario, ponga allí su apuesta en ese sentido de poder generar el gallito de fuerza, pero también son roles importantes los que cumplen las otras partes, la otra parte de la clase, que son los estudiantes, los pobladores, los que cumplen un rol táctico de desarrollo, de acumulación de fuerzas (...) esa línea de acumulación son las distintas personas orgánicas o políticas que van surgiendo con una disposición revolucionaria, para transformar esta realidad pero sin una, sin*

un común encuentro de desarrollo político, cotidiano, de trabajo, etc., etc., que creo yo que debe ser el sentido del proceso inicial, de que esa acumulación de experiencia, como de conciencia revolucionaria, y de disposición como de sujeto...” (Participante 4, Grupo 1).

Ambas perspectivas dejan abierta al menos dos preguntas respecto a la manera en qué se articulan las luchas políticas/sociales entre esas diferentes “partes” o “facetas” de la clase trabajadora que se identifican: ¿Se trata de una alianza meramente instrumental o de una unidad orgánica y sustantiva? ¿Cómo se determina la fuerza dirigente del proceso de lucha?

Sobre el feminismo de clase

El proceso de transformación y construcción del socialismo requiere de reflexiones políticas y prácticas sociales acordes, que en perspectiva emancipadora se propongan la anulación y superación de las prácticas, instituciones y discursos que reproducen la subordinación de las mujeres en la sociedad en su conjunto, al interior de nuestras propias organizaciones, y de nuestros propios comportamientos cotidianos para afrontar el desafío de la emancipación humana de toda forma de explotación, dominación y/u opresión¹⁶. *“¿Qué hacer, en el actual estado de las cosas, donde sabemos que las relaciones sociales están mediando por un sistema de organización patriarcal de la economía y la sociedad, donde la mujer ocupa un rol económico y social, inferior, inferiorizado, desacreditado, y donde su capacidad de participación y adquisición de conciencia política está permanentemente bloqueada por una estructura de comportamiento social muy difícil de observar, de identificar, y sobre todo, de transformar?”* (Monitora, Grupo 3). Se trata de una perspectiva que exige

16 *“históricamente para la franja revolucionaria, situarnos sobre el tema, y de allí la importancia yo creo que de este debate en torno al tema de la lucha anti-patriarcal y la lucha del feminismo en este último periodo, para poder empezar a desarrollar las reflexiones políticas necesarias y conductas políticas acordes a lo que será el proceso revolucionario y de transformación, en lo individual y en lo colectivo”* (Participante 4, Grupo 1).

cambios profundos en la forma de hacer política de la izquierda revolucionaria, a nivel de la *estructura organizativa* de nuestras organizaciones y de una necesaria formulación de un *feminismo como proyecto de clase*.

Respecto a la *estructura organizativa* de nuestras organizaciones (infraestructura, disposición espacial de equipamiento, metodologías de trabajo y discusión política, etc.) es pertinente identificar sus múltiples falencias: no intenciona una participación real y en igualdad de condiciones para hombres y mujeres; no se diseñan instancias que consideren los impedimentos sociales y culturales que impiden a las mujeres una participación plena, para transformarlos y superarlos. Por ejemplo: la carga del trabajo doméstico y el cuidado familiar que recae sobre las mujeres e impide su participación activa, mientras que los hombres pueden asumir roles protagónicos precisamente porque se desentienden de esas responsabilidades delegándolas en sus compañeras¹⁷. Se plantea la necesidad de revisar

17 “incluso al momento de desarrollar este tipo de espacio tampoco te voy pensando en las compañeras que no pueden asistir porque el horario que esta, tendría que venir con los cabros chicos, con el desarrollo intelectual pero también participativo de lo que es la izquierda revolucionaria, ha sido muy difícil asimilar la participación de las compañeras en un rol protagónico, teniendo un protagonismo en su desarrollo particular, de experiencias políticas y también en el desarrollo de la masificación de esta lucha revolucionaria. Creo que hoy día no solamente nuestra preocupación debe estar en los espacios de empoderamiento de las compañeras, tiene que estar ligado también a entender la estructura organizativa que uno va desarrollando, que sea acorde a la participación real de ambos, de ambos actores, de ambos sujetos, las mujeres y el compañero (...) y les pongo un ejemplo muy simple, pero necesito que la preocupación debe ser permanente, que las compañeras quedan embarazadas, y se genera todo un proceso que el avance que habían tenido las compañeras en todo, porque la organización y el desarrollo político donde uno converge activamente no es capaz de asimilar esa realidad, natural, de los compañeros y compañeras, para el hombre y la mujer es la cosa, se y sin duda asumo claramente, que las compañeras tienen un sin fin de mayores complicaciones, a lo que yo me refiero es que hoy día en las organizaciones políticas y sociales, no hemos sabido dar bien la lectura al tema, de cómo vamos a poder aplicar realmente una lucha contra el patriarcado, ni no solamente en la interna en nuestras casas y el deber cumplido, el deber, el saludo a la bandera que uno puede estar haciendo en la organización, realmente no sé, estar con los niños, no son las cosas más importantes, más de trasfondo, que efectivamente estamos muy al debe en general, y estamos al debe porque tampoco hemos sido capaces de incluir a las compañeras de mejor manera, o sea, hoy día aquí en este tipo de espacios, no sé si yo, por la infraestructura, las capacidades, pudiese haber estado

las “instancias en las que nos organizamos, la cual facilite, la cual garantice, una real participación de ambos grupos, de hombres y de mujeres” (Participante 3, Grupo 1) y planificarlas considerando esta realidad, generando nuevas condiciones para la participación de las mujeres. De esta manera, se pueden ir superando las “cargas simbólicas y energéticas muy fuertes para la denostación de las mujeres, por su capacidad intelectual, por nuestra capacidad intelectual, por nuestra capacidad política, por nuestra supuesta capacidad de desarrollo emocional por sobre una capacidad intelectual que se supone como patrimonio del género masculino” (Monitora, Grupo 1) que operan y que no son fáciles de identificar. Estas cargas simbólicas y energéticas hoy permean en nuestras formas tradicionales de organizarnos, y la reproducen. Por ello la relevancia de repensar nuestras estructuras organizativas.

Superar las *estructuras organizativas* actuales que denostan la capacidad política de las mujeres, superar la invisibilización y ocultamiento de la violencia machista y patriarcal al interior de nuestras organizaciones, requiere como correlato un *feminismo de clase* como proyecto político que no subordine la lucha contra el patriarcado a la “contradicción principal” entre capital y trabajo. Son estos vicios de la izquierda revolucionaria los que han alejado a las militantes feministas de sus filas y permitido el auge de corrientes feministas burguesas, de corte liberal o post-modernista. En palabras de una de las propias compañeras participantes “*parto de una autocrítica de la izquierda revolucionaria, que no se hace cargo de ciertos temas, demandas, como fundamentales, como lo es el patriarcado, el machismo y la violencia que ha sufrido la mujer a lo largo de la historia. Hace 10 años, 15 años, la izquierda revolucionaria no se hacía cargo, no con-*

en las publicaciones, no sé, guardaría para los niños, no sé, para que vengan las compañeras, no sé, muy simple, lo digo en el sentido de que uno mismo va generando estructuras y va generando espacios que efectivamente no son fáciles de llevar para las compañeras, asumiendo que la gran problemática, que los compañeros que son muchos, estamos acá y los hijos están con sus mamás, cachai, pero nosotros estamos acá, y las compañeras no pudieron traer al compañero, porque pucha que hacemos con el cabro chico, entonces creo que la misma estructura, el mismo funcionamiento, nuestra misma dinámica ha generado que quizá intentamos de pelear permanentemente pero en lo concreto no diseñamos nada en pos de esa realidad...” (Participante 4, Grupo 1).

versaba, porque no era prioridad en los temas, y los compañeros, hay que decirlo, también los compañeros eran súper machistas, y todavía sigue existiendo pero han habido avances, entonces, en ese sentido al que no se haga cargo la izquierda revolucionaria, da para que corrientes pequeño burguesas, posmodernistas, un feminismo burgués, liberal, sea el que prime” (Participante 2, Grupo 1).

Construir el *feminismo de clase* necesario requiere que en todos y cada uno de nuestros espacios de convivencia cotidiana, se levanten organizaciones de mujeres, que en todos y cada uno de las organizaciones sociales y políticas, se levanten círculos de mujeres. Son ellas quienes tienen que jugar el rol protagónico en la lucha contra el patriarcado, y señalar el camino a transitar por las organizaciones revolucionarias. No se trata de “separatismo”, más bien, de reconocer que es pertinente y necesario que las mujeres construyan sus propias organizaciones para luchar contra el patriarcado *“desde la cotidianidad, y que desde nuestros diferentes trabajos, ya sea en el sindicato, en el centro de alumnos, en la federación, que se yo, en la población, trabajemos lo que es el feminismo desde los instrumentos que sean, particularmente nosotros tenemos un círculo de mujeres en la población, y se trabaja desde lo teórico y desde lo práctico que es la realidad misma que vivimos las pobladoras, por el patriarcado, el machismo y las diferentes expresiones de violencia, entonces, si creo que tienen que existir espacios de mujeres para poder ir tomando conciencia, problematizando lo que es la violencia en el machismo, el patriarcado, ir formándonos, autoformándonos, en lo que es el feminismo, y también generar espacios propios, organizativos, como de mujeres”* (Participante 2, Grupo 1).

La construcción de este *feminismo de clase* como proyecto político no debe, por tanto, i) desanclar la lucha contra el patriarcado de la lucha contra el capital, esto es, comprenderlas como luchas conjuntas debido a la yuxtaposición de ambas formas de explotación y opresión sobre las mujeres. Desentenderse de la explotación económica y de su sesgo de clase, transforma el feminismo en una lucha separada, *“no voy a decir que la lucha de clases está por sobre todas las cosas, como lo dicen ciertas organizaciones o personas, no, sino que son conjuntas, yo no puedo pretender solo estar discutiendo sobre el feminismo si también existe una explotación como clase, entonces*

allí no creo que tengan como que las luchas ser separadas” (Participante 2, Grupo 1); ii) situar a los hombres como el enemigo de su lucha y no como compañeros en el camino hacia la emancipación. No se trata de que sean luchas *“solo de las mujeres y que no podamos incorporar a los compañeros, o sea, de lleno, la lucha no es de mujeres solamente, pero si tenemos que ser protagonistas porque somos quienes hemos vivido la violencia, y por lo mismo, allí pasan cosas que uno, ustedes nunca van a entender lo que ha vivido una mujer a lo largo de su historia, ya que desde la infancia te violentan, eso nunca lo van a entender porque no existe entre ustedes, pero no es ponerse en una postura sobre, como que son nuestros enemigos o no pueden ir a la par con nosotros en esta lucha, eso hay que erradicarlo por lo menos si queremos construir un feminismo de clase, eso es lo principal como organizaciones revolucionarios”* (Participante 2, Grupo 1); iii) asimismo, es un retroceso diluir la necesidad de cambios estructurales en procesos de deconstrucción individual, como ocurre con el discurso de la deconstrucción de la masculinidad, considerando que el cuestionamiento que los hombres tienen que hacer respeto a sus privilegios tiene sus límites. En este sentido, *“que los compañeros también se vayan dando cuenta de los privilegios que tienen, en que hay posturas que dicen “no, es que tienen que eliminar sus privilegios”, pero eso igual es como... no es absurdo, pero hay cosas que por más que el compañero diga, “no, yo quiero ganar lo mismo que mi compañera de trabajo”, no pasa por él, pasa por cosas mayores de privilegio que, si bien pueden ir eliminando, pero hay otros que ya son a nivel de cambios estructurales de la sociedad”* (Participante 2, Grupo 1). La opresión patriarcal se ancla y reproduce en estructuras sociales que requieren de transformaciones profundas para dejar de operar: no basta que los hombres se deconstruyan sino transformamos revolucionariamente el mundo.

Reflexiones finales

En torno a las nociones de la *relación dialéctica entre condiciones materiales y subjetivas*, la *centralidad de la clase trabajadora*, y *feminismo de clase*, se fue caracterizando el proceso de constitución de sujetos políticos para un proyecto de transformación revolucio-

naria de la realidad, un *sujeto revolucionario*.

En primer lugar, se destacan como consensos una aproximación al proceso de constitución de sujeto revolucionario que supone una relación dialéctica de las condiciones materiales y subjetivas, superando posiciones que sobrevaloran parcial de una de esas dimensiones para una definición de conjunto, los *reduccionismos economicistas* o *reduccionismos politicistas* que destacan como reconocimiento de desviaciones en el análisis concreto. De esta manera, aun cuando se comparte la necesidad de constituir un sujeto revolucionario que sea plural, diverso y heterogéneo, se hace sobre el reconocimiento transversal de la centralidad de la clase trabajadora como columna vertebral de dicho sujeto revolucionario, como su “fuerza dirigente”. Finalmente, el rol de vanguardia como intervención intencionada para pasar de “disposición de conciencia” a posicionamientos políticos revolucionarios, a través de “saltos de conciencia”.

Cabe destacar, también, la discusión intencionada sobre *feminismo de clase* que se propuso como provocación a los diferentes grupos, que permitió abordar los diferentes vicios que históricamente ha cargado la izquierda revolucionaria en torno a la lucha contra el patriarcado (la subordinación de dicha lucha a la contradicción principal entre capital y trabajo, el ocultamiento e invisibilización de la violencia machista en su interior, el rol secundario de las compañeras en las responsabilidades políticas, etc.) y que decantó en el reconocimiento de cambios profundos en las *estructuras organizativas* de la izquierda revolucionaria y de elementos que debiesen ser constitutivos de un *feminismo de clase como proyecto político* capaz de disputar posiciones liberales o posmodernas que han ido agarrando fuerza. Sin embargo, sigue siendo pertinente profundizar estas discusiones principalmente en torno al contenido político, programático y reivindicativo de feminismo de clase.

En segundo lugar, la discusión grupal develó discrepancias sobre las que es necesario seguir profundizando en instancias futuras. La discusión en torno a la primacía de las condiciones materiales, de la inserción funcional de un sujeto en la estructura productiva en la determinación del sujeto revolucionario, o de la primacía del factor subjetivo, de la “capacidad de golpear más fuerte” que entrega la po-

litización, la organización y determinación de un grupo social cualquiera, puede ser superada en la medida que se comprende como una relación dialéctica, pero no resuelve ni identifica las maneras concretas en las que se articularan diversos actores en relación de antagonismo para la constitución de un sujeto heterogéneo, diverso y plural, bajo la dirección de la clase trabajadora como fuerza dirigente. Dicha discusión debe ir de la mano de aclarar la manera en que se concibe la relación entre la clase trabajadora y las “otras parte de la clase”: o se les subjetualiza y aparecen como sujetos autónomos y diferentes a la clase con los cuales articularse o se les comprende como parte constitutiva de la clase trabajadora, como miembros de la clase trabajadora cumpliendo transitoriamente otros roles que los exponen a otras expresiones de la dominación de clase diferentes a la explotación capitalista. Asimismo, en el proceso de constitución de sujeto revolucionario, ¿la articulación entre la clase trabajadora y otros actores que sufren diversas formas de opresión y/o dominación tiene un carácter instrumental o se trata de articulación sustantiva? ¿Cómo se define quien asume una posición de fuerza dirigente? Son algunas de las preguntas planteadas para futuras discusiones.

SESIÓN #4:

PRESENTE Y PROYECCIONES DE LAS ORGANIZACIONES REVOLUCIONARIAS

La realización de la cuarta sesión de Seminario Taller #4: Organización de clase, abrió un espacio de discusión y reflexión política en torno al presente y las proyecciones de las organizaciones revolucionarias. ¿Es necesaria la organización política revolucionaria para la lucha social? ¿Qué tipo de organizaciones políticas nos exige la realidad? La intención fue provocar un cuestionamiento en torno a las respuestas tradicionales que la izquierda revolucionaria le ha dado a dichas interrogantes y esbozar respuestas que nos entreguen categorías analíticas para pensar procesos de construcción partidaria.

Esta síntesis de la discusión política se realizó sobre la base de las discusiones de cuatro de los grupos formados durante el mo-

mento taller. En el caso de dos de esos grupos, tenemos a nuestra disposición los apuntes de sus respectivos monitores (Grupos 1 y 2), y en otros dos grupos contamos con la transcripción de grabación de audio (Grupos 3 y 4). Con dichos materiales a mano, se realizó un análisis de comparación y contraste entre las categorías y sus relaciones que se extrajeron de la discusión. Si bien la mayoría de las citas textuales a las discusiones grupales explicita el número del participante que emitió cada opinión y el número de su grupo de discusión, habrá casos donde no fue posible identificar al participante producto de que no fue indicado en los apuntes del monitor.

La *unidad política entre organizaciones revolucionarios y sujeto revolucionario* es el objetivo estratégico para superar el actual estado de dispersión entre revolucionarios y revolucionarias, que debe cimentarse sobre una base **ética común**. La apertura de procesos de *construcción partidaria de organizaciones de nuevo tipo* debe considerar las “definiciones orgánicas”, sus formas o estructuras orgánicas, y los *métodos de inserción social* y de *dirección política* que caracterizaran el tipo de vinculación entre organizaciones revolucionarias y sectores sociales o espacios locales de trabajo. Sobre la base de estos elementos, se profundizarán discusiones en torno a cómo concebir estructuras orgánicas que atiendan a los desafíos que el feminismo de clase le plantea a las organizaciones revolucionarias, respecto al carácter de vanguardia de las organizaciones, el papel del centralismo democrático, etc.

Sobre la Unidad

El escenario de la izquierda revolucionaria actual se caracteriza por su dispersión, disgregación, atomización. Nuestro estado y condición actual es el de un “archipiélago de organizaciones”, situación que nos mantiene debilitados. *“Entonces yo creo que el hecho de que haya heterogeneidad y haya atomización, es la situación de fuerza en la que hoy día nos tiene el modelo (...) es una situación de debilidad, que no debiera seguir existiendo en el tiempo, que ha mantenido la debilidad de los revolucionarios así como en general”* (Participante 3, Grupo 4). Si bien se reconoce la dispersión, disgregación y ato-

mización de las organizaciones de izquierda revolucionaria como expresión de nuestra debilidad y descomposición como sector, se entiende que es un hecho objetivo sobre el cual hay que trabajar, ni negándolo ni haciendo apología de la diversidad y la diferencia. El desafío es pasar de la heterogeneidad a la construcción de partidos como tarea a mediano y largo plazo. Dicho propósito, requiere, en el actual contexto, generar lineamientos básicos que orienten a las organizaciones revolucionarias¹⁸, respetar las identidades propias que las organizaciones han ido construyendo¹⁹, y generar las condiciones de confianza en la lucha, en una práctica revolucionaria en la que las organizaciones se van encontrando²⁰.

En este escenario de “archipiélago de organizaciones”, la unidad a la que debemos aspirar es a la *unidad política del sujeto revolucionario*, la unidad concreta y real entre las organizaciones políticas revolucionarias y sujeto revolucionario, *“la unidad, debe ser la unidad con el pueblo, no la unidad entre las izquierdas”* (Participante 3,

18 “Pero tener un concepto básico, lineamientos en común para poder trabajar y eso como primera parte como organización, como atisbos de una organización para el futuro, para poder hacer un partido de la revolución”, (Participante 1, Grupo 4).

19 “Qué partido único vay a formar si todos tienen sus individualidades, todos tienen su, hasta ego, las organizaciones tienen su propia identidad y es válido. Yo respeto a los compañeros guevaristas que tienen su identidad con el guevarismo, los compañeros de la AIT que tengan su identidad como organización, nosotros como CUR tienen que respetarnos nuestra identidad, y en algún momento vamos a bajar las banderas y nos vamos a fundir en una sola organización, pero para eso tienen que haber condiciones, tienen que haber confianzas, tiene que haber practica revolucionaria”, (Participante 1, Grupo 4).

20 “porque en la calle nos encontramos, nos encontramos mucho más fácilmente, porque, porque la lucha persiste, no se ve en otros aspectos, para mi es súper importante que la discusión encerrada entre pocas personas, o entre muchas personas encerradas, que no tienen correlación directa con las luchas concretas son estériles. Y la lucha concreta nos da a todos una cantidad de enseñanza que el debate nunca las va a lograr. Entonces, allí es donde tenemos que apuntar (...) encontrarnos justamente en la lucha, en la organización de los primeros de mayo alternativos que ya se han convertido en clasistas, por tanto, porque hemos convergido, nos hemos encontrado, nos hemos puesto de acuerdo y hemos hecho cosas en conjunto, solidarizar en las huelgas existentes, participar en conjunto en las luchas de trabajadores y trabajadoras ha sido súper importante y ha limado, ha borrado en esta materia, las diferencias que existen”, (Participante 6, Grupo 3).

Grupo 1). La unidad de parte de organizaciones revolucionarias es necesaria para la consecución de dicha unidad política concreta y real. Sin embargo, si bien se visualiza la necesidad de construcción de partidos, no necesariamente se debe concebir la unidad como la construcción de una estructura orgánica única, de un partido único, pues el campo de los revolucionarios será siempre más amplio y diverso que el campo de los comunistas. Se trata, por tanto, de *“una unidad en la diversidad, esa es para nosotros la diferencia entre el movimiento comunista y el movimiento revolucionario, me parece que el movimiento revolucionario es más amplio, el movimiento comunista tiene que estar al interior del movimiento revolucionario, el movimiento revolucionario tienen cabida ideas distintas y tienen que expresarse esas ideas distintas”* (Participante 6, Grupo 3).

La unidad corresponde, por tanto, a un objetivo estratégico que exige tareas eminentemente prácticas, sobre la base de una ética común. La unidad *“es objetivo estratégico: siempre es un momento pertinente para la unidad. ¿Cómo lo hacemos? ¿Por qué siempre hemos fallado? Es un problema práctico”* (Participante, Grupo 1). Y dicha unidad es inviable si *“no hay punto de encuentro si no se comparte una base ética mínima”* (Participante 3, Grupo 1). Será una base ética compartida sobre la cual se puede proyectar espacios de dialogo y encuentro en la lucha, sin sectarismos, que permitan cimentar confianzas, limar diferencias entre nosotros, compartir lecturas para capitalizar políticamente las lecciones y enseñanzas que cada proceso de movilización social nos deja, y generar adhesión en torno a nuestras ideas al interior de un amplio movimiento social. Sin esa ética común, no hay posibilidades de unidad. Sin unidad, no podremos superar el estado de “archipiélago de organizaciones” para pasar de lo testimonial a constituirnos efectivamente en una amenaza para la reproducción del sistema, *“allí eso significa unificarse, juntar fuerza, existir para pelea, y no para pelear únicamente testimonialmente como esa cuestión un poco católica judío cristiana que tenemos, que basta con dar el testimonio, como los santos mártires y ya, ya fuera suficiente. Sino que más que dar ese testimonio, nosotros lo que tenemos que hacer es avanzar en constituirnos en una amenaza, en algo que provoque un problema, primero, una piedra en el zapato para de a poco ir construyendo una alternativa de poder.*

Entonces, otra de las cosas fundamentales que faltan es la disposición a, en la práctica, encontrarnos sin sectarismos y sin la camiseta muy puestas, porque al final, como existen muchas organizaciones, ah, prima la camiseta, la camiseta como que se mete en la piel y que te molesten a ti o a alguien de tu organización, se crea una cuestión así como muy irracional de defensa y que entraba los procesos de construcción de organización mucho más poderosa. Entonces también, esto de encontrarnos en la práctica sin sectarismos y dispuestos efectivamente a la unidad es fundamental...” (Participante 5, Grupo 3).

Con la base mínima de una ética compartida, ¿en torno a qué generar procesos de unidad? ¿Unidad en torno a una estrategia compartida (“*se necesita una ética común sobre la cual construir una estrategia compartida*”, Participante 3, Grupo 1)? ¿Unidad en torno a un programa consensuado? ¿Unidad en torno a ciertos principios transversales (“*unidad pero en torno a principios, no a estrategia. Diferentes caminos pero golpear unidos*”, Participante, Grupo 1)?

Sobre la construcción partidaria de organizaciones de nuevo tipo

La discusión en torno a organización gira o i) en torno a las definiciones orgánicas, las formas orgánicas que debe asumir la organización o ii) en torno a la relación entre organización y sujeto revolucionario, a los “métodos de dirección” de la organización revolucionaria. En este primer momento, nos centraremos únicamente en la primera dimensión identificada, la discusión en torno a “definiciones orgánicas” que hemos conceptualizado como *construcción partidaria de organización revolucionaria*, la que estará cruzada por diversos debates internos: el diseño de *estructuras orgánicas que atienda a los desafíos del feminismo de clase, el carácter de vanguardia, el centralismo democrático* como modelo o como principios, los desafíos de la *profesionalización de cuadros*, el papel del *internacionalismo*.

Pero, previamente, ¿qué es una organización revolucionaria? ¿Qué relevancia le asignamos en la lucha contra la hegemonía del capital?

La organización revolucionaria solo puede concebirse como un instrumento al servicio del sujeto revolucionario, jamás como un fin en sí. Debe ser, por tanto, flexible y adaptable a los requerimientos que la lucha nos vaya planteando²¹, un *“instrumento que se pone a disposición de la clase. Debe ser flexible, debemos estar preparados con elementos para la lucha y la revolución”* (Participante, Grupo 2). El dogmatismo esta en contraposición abierta con el propósito de una organización revolucionaria. Este carácter flexible y adaptable da cuenta de la necesidad de una organización capaz de asimilar los cambios de una sociedad en movimiento, de recrearse continuamente y no anquilosarse en formas que vayan quedando desfasadas a los requerimientos de cada momento histórico. La mejor garantía de esa flexibilidad y capacidad de adaptación es una amplia democracia interna. El *“partido necesita democracia, sino se queda muy reducido a sus instancias centrales y es incapaz de ajustarse a los cambios de escenarios, dinámicos, de los escenarios, y de ejercer una estrategia táctica completa”* (Participante 3, Grupo 4). La discusión, desarrollada más adelante, en torno al centralismo democrático profundiza este aspecto. Cabe destacar, a este nivel de discusión, que la organización revolucionaria debe ser capaz de desarrollar prácticas pre-figurativas y anticipatorias del socialismo en su interior desde ya, experimentando las nuevas relaciones sociales igualitarias que esperamos construir para la sociedad en su conjunto. Esto será clave para repensarse de manera de asegurar una democracia interna amplia y, sobre todo, para atender a los desafíos que el *feminismo de clase* le plantea a la izquierda revolucionaria en términos de *estructuras orgánicas* diseñadas para anular y superar la actual denostación de las capacidades de las compañeras. Dichos desafíos emanan de la realidad de *“convivir con una sociedad adversa a lo ideal. Convivimos con los vicios y la mentalidad capitalista que refuerza su reproducción. La organización debe plantearse vivir el socialismo a su interior,*

21 *“Necesidad de construcción de vanguardia. Sin partido no hay revolución. Necesidad de unidad de parte de organizaciones revolucionarias. Florecimiento despolitizado de la organización social. Debate de hoy no fue tan contundente, no hay claridades en las organizaciones de cómo queremos construir organización, de cómo debe ser el destacamento de vanguardia de la revolución. Quién forma cuadros es la lucha de clases, al calor de la lucha de clases. Hay muchos cuadros dispersos, sin organización. Necesidad de organización flexible y adaptable”*, (Participante 2, Grupo 1).

trabajando la moral del socialismo desde ya” (Participante, Grupo 2). De esta manera, se desarrolla una *disposición ética hacia el proyecto revolucionario* de parte de las y los militantes que les permite ir superando los vicios de la sociedad burguesa desde una práctica cotidiana, clave en la *profesionalización de cuadros* que se caracterizará más adelante.

Se trata, fundamentalmente, de construir una *organización revolucionaria* para la lucha, contra las burguesías nacionales y contra el imperialismo. El carácter revolucionario de una organización, “*es tener un plan estratégico revolucionario, un análisis de las condiciones materiales del momento político, una vía a seguir*” (Monitora, Grupo 3). Se requiere una estrategia revolucionaria, que defina objetivos políticos a corto, mediano y largo plazo, que nos permitan avanzar en la lucha para “cambiar todo lo que tiene que ser cambiado” (Participante 3, Grupo 3). La estrategia corresponde al camino para la consecución de un Proyecto político revolucionario, que da sentido a nuestro quehacer, y permite el desarrollo de una *disposición ética* de la militancia, comprometida, disciplinada, que asume con seriedad sus responsabilidades²².

¿Qué relevancia le asignamos a esta *organización revolucionaria* en la lucha contra la hegemonía del capital?

En primer lugar, busca integrar y sintetizar las luchas del sujeto revolucionario, a través de la participación consciente de sus sectores de avanzada. De hecho, “*el partido para nosotros es así el espacio que viene a sintetizar de alguna manera, o que viene a integrar a los diferentes sectores de avanzada, de distintos sectores del pueblo y de la clase trabajadora se organizan y tienen un dinamismo en función de, como decían en la presentación algunos compañeros, eso tiene un techo, del tema de la reivindicaciones, sí, evidentemente lo tiene, pero*

22 “no milito porque creo que no existe un referente revolucionario hoy día para comprometerme y creo que lo que necesitamos como clase y como movimiento social es una teoría revolucionaria y un quehacer revolucionario, o sea, un compromiso”, (Participante 2, Grupo 3); “Primero creo que hay un factor elemental que les está faltando yo creo que a todas las organizaciones del sector o que se hacen llamar revolucionarias, es como bien dijeron los compañeros anteriormente es un proyecto político revolucionario y la seriedad que estos proyectos políticos merecen tener”, (Participante 4, Grupo 3).

allí está la función entonces de este sector organizado que configura este partido o esta organización y que lo que tiene como tarea es, digamos, el impulso, el empuje, que esto pase de ser una cuestión meramente reivindicativo o una cuestión meramente económica a una cuestión por la liberación de las masas, una cuestión por la libertad” (Participante 4, Grupo 4).

En segundo lugar, el arraigo social y de masas de la organización es el principal antidoto para errores y desviaciones como el sectarismo y el vanguardismo. Es más, debe *“necesariamente tener un arraigo en las masas, sino se queda en sectarismo, en vanguardismo, bueno, en fin, en una serie de ideas o desviaciones, que se utiliza como concepto, que en el fondo lo que hace es que haya una unidireccionalidad, donde estamos nosotros como partido y donde enfocamos o llamamos, nosotros diseñamos acá y el resto recoge y toma. Para nosotros no funciona así, o sea, en el fondo, que hoy por ejemplo, como señala el compañero estén perdiendo el comunal y todo, esa cuantificación cierto que tienen de los datos, significa en el fondo de que dejaron de ser un partido que tuviera arraigo en las masas como lo tuvieron décadas anteriores y que era lo que les daba su potencial y su fuerza, y eso no es solamente el partido suyo, con su carácter programático que pueda tener, sino que eso también aplica para todas las organizaciones que nos planteamos la revolución y que consideramos que debe ser un proceso colectivo” (Participante 4, Grupo 4).*

a) Estructura orgánica que atienda a los desafíos del feminismo de clase

Este proceso de construcción partidaria de organizaciones nuevo tipo de atender a una serie de nuevos problemas políticos a los cuales las formas tradicionales no han sabido responder de manera orgánica. Se trata de la construcción una *estructura orgánica que atienda a los desafíos del feminismo de clase.*

Las estructuras organizativas tradicionales de la izquierda no han logrado dar respuesta a problemas políticos como los que plantea el feminismo y que exige la apertura de reflexiones políticas profundas acompañada de adecuaciones orgánicas. *“Hay una ola de*

nuevos problemas políticos, que se viven en el movimiento social para que la izquierda tradicional, o los modelos de la izquierda tradicional, no tienen respuesta. Y uno de ellos, es el feminismo. A mí me parece muy emblemático el hecho de que la mayoría de las organizaciones de la izquierda, de la izquierda revolucionaria, tienen problemas como de abusos o violaciones, o casos de violencia de género contra mujeres. Y las organizaciones no saben cómo resolver[lo] (...) no hay una reflexión muy profunda en torno a cómo se responde políticamente a ese problema” (Monitora, Grupo 3).

Mientras ello no ocurra, las mujeres tienen la necesidad de validarse a sí mismas en las instancias de discusión política de sus organizaciones *“luchando, educándonos, contrayendo, cachai, y también interviniendo en las decisiones”* (Participante 5, Grupo 3). En palabras de la compañera, deben *“exigir que a las mujeres se nos escuche hoy día, nosotras en nuestra organización, disculpa, tuvimos al principio un problema, que a las asambleas llegaban 60 personas, de las 60 éramos 10 mujeres (...) y cuando llegábamos a nosotras (...) nos daban dos minutos, así que en una asamblea nosotras planteamos el tema, cachai, o nos pescan o nos vamos. A mí respetan o me voy, me voy con todas las organizaciones de mi región. Así nos entendieron”* (Participante 5, Grupo 3).

b) El carácter de vanguardia

La discusión en torno al carácter de vanguardia de las organizaciones revolucionarias de nuevo tipo delimita dos posiciones diferentes en torno a la pertinencia de la categoría de vanguardia. Detrás de la categoría de vanguardia, lo que está en discusión es la manera en que se concibe la relación entre las organizaciones revolucionarias y diversos sectores sociales y/o espacios locales, las relaciones entre el partido y el sujeto revolucionario. Tener esta claridad es relevante para entender que el contenido de la categoría vanguardia se juega, principalmente, en cómo se caracterizan los *métodos de inserción social y los métodos de dirección política* de las organizaciones revolucionarias. Es ese el nivel más concreto donde se caracterizan las relaciones entre organizaciones y sujeto revolu-

cionario, y donde se dota de contenido el carácter de vanguardia. ¿De qué manera quienes defienden la necesidad del carácter de vanguardia piensan de manera diferente la forma en que se relacionan las organizaciones con el sujeto revolucionario respecto a cómo la piensan quienes niegan la pertinencia de hablar de vanguardia? Para profundizar esta discusión política, se recomienda abordar la discusión en relación a la vanguardia en dialogo con el apartado desarrollado más adelante sobre los *métodos de inserción social y de dirección política*.

Por ahora, ¿Cuáles son esas dos posiciones diferentes en torno a la pertinencia de la categoría de vanguardia? Por una parte, se plantea una disociación entre sujeto revolucionario y vanguardia, donde esta última se concibe como ajena y externa al propio sujeto revolucionario, entre los cuales se visualiza una relación dicotómica de carácter antagónico: “¿Quién hace la revolución? ¿El pueblo o vanguardia?” (Participante, Grupo 1), explicitando una asociación mecánica entre vanguardia y sustitucionismo. Desde esta perspectiva, sino se concibe la “*revolución como proceso en el que intervienen millones de personas: auto-organización. Si la vanguardia habla en nombre del pueblo, ¿cómo el pueblo aprende?*” (Participante, Grupo 1).

Por otro lado, la construcción de una organización de vanguardia aparece como una necesidad para enfrentar el escenario de dispersión de fuerzas de izquierda y despolitización de lo social²³. A diferencia de la posición antes expuesta, el carácter de vanguardia no se comprende como algo ajeno y externo al sujeto revolucionario, sino como expresión organizada de los sectores con mayores niveles de conciencia política de clase del propio sujeto revolucionario y su construcción es un problema político y orgánico²⁴. Sin embargo, el

23 “Necesidad de construcción de vanguardia. Sin partido no hay revolución. Necesidad de unidad de parte de organizaciones revolucionarias. Florecimiento despolitizado de la organización social. Debate de hoy no fue tan contundente, no hay claridades en las organizaciones de cómo queremos construir organización, de cómo debe ser el destacamento de vanguardia de la revolución”, (Participante 2, Grupo 1).

24 “Vanguardia como consciencia de los sujetos de su rol revolucionario. Eso no soluciona el problema de hacer carne el programa de la revolución. Hay un problema orgánico, es necesaria una estructura de revolucionarios profesionales”, (Participante, Grupo 1).

partido como organización de vanguardia no corresponde al conjunto del sujeto revolucionario, sino a una parte del mismo: aquel con mayores niveles de conciencia política. Entre el sujeto revolucionario y el partido de vanguardia no hay una relación de identidad absoluta²⁵, sino de identidad relativa²⁶. Si bien el partido no es “*el pueblo organizado*” (Participante, Grupo 2), es parte constitutiva del sujeto revolucionario. El rol de dirección de la vanguardia se refiere a la capacidad de “*plantear un horizonte que orienta al conjunto de la sociedad*” (Participante, Grupo 1), que orienta al desarrollo de las luchas del conjunto de la sociedad.

c) Centralismo democrático: ¿principios organizativos o modelo de organización?

No existe un balance compartido y transversal de la aplicación del centralismo democrático en las organizaciones revolucionarias y su pertinencia para la construcción de las organizaciones que necesitamos, aun cuando existe consenso en torno a la necesidad de construir organizaciones como un fuerte componente democrático. Dicha necesidad de democracia al interior de las organizaciones revolucionarias se fundamenta en base a dos tipos diferentes de argumentos. Por una parte, *argumentos instrumentales*, al destacar como la democracia interna permite a la organización adaptarse de manera más flexible a la dinámica de la realidad. Por otro lado, *argumentos sustantivos*, al destacar como la democracia permite el desenvolvimiento a nivel interno de prácticas que anticipan el tipo de relaciones sociales que se aspira a universalizar a la sociedad en su conjunto. Las discrepancias giran, por tanto, no en torno a la necesidad de democracia interna, sino respecto al centralismo demo-

25 “El partido es el pueblo organizado en su totalidad, no son los revolucionarios organizados. El partido tiene que aprender a escuchar, sino se rompe su rai-gambre con la masa. Es importante el aporte de Gramsci, no construir desde lo fuerte, sino desde lo débil, ese es un papel de la organización”, (Participante, Grupo 2).

26 “Es cierto que el pueblo organizado es la forma ideal de organización. Pero el inicio de esta organización es el papel del partido, no desde la perspectiva de instrumentalizar, sino desde la perspectiva de persuadir, convencer desde lo concreto al pueblo”, (Participante, Grupo 2).

crático como la manera de organizar y dar forma a la vida política democrática al interior de la organización revolucionaria.

Por una parte, una primera posición, ve en el centralismo democrático un modelo de organización interna frente al cual manifiesta resguardos. Resulta perjudicial pretender la aplicación mecánica a nuestra realidad de modelos que en otros contextos resultaron ser exitosos para la lucha de los revolucionarios, *“creemos que hay algunos postulados como que generan una idea mecánica, de verdad, y así como muy obtusa respecto a cómo tiene que ser, y hacemos encajar de repente la realidad en eso, porque pensamos que para eso es lo que hay que construir porque eso es lo antes tuvo éxito”* (Participante 4, Grupo 4). Es necesaria una revisión crítica de las experiencias de construcción partidaria del siglo XX, sobre todo en su dimensión práctica. Evaluar, por ejemplo, la manera en que se ha aplicado el centralismo democrático más que sus formulaciones teóricas, con énfasis en la relación dialéctica entre el componente centralista y el componente democrático de dicha propuesta organizativa. Se trata de *“revisar críticamente como se constituyeron los partidos leninistas a lo largo del siglo XX y hasta el día de hoy desde una perspectiva crítica en donde lo podamos divisar en la práctica antes que en la teoría”* (Participante 5, Grupo 4). Es en la práctica de los partidos leninistas donde se hace visible los problemas políticos que plantea asumir el centralismo democrático como modelo de organización interna pues aparece como una contradicción entre ambos términos²⁷, que reproduce al interior de la organización relaciones de subordinación. Se plantea la existencia de una relación inversamente proporcional entre centralismo y democracia, de manera que a más centralismo, menos democracia y viceversa²⁸. Hay momentos históricos

27 *“centralismo democrático. Contradicción entre centralismo y democracia: hay momentos que exigen uno y momentos que exigen otro. ¿Quién determina eso?”*, (Participante 3, Grupo 1).

28 *“Yo creo que hay varias ideas que hay que criticar a este partido leninista, entre ellas, esta dualidad entre centralismo, centralización, porque yo creo que esta consigna de centralismo democrático, suena muy bonito, pero en el momento de llegar al poder y estar prácticamente solo en un contexto internacional lleno de potencias imperialistas, y seguir por ejemplo, dando un ejemplo práctico, dándole poder a los soviets, quizá hay que privilegiar el tema de la seguridad nacional, y la seguridad de la revolución, antes de, darle cierto poder, más poder democrático, porque hay como*

que exigen un énfasis en el carácter centralizado de la organización, y otros momentos que permiten mayores niveles de democracia interna²⁹, pero “¿quién determina eso?” (Participante 3, Grupo 1). Se percibe como una definición arbitraria.

Por otro lado, para una segunda posición, el centralismo democrático corresponde a principios organizativos antes que a un “modelo” de aplicación a replicar³⁰. Corresponde, por tanto, a un esfuerzo de construcción colectiva de una voluntad única, que a través de sus principios de dirección colegiada, crítica y auto-crítica, unidad de teoría y práctica, etc., puede generar una estructura orgánica capaz de unificar a la izquierda, permitiendo la expresión y superación de las diferencias a través de la discusión colectiva. *“La idea del centralismo es la expresión de una voluntad única, la construcción colectiva de una voluntad única, y esa voluntad única se transforma en acción con un carácter único, que no significa que todos hagamos lo mismo, pero significa que todos tengamos el mismo principio de acción y político, que se aplica de forma creativa y distinta en cada contexto pero se conforma una voluntad única desde el partido”* (Participante 3, Grupo 4). Desde esta posición, se releva la centralización como característica principal, y la democracia, como elemento secundario y subordinado a la centralización, *“para mí la prioridad es el centralismo, después viene la democracia”* (Participante 3, Grupo 4). Sin embargo, el *“partido necesita democracia, sino se queda muy reducido a sus instancias centrales y es incapaz de ajustarse a los cambios de escenarios, dinámicos, de los escenarios, y de ejercer una estrategia táctica completa”* (Participante 3, Grupo 4).

una dualidad allí. A más democracia, menos seguridad, menos democracia, hay una, hay menos, un mayor control frente a agresiones imperialistas, que es una constante que la izquierda va a vivir siempre” (Participante 5, Grupo 4).

29 “¿Leninismo frente a autoritarismo? Tendencias que reivindican leninismo eran estalinistas. Organizaciones centralistas-democráticas no funcionan bien. Entender la forma organizativa en su contexto: la apertura democrática nos permite ciertos lujos. Ojo con crítica acérrima al centralismo: el estamento central es tan profesional como cualquiera de sus células, cualquier célula está en condiciones de asumir el rol de dirección”, (Participante, Grupo 1).

30 “Principios de construcción partidaria: centralismo democrático. No confundir principios con leyes o normas. Esa confusión termina en aplicaciones mecánicas de un modelo sobre la realidad”, (Participante 1, Grupo 1).

¿En qué consiste el componente democrático del centralismo democrático?, “¿Cuál es la idea de democracia para los revolucionarios?” (Participante 3, Grupo 4).

1. Trabajo de síntesis, sistematización y teorización de su quehacer político que realizan las células y que elevan a sus direcciones políticas para la construcción de una línea política, “cada célula o cada unidad del partido que tiene su pega concreta, uno podría decir, le trae información a la instancia central, o sea, tiene trabajo con las masas, hace un trabajo político, hace unidad de teoría con la práctica y saca conclusiones que las lleva a las instancias centrales del partido” (Participante 3, Grupo 4).
2. La interpretación y aplicación de esa línea política a las condiciones concretas de su quehacer, “desde las direcciones centrales del partido emana una línea y la parte democrática tiene que ver con que las unidades puedan interpretar correctamente a las condiciones concretas a las que aplican su práctica esa línea, pero manteniendo la línea” (Participante 3, Grupo 4).
3. Participación en la construcción de la línea como derecho adquirido en relación al compromiso cualitativo del militante en la organización, “el tema de la participación dentro de la construcción de la línea, de cada espacio, de cada unidad, de cada militante, pero yo creo que la participación de cada militante en función de las capacidades que cada uno tiene, es como algo que se gana, no es algo como... allí está la diferencia fundamental con la concepción democrática del modelo, no es una cosa que yo me gane por ser un individuo sino que es algo que yo me llamo por la participación cualitativa que yo tengo en el partido. Si yo lo logro, primero poniendo mi tiempo que es lo mínimo de disciplina, hacer todas las tareas, ir a todas las reuniones, etc., y después la capacidad que yo tengo en la discusión y en la acción práctica me da el derecho de participar en la construcción de la línea” (Participante 3, Grupo 4).

d) Profesionalización de cuadros

Las organizaciones revolucionarias requieren de un proceso de profesionalización de cuadros en términos de su formación política³¹ y del desarrollo de una disposición ética de entrega hacia un proyecto revolucionario³². Las organizaciones políticas no son un “cascaron que debe rellenarse” (Participante 1, Grupo 1), sino que se construyen por militantes de los que se requiere seriedad, compromiso, disposición y disciplina en su participación. La calidad de la organización revolucionaria esta en relación directa con la calidad de sus militantes.

El desarrollo de una disposición ética de las y los militantes hacia un proyecto revolucionario, es el corolario natural “*cuando la conciencia de clase ha adquirido cierto nivel como que no tenemos otra opción que no sea la organización y en ese sentido entonces disponerse digamos física, en la energía, mentalmente, etc., al camino revolucionario implica una disposición ética y moral*” (Participante 4, Grupo 4). Esta disposición ética los interpela a estar dispuestos a la transformación de sí mismos, a través del ejercicio permanente de la crítica y la auto-crítica, para erradicar los vicios y resabios de toda una vida de socialización en los valores burgueses con los que

31 “foco en componente humano. Construcción de partido con énfasis en formación militante. La organización no es un cascaron que debe rellenarse. Principios de construcción partidaria: centralismo democrático. No confundir principios con leyes o normas. Esa confusión termina en aplicaciones mecánicas de un modelo sobre la realidad. La organización precaria impide la profesionalización de cuadros. No se está desplegando una estrategia. Se está desarrollando la militancia para formar los instrumentos organizativos”, (Participante 1, Grupo 1).

32 “Primero creo que hay un factor elemental que les está faltando yo creo que a todas las organizaciones del sector o que se hacen llamar revolucionarias, es como bien dijeron los compañeros anteriormente es un proyecto político revolucionario y la seriedad que estos proyectos políticos merecen tener. Por eso mismo podemos ver lo que mencionaba el compañero anteriormente que existe mucho, no sé si desinterés, pero no hay una disposición al minuto de trabajar por parte de la juventud, o en general, entregar realmente nuestro tiempo para lo que son los quehaceres de la revolución o en el momento más incipiente que estamos nosotros ir poder ayudando de alguna forma para ir desarrollando esta conciencia de la clase que están necesaria para todo lo que nosotros perspectivamos para el futuro. Así que yo creo que eso es lo que falta en este momento: compromiso y conciencia”, (Participante 4, Grupo 3).

cargamos y que extrapolamos a nuestras organizaciones. Cargamos con estos vicios y resabios burgueses pues no estamos ajenos a la realidad de quienes sufren la hegemonía del capital y el patriarcado, al contrario, *“somos parte de todas las contradicciones del sistema, nosotros estamos luchando por construir algún día ese hombre nuevo, pero nosotros no somos ese hombre nuevo, por lo tanto, entre nosotros coexisten muchas contradicciones del sistema. Y esas contradicciones son las que nosotros extrapolamos a nuestras organizaciones sociales y políticas”* (Participante 7, Grupo 3). En otras palabras, las organizaciones revolucionarias necesitan *“mayor militancia a la hora de la crítica y la autocrítica, y en relación a eso también mayor disposición a nuestra propia transformación. Hablo como hombres, como mujeres, nuevas y nuevos. Porque partiendo desde esa base vamos a poder realizar transformaciones más profundas”* (Participante 7, Grupo 3). Pues, la ética revolucionaria nos exige desenvolvernos *“en todos los espacios que nosotros nos desenvolvamos, [sobre todo] al interior de las organizaciones de izquierda”* (Participante 7, Grupo 3) y en todos los espacios de nuestra vida, de manera de actuar acorde a nuestros principios, propugnando ir prefigurando relaciones sociales de nuevo tipo. Se trata de comprender que *“uno es revolucionario las 24 horas del día, los 365 días del año, y no implica estar todos los días en la barricada”* (Participante 6, Grupo 4), sino comportarte de manera cotidiana con consecuencia.

Solo desde esta perspectiva, de la disposición ética para con un proyecto de transformación revolucionaria de la sociedad, puede considerarse la disciplina militante como la realización consciente de nuestra libertad individual, se trata de una *“auto-disciplina”* que *“aparece no como imposición heterónoma sino como expresión profunda de nuestra autonomía. La disciplina militante consciente se funda como expresión de nuestra libertad y como solidaridad para con nuestros pares, “comprendemos la disciplina como un acto de profunda solidaridad entre compañera y compañeros que nos disponemos hacia un objetivo programático que es la sociedad sin clases, la sociedad comunista como último estadio al que nos disponemos...”* (Participante 4, Grupo 4). La militancia política profesional es aquella, por tanto, que asume cada una de sus tareas con responsabilidad y compromiso, por más pequeñas que estas sean, pues si *“dejo de hacer lo que*

consideramos que en el colectivo es importante realizar pero yo no me dispongo a hacerla por tiempo, porque tengo otras prioridades, o por la razón que sea, les estoy achacando esa responsabilidad a otra persona que la tiene que hacer para que se pueda cumplir ese objetivo o sino no avanzamos” (Participante 4, Grupo 4). El criterio es *tareas colectivas, responsabilidades individuales*: si bien *“también consideramos que las tareas son colectivas, nosotros definimos tareas que son centrales para la organización en función de lo que podemos hacer pero la responsabilidades son individuales, y allí cada uno de los militantes en cada uno de los espacios en los que les toque estar o verse en su vida cotidiana incluso tiene la tarea y la responsabilidad de bajar esta línea política a la realidad”* (Participante 4, Grupo 4).

Sin embargo, no todos los problemas políticos y/o orgánicos de las organizaciones se reducen a un problema de ética, moral o disciplina. Sería un error sobrevalorar su relevancia en los diversos problemas políticos y orgánicos por los que cruzan nuestras organizaciones, pues nos llevará a plantear propuestas insuficientes para resolverlos. Si el diagnóstico es *“que el problema es solo de disciplina o de moral revolucionaria”* (Monitora, Grupo 3), la solución al problema no puede ser otra que *“entonces, hace falta moral para llevar adelante los espacios, o hace falta disciplina de los compañeros”* (Monitora, Grupo 3). Es *“difícil es exigirle disciplina a los compañeros cuando no tenemos claridad política en la pega que estamos haciendo (...) A mí, para mí, a la izquierda le hace falta una estrategia política determinada, o al menos, el principio de una discusión estratégica-política en la izquierda. Yo creo que eso no está presente, y lo otro que creo, es que a las organizaciones le hace falta democracia interna...”* (Monitora, Grupo 3). Se requiere un quehacer con objetivos políticos claros y altos niveles de democracia interna para intencionar el compromiso y la participación de nuestros compañeros y compañeras.

Respecto a la formación política integral de la militancia, hay que comprenderla como resultado de la interacción del estudio individual y colectivo, que entrega una base teórica y metodológica, junto a la práctica revolucionaria, de intervención consciente sobre el desarrollo de la lucha de clases. No concebir los procesos formativos como si la pura práctica revolucionaria fuera suficiente en si misma (*“quién forma cuadros es la lucha de clases, al calor de la lucha de*

clases”, Participante 2, Grupo 1), ni pensar la formación desanclada del trabajo práctico de la organización, como si fuera un quehacer alternativo o sustituto de la práctica revolucionario (*“la formación de cuadros no debe ser una alternativa a la práctica revolucionaria”*, Participante 6, Grupo 1). Pues, esa misma práctica, tiene un fuerte componente formativo en si misma

e) Internacionalismo y latinoamericanismo

Si bien, la dimensión de la lucha se da en el plano nacional, en alianza con otras naciones al interior de los Estados-nacionales, un proyecto revolucionario debe contemplar una dimensión internacionalista y latinoamericanista en la lucha contra la hegemonía del capital y el patriarcado y de construcción del socialismo. *“Esta organización revolucionaria no solamente con un carácter nacional o digamos en alianza con otras naciones, como miembros de la nación mapuche también, sino que con un carácter internacionalista. Y eso me parece que también es una importante reflexión que se saca de la revolución rusa (...) Nosotros hoy día nos enfrentamos a la burguesía pero también al imperialismo, cierto. Entonces no podemos combatir digamos una y la otra no”* (Participante 4, Grupo 4).

El consenso transversal en torno a la relevancia de una dimensión internacionalista del proyecto revolucionario, se fundamenta en la convicción de que procesos de alcance latinoamericano son necesarios para la sostenibilidad de una revolución y por el imperativo ético de solidaridad activa con las luchas que la clase trabajadora y los pueblos del mundo brindan por su emancipación. Aún cuando *“antes han habido errores (...) no implica que hoy no podamos desarrollar o no podamos pensar en partidos con este carácter internacionalista entendiendo que de otra manera, está destinado prácticamente al fracaso, sin ir más lejos, tenemos la revolución cubana que es el ejemplo más cercano, en el tiempo y geografía que tenemos, quedo así en el fondo anclado a lo que pudo desarrollar en la isla, debido a que no pudo desarrollar un esfuerzo internacionalista para que pudieran fomentar digamos un proceso de mayor amplitud...”* (Participante 4, Grupo 4).

Los reparos con la experiencia histórica de las Internacionales en el movimiento comunista internacional, no son excusa para abandonar esa dimensión de la lucha, sino para repensar la manera en que las organizaciones políticas revolucionarias abordan esta dimensión internacionalista de su lucha, principalmente, en las siguientes dimensiones.

Por una parte, la utilización de las internacionales como herramientas para la política exterior de sus centros políticos (Moscú), *“esta internacional leninista que lo que buscaba era un control centralizado por parte de la Unión Soviética (...) se intentaba preservar el socialismo en la Unión Soviética mientras hay pequeños levantamientos en otros países mediante estos pueblos pero con el pos de que no invadieran este gran centro industrial que era la URSS y dejando en segundo plano al resto, yo creo que allí también hay un error de lectura que se desprende de esta idea internacional del partido, y que es un error practico que ocurre”* (Participante 5, Grupo 4).

En segundo lugar, la utilización de las internaciones como herramientas para universalizar ciertos modelos de organización y estrategia, tendientes a estandarizar las luchas en diferentes contextos, *“seguir este modelo soviético e imponerlo a otros países ciertos modelos de liberación (...) mostro su gran torpeza política en cuanto intentar mostrar un camino que no era adecuado a cada realidad nacional, por ejemplo, acá como ya fue la revolución entonces sigámoslo como si fuera un manual, un modelo exportado”* (Participante 5, Grupo 4). Ahora, si bien *“las revoluciones no se exportan, los modelos no se exportan, solo los principios más abstractos”* (Participante 3, Grupo 4), el ejemplo heroico de lucha de los pueblos universaliza valores y principios que orientan el camino de todos las y los revolucionarios del mundo.

De esta manera se establece la diferencia entre la responsabilidad de cada organización revolucionaria de mantener relaciones internacionales con otras organizaciones y Estados revolucionarios, *“tener espacios de intercambio de debates, así como análisis (...) [y compartir] el montón de recursos, tienen un montón de elementos que les pueden aportar cualquier movimiento revolucionario”* (Participante 3, Grupo 4), frente a la lógica de adscripción a una internacional como una sección política de dicha organización, siguiendo *“el modelo de estructura*

con secciones, de estructura internacional con secciones” (Participante 3, Grupo 4).

Sobre los métodos de inserción social y los métodos de dirección política

Ya destacábamos que la discusión sobre organización giraba o i) en torno a las definiciones orgánicas, las formas orgánicas que debe asumir la organización o ii) en torno a la relación entre organización y sujeto revolucionario, a los “métodos de dirección” de la organización revolucionaria. Esta segunda dimensión corresponde al objeto de este apartado. Asimismo, ya advertimos respecto a la relevancia de esta discusión en relación a la categoría de vanguardia, en la medida en que este es el nivel más concreto de pensar la vinculación entre organizaciones sociales y políticas, entre las y los revolucionarios y el sujeto revolucionario. ¿De qué manera quienes defienden la necesidad del carácter de vanguardia piensan de manera diferente la manera en que se relacionan las organizaciones con el sujeto revolucionario respecto a cómo la piensan quienes niegan la pertinencia de hablar de vanguardia? Vemos que no hay diferencias al respecto: el carácter de vanguardia de las organizaciones revolucionarias decanta en una caracterización de la relación entre organizaciones revolucionarias y sujeto revolucionaria que genera consenso transversal, en los *principios reguladores transversales* que se desarrollaran a continuación.

A modo de diagnóstico, se reflexiona en torno a las características diferentes que asume en cada sector social la vinculación entre la organización revolucionaria y el sujeto revolucionario, develando una serie de problemas en nuestros actuales *métodos de inserción social y dirección política*. Se diagnostica, por ejemplo, en el ámbito sindical, una vinculación episódica y superficial, en conflictos de algidez puntual, sin continuidad real de trabajo ni proyecciones de la vinculación³³. Otro ejemplo, en el ámbito territorial, donde prima un

33 “por ejemplo yo creo que desde el trabajo sindical, mucha de las organizaciones que han empezado a desarrollar trabajo en torno a eso o no sé en alguna huelga en todo eso, siempre el trabajo termina siendo muy superficial, en el sentido de que quizá se da apoyo en la huelga, que es lo menciona así como un análisis global

exceso de voluntarismo al momento de insertarse en un territorio, sin la claridad para impulsar procesos de diagnósticos participativos que permita realizar trabajos que hagan sentido³⁴. Se recalca la prioridad estratégica del trabajo territorial para la reconstrucción del campo popular: es el territorio el espacio de encuentro de la clase trabajadora, “*donde nosotros nos encontramos con estudiantes, trabajadores, mujeres que son víctimas de violencia machista, y así una serie de otras problemáticas*” (Participante 7, Grupo 3).

En general, se establece una diferenciación analítica y política entre *métodos de inserción social* y *métodos de dirección política*. Respecto a la inserción social, se destaca la necesidad de comprenderla como procesos de largo aliento, que exigen el máximo de seriedad y compromiso a la organización política y sus militantes, quienes deben actuar con respeto y humildad frente a los ritmos propios de cada sector social y/o espacio local y de sus respectivas dinámicas organizativas. Respecto a la dirección política, solo podrá emanar de la validación y legitimación desde el trabajo y la lucha con el que cuente la organización política, y no desde la imposición de la política. Superar la descomposición del campo popular nos exige afinar nuestros métodos de inserción y dirección para los distintos sectores sociales. Esta diferenciación entre la *inserción social* y la *dirección política* da cuenta de momentos diferentes en la relación de vinculación entre las

pues si bien nos hemos topado en ese tipo de instancias, creo que queda en la instancia no más, no hay como una continuación muchas veces, no siempre pasa, no hay una continuación real en el trabajo que se puede seguir desarrollando después con los trabajadores de esa huelga”, (Participante 7, Grupo 3).

34 “*Creo que al menos en lo que ha sido mi experiencia en trabajo territorial, me he dado cuenta que ha sido constantemente ensayo y error, cuesta mucho poder efectivamente realizar un trabajo que a la gente del territorio específico les sea significativo. Porque creo que uno a veces peca mucho de voluntarismo a la hora de tratar de insertarse en el territorio, de partida uno no puede llegar e insertarse en cualquier territorio, creo que uno tiene que conocer el territorio e idealmente formar parte de él, y si uno no forma parte de él, si estar cercano, conocerlo, porque creo que (...) cuesta identificar las necesidades del territorio pero si o si creo que eso es algo que debemos ir trabajando porque los territorios tienen distintas necesidades independiente de que transversalmente hay problemas país que hay que resolver que nos afectan a todos por igual, pero si los territorios tiene cada uno sus particularidades, y esa lectura es la que hay que agudizar, entonces creo que se están haciendo los esfuerzos, que hay que tener mucha paciencia, pero que si es un trabajo constante*”, (Participante 2, Grupo 3).

organizaciones políticas y diversos sectores sociales, donde cada uno de esos momentos sintetiza los desafíos de las organizaciones políticas en relación al grado de vinculación que estas tienen con un sector social específico. De esta manera, los *métodos de inserción social* caracterizarían el momento intervención inicial, generación de confianzas y legitimación desde el trabajo, que cimienta las bases para una *dirección política* que dinamice la lucha, que oriente y sugiera caminos para triunfar y, de paso, elevar los niveles de conciencia política de clase del sujeto revolucionario. Para cada uno de estos momentos, la discusión fue capaz de identificar *principios reguladores transversales* y *acciones particulares* que debiesen caracterizar las definiciones de las organizaciones políticas.

Si bien, el momento de *inserción social* y el momento de *dirección política* tienen sus particularidades en relación a los desafíos que le significan a las organizaciones políticas, estos se dan a nivel de *acciones particulares*, que se levantan sobre *principios reguladores transversales* que orientan la vinculación entre organizaciones políticas y cualquier sector social o espacio local.

Estos *principios reguladores transversales* corresponden a:

En primer lugar, actuar con respeto y humildad frente a los ritmos propios de cada sector social y/o espacio local y de sus respectivas dinámicas organizativas, “*de que nosotros cuando como organización política, organización revolucionaria, como se le quiera decir, tenemos que llegar como con mucho respeto y humildad, porque no podemos llegar como un partido, como una organización, que le va a imponer su pensamiento o su modo de trabajo o su modo de pensar ante las poblaciones, yo creo que como la misma revolución rusa, no fueron los partidos los que fueron a las poblaciones (...) fue la misma población la que dijeron a los partidos como conducirlos, como conducir una revolución, un cambio*” (Participante 7, Grupo 3).

En segundo lugar, persuadir desde las preocupaciones reales y concretas de la gente, “*debemos empezar por lo más básico, desde las reivindicaciones concretas, reunir a la gente en instancias que ayuden a dar a conocer nuestras ideas*” (Participante, Grupo 2). Esto implica

ser capaces de realizar diagnósticos certeros, donde la propia participación de la gente resulta crucial para superar errores “*en las lecturas, y en nuestros diagnósticos de territorio, de la realidad de los territorios y de sus necesidades, sus reivindicaciones, han sido débiles (...) cuesta identificar las necesidades del territorio pero si o si creo que eso es algo que debemos ir trabajando porque los territorios tienen distintas necesidades independiente de que transversalmente hay problemas país que hay que resolver que nos afectan a todos por igual, pero si los territorios tiene cada uno sus particularidades, y esa lectura es la que hay que agudizar, entonces creo que se están haciendo los esfuerzos, que hay que tener mucha paciencia, pero que si es un trabajo constante*” (Participante 2, Grupo 3).

En tercer lugar, completa transparencia³⁵ frente a los sectores sociales o espacios locales donde estemos trabajando respecto a quienes somos, qué queremos y buscamos, etc. Ni en el territorio, ni el sindicato, ni en el centro de estudiantes, ni cualquier otro espacio organizativo, ocultar nuestra militancia.

En cuarto lugar, disposición y apertura a aprender, ser “*organizaciones que aprenden desde la base y que también enseñan a la base*” (Participante 6, Grupo 1).

En quinto lugar, priorizar el acompañamiento de aquellos sectores más precarizados, con menores niveles de organización y politización, “*no construir desde lo fuerte, sino desde lo débil, ese es un papel de la organización. Una organización no puede permitir que un aspecto se quede atrás con respecto a las otras porque eso significa la derrota*” (Participante, Grupo 2).

En sexto lugar, impulsar procesos de elevación de niveles de conciencia política de clase, de politización y generación de identidad³⁶.

35 “Organizaciones que aprenden desde la base y que también enseñan a la base. Necesidad de transparencia frente a las bases. Bolcheviques eran terriblemente democráticos: publicaban sus debates en periódicos de alcance nacional. La formación de cuadros no debe ser una alternativa a la práctica revolucionaria. Un grupo de personas no es lo mismo que un partido. Para ser partido se requieren principios, estrategia y una interacción con las masas”, (Participante 6, Grupo 1).

36 “Es cierto que el pueblo organizado es la forma ideal de organización. Pero el inicio de esta organización es el papel del partido, no desde la perspectiva de instrumentalizar, sino desde la perspectiva de persuadir, convencer desde lo concreto

Finalmente, evitar enfoques instrumentales. Al contrario, la organización política siempre será el instrumento, y no al revés.

Reflexiones finales

A lo largo de las discusiones en los cuatro grupos de los que se tiene material de referencia, es pertinente destacar tres grandes consensos. En primer lugar, como máxima, la idea de que sin partido revolucionario no hay revolución, pero el partido no “hace” la revolución. Asume un rol de conducción y dirección política que orienta el desenvolvimiento de los conflictos, dinamiza la lucha y sintetiza las necesidades y reivindicaciones del sujeto revolucionario, en una estrategia revolucionaria. En segundo lugar, las organizaciones revolucionarias de nuevo tipo, los partidos revolucionarios, debe repensar sus formas orgánicas atendiendo a los desafíos que plantea el *feminismo* de clase, por una parte, y la necesaria *profesionalización de los cuadros políticos*. En tercer lugar, la necesidad de partidos revolucionarios contrasta con el escenario actual de dispersión y atomización de la izquierda revolucionaria, al punto que aparece como objetivo estratégico, pasar del archipiélago de organizaciones a impulsar procesos de *construcción partidaria de organizaciones de nuevo tipo* que asuman la *unidad política entre las organizaciones revolucionarias y el sujeto revolucionario* como tarea de primer orden. Se trata de una unidad política que se levanta sobre una base ética común, respetando las identidades que las organizaciones han ido construyendo y limando las diferencias en la misma lucha. Es la práctica donde se cimientan las confianzas políticas. Queda como discusión inacabada, eso sí, reflexionar en torno al núcleo sobre el que se generará dicha unidad: ¿Unidad respecto a una estrategia compartida? ¿Unidad respecto a un programa? ¿Unidad respecto a principios?

Junto a dicha discusión pendiente, se explicitaron disensos significativos que podrían entrapar cualquier proceso de *construcción*

al pueblo. El capitalismo ha tomado como estrategia mejorar las condiciones de vida y eso genera el individualismo. Ahí están los límites de los movimientos sociales, debemos politizar más y generar la identidad”, (Participante, Grupo 2).

partidaria en la medida en que tensionan elementos cardinales de una organización política. Por una parte, el carácter de vanguardia de la organización revolucionaria. En este caso, se trata de una diferencia política en relación al uso de la categoría, pero que parece disolverse al momento de plantear los *métodos de inserción social* y los *métodos de dirección política* que caracterizaran la relación entre la organización revolucionaria y los diversos sectores sociales y/o espacios locales en los que interviene. Por otro lado, diferencias en relación al balance que se hace del centralismo democrático y de la misma manera en que se le entiende: ¿el centralismo democrático es un modelo de organización al que se adscribe o corresponde a ciertos principios organizativos que orientan y regulan? Aun así, el componente democrático al interior de las organizaciones revolucionarias resulta incuestionable, tanto por argumentos instrumentales (permite a la organización adaptarse de manera más flexible a la dinámica de la realidad) y por argumentos sustantivos (permite el desenvolvimiento a nivel interno de prácticas que anticipan el tipo de relaciones sociales que se aspira a universalizar a la sociedad en su conjunto).

Finalmente, destacar la ya mencionada diferenciación política y analítica entre métodos de inserción social y métodos de dirección política por la potencialidad de aportar a caracterizar mejor los momentos de la vinculación entre organizaciones revolucionarias y sectores sociales y/o espacios locales, siendo mucho más aguda la identificación de las tareas pertinentes que cada uno de ellos demanda de los revolucionarios. Asimismo, el consensuar principios reguladores transversales a ambos momentos identificados dota de contenido político concreto la manera en que se comprende el *carácter de vanguardia* de las organizaciones revolucionarias, en la medida que explicita los criterios a los que atenderán los revolucionarios para regular sus intervenciones prácticas conscientes e intencionadas para elevar los niveles de conciencia política de clase del sujeto revolucionario.

EL MOMENTO SEMINARIO¹

1 Todos los escritos que se presentan a continuación, se encuentran tal y como fueron enviados por sus respectivos autores al Komité Cien Años. Cabe destacar que la convocatoria de escritos que emanó desde el Komité, no establecía en sus bases requisitos formales ni criterios estándares de ningún tipo con el propósito explícito de intencionar la participación de militantes sin formación profesional en ciencias sociales, pero con la capacidad de ordenar y desarrollar de manera coherente, consistente y cohesionada un conjunto propio de ideas y reflexiones en torno a las temáticas planteadas en la convocatoria. De esta forma, la selección de escritos seleccionados se circunscribiría a la riqueza del contenido antes que a los constreñimientos formales.

ACTUALIDAD/POSIBILIDAD

Por Alejandro Lagos,
Militante de Tendencia Socialista Revolucionaria (TSR)

*“El relámpago ha iluminado la realidad más
vivazmente que todo lo demás”*

V.I. Lenin

Justificación

El presente esfuerzo tiene por objetivo rastrear nociones y esbozar lineamientos para un proceso político transicional de naturaleza socialista. En ese sentido, es un documento frágil y accidentado que busca generar herramientas a partir de un extraordinario hito político en la lucha de clases del siglo XX como fue la Revolución Rusa de 1917. El presente trabajo busca además, visibilizar aperturas y accesos que permitan dar cuenta de los claroscuros que marcaron un proceso tan grandioso como contradictorio.

1. Aproximación a la posibilidad

Se debe comenzar por una constatación obvia: se viene de una derrota. La caída de la URSS abre un período de crisis estratégica en donde las organizaciones anticapitalistas comenzaron a habitar una auténtica periferia, tanto en el plano programático, como el organizativo y el práctico. En estos tres espacios -que sólo deben ser entendidos como una unidad dialéctica si se aspira a tener éxito en términos de lucha por el poder-, el movimientismo fue desplazando sistemáticamente las lógicas de partido “clásicas”, consideradas como “anacrónicas” y como “germen de la corrupción”. Esta marcha

de carácter regresivo a nivel organizativo en el pensamiento proveniente de la tradición igualitarista, generó una astuta y a ratos deshonesta homologación entre conceptos tales como «partido», «burocracia», «opresión» y «corrupción».

Para los detractores del partido, la burocratización del primer Estado obrero de la historia no fue generada por un conjunto de elementos y características puntuales de la realidad rusa y el tormentoso panorama geopolítico que le tocó enfrentar, sino que la estructura partidaria en sí misma contenía el “gen stalinista” que, como resultado natural se apropió de los levantamientos populares, ahogándolos y transmutándolos en regímenes tiránicos. Sin embargo, y gracias al calor del tiempo, se ha podido constatar que las experiencias políticas posteriores al peak de los movimientos sociales marcados por Seattle 1997 y el Foro Social Mundial de Porto Alegre el 2001, demostró que los “gérmenes de corrupción y tiranía” achacados de manera exclusiva a la estructura partidaria leninista, estaban presentes con bastante fuerza en las lógicas de los militantes sociales. Desde caudillos hasta militantes “profesionales”, muchos de los líderes de los más variados movimientos sociales no respondieron a la promesa política de pulcritud y rechazo al poder que tanto propugnaban. Si se suma esto a sus perspectivas increíblemente estrechas en el plano estratégico, podemos comprender el por qué terminaron por generar organizaciones que se difuminaron entre el onegéismo y la jibarización impotente. Necesario sumar además la existencia de una lógica y un relato basista engendrador de asambleísmos huecos que se han mostrado hasta hoy incapaces de articular resistencias efectivas frente a la ofensiva burguesa contemporánea, la que ha experimentado un ciclo con altos y bajos, aunque de ascenso constante y sistemático en términos generales a escala planetaria.

Desde aquí, desde estas experiencias por “fuera del partido”, es que se debe repensar la “praxeología” leninista y su capacidad distintiva de observar y comprender en profundidad los fenómenos sociopolíticos. Sin embargo, lo primero que se requiere es tensionar el modelo de partido de cuadros en torno a estos relatos que lo acusan de tener una falla de origen. Y es que al parecer, la burocratización y la corrupción en las filas de la política, parecen provenir más de la

proximidad de los sujetos a los destacamentos de poder que a una forma organizativa particular. Esta aseveración problemática nos lleva a otro problema puntual referido al qué se hace con el poder.

2. El poder como una bestia difícil de domar

Entrando a este punto se debe comenzar dando cuenta de algo: no existe lucha política por fuera de las relaciones de poder. Rechazar al poder por su potencial seductor que corrompe y tuerce las voluntades es como rechazar un determinado alimento porque su consumo en exceso puede ser perjudicial para la salud. Tanto en uno como en otro caso, nada asegura que el elemento en cuestión genere una reacción adversa, incluso cuando se sabe que dicha posibilidad existe es necesario sostener además que sin alimento no se puede vivir; asimismo, si no se lucha por el poder al momento de hacer política se está condenado al fracaso. Es por esto que el partido de Lenin es tanto una organización honesta como mundana en el sentido más amplio del término, y es que su objetivo central es la toma del poder para llevar adelante las reivindicaciones históricas de la tradición igualitarista.

Si bien estas reivindicaciones históricas pueden ser puestas en tensión por los procesos socio-políticos que han impactado a la clase trabajadora en los últimos 100 años de lucha, aún hoy operan como una potente hoja de ruta que guarda plena vigencia, sobre todo si consideramos las particularidades del territorio local: auténtico laboratorio de avanzada del capitalismo neoliberal en donde el intento de mercantilizar todas las relaciones sociales avanza de manera permanente, generando con ello, crisis sociales que irán agudizándose conforme avancen las décadas. Se debe tener presente además que, a pesar de los riesgos de burocratización, corrupción y degeneración que arrastra el poder político, ciertos dispositivos de funcionamiento del centralismo democrático leninista permiten enfrentarlos, aunque con rudeza y con un posicionamiento estructural favorable para los líderes más prestigiosos de la organización. Con dificultad es posible esbozar lineamientos en el seno de la estructura, lo que le otorga una dinámica pocas veces vista en la historia

moderna y en las expresiones más sociales y espontaneístas, en donde la actitud hordíastica y caudillesca se superponen al argumento político racional que permite estabilizar una lectura de período y la posterior acción derivada de dicho diagnóstico. En ese sentido, todo el anacronismo adjudicado a la estructura leninista por todas las variables de organizaciones de naturaleza más horizontalista son generadas, o por un profundo desconocimiento de la praxeología tensionada, o por posicionamientos de naturaleza fóbica engendrados por los resultados de la administración burocratizada de los Estados obreros de siglo XX.

Ciertas aproximaciones sobre la historia y la política permiten concluir que el miedo y el rechazo visceral sobre un determinado tópico genera escaso rendimiento. Los resultados de las experimentaciones organizativas alternativas al partido de cuadros no han sido capaces de generar problemas de administración del cuerpo social para las burguesías a escala planetaria. Este es un gran y profundo fracaso, sobre todo si se considera la crisis económica del 2009 y las convulsiones geopolíticas en Oriente Medio que, ante todo, han permitido una capitalización de votos para el populismo de extrema derecha en los países “desarrollados”. En ese sentido, las alternativas del tipo “multitud” no han podido frenar las amenazas, volviéndose así, en propuestas argumentales sostenidas en centros de pensamiento que aún no son capaces de desplegar ideas que puedan desestabilizar un modo de existencia que está arrastrándonos de manera vertiginosa a la extinción.

Se observa que planteamientos radicales como el “Llamamiento” que realiza el “Comité Invisible”, en donde se sostiene que las perspectivas leninistas se caracterizan por una aburrida monotonía, proponiendo a cambio un partido que consista en cocinar, tener sexo, ver una película o “realizar alguna acción directa”, no pueden hacer otra cosa que generar cierta extrañeza, primero porque hay elementos mucho más profundos que la pura amistad para sostener una militancia y, segundo, porque llama la atención que un texto tan potente despliegue un vacío estratégico tan profundo. ¿Señal de los tiempos, quizás?

Una vez dicho esto y comprendiendo que la lucha política es siempre una lucha por el poder, no podemos hacer nada más que

develar de manera profunda los riesgos que ella implica y, muy a pesar de las corrientes organizativas que intentaron sepultar la praxeología leninista al interior de la izquierda anticapitalista, actualmente no parece existir otro tipo de aparato organizativo que sea capaz de visualizar de manera honesta estos riesgos implícitos en la lucha por el poder. Su anacronismo se transforma de pronto en sano despliegue de lucha emancipatoria, ya que para ello sólo requiere militantes preparados, disciplinados y comprometidos con una causa y no con un cuoteo o una afinidad romántica. Desde ahí volvemos a apreciar el horizonte utópico y su capacidad concreta de aunar sujetos y perspectivas en pos de una causa común. El cómo generar formas de robustecimiento de dicha organización, excede el objetivo y la naturaleza del presente documento.

3. En el aprendizaje por leer a las estrellas

Uno de los elementos que acompañó la ofensiva neoliberal iniciada a finales de los setenta fueron líneas de pensamiento que buscaron desactivar los relatos totalizadores de la modernidad. Su búsqueda por escapar de los candados del alpha y el omega argumental generaron teorías originales que relativizaron aspectos de la vida, algunas por ala derecha -y de las que no vale la pena detenerse- omitieron o desestimaron las relaciones de explotación y opresión en las que se han construido las sociedades contemporáneas; mientras que por ala izquierda, han generado un énfasis excesivo en las dinámicas relacionales de dichos ejercicios de fuerza. Si bien esto ha engendrado un aporte importante en la esfera de las opresiones por género y raza, no lo han sido en el plano organizativo, ya que el símil de este tipo de operaciones argumentales sostenidas en la relativización han sido, en el plano político, organizaciones que luchan por demandas acotadas y que enfrentan problemáticas de naturaleza contingente, alejándose de horizontes utópicos capaces de aglutinar voluntades para una causa mayor. El resultado de este tipo de accionar tiene el borde de la cooptación por un lado (al más puro estilo del amarre que ha hecho el capitalismo de las organizaciones en algún momento social-demócratas y hoy social-liberales) y la exacerbación de la

civilidad y el buen comportamiento en el marco de lo establecido por el otro, omitiendo con ello que esto último está construido sobre las bases de la explotación.

En base a lo anteriormente mencionado surge cierta tesis con características de fundamento en torno a la praxis de una organización anticapitalista, en cuanto a la necesidad de tensionar las nociones que respaldan coaliciones de colaboración de clases. Es elemental tener presente esta variable si se quiere recuperar la confianza de los sectores de trabajadores que poco a poco han ido rompiendo con sus direcciones históricas. El volver a traer a la palestra este tipo de articulaciones requiere necesariamente de una lectura integral de la realidad sujeta a un horizonte político que vaya más allá de la pura contingencia, superando las expectativas generadas por la “misericordia de lo posible” que siempre suele ser menos que lo “verdaderamente posible” dentro del ejercicio político. Una claridad político-estratégica elemental permite entender el por qué son las extremas derechas las que han capitalizado esta crisis en ciertos sectores del globo; no hace falta ser súper crítico para sostener con decisión que la resistencia no ha sido capaz de generar un pensamiento de horizonte político que supere (superar en el sentido más pleno del término) las lógicas gremiales. Sin embargo, vale preguntar el por qué nos interesa la necesidad de articular un horizonte, un relato, o si se prefiere, una promesa, restitución que a nuestros ojos cobra una importancia estratégica.

4. Del proyecto y del momento

En un ensayo titulado “La actualidad de la revolución”, la profesora Jodi Dean (2017) aborda el problema del horizonte político y su incuestionable capacidad de aunar criterios más allá de las lógicas coyunturales. Dean recurre a la noción de «tiempo proyectado» para explicar la potencia de la estructura organizativa diseñada por Lenin. El partido permite avanzar en la toma del poder político para transformarlo radicalmente porque piensa y se piensa en aras de este objetivo. Este proceso va mucho más allá del aspecto declamativo, ya que el tiempo proyectado permite dar forma al contenido

programático, a la forma organizativa y a la práctica política. En ese sentido, el tiempo proyectado opera como una brújula capaz de leer los tiempos y los procesos, y generar modificaciones conforme al objetivo planteado; esta forma de operar en términos políticos equivale a un dispositivo tecno-científico de última generación.

Argumentar en torno al problema del partido y la burocratización hace necesario recordar que la estructura de comienzos de siglo XX fue una organización que dista sustancialmente de la estructura jerárquica y faraónica que controlaba a la URSS en la década de los treinta, y que para que se generara dicha transmutación de naturaleza regresiva, el stalinismo debió destruir la estructura política desde sus cimientos a través de la persecución y neutralización sistemática de sus opositores por diversos medios. Sin embargo, esto no quita que determinados procesos durante la primera parte del periodo de transición y ya finalizada la guerra civil, estuvieran marcados por un hálito autoritario. Entre estos eventos destacan el tristemente célebre X Congreso del Partido Bolchevique en 1921 y la masacre de Kronstadt del mismo año, además de diversas acciones anteriores como los intentos por militarizar los sindicatos y el trabajo por parte de Trotsky. Todos estos sucesos abrieron un peligroso sendero para la posterior burocratización que generó la victoria irrestricta de la casta en el poder el año 1934 en el “Congreso de los vencedores”. Olvidar esto nos hace volver al argumento pueril de cierto “trotskismo” de posguerra que declara que “los luminosos años veinte contrastan con la oscura década de los treinta”. A pesar del rápido proceso de burocratización y descomposición del partido, una vez tomado el poder en manos de los bolcheviques (el que sólo emanó de la legalidad soviética producto de ásperas discusiones políticas generadas en el comité central, durante los preparativos para la toma del poder a través de la conformación de un Comité Militar Revolucionario, CMR), sí se puede considerar al proceso como un movimiento de la mayoría de la población y no un golpe de Estado conspirativo. Por lo tanto, ha existido una mala fe de cierta historiografía occidental al no reconocer el auténtico carácter de masas del proceso revolucionario de comienzos de noviembre de 1917.

La historia ha permitido constatar que frente a periodos convulsionados es necesario operar con cierta serenidad política que

permita observar y articular respuestas para los distintos momentos. No está de más recordar que los bolcheviques nunca fueron una posición mayoritaria dentro de la representación política rusa hasta las sucesivas explosiones sociales ocurridas en 1917; luego, la impenitosa y barbárica violencia generada en la guerra civil ocasionada por las fuerzas reaccionarias entre 1918 y 1920, trajo consigo una destrucción generalizada del aparato productivo ruso, obligando al Estado a emprender la Nueva Política Económica (NEP). Esta apertura económica a la que Lenin llamó “capitalismo de Estado” tenía por objetivo combatir la hambruna y la miseria generada por la guerra. Sin embargo, esta búsqueda por revitalizar la economía no encontró una búsqueda equivalente en el área política, ya que en el mismo congreso en donde fue declarada la NEP se prohibieron fracciones y corrientes al interior del partido (eso sin mencionar la completa clausura a otras organizaciones políticas).

Sin duda alguna, la lógica administrativa desplegada e impuesta en el X Congreso generó los cimientos para el surgimiento de la estructura faraónica diseñada por la casta burocrática, producto de la cómoda y algo vergonzosa luz y tranquilidad de la distancia que otorga el tiempo, se sabe que el año '21 pudo haberse hecho un esfuerzo especial por permitir a los otros partidos de izquierda radical participar en soviets que sólo existían en el papel; eso hubiese dado un reimpulso a la legalidad soviética, además de un refloreamiento de la vida política en torno al cómo y con qué medidas dirigir al primer Estado obrero de la historia. En definitiva, hablar de periodo transicional hoy nos conduce necesariamente a una gran ausente: la democracia.

5. Áspera pero auténtica

Hablar de democracia hoy en el mundo anticapitalista es complejo, primero porque el régimen (proceso de domesticación) de-mo-liberal redujo la democracia a un puro ejercicio electoral representativo en donde el ciudadano escoge a sus representantes dentro de un marco determinado de reglas marcadas por la hegemonía y el dominio burgués. En ese sentido, es una especie de proceso ritual performativo que permite al capitalismo renovar sus “votos de

confianza” con los explotados y oprimidos. El segundo alcance a la noción de democracia guarda vínculo con el ejercicio basista-asambleario en donde la contingencia modifica las discusiones y en las que las mismas se vuelven casi un fetiche en torno a la libertad de expresión. En estos espacios, la democracia equivale a “hablar mucho” y muchas veces a “hablar para ejercer la democracia al interior del espacio”, ya no como un mecanismo capaz de producir una exposición racional de perspectivas políticas que permitan aproximarnos mejor a un determinado horizonte político, sino como un ejercicio político liberador en sí mismo equivalente a las perspectivas del “arte por el arte” en el plano cultural y estético; en otras palabras, es un abuso irracional y permanente de la forma por sobre los fondos.

En el presente trabajo se tiene en perspectiva que la democracia que se intenta esbozar se encuentra increíblemente lejos de los dos extremos vacíos e impotentes que se mencionaron anteriormente. Es fundamental comenzar sosteniendo que la democracia es manifestación de conflicto, siendo la generación de una relación socio-política que tiene por objetivo primordial la construcción de argumentos que apunten al despliegue de una determinada praxis. La democracia es entonces el motor fundamental de la acción política de horizontes igualitaristas, ya que no sólo se trata de una lógica de participación por la participación, sino que, muy por el contrario, es el auténtico dispositivo que permite calibrar el accionar político bajo un determinado horizonte utópico a través del tiempo proyectado. Esto nos lleva a romper de manera frontal con las perspectivas que esbozan las nociones de una democracia armoniosa, porque la democracia es el espacio en donde el choque de contrarios, la lucha por el convencimiento y la defensa irrestricta de una idea desde el despliegue de argumentos políticos racionales y coherentes, se generan. Esto explicaría en parte la rudeza de los enfrentamientos políticos entre los diversos bolcheviques antes de la burocratización y asesinato político del partido por parte de la tiranía en el poder.

Esta democracia no contrasta con el periodo transicional en cuestión, al que Marx llamó «dictadura del proletariado». Es necesario notar que el concepto «dictadura» que Marx extrae de la Grecia clásica difiere claramente del de «tiranía», ya que mientras el primero

comporta una excepción en tiempos de amenaza, el segundo es entendido como un abuso y violación a la comunidad. En este periodo de excepción el ejercicio democrático del “todo el poder a los soviets” debe intensificarse, no como una consigna hueca, sino como el espacio político por excelencia en donde los que generan la riqueza social y los que sufren opresión se encuentran para decidir sus destinos.

Estos espacios de ejercicio político en donde isonomía e isegoría se encuentran y entran en juego, vitalizan y otorgan legalidad al proceso político transicional. Dicha legalidad es relevante en tanto mecanismo que permite estabilizar al nuevo régimen entre la población más desafectada; para ello, la existencia de un pluripartidismo de tipo soviético se vuelve fundamento para el ejercicio político, empujando a los sujetos involucrados a hacerse cargo de sus decisiones vinculadas no sólo a la planificación económica, sino que como mecanismo capaz de establecer los mínimos comunes para la vida en sociedad. La intensificación de una sensibilidad democrática que supere al asambleísmo y a las posiciones fóbicas en torno a la forma partido, implica la realización de gestiones democráticas de amplio espectro, las que a su vez tienen que socavar las estructuras demo-liberales de participación restringida, para dar paso a las estructuras soviéticas de participación profunda. En este espacio político de los trabajadores y los pueblos, el partido de tipo leninista cumple un rol fundamental, ya que debe avanzar con argumentos sólidos en la construcción de una base social anclada firmemente en los diversos sectores de trabajadores, planteando sus líneas y exponiendo sus diferencias con otro tipo de organizaciones que intentarán participar en los soviets. En ese sentido, no es descabellado suponer que, de acontecer un proceso revolucionario, sectores críticos de las organizaciones social-liberales intenten dar un giro a izquierda y participen activamente del proceso, en este tipo de casos, la prohibición de su participación sólo tensionaría la legalidad emergente, lo mismo ocurre con las persecuciones al librepensamiento. Sin embargo, no es pertinente generar confusión, ya que al igual que en cualquier régimen social, las acciones de violencia que atenten contra este ejercicio político a través de la agresión física y material, tendrán respuestas enmarcadas en la autodefensa del orden soviético. A partir de esto y ante todo, cualquiera que participe en los soviets estan-

do habilitado para hacerlo, debe reconocer a los mismos como un espacio de ejercicio político central en la configuración transicional.

Otro elemento a considerar y que es clave para comprender la rápida burocratización del Estado soviético, fue la nula separación entre partido y Estado. Se muestran como irrisorios los intentos de los bolcheviques por incorporar miembros “suelos” de otras organizaciones políticas como fueron algunos social-revolucionarios de izquierda, los que rápidamente abandonaron las funciones estatales al ver que su participación en el aparato tenía nula relevancia. En este punto, las tensiones se expresaron desde un primer momento ocurrida la toma del Palacio de Invierno con la pregunta sobre quién tomaría el poder, si los soviets o los bolcheviques, desde aquí es posible sostener que no cabe duda que la indistinción entre este partido y el Estado fue determinante para catalizar el proceso de burocratización y posterior generación de una casta privilegiada en el poder. La agonía de los soviets después de la guerra, debido a la muerte en batalla de los trabajadores y soldados más comprometidos con el horizonte utópico, sumado además, a su posterior existencia sólo en el papel, hizo que tanto la sutura forzosa de la política como la indiferenciación entre Estado y partido fueran procesos paralelos y vinculados. Todo este cuadro catastrófico fue intensificado por la no llegada de la revolución a Europa central, elemento de carácter estratégico en las nociones políticas desarrolladas por los bolcheviques durante las dos primeras décadas del siglo XX.

Es justo agregar que el monolitismo político de la época excede a la visión de Lenin, por el contrario, incluso en la social-democracia alemana de Kautsky no se concebía la idea del pluripartidismo entre los agrupamientos de izquierda. Para Kautsky es tal el rol del partido-educador que el movimiento sindical y otras expresiones de la clase debían estar supeditadas a la organización que él dirigía. En este ámbito, la ausencia de una cultura democrática se hace gravitante y a ratos inexplicable, sobre todo si se tiene en consideración las formas organizativas esbozadas por la Comuna de París en 1871. Sea como sea, una lección que surge una y otra vez es la necesidad de un pensar la democracia socialista desde ahora; sólo así las posibilidades de construir una alternativa política radicalmente diferente a lo que existe cobrará el sentido necesario, para no desperdiciar

así, el tan añorado acontecimiento que está por venir. Hoy más que nunca se hace necesario no olvidar que los flujos del ejercicio político se parecen más a un río caudaloso que a un tranque infestado de mosquitos. Si se aspira a tomar el poder político para transformar la vida bajo una perspectiva socialista, es necesario comprender que la democracia -ya sea al interior del partido como en los organismos políticos de explotados y oprimidos- es requisito fundamental para la victoria política. Esto es precisamente lo que se entiende como democracia socialista.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARTOUS, A. (2005). Democracia y emancipación social. Octubre 01, 2017, de Revolta global. Sitio web: <http://www.anticapitalistas.org/IMG/pdf/Artous-DemocraciaYEmancipacionSocial.pdf>
- COMITÉ INVISIBLE. (2009). Llamamiento y otros foganazos. Madrid: Acuarela libros.
- DEAN, J. (2017, febrero). La actualidad de la revolución. Viento Sur, Nr. 150, 163 – 172.
- FERNANDEZ, B. (2017, febrero). Las antinomias de la forma partido. Viento Sur, Nr. 150, 173 – 180.
- LENIN, V. (1918). El Estado y la revolución. Octubre 01, 2017, de MIA. Sitio web: <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1910s/estyrev/hoja4.htm>
- MICHALOUX, C. & SABADO, F. (2017). Nuestra revolución rusa. Agosto 24, 2017, de Viento Sur. Sitio web: <http://vientosur.info/spip.php?article12941>
- TROTSKY, L. (2001). La revolución traicionada. Madrid: Fundación Federico Engels.
- IV INTERNACIONAL. (1979). Democracia socialista y dictadura del proletariado. Octubre 01, 2017, de Revolta global. Sitio web: <http://www.anticapitalistas.org/IMG/pdf/Congreso4aInternacional1979-DemocraciaSocialistaYDictaduraDelProletariado.pdf>

LUCHA POR LA TIERRA Y LUCHA DE CLASES

Por Paz Morales

Introducción

Este trabajo fue presentado en la sesión de apertura del Seminario-Taller Cien Años de la Revolución Rusa, en la mesa titulada “Transición Socialista”.

Esta exposición no estaba contemplada en la programación inicial de la jornada, sino, fue planificada luego que uno de los expositores confirmados manifestara repentinamente su imposibilidad de asistir, a pocos días del desarrollo de la actividad. Ante esta disponibilidad de espacio, como comité organizador decidimos aprovecharlo para tensionar el debate sobre la Revolución Rusa a partir de un tema presente en las discusiones políticas durante el mes de octubre de 2017: el conflicto militar que sostiene el Estado de Chile contra las comunidades mapuche en resistencia¹. En ese contexto, nos preguntábamos cuáles son las condiciones de clase que gatillan la conflictividad en La Araucanía y sosteníamos que, tanto la resistencia mapuche como la revolución rusa, son experiencias de conflictividad política en contra del mismo enemigo: la explotación y quienes la sustentan.

En consecuencia, proponemos abordar la transición socialista a partir de las categorías de tierra y clase, estableciendo su relación en el contexto de la lucha de clases, esperando aportar insumos al

¹ El 23 de septiembre de 2017, ocho comuneros mapuche fueron arrestados en el marco de la denominada Operación Huracán, tensionando el debate sobre el terrorismo en territorio ancestral.

debate sobre la construcción de una sociedad nueva: sin explotación, sin clases sociales, sin propiedad privada.

Clases populares y raíz territorial

Actualizar la reflexión sobre desigualdad, pobreza y segregación en Chile del siglo veintiuno, significa situar las conflictividades sociales, estudiantiles, étnicas, de género, medioambientales, en el marco de las contradicciones económicas del esquema de dominación imperialista y colonial, que reproduce la *sociedad de clases*.

Por clase entenderemos la relación que existe entre comunidades que comparten experiencias e intereses comunes, en oposición a las experiencias e intereses de otras. Por *clases populares* comprenderemos a quienes comparten una historia común de pobreza y explotación, como resultado de los modos hegemónicos de producción económica. Pues, la pobreza no es un fenómeno casual ni ingenuo, sino, responde a intereses político-económicos para la mantención del acceso desigual al bienestar social.

Los estudios referidos a las clases populares, suelen retratar los mecanismos de organización y lucha contra la pobreza, el hambre, el desempleo, la falta de hogar. Pero en general, omiten las razones por las cuales éstas han perdido el acceso a la tierra y a sus recursos, es decir, el alimento, el techo y el abrigo que hacen posible la vida. Por ende, hablar de *clase y tierra* significa complementar la reconstrucción histórica de la opresión y la pobreza; en este sentido, la comprensión de las *clases populares* exige reconstruir la *memoria territorial indígena*.

Desde que inicia la invasión colonial hasta hoy, han subsistido movimientos de resistencia contra la usurpación de la tierra y la explotación de los recursos naturales, en Chile y América Latina. Sin embargo, la *resistencia* no ha sido la única respuesta, sino también, la *integración* ha sido una constante en la historia de la explotación, como estrategia de sobrevivencia: en lugar de confrontar al poder, buscar integrarlo.

La integración económica indígena en Chile se manifiesta en dos vías preferentes de ocupación laboral: *campesinización y trabajo*

asalariado; ambas modalidades de explotación aseguran la incorporación de productos y mano de obra al mercado transnacional.

El proceso de integración al sistema de producción capitalista, ha generado disociaciones históricas al interior de las comunidades indígenas, pues, su comprensión de sí mismas y el entorno, queda restringida a los saberes funcionales al orden dominante.

La campesinización forzosa de los mapuches transformó al indígena en ignorante. El sabio ulmen de la sociedad indígena independiente desconoce los mecanismos y vericuetos de la sociedad huinca que se le impone; desconoce el manejo de su propiedad y las nuevas formas de relacionarse con la autoridad local, y es por esta razón víctima de abusos de todo tipo.²

En Chile, la población indígena queda subordinada a la *represión racista estatal*, que promueve la identificación nacional urbana de perfil histórico europeo. La población mayoritaria mantiene rasgos históricos, fenotípicos y culturales opuestos a las características de las jerarquías extranjeras, sin embargo, es conminada a reproducir el ideario occidental de modernización y progreso.

Clase y Tierra: categorías para la comprensión histórica

Decir que el dominador triunfó es una evidencia y una obviedad. Que fue cruel y terrible es un dato generalmente anexo al poder. Que el resultado fue el mestizaje, es evidente, y así ha ocurrido en todo proceso de dominación que culmina en una fusión racial cultural.

Lo que no es obvio es que después de cinco siglos de imposición cultural, económica, religiosa, política, existan comunidades, pueblos y personas que mantienen con bastante fidelidad los rasgos de sus antepasados y reivindican con fuerza su carácter étnico.

La emergencia étnica después de 500 años de presencia europea en América, es uno de los fenómenos sociales de mayor

2 BENGÓA, José. Historia del pueblo mapuche, siglos XIX y XX. LOM, Ed. 8va, Santiago, 2012. p.363.

relevancia en este fin de siglo. ¿Cómo explicar esta persistencia?³

Desde la construcción del Estado de Chile, la pertenencia a la patria ha significado la negación de la condición indígena. No obstante, la construcción de las *identidades* que conviven en el territorio nacional es, en sí misma, herramienta para la perpetuación de la condición de dominación. La pretensión de un pasado europeo y un presente blanco, opera hoy como mecanismo de asimilación e integración, y ha hecho de las *clases populares*, actores negados históricamente, bajo el eslogan de unificación nacional y de asimilación a la cultura occidental.

El triunfo de la cultura occidental y el inicio de los tiempos modernos, se produce con la llegada de Cristóbal Colón, mediante la reproducción de las *verdades* del cristianismo español:

La victoria universal del cristianismo, éste es el móvil que anima a Colón, hombre profundamente piadoso (nunca viaja en domingo), que, por esta misma razón, se considera como elegido, como encargado de una misión divina, y que ve la intervención divina en todas partes”⁴

En este sentido, lo que hacía Colón era “*encontrar confirmaciones para una verdad conocida de antemano (o, como se dice, en tomar sus deseos por realidades)*”.⁵

Bajo la administración de la Corona se exige correspondencia cultural a la población tildada de *indígena*. Entre la indagación sobre la *cultura indígena* -en función de comprenderla- y la imposición de los valores propios -en función de dominarla- surge la referencialidad *identitaria*. Con esto se produce lo que José Bengoa denomina “*espejos cruzados*”, puesto que “*en las identidades existe una relación*

3 BENGEOA, José. Quinquen. 100 años de historia pehuenche. Chile América CESOC, Santiago, 1992. p.135.

4 TODOROV, Tzvetan. La conquista de América. El problema del otro. Siglo XXI, Madrid, 1998. p.20.

5 Íbid. p.28.

*estrecha entre reconocimiento y autocomprensión; entre la mirada que el otro tiene de mí, y la mirada que yo tengo de mí mismo*⁶. Así, la autoimagen que se construye desde el ser indígena, se corresponde con la identidad forzada. Así vemos “*cómo se transforman ciertas ideas dominantes, incluso ciertas ideas de grupos, en relatos persuasivos, relatos creíbles, relatos representados*”⁷.

Posteriormente, la administración republicana pretendió diluir las diferencias *identitarias* entre colonizados y colonizadores, a partir de la fusión racial, bajo el objetivo de construir una nueva *identidad colectiva: la nacional*. Quienes se resistiesen a esta integración, pasarían a ocupar el lugar de la *otredad*, distinto en esencia de la nueva composición de raza, más cercana al blanco europeo que a la piel morena indígena; “*en ese momento, la búsqueda de la identidad se transforma en la búsqueda de enemigos*”⁸.

Así, tras doscientos años de dominación estatal-nacional, la educación oficial se ha caracterizado por promover los valores de la sociedad moderna, liberal, individualista, consumista, exitista. Así, la categoría de indígena ha sido trasladada a las regiones fuera de las fronteras, como si correspondiese a gentes cuya historia no tiene relación con los habitantes de los interiores citadinos.

Las identidades surgen del temor, del miedo a la pulverización de los sentidos, de la ausencia de parámetros conductores de la vida cotidiana, de contradicciones no resueltas en un mundo intercomunicado. Ante la pregunta ¿quiénes son ustedes?, surge la necesidad de performance, representación de la cultura.⁹

6 BENGEOA, José. La evolución de las miradas. Este artículo es parte de la investigación “Identidad e identidades: Construcción de la diversidad en Chile 2003-2005” (Fondecyt 1020266). Coordinador de Investigación, José Bengoa, Escuela de Antropología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano; co-investigadoras de este estudio son las antropólogas Francisca Márquez y Susana Aravena. p.21.

7 Op. Cit. La evolución de las miradas... p.15.

8 Íbid. p.2.

9 Íbid. p.10.

La ausencia de lo indígena, como soporte de la identidad nacional, ha operado históricamente y con éxito; evidencia de ello es la omisión del *problema indígena* en los estudios propios de la clase. Así también, la ausencia de la clase como categoría de análisis para comprender lo *indígena*, contribuye a la desviación del problema económico territorial.

En la actualidad, las *clases populares*, las más precarizadas por el sistema de producción capitalista, bastan de mirarse a sí mismas para reconocer marcas *indígenas* comunes: lugares de procedencia, color de piel, rasgos físicos, son elementos que exceden a las claves clásicas de proyección identitaria, como lo son, la tradición idiomática, la supervivencia de los apellidos y la permanencia en el mismo territorio.

La población indígena que hoy viste ropas europeas y acude a los centros comerciales de administración transnacional, no dejó de ser *indígena* tan sólo por haber aprendido a nombrarse y mirarse desde la *chilenidad*. Las comunidades mapuche que disputan el control de la tierra al sur del *Bío-Bío*, no se eximen de representar una posición de clase, tan sólo porque el discurso nacional así no lo nombra.

La *clase* funciona como reconocimiento y adquisición de conciencia frente al otro explotador; la tierra funciona como referencia frente al otro colonizador; entonces *clase* y tierra requieren un tratamiento interrelacionado en función de reconstruir el pasado de sectores de la población, cuya historia es la historia de la subordinación, la domesticación y la servidumbre.

En cuanto a la justificación de la supremacía y la dominación,

La respuesta no proviene necesariamente del propio discurso, sino de la situación de poder en que ese discurso se encuentra. Esa situación de poder va a otorgarle al discurso legitimidad, coherencia, capacidad de acción, capacidad interpretativa del pasado; en fin, va a darle al discurso de identidad un grado de legitimidad que en sí mismo no tiene por qué tener¹⁰.

10 Op. Cit. La evolución de las miradas... p.13.

La principal diferencia entre las clases dominadas y las clases dominantes, está dada por las relaciones de poder que determinan la apropiación del valor del trabajo ajeno.

La integración política de la masa popular se hizo efectiva durante el siglo veinte, al punto que hoy, la *identidad nacional* y la *democracia liberal* se erigen como baluartes intocables de la vida humana. En consecuencia, la sociedad actual está marcada por la derrota, la asimilación y la integración, estrategias de sobrevivencia que permiten, aún hoy, sortear la discriminación que perpetúa la condición de marginalidad y pobreza.

Hubo que cambiar la idea que se tenía sobre la tierra, su valor, su uso, sus derechos, etc...; hubo que adecuarse a una relación conflictiva permanente con las autoridades, a criterios de justicia e injusticia que no eran propios, etc. La sociedad mapuche sufrió así, un gran cambio interno, que afectó al conjunto de su organización social.¹¹

En cuanto a las comunidades indígenas que no asisten a la *convocatoria integracional*, que no consiente su domesticación, que no se rinde a la servidumbre, se le responde con represión y guerra.

Conclusiones

El *problema territorial* no compete sólo a las comunidades que hoy resisten la usurpación de la tierra; es también el problema de quiénes fueran expulsados de ella, obligados mediante la represión, a buscar la asimilación al ideario nacional y a vender la fuerza de trabajo que genera la riqueza.

Esta es la historia de la integración indígena, asimilada a la cultura dominante, que ya ni siquiera se reconoce como tal. Incluso, la caracterización de las *clases populares* ha sido parcelada, operando la división entre sujetos históricos diferentes: campesinos, pobladores, trabajadores, estudiantes, y múltiples derivaciones de cada una

11 Op. Cit. Historia del pueblo mapuche... p.364.

de estas categorías. A su vez, se ha transmitido por siglos la imagen del mestizo, no indígena, sino que integrado culturalmente a una plataforma identitaria occidental.

La vinculación entre *clase y tierra* es un instrumento para el *autorreconocimiento popular*, capaz de develar el carácter artificioso de la identidad nacional impuesta. Esta propuesta no es nueva, sino, se inspira en el pensamiento político de José Carlos Mariátegui. El *Amauta*, proponía la incorporación del *socialismo* a la reflexión sobre la condición india;

La propagación en el Perú de las ideas socialistas ha traído como consecuencia un fuerte movimiento de reivindicación indígena. La nueva generación peruana siente y sabe que el progreso del Perú será ficticio, o por lo menos no será peruano, mientras no constituya la obra y no signifique el bienestar de la masa peruana que en sus cuatro quintas partes es indígena y campesina.¹²

Así como Mariátegui se dio la tarea de mirar las propuestas de Karl Marx y Vladimir Lenin a la luz de la realidad peruana, hoy el mismo Amauta cumple el rol de abrir las preguntas del Chile actual que permitan avanzar hacia el fin de la explotación y el servilismo.

En miras a hacer frente a la historia de la lucha de clases, es obligatorio reconocer el desarrollo de la economía política en Chile y América Latina. Esta tarea exige un trabajo de memoria histórica, en tanto “*el tiempo deviene o llega a ser tiempo humano en la medida en que es articulado de manera narrativa*”¹³. La reapropiación de la *conciencia histórica*, nos permitirá reconocer el pasado común de dominación que comparten las comunidades pobres de esta tierra.

12 MARIÁTEGUI, José Carlos. Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana. 33ra edición, Ed. Minerva, Miraflores, 1976. p.48.

13 Paul Ricoeur en: La evolución de las miradas... p.22.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BENGOA, José.** Historia del pueblo mapuche, siglos XIX y XX. LOM, Ed. 8va, Santiago, 2012.
- BENGOA, José.** La evolución de las miradas. En: “Identidad e identidades: Construcción de la diversidad en Chile 2003-2005” (Fondecyt 1020266).
- BENGOA, José.** Quinquen. 100 años de historia pehuenche. Chile América CESOC, Santiago, 1992.
- MARIÁTEGUI, José Carlos.** Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana. 33ra edición, Ed. Minerva, Miraflores, 1976.
- TODOROV, Tzvetan.** La conquista de América. El problema del otro. Siglo XXI, Madrid, 1998.

LOS CAMPESINOS Y LA REVOLUCIÓN RUSA:

La recepción del Partido Comunista de Chile 1935-1948.¹

Por Nicolás Acevedo Arriaza²

Introducción

Puede sonar paradójico que, a pesar de los pronósticos marxistas, las principales revoluciones del siglo XX se produjeron principalmente por la fuerza del campesinado. Esto ocurrió en México, Rusia, China, Cuba, Vietnam, Argelia y Nicaragua.³ Si nos focalizamos en el caso soviético, según el último estudio de Josep Fontana, la victoria de los bolcheviques se debió a la revolución verde. “Estos campesinos no iban a aceptar el retorno a los viejos propietarios que acompañan a los ejércitos blancos”,⁴ Sin embargo, estos no fueron manipulados por los bolcheviques, como afirmaría el norteamericano Richard Pipes⁵, sino que sus reivindicaciones e ideales revolucionarios, tendrían raíces “larga tradición de sueños y de filosofía utópica campesina”, según Orlando Figes.⁶

1 Versión corregida de la ponencia del mismo nombre en Seminario “100 años de la Revolución Rusa”, sesión 28 de octubre de 2017, Sede Central de la Universidad de Chile, organizado por Comité Cien Años.

2 Licenciado en Historia y Ciencias Sociales, Universidad ARCIS; Magister en Historia, Universidad de Santiago de Chile.

3 Eric Wolf, *Las luchas campesinas en el siglo XX, Siglo XXI*, Ciudad de México, 1987.

4 Josep Fontana, *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*, Crítica, Barcelona, 2017, cap. 2.

5 Richard Pipes, *La Revolución Rusa*, Debate, Barcelona, 2016.

6 Orlando Figes, *La Revolución Rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo*, Edhasa, Barcelona, 2014. p. 135.

Por otro lado, si nos remitimos a los propios bolcheviques, en su clásico *Historia de la Revolución Rusa*, León Trotsky admitió que si la cuestión agraria hubiera sido resuelta por la burguesía “el proletario no hubiera podido subir al poder”.⁷ Esto era sabido por Lenin, quien en 1905 en el texto *¿Qué hacer?*, planteó que “el proletariado debe llevar a término la revolución democrática, atrayéndose a la masa de los campesinos, para aplastar por la fuerza de la resistencia de la autocracia y paralizar la inestabilidad de la burguesía”.⁸ Pero avanzado los años, Lenin se retractó de su propuesta de Reforma Agraria, planteando la nacionalización de la tierra, más que la entrega individual o familiar. “La abolición de las tierras parceladas es condición para crear una hacienda campesina libre”.⁹ Esto cambió producto de la revolución de octubre y la guerra civil con los ejércitos blancos.

En 1921, la Nueva Política Economía (NEP) debió reconocer la importancia central del campesinado, producto que el comunismo de guerra se sustentó mediante la producción agrícola y los obreros disminuyeron de en las ciudades de 3,5 millones a 1,5 millones. Lenin y los bolcheviques debieron tolerar el regreso del capitalismo agrario hasta la recuperación de las cosechas en 1924.¹⁰

Con la muerte de Lenin y el aislamiento de la revolución en un solo país se produjo el acenso del stalinismo, quien aceleró la colectivización agrícola desde 1928. Según el historiador Orlando Figes este proceso facilitó la industrialización, pero fue rechazado por amplias masas campesinas. “Volveremos a ser siervos”, planteó en una asamblea un pequeño agricultor.¹¹ En el fondo, la colectivización y la creación del Gulag, con el trabajo forzada de miles de “kulak” o supuestos traidores, fue la “acumulación originaria” que le

7 León Trotsky, *Historia de la revolución rusa*, Quimantú, Santiago, 1972, p. 73.

8 V. I. Lenin, *Dos tácticas. La Socialdemocracia en la Revolución Democrática*, Ediciones Nueva América, Santiago, 1941, p. 75.

9 V. Lenin, *La cuestión agraria y los críticos de Marx*, Ediciones Estudios, Buenos Aires, 1965, p. 287.

10 Fontana, *El siglo de la revolución...* op. cit. cap. 2

11 Orlando Figes, *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin*, Edhasa, Barcelona, 2009, p. 142.

permitió a la Unión Soviética realizar sus primeros planes quinquenales, y, por consiguiente, su industrialización acelerada.¹²

Esto no necesariamente fue conocido en nuestro país por el Partido Obrero Socialista. Uno de sus líderes, Luis E. Recabarren, escribió desde Moscú en 1922: “Visitar todos los establecimientos soviéticos es encontrar la misma organización, el mismo poder. No hay patrones que exploten. Es la unión y el poder de los obreros y obreras quien todo lo determina”.¹³ Un año antes desde la Federación Obrera de Chile (FOCh), se les convidaba a los campesinos a sumarse a los Consejos Obreros como único organismo que los defendería de “los abusos de los patrones”.¹⁴ Según Sergio Grez en 1921 se produjeron más de 25 huelgas campesinas, apoyadas por la FOCh y el POS. Ese mismo año se realizó la primera Convención de Campesinos con más de 42 delegados de zonas rurales.¹⁵

Desde 1924, el POS pasó a llamarse Partido Comunista de Chile (PCCh), comenzando la bolchevización de su organización, como fue la generación de células y la aplicación del centralismo democrático. Según el historiador Rolando Álvarez, este proceso fue paulatino y tuvo las características de ser una “recepción local” del marxismo, acorde al contexto nacional que vivía la organización, siendo utilizada como forma de diferenciación de anarquistas y democráticas.¹⁶

En el caso de la recepción del marxismo, a grosso modo, se adoptó la noción de vanguardia de la clase obrera, asunto que estaba plenamente justificado por el su propio nacimiento del POS en el

12 Ibid., p. 185.

13 Luis Emilio Recabarren, “El camarada Recabarren en Berlín”, La Federación Obrera, Santiago, 6 de enero de 1923, en Eduardo Devés y Ximena Cruzat (compiladores), Luis Emilio Recabarren, Ariadna Ediciones, Santiago, 2015, p. 735.

14 José Basile, El despertar de los campesinos, Librería de la Federación Obrera de Chile, Santiago, p. 3.

15 Sergio Grez, Historia del comunismo de Chile. La era de Recabarren (1912-1924), LOM Ediciones, Santiago, 2011, pp. 238-240. Además: Basile, El despertar... op.cit., pp. 10-14.

16 Rolando Álvarez, “La bolchevización del Partido Comunista de Chile. Antecedentes (1920-1927)”, Seminario “El comunismo y su impacto en América Latina: 1917-1948” Santiago, Agosto de 2015, p. 5. Manuscrito.

seno de los trabajadores mineros y urbanos, más que en los fundos o pequeñas chacras agrícolas. Por lo tanto, es razonable que se viera al campesino como un sujeto externo a quien había que politizar con un pensamiento ilustrado. Así lo leyeron y entendieron de *Fundamentos de leninismo*, una conferencia leída por Stalin en 1924. El PCCCh la ocupó como texto de estudios en 1933 y más adelante lo publicó en 1938.¹⁷

“El partido debe atraerse a todos los mejores elementos de la clase obrera, incorporarse su experiencia, su revolucionarismo, su adhesión abnegada a la causa del proletariado. Pero para ser un destacamento efectivamente de vanguardia, el partido debe estar armado de una teoría revolucionaria, del conocimiento de las leyes del movimiento, de las leyes de la revolución.”¹⁸

Dichas leyes, serían captadas supuestamente por el leninismo, que planteaba además que el sujeto revolucionario sería la clase obrera y no precisamente el campesinado, quienes apoyarían la lucha iniciada por los proletarios y su partido de vanguardia.

¿Se replicó en Chile una suerte de subestimación y menosprecio por el campesino? Un artículo del diario Frente Popular expone lo siguiente: el Frente Popular, con sus partidos obreros y pequeños burgueses, debían conquistar “el campo”, con campesinos incluidos. Estos fueron vistos como víctimas del feudalismo, más que sujetos activos para derrocarlo.

“El campesinado chileno no se interesa por resolver sus problemas porque nunca se los ha planteado claramente, ni procura mejorar su condición porque no conoce el camino para ello (...) mientras no haya nadie que vaya a él y le abra los ojos, seguirá viviendo como una

17 José Stalin, *Los fundamentos del leninismo*, Editorial Antares, Santiago, 1938.

18 Ibid., p. 76.

bestia miserable y resignada”.¹⁹

El siguiente escrito analiza la recepción de la revolución rusa por parte del comunismo chileno y cuál fue el papel que le asignó al campesinado en el transcurso del Frente Popular y los gobiernos radicales entre 1935-1948.

El campesinado y el Frente Popular

A partir de los años treinta, el PCCh desarrolló una ascendente política agraria, sobre todo impulsando la sindicalización de los inquilinos. Esto no fue una planificación centralizada necesariamente, sino producto del regreso de cientos de ex salitreros que volvieron a sus antiguas aldeas y fundos. Así lo relata Fabián Iturra recordando a su tío que volvió de las salitreras:

“Nos hablaba de los sindicatos y las luchas de los obreros. Todo eso me motivó y fue en Talca, en 1936, que ingresé al Partido Comunista. Recuerdo que el local estaba en la 3-4 Oriente, nos pasaban documentales de la Unión Soviética, sobre la liberación de los campesinos y los cambios revolucionarios de aquel lejano país. Fue impactante para mí ver esos documentos”.²⁰

Partamos de la base que Chile seguía siendo un país de economía agrícola, pero que entró en crisis producto de la depresión de 1930. Según datos estatales, el 40% de sus habitantes trabajaba en labores agrícolas, pero la propiedad agrícola estaba desigualmente distribuida: el 10% de los agricultores poseía el 80% de la tierra cultivable.²¹ La producción agrícola fue disminuyendo, teniendo que

19 R. Reyes, “La conquista del campo”, Frente Popular, Santiago, 10 de marzo de 1937, p. 3.

20 “Mi mayor deseo es que me renueven mi carnet de militante”, El Siglo, 20 de febrero de 2015, p. 12.

21 Censos de 1930 y 1940, Instituto Nacional de Estadísticas. www.ine.cl;

importar trigo desde Argentina en los años cuarenta. En materia de alimentación, producíamos menos de lo que necesitamos para vivir. Por otro lado, las condiciones de los trabajadores agrícolas fueron cada vez peor. Sus sueldos estaban basados en dinero, alimentación, vivienda y otras regalías, pero el escaso salario fue disminuyendo producto de la inflación y la baja producción.²² Este nivel de explotación y el poder de los terratenientes provocó que los comunistas confundieran el sistema hacendal con el feudalismo, régimen histórico que se vivió en Europa. Quizás esta confusión se debió a su lectura del *Manifiesto Comunista*, el folleto político más popular en la izquierda chilena y mundial. Allí se hacía un breve recorrido de las “tapas de desarrollo” de Europa: esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo. De allí que la militancia comunista sostenía que primero se debía realizar en Chile una revolución demócrata-burguesa antes de llegar al socialismo.

A fines de los años treinta los comunistas se vieron con la encrucijada de defender los derechos campesinos, pero a la vez realizar una alianza amplia que lograra un movimiento de liberación nacional, en contra el fascismo y el imperialismo norteamericano. En la medida que se conformó el Frente Popular, junto con radicales, demócratas, trotskistas y socialistas, el PCCh fue modificando su política agraria. En el caso de la reforma agraria, es decir, la distribución de tierras, los comunistas rectificaron su propuesta de expropiación sin indemnización. En el programa de gobierno de Pedro Aguirre Cerda se propuso abolir “todas las formas de servidumbre y de las formas feudales imperantes en los campos”; que el pago sea en dinero; contra los desalojos y que se expropien las tierras incultivables.”²³

Se ha sostenido que los comunistas pactaron la sindicalización campesina para favorecer la industrializaron.²⁴ En realidad, el PCCh

Paul Drake, “Chile, 1932-1958”, en Leslie Bethell (Ed.), *Historia de América Latina*, 15. El Cono sur desde 1930, Crítica, Barcelona, 2002, pp. 221.

22 Nora Reyes Campos, “Salarios agrícolas durante la industrialización en Chile: factores económicos e institucionales”, *Estudios de Economía*, Vol. 42, N° 2, diciembre de 2015, pp. 121-141.

23 Russian State Archive Socio-Political History (RGASPI), 495.17.283.

24 Enzo Faletto y Hugo Zemelman, *Génesis histórica de proceso político chileno*, Quimantú, Santiago, 1971, p. 114; Oscar Muñoz, *Chile y su industrializa-*

realizó una política diferenciada por arriba y por abajo. Por arriba, no quiso entrar en conflicto con los radicales para sostener el Frente Popular, mientras que por debajo continuó apoyando la formación de sindicatos y pliegos de peticiones. Por lo demás, las movilizaciones campesinas convulsionaron los fundos del país, formándose más de 200 sindicatos sólo en 1938-1939, mientras que los pliegos de peticiones agrarios llegaron a 171 en 1939.²⁵

La respuesta patronal frente a la masiva movilización fue inmediata, enviando un reclamo a Aguirre Cerda, quien suspendió la sindicalización por mientras se promovía una legislación especial para el campo. Dicha Comisión, integrada por militantes socialistas y comunistas, creó un proyecto que ingresó el 7 de noviembre de 1939, pero que no fue votado hasta 1947.²⁶ A fines de 1939, el encargado agrario del PCCh, Juan Chacón Corona aceptó la presentación de este proyecto, pero con gusto a poco ya que planteó una subestimación del campesino en el partido.

“Para nosotros los comunistas, el punto de partida de la organización de las masas campesinas está en la penetración del Partido Comunista en el campo. Es nuestro deber ganar al campesinado, para producir en forma sólida la unidad obrero-campesina preconizada por el líder de la revolución mundial: Lenin. Y esta tarea de penetración partidaria en el campo”.²⁷

El año además terminó con miles de campesinos despedidos y desalojados de sus viviendas.²⁸ Paralelamente a esta derrota legisla-

ción. Pasado, crisis y opciones, CIEPLAN, Santiago, 1986.

25 Brian Loveman, *Struggle in the Countryside: Politics and Rural Labor in Chile, 1919-1973*, Bloomington, Indiana University Press, 1976, p. 130.

26 Almino Affonso, Sergio Gómez, Emilio Klein y Pablo Ramírez, *Movimiento campesino chileno*. Vol. 1, ICIRA, Santiago, 1970, pp. 35-37.

27 Juan Chacón Corona, *El Problema Agrario*. Informe ante el XI Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile, celebrado en Santiago los días 19 al 25 de diciembre de 1939, Comité Central del Partido Comunista, Santiago, 1940, p. 31.

28 Véase diario Frente Popular, Santiago, enero a diciembre de 1939

tiva, el PCCh intentó de impulsar una federación campesina con los sindicatos ya formados entre 1939-1941, pero sus intentonas fueron infructíferas. Debemos destacar que el Partido Socialista estaba más adelantado, logrando formar la Federación Nacional Campesina en 1939. El PCCh envió una información errónea a la Internacional Comunista sobre este hecho, queriendo aparecer como el “alma del Congreso Campesino” realizado ese año.

“El partido ha participado en todas las luchas campesinas y de obreros agrícolas contra desalojos y otras exigencias y provocaciones de los terratenientes. El Partido ha sido el alma del Congreso Campesino realizado por la Liga Nacional de Defensa del Campesinado Pobre, en abril-mayo de 1939, el cual comparecieron más de 300 delegados de más de 150.000 obreros agrícolas, inquilinos, medieros, etc.”²⁹

En 1941 murió Pedro Aguirre Cerda y el siguiente presidente fue Juan Antonio Ríos (radical), quien tampoco quiso reactivar el proyecto de sindicalización agrícola. El dirigente y diputado comunista, Andrés Escobar, criticó que su partido haya acordado suspender la sindicalización en 1939 y la creación de la mencionada Comisión Mixta:

“El representante del Partido [posiblemente Chacón Corona], aunque combatió este acuerdo, al ver que los representantes del CTCh, los socialistas y radicales la aceptaron, consultó al P. [Partido], después de esto, le dio su aprobación, se entiende que el visto bueno de la dirección del P. por esta falsa política de concesiones tras concesiones al enemigo, es que hoy día, tenemos que sufrir la vergüenza y consecuencia de estas faltas que nunca podremos justificar”.³⁰

En los años siguientes el PCCh impulsó la formación de la Unión de Sindicatos Agrícolas en Santiago y regiones, logrando

29 “El Partido Comunista y el campesinado”, 1939, p. 1, en RGASPI, 495.17.303.

30 Andrés Escobar, “Situación Económica de Chile”, Confidencial, 18 de febrero de 1941, p. 26, en RGASPI, 495.17.322.

formar la junto con los socialistas de trabajadores (PST) la Federación Industrial Nacional de Trabajadores Agrícolas en abril de 1942 (FINTA). Dentro de sus reivindicaciones fueron mejoras salariales de los inquilinos, asignación familiar, jornada de ocho horas, “comida abundante y bien condimentada”, viviendas higiénicas y fomento a la colonización colectiva, entre otros.³¹ En torno a la cuestión mapuche, pidieron rechazar la División de las Comunidades Indígenas, asunto que en 1940 había apoyado. El presidente de la FINTA fue José Agustín Valenzuela, dirigente del fundo La Obra de Curicó, además de ser parte de la CTCh y militante comunista. En septiembre de 1942 escribió en *El Siglo* que producto del momento histórico, el gobierno debía expropiar a los terratenientes nazis para entregar dichas tierras a los sindicatos agrícolas. “Para esto es necesario que nuestros compañeros en el campo se acerquen más y más a los pequeños propietarios, campesinos y terratenientes antinazis para discutir fraternalmente con ellos la gravedad del peligro que amenaza a nuestra Patria”.³² ¿Qué es lo que había pasado con la propuesta de reforma agraria?

Cuestión agraria y segunda guerra mundial

Producto de la invasión de Alemania a la Unión Soviética, el PCCh cambió su política de “paz” e impulsó apoyar a la Unión Soviética y romper relaciones diplomáticas con el Estado alemán, italiano y japonés. En materia agraria esto significó un cambio en su política de reforma agraria. Como señaló en 1944, el diputado Justo Zamora: “Nosotros con orgullo, por ejemplo, mantenemos la teoría stalinista, porque somos marxistas, leninista, stalinistas, sobre todo cuando estos están realizando una obra de acuerdo a las naciones aliadas, con las que han formado una coalición antinazi para aplas-

31 FINTA, Primer Congreso de obreros agrícolas, inquilinos y medieros, El Mundo, Santiago, 1942, pp. 25-30.

32 José A. Valenzuela, “Por el cumplimiento de las resoluciones del Congreso Nacional de Obreros Agrícolas”, *El Siglo*, Santiago, 29 de septiembre de 1942, p. 3.

tar a la barbarie”.³³

De esta manera el PCCh suavizó el discurso anti-imperialista para valorar la alianza de EEUU junto a la URSS en contra del nazismo. Dirigentes como Carlos Contreras Labarca se vieron seducidos por el líder del PC norteamericano Earl Browder, publicando en *Principios* varias de sus ideas.³⁴ Según Corvalán, aunque fueron los menos afectados de América Latina por el discurso colaboracionista, el “browderismo” y la *Unión Nacional* generó cierto debilitamiento en “la lucha independiente del proletariado”.³⁵ Al finalizar la guerra, Browder fue duramente criticado porque propició la salida del PC norteamericano del Comintern para acercar el socialismo y el capitalismo. En Chile, Contreras Labarca fue reprendido por el Comité Central, permaneciendo en el cargo, pero perdiendo su poder real.³⁶

En torno a la historia de la URSS y sus dirigentes, la editorial comunista Nueva América publicó *La revolución rusa de 1917 y su lugar en la historia de la humanidad* de Yemelyan Yaroslavsky. Este dirigente soviético participó en la revolución de octubre y más adelante estuvo a cargo de las ediciones de diarios y el Instituto Marx-Engels-Lenin. En este libro se destacó el papel del partido en la revolución y de sus líderes Lenin y Stalin. Las revoluciones no eran actos espontáneos, sino una “creación legítima de la historia”.³⁷ Tanto los campesinos como Trotsky pasaron a segundo plano. En el caso de este último, ni siquiera es nombrado. La Revolución Rusa

33 Boletín de Sesiones de Cámara de Diputados, 35° sesión ordinaria, 21 de julio de 1944, p. 1298.

34 Earl Browder, “Fortalezcamos la Unidad Nacional”, *Principios*, N° 34, Santiago, Abril de 1944, pp. 2-21; Earl Browder, “El marxismo arma a los comunistas para resolver los problemas de hoy”, *Principios*, N° 36, Santiago, junio de 1944, pp. 20-23. Además: Robert Minor, ¡Libertad a Earl Browder!, Ediciones Nueva América, Santiago, 1941.

35 Luis Corvalán, *De lo vivido y lo peleado. Memorias*, LOM Ediciones, Santiago, 1997, p. 46.

36 Andrew Barnard, *The Chilean Communist Party 1922-1947*, University of London, London, 1977, pp. 322-323.

37 Emiliano Yaroslavsky, *La revolución rusa de 1917 y su lugar en la historia de la humanidad*, Nueva América, Santiago, 1944, p. 5.

creó un nuevo Estado y resolvió los problemas agrarios a nivel nacional. Las hambrunas en Ucrania y los Koljos (granjas colectivas) no fueron parte de su análisis.

Este cambio no fue en torno a la organización de los trabajadores agrícolas, inquilinos, sino en torno a la reforma agraria, es decir, la distribución de la tierra. En 1941 y 1945 el PCCh no impulsó un discurso sobre la expropiación de la totalidad de grandes haciendas, sino sólo a los terratenientes pro-fascistas. Esta medida buscaba acercar a los partidos de izquierda con partidos de centro como la Falange Nacional y el Partido Radical en contra de los terratenientes con afinidad o vínculos con nazis. Esto resultó ser una denominación bastante “confusa”, porque no se sustentaba en una política técnica, sino más bien ideológica. En palabras de Justo Zamora, si bien Lenin planteó la eliminación de los “kulaks” (agricultores ricos) en Chile existía “un grupo de terratenientes fascistas y pro fascistas, que son los únicos culpables del retraso de la producción de agricultura nacional”.³⁸ Zamora será uno de los parlamentarios comunistas que más abogará por los pequeños agricultores, un segmento nuevo en las aspiraciones electorales y sociales.

El viraje conllevó a impulsar un congreso de Agricultores en enero de 1944. Según José Valenzuela, presidente de la FINA, este debía estar representados por “todos los sectores progresistas del campo chileno”, integrando a los grandes agricultores anti nacistas.³⁹ Producto de dicho congreso, se formó la Asociación Nacional de Agricultores de Chile (ANACH), la cual planteó solicitar al gobierno de Juan Antonio Ríos: facilitar créditos a largo plazo y con bajos interés, abonos, maquinarias y herramientas, mediante la planificación, diversificación y aumento de la producción agrícola, además de la creación de un Instituto de Cooperativas Agrícolas.⁴⁰

Con el triunfo de la Unión Soviética en la segunda guerra

38 Boletín de Sesiones de Cámara de Diputados, 12° sesión ordinaria, 17 de junio de 1942, p. 886.

39 José Agustín Valenzuela, “Por un Congreso de agricultores que impulse la unidad nacional antinazi”, Principios, N° 32, Santiago, febrero de 1944, p. 31.

40 “Entregarán al Presidente Ríos conclusiones del Primer Congreso de Pequeños Agricultores”, El Siglo, Santiago, 23 de febrero de 1944, p. 6.

mundial, el PCCh dio un nuevo giro en su política agraria, llamando concretamente a avanzar en la reforma agraria mediante la revolución demócrata-burguesa. Aliados nuevamente a los radicales llegaron al gobierno con Gabriel González Videla, quien a los tres meses de su mandato los expulsó de los ministerios de Agricultura, Obras Públicas y Tierras y Colonización. Una de las causas que planteó al apoyar la Ley de Defensa Permanente de la Democracia en 1948 fue que los comunistas llevaron a la “práctica la ocupación ilegal y violenta de tierras fiscales y particulares, en numerosas provincias del país.”⁴¹ Como consecuencia de dicha legislación el PCCh fue ilegalizado por diez años y sus militantes borrados de los registros electorales, además de decenas de prisioneros políticos. La FINTA fue ilegalizada, porque la ley de sindicalización campesina de 1947 prohibía su existencia, además de restringir la aplicación de la organización sindical en el campo. Sin duda una profunda derrota política que postergó la mejora de las condiciones de vida de los campesinos, profundizando la rabia y la desigualdad. La radicalidad de la revuelta de los años setenta en el campo proviene de esta postergación.

Comentarios finales

La revolución rusa y sus múltiples aplicaciones y reflexiones en torno al papel del partido vanguardia en el siglo XX planteó que una organización centralizada, dirigida por profesionales de la revolución y una militancia disciplinada podía conducir a las clases dominadas hacia una transformación social. Para Lenin se debía trasplantar la conciencia política desde afuera a un sujeto no revolucionario como el campesino. Esto generó, tanto en Rusia, como en otras localidades, complejas relaciones entre partido y campesinos producto de lo heterogéneo de estos últimos, pero también por sus fines, que en muchos casos eran ser propietarios de la tierra. En el caso de Colombia, Marco Palacios, nos explica en su libro ¿De

41 Defensa de la democracia. Cartas cambiadas entre el serenísimo Gran Maestro y S. E. el Presidente de la Republica, don Gabriel González Videla, Santiago, 1948, p. 29. Archivo digital de Biblioteca Nacional de Chile.

quién es la tierra?⁴², como los comunistas fueron desplazados por las fuerzas liberales precisamente por esta causa, ya que para los campesinos luchaban por obtener una propiedad privada de la tierra, asunto que no estaba dentro de los planes revolucionarios. ¿Pero que debían hacer en un país donde la mayoría estaba ligada a la agricultura? ¿Cómo organizar y transformar a un sujeto sin considerar sus propias ideas?

Según George Rudé, una de las reflexiones más importantes de Antonio Gramsci fue precisamente entender que las clases dominadas “necesitan contrarrestar la hegemonía de sus gobernantes creando una ideología propia”, pero que ésta “debía prestar atención a las necesidades ideológicas de las clases tradicionales formadas por campesinos y artesanos”.⁴³ Es decir, la *politización campesina* estaría sujeta a tres factores: el elemento inherente de las clases campesinas, el elemento derivado de los sujetos urbanos y las circunstancias y experiencias materiales del contexto local y nacional.⁴⁴ Por tanto, la politización no puede, en ningún caso, ser impuesta absolutamente desde fuera del sujeto, menos aún por un partido que se plantee foráneo a los sectores que desea transformar.

¿Es el partido actualmente forma de organización que necesitan los sectores populares o clases dominadas? ¿Qué otra forma de coordinar y conducir la totalidad podría ser alternativa? ¿Quiénes son los sujetos motrices de los cambios sociales? Las revoluciones son realizadas por sujetos concretos, que buscan fines y necesidades concretas, contra otras clases o que se imponen a otras. No es posible concebir al pueblo como un sujeto homogéneo, teniendo el desafío de comprender y respetar la cultura y origen de estos mismos, de allí derivarían las formas de organización que lograrías las transformaciones sociales.

42 Marco Palacios, ¿De quien es la tierra? Propiedad, politización y protesta campesina en la década de 1930, Fondo de Cultura Económica- Universidad de Los Andes, Ciudad de México, 2011, pp. 139-142.

43 George Rude, *Revolución Popular y conciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1981, p. 10.

44 Ibid., pp. 45-46.

SUJETO REVOLUCIONARIO Y CONSTRUCCIÓN PARTIDARIA

Por Cristián Matamoros

¿Cuál es la relación del sujeto revolucionario y la estructura partidaria? ¿Puede concebirse como una identificación absoluta entre ambos términos? Responder afirmativamente esta última interrogante nos lleva a tratar directamente la experiencia histórica de la revolución rusa, donde muchos críticos al decurso de ésta han considerado que tras la toma del poder lo que se estableció fue una dictadura del partido más que una dictadura del proletariado.

Entrando en materia, diré en primer lugar que al hablar del **sujeto de la revolución** en el presente estoy hablando de la clase trabajadora en su conjunto. Allí se contemplan en primer lugar al porcentaje de trabajadores que corresponden a los obreros, pero también a un importante porcentaje de trabajadores del área de servicios (menos estratégicos en el ámbitos productivo) y a sectores medios, como los profesionales asalariados, trabajadores del Estado, etc. De la misma forma, la clase trabajadora como sujeto de la revolución contempla a otros sectores que de alguna u otra forma caben en la categoría de pueblo.

Concepto problemático éste último, especialmente desde posiciones mecanicistas y obreristas, que consideran que la clase se constituye solamente en torno a la industria y al puesto en el sistema productivo, dejando fuera a montones de otras instancias de construcción de subjetividad clasista, como han sido el movimiento de pobladores durante gran parte del siglo XX, hasta nuestros días. Los críticos de la idea de pueblo, han intentado asimilar este concepto al populismo o al liberalismo. El primero, sería un concepto a-clasis-

ta, donde los trabajadores no tendrían una importancia mayor a la del resto de sectores sociales. Mientras que el liberalismo considera la idea de pueblo de forma similar a la idea de Nación, donde los múltiples sectores de la sociedad –incluidas las diversas clases– están contemplados en su seno. Ese intento ha buscado identificar al pueblo con los ciudadanos, como si el pueblo no se relacionase con ninguna clase en particular. Con esto cercenan de esta categoría su histórica connotación de clase y la limitan a la concepción burguesa y liberal, que ha tenido en el marco constitucional su mayor exponente cuando ésta habla de que “la soberanía reside en el pueblo”. A esto habría que sumar, que la burguesía fascista también ha utilizado el término pueblo, para englobar a una unidad indiferenciada casi sinónimo de la “patria”. De allí los nombres de Partido Popular en España, o de la UDI popular. Sin embargo, esos intentos de populismos reaccionarios no han logrado eliminar la raigambre clasista de la categoría.

No obstante, la categoría de pueblo ha tenido una estrecha vinculación con la de clase obrera y los trabajadores. ¿Acaso no ha sido la tradición del movimiento obrero chileno la que levantó periódicos como “El Pueblo”¹? ¿Acaso no fue Lenin quién escribió ese brillante artículo “Quiénes son los amigos del pueblo”?, en el cual no se estaba refiriendo a los amigos de los habitantes de un determinado lugar, sino que a los sectores explotados del campo y la ciudad. Es en ese sentido, que el concepto de pueblo está inserto en la historia del movimiento revolucionario, y su característica es que es un concepto más amplio que el de clase, donde tienen cabida sectores oprimidos que no pueden ser considerados como proletarios, por ejemplo: medianos campesinos, pequeña burguesía, estudiantes, etc.

1 Entre 1900 y 1930 circularon en Chile los siguientes periódicos obreros con nombres relativos a pueblo: La Doctrina Popular (Coquimbo, 1905-1906); El Pueblo Obrero (Iquique, 1906-1910), en estos dos fue colaborador Recabarren; El Defensor del Pueblo (Los Andes, 1923); La Voz del Pueblo (Iquique, 1925); La Voz del Pueblo (Concepción, 1925; vocero local de la IWW); El Grito del Pueblo (Santiago, 1896); El Grito Popular (Iquique, 1911); La Voz del Pueblo (Ovalle, 1925); La Defensa Popular (La Serena, 1902-1903); La Unión Popular (Concepción, 1921); La Voz del Pueblo (Tocopilla, 1920); La Hoja Popular (Valparaíso, 1920); El Heraldo Popular (Coronel, 1921). Información obtenida de Osvaldo Arias Escobedo, La Prensa obrera en Chile (1900-1930), Ariadna Ediciones, Santiago, 2009.

Lamentablemente para las posiciones obreristas en el seno de la izquierda, el movimiento obrero chileno e internacional, ha comprendido la idea de pueblo desde una mirada clasista. Eso es lo que pensó Recabarren cuando escribió su famoso folleto *Ricos y pobres*. Al hablar, Recabarren, de los sectores más precarizados de la sociedad, no lo hizo desde perspectivas sociologistas ni tecnocráticas, sino de una profunda mirada de clase, donde la clase trabajadora asume como parte de su misma clase a los otros sectores explotados. En ese sentido, la concepción de la clase trabajadora en conjunto con el pueblo explotado tiene una profunda matriz clasista, mucho más que la limitada del obrerismo mecanicista.

En ese sentido, repito, planteo una visión de la clase trabajadora ajena al obrerismo y de la mano con una visión de la clase en articulación con el pueblo explotado, donde la clase trabajadora lleve a cabo una irradiación hacia el resto de los sectores explotados², teniendo si la hegemonía de ese proceso.

Ahora bien, si reafirmamos que es la clase trabajadora el sujeto revolucionario, qué relación tiene ésta con el partido o con algún otro instrumento organizativo. ¿Es la clase quien conduce dicho proceso? Para responder a esta pregunta, es necesario volver a los clásicos del marxismo. Específicamente a uno de los debates más interesantes que ha existido en la historia del movimiento socialista y comunista internacional. Ese debate dado en Europa a inicios del siglo XX tomó en cuenta la relación de las masas, los sindicatos, la acción revolucionaria y el partido, contando con la participación de numerosos líderes del socialismo de la época, destacándose las posiciones de Rosa Luxemburgo y Vladimir Lenin.

De dicho debate, se vuelve a poner en relación y tensión los objetivos que persiguen las organizaciones económicas de los trabajadores –los sindicatos– y las más estrictamente políticas –los partidos–. Los trabajadores organizados sindicalmente tienen a la huelga

2 Tomo la idea de irradiación de lo que René Zavaleta ha considerado para el proletariado minero boliviano un “acto de irradiación” sobre el resto de los actores de su ambiente: pequeños comerciantes, “amas” de casa, etc. René Zavaleta Mercado, «Forma clase y forma multitud en el proletariado minero en Bolivia», en René Zavaleta Mercado, *La autodeterminación de las masas*, Siglo del Hombre Editores, CLACSO, Bogotá, 2009, p. 271.

como su mejor herramienta, la cual puede adquirir ribetes políticos si adopta un carácter general y de masas, desbordando el economismo propio de la organización de tipo sindical. En eso, las posiciones más propicias a considerar a la huelga como la herramienta revolucionaria (Luxemburgo) se emparentaron con el anarquismo o con la posición “sindicalista” de Sorel, la cual durante el tiempo también fue adoptada por numerosos sectores troskistas. Por el contrario, la posición más crítica respecto al rol de los sindicatos en un proceso político fue la de Lenin, quien no llamaba a abandonar estas organizaciones ni a considerar que no podían adoptar un carácter político, sino simplemente a reconocer las limitaciones del sindicalismo y a buscar la superación de aquellas.

Sería erróneo considerar este debate como occidentalizante o europeizante. Las modas posmodernas y salazarianas han intentado realizar esta separación que llevan a considerar a Latinoamérica como un subcontinente con condiciones exóticas y excepcionales, donde el debate mencionado no tendría vigencia. Las huelgas generales convocadas por la CUT en la década del 50, que revistieron un profundo carácter político dan cuenta de que estas problemáticas son inherentes a la lucha de clases, la cual para mal de algunos, está presente a lo largo de la historia en todos los países del mundo.

En ese sentido, la relación sindicatos, huelga y partido es interesante de analizarla históricamente desde la experiencia de lucha antidictatorial de los años 80. En esa coyuntura el sindicalismo tuvo un importante rol al convocar a las numerosas y masivas Jornadas Nacionales de Protesta. No obstante, la paralización efectiva de las bases sindicales no fue la tónica de esas Jornadas, sino que más bien la producción fue intervenida debido a los obstáculos que tuvo el conjunto de los asalariados para llegar a sus lugares de trabajo. Las protestas en los cinturones populares que rodeaban a las principales ciudades, especialmente en las poblaciones combativas, provocaron las irrupciones políticas a la que los dirigentes sindicales habían convocado. Es decir, en esa coyuntura la clase trabajadora organizada sindical ejerció un efecto de irradiación hacia el conjunto del pueblo³.

3 Un ejemplo similar fue la convocatoria de la CUT a un paro nacional

Ahora bien, esos roles políticos que desarrolló el sindicalismo chileno durante los 80 no son algo circunstancial. Desde que emergen las primeras organizaciones obreras en nuestro país, éstas adquirieron una connotación y tareas propiamente políticas, aunque limitadas. Desconocer o negar estas tareas al movimiento sindical es por una parte negar parte de la historia, y por otro lado, limitar a las organizaciones sindicales al economicismo. Este último, se le superada dialécticamente y no se le abandona mecánicamente. Es decir, desde la lucha por reivindicaciones estrictamente económicas se debe politizar las demandas, para que éstas adquieran un carácter de totalidad. Cuando ese delgado límite ha tocado techo es cuando las tareas del partido aparecen como las únicas que pueden conducir procesos de transformaciones radicales de la sociedad, es decir procesos revolucionarios.

¿De dónde proviene el grado de politización del movimiento sindical? Precisamente de las tareas de agitación, propaganda y educación que desarrolle el partido entre las masas de trabajadores. Un partido no puede esperar de brazos cruzados que emerja “lo consciente”, como tampoco puede sentarse en la puerta de su casa para ver pasar el cadáver del imperialismo. Debe tratar de acelerar los sucesos, transformando la lucha espontánea en lucha de toda la clase. Esas tareas provienen desde afuera de la esfera económica –tal como ha sido extensamente debatido y aún más extensamente citado ese debate–, pero no son tareas que provengan desde agentes externos al movimiento de los trabajadores. Los militantes partidarios deben estar insertos en dicho movimiento y no caerles a éstos a la manera de literatos o de pseudointelectuales de Facebook. La dirección se da al interior del movimiento popular, a pesar de que dicha dirección lo desborde al tener un carácter de totalidad.

Las luchas meramente reivindicativas, economicistas, tienen en este sentido el objetivo de incorporar a la lucha y educar a los sectores más atrasados de los trabajadores. Dicha lucha facilita la

los días 24 y 25 de agosto de 2011. En pleno asenso de la lucha estudiantil bajo el gobierno de Piñera, el carácter de la protesta comenzó a desbordar a los sectores estudiantiles. Su primera expresión fue la jornada de protesta del 4 de agosto, mientras que con la convocatoria de la CUT volvió a adoptar ese carácter de totalidad del efecto de irradiación, transformándose en una protesta popular.

comprensión de la lucha de clases y genera condiciones de posibilidad para la adopción del clasismo.

La necesidad de una militancia profesional

Un aspecto medular en el debate de Lenin y Luxemburgo giró en torno al carácter del partido. La centralización y disciplina que el líder bolchevique buscaba, no eran compartidas por Rosa. El carácter de vanguardia que asume el Partido es una de las experiencias más destacables, me parece, de la revolución bolchevique. Este carácter del partido defendido por Lenin, fue catalogado por algunos como blanquismo⁴, puesto que consideraba que la revolución (la insurrección) era un arte, el cual debía ser conducido por profesionales. Lenin reafirma sus ideas, pero divide aguas con el blanquismo, que hoy en día podría ser asimilado al aparatismo, puesto que: en primer lugar la revolución se debe apoyar en “la clase más avanzada”; en segundo lugar, en el “auge revolucionario del pueblo”, y en tercer lugar, apoyarse en los momentos en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor y donde en las filas enemigas reine la vacilación.

Ante esto vuelve a surgir la pregunta inicial y objeto de este Seminario-Taller, respecto al sujeto de la revolución. ¿es la clase o el partido?. La respuesta que esbozo es que son ambos. Responder por uno de los dos representa posiciones unilaterales, del espontaneísmo economicista si se considera que es exclusivamente la clase, y desde el blanquismo-aparatismo si se considera que es solamente el partido. Clase y partido están en una relación dialéctica donde la primera representa al sujeto teórico-histórico de la revolución (analítico), puesto que es el sostén de la estrategia revolucionaria. Mientras que el sujeto político es el partido, en cuanto a que elabora y decide los medios y tiempos de esa estrategia.

Estas grandes tareas nos deben llevar a reflexionar sobre el **perfil de los militantes** que conforman ese destacamento de la cla-

4 Término que alude al activista francés Louis-Auguste Blanqui. Hace referencia al actuar de un grupo pequeño y sectario que por sí mismo puede lograr la toma del poder.

se que es el partido. Sin una preparación y calificación difícilmente podrán asumir las tareas que le corresponden al partido. Aquí nuevamente rescato las ideas centrales de Lenin defendidas a inicios del siglo pasado, donde propicia no sólo un partido centralizado⁵, sino también formado por revolucionarios profesionales, donde el perfil de los militantes supera el carácter artesanal y laxo con que hoy en día en muchos casos se ejercen las militancias. Sin duda que en 100 años muchas condiciones y contextos han sido modificados, pero la disciplina y el profesionalismo de quienes pretenden conformar un partido, que ni más ni menos quieran conducir a la clase hacia un proceso revolucionario, están lejos de ser cuestionadas. Claramente, si alguien piensa en un partido o en una organización con otras características, la disciplina y el profesionalismo podrán no estar dentro de ese perfil de militantes, pero para eso se debería dejar de hablar de construir un partido revolucionario.

Esta idea es la que clásicamente se ha definido como un partido de cuadros. Pero acaso ¿no es algo similar al aparatismo y al sectarismo? No. Responde efectivamente a la idea de ser una organización que representa un destacamento de la clase, su parte más adelantada. Pero ese destacamento tiene como tarea principal conducir, por lo tanto si está alejado de las masas podría estar capacitado para conducir, pero no conducir a nadie. Por eso la construcción de un partido de cuadros que lidere un proceso revolucionario requiere que esos militantes desarrollen un trabajo de masas directo.

Junto a esto, el perfil de la militancia está caracterizado por las tareas que se busca desarrollar respecto a los enemigos de la clase. Si se pretende realizar una revolución donde las clases explotadoras sean barridas y sus medios de producción expropiados estamos hablando de grandes tareas contra un organismo férreo y que ni por vías parlamentarias ni de diálogo entrega concesiones, como es

5 En un escrito de 1904, Lenin señala que el partido debe poseer un comité central único, que se consagre totalmente a la actividad revolucionaria. Este comité debe dirigir todas las tareas partidarias, asegurar la dirección de todos los aspectos de la actividad, ser representativo y firme en sus decisiones. V.I. Lenin, Carta a un camarada. Sobre nuestras tareas de organización, Cuadernos de formación obrera Organización Comunista Octubre, s/l, 1976.

el caso del Estado chileno. La toma del poder y la destrucción del Estado no son para nada tareas menores, requieren de un esfuerzo y una especialización, lo cual determina el carácter que debe tener una organización que busque acabar con él.

Rosa Luxemburgo señalaba que “las revoluciones no se aprenden en la escuela”, con lo cual quería decir que los revolucionarios debían estar inmersos entre las luchas de clase, entendiéndolas como escuelas formativas de la revolución. Mao consideraba que la revolución no era un juego, por lo que se debía estar lo más preparado para ella, ya que no se trataba de: “ofrecer un banquete, ni escribir una obra, ni pintar un cuadro o hacer un bordado; no puede ser tan elegante, tan pausada y fina, tan apacible, amable, cortés, moderada y magnánima. Una revolución es una insurrección, es un acto de violencia mediante el cual una clase derroca a otra”⁶. Ambas consideraciones conllevan la preparación calificada de militantes. Ahora bien, repito, si una organización no pretende desarrollar tales tareas, sin duda que la centralización, disciplina y profesionalización militante no serían necesarias.

No obstante, sólo militantes aceros tampoco son suficientes para la construcción partidaria. Un partido requiere de la elaboración de un programa político. Sin programa, prácticamente es difícil hablar de partido, sin embargo debe reconocerse que dicho programa lo construye el partido, por lo tanto la mera existencia de un programa no garantiza nada. Al respecto es interesante ver qué ha sucedido con organizaciones con un no despreciable desarrollo ideológico y que han logrado construir su programa, pero al no constituirse en partido, ni lograr desarrollar trabajo de masas, el programa se transforma en letra muerta.

Es la disciplina militante, el trabajo de masas, la base ideológica, la línea política y el programa revolucionario el que diferencia a un partido respecto a otro tipo de organización social, religiosa, sectaria o lumpenezca.

Ahora bien, y para terminar, es interesante decir algunas pala-

6 Mao Tse-tung, «Informe sobre la investigación del movimiento campesino en Junán», Obras Escogidas, tomo I, Ediciones en Leguas Extranjeras, Pekín, 1968, p. 25.

bras respecto a la situación actual de los revolucionarios en nuestro país.

En la actualidad debemos evaluar si es que existen condiciones para la conformación de un partido. Existen destacamentos de la clase, pero aún demasiado pequeños; con una base ideológica en construcción, una línea política revolucionaria por instinto y sin un programa claro. Eso no quiere decir que hoy no se traten de estructurar de la forma más parecida a un partido y que no tengan la capacidad de detectar las principales tareas para superar la condición actual.

Respecto a este insuficiente catastro, me parece que es compartida la idea de que se continúa sin ser alternativa de poder antagónico al capitalismo y su actual patrón de acumulación.

En el campo popular revolucionario, las diversas organizaciones de avanzada no logran ser alternativa de poder para la clase y el conjunto del pueblo explotado. La dispersión actual nos ha colocado una barrera infranqueable, que por más que sumemos compañeros y compañeras, territorios, sindicatos, estudiantes, no se logra salir del pantano. La única forma de salir de este callejón sin salida y superar nuestras actuales deficiencias es en un proceso dialéctico de unidad de las fuerzas revolucionarias.

Entender esa unidad como un proceso (dialéctico), debe permitir que mientras éste se lleve a cabo, cada una de las organizaciones deben continuar desarrollando la formación de cuadros profesionales y el trabajo de masas. Sin embargo, el análisis concreto de la realidad concreta da cuenta de que hoy no existen las condiciones de construir partido, pero sí existe la posibilidad de avanzar hacia ellas. Estas condiciones sólo se desarrollarán si entre los diversos grupos hoy existentes se inicia un proceso unitario, no de articulación ni federativo, sino uno en el cual se logre conformar una estructura pre partidaria, encargada de: dinamizar la lucha de clases, incidir en la disputa del poder y generar un crecimiento cuantitativo y cualitativo en pos de acelerar la construcción partidaria.

Se hace urgente que los contingentes de revolucionarios coloquen por delante los intereses de la clase, elevando a una tarea de primer orden el construir el partido de la clase trabajadora, el cual permita crear Poder Popular, preparar la Guerra Popular, Conquis-

tar el poder Político, edificar el Socialismo y la Sociedad sin Clases: conquistar el Comunismo.

Ahora es cuando debemos dejar de lado las peleas y diferencias de la pequeña política, superar nuestras honrosas banderas particulares, dar paso a un referente político de la clase trabajadora y con él desarrollar la lucha de clases que enfrente a los dueños del poder y la riqueza. Convertirnos así, en el instrumento político que nos haga transitar hacia la conquista del poder.

¡Sin partido de la clase trabajadora, no hay revolución socialista posible!

EL PODER DUAL EN RUSIA, BOLIVIA Y CHILE: EL PROLETARIADO INDUSTRIAL Y LA TOMA DEL PODER

Por Christian Berríos Marambio

Militante del Movimiento Internacional de Trabajadores (MIT),
Sección Chilena de la “Liga Internacional de Trabajadores
Cuarta Internacional (LIT-CI)”.

Introducción

Cuando hablamos de estrategia revolucionaria nos vemos obligados a referirnos a un conjunto de elementos que constituyen orientaciones y premisas que llevan a la clase obrera a la toma del poder. De allí nos podemos adentrar a una serie de discusiones respecto al sujeto social de la revolución, el tipo de herramienta que se debe utilizar para la toma del poder, sobre los organismos que se deben crear para tal cometido, etc. Estas orientaciones, que la historia y la lucha de clases va demostrando, deben ir dirigidas a un tipo de gobierno, asentado en los organismos de gobierno de la clase obrera. Teniendo una correcta caracterización de la época en la que vivimos, la cual Lenin caracterizó como de “Época de Guerras y revoluciones”, que poco ha cambiado desde la concepción de dicha etapa.

Existe también una confusión respecto a lo que se denomina táctica y estrategia, donde existen tácticas que son llevadas a un plano estratégico. Por ejemplo, la socialdemocracia apostó por la táctica electoral y el trabajo en el parlamento burgués como una estrategia para la construcción de la “sociedad socialista” (Lenin, *La Revolución Proletaria* y el renegado Kautsky, 2007). En la segunda mitad del siglo XX dentro de Latinoamérica el guerrillerismo, como

táctica militar, también fue llevada como estrategia al plano de la toma del poder, lo que equivalió a un distanciamiento de los sectores de la clase obrera industrial y al amplio sector de masas -colocando en el centro al campesinado y a grupos de vanguardia como el sujeto que dirigiría al resto de los sectores de la sociedad (Moreno, *Dos métodos frente a la revolución latinoamericana*, 1964).

La II internacional utilizaba el concepto de “táctica” como la clave del movimiento obrero, no se hablaba de estrategia. No será luego de la revolución de octubre cuando los conceptos vuelvan a sus definiciones militares. Trotsky se refiere a la táctica como el arte de dirigir las operaciones aisladas, mientras que la estrategia es el arte de hacerse del mando; combinar todos los elementos para apoderarse del mando, es decir, para vencer (Albamonte, 2007).

En este sentido, la estrategia debe responder a la pregunta en torno a cómo la clase obrera puede hacerse del poder político y destruir el Estado burgués y crear un Estado de la clase obrera, con organismos que fomenten la participación política del conjunto de la clase y que tenga como objetivo la construcción del socialismo a nivel mundial, mediante la destrucción del antiguo aparato capitalista.

En síntesis: apostar a la movilización de masas y a la construcción del partido revolucionario, que tome el poder político y lo deposite en los órganos de la clase obrera (Moreno, 1973).

Nos referiremos específicamente al método revolucionario que ocuparon los bolcheviques y la clase obrera rusa para poder hacerse con el poder y dirigir al conjunto de los sectores explotados. La forma del Soviet o del consejo, como forma de organización y combate contra la burguesía -o la monarquía en la Rusia pre-soviética-, ha sido tomada por toda la clase obrera a nivel mundial y ha quedado demostrado que son organismos que tienen una alta posibilidad de guardar una independencia de clase¹, como también la forma más democrática de poder llevar a cabo las reivindicaciones de los sec-

1 El Soviet, como forma de organización, no guarda una independencia de clase por el hecho de ser Soviet o un organismo de organización. Los Soviets fueron herramientas que utilizó también el menchevismo como órganos de apoyo al gobierno de Kerensky. Como también la COB no guardó su independencia en el gobierno de Paz Estenssoro.

tores explotados.

En Latinoamérica también está presente esta forma independiente de organización de la clase obrera y los sectores populares. La Central Obrera Boliviana (COB), emanada de la revolución boliviana del 52,² es uno de los ejemplos de organización por fuera de los marcos del Estado, donde al igual que los Soviets, se constituyó como un poder dual que tensionó la capacidad de dominio de la burguesía, organizando y administrando en algunos sectores la producción, teniendo la capacidad de derrocar gobiernos e instaurando milicias obreras.²

Por otra parte, los Cordones Industriales, si bien no se constituyeron como un poder dual, si mostraron rasgos importantes sobre la independencia en la organización obrera, donde se pusieron en práctica tanto formas de administración de la producción como consignas y reivindicaciones que tensionaban al gobierno de la UP, junto al régimen democrático-burgués.

Se colocará en tensión entonces la estrategia para llevar a cabo una revolución de carácter socialista, que está basada en organismos democráticos de la clase obrera y los sectores populares mediante la estrategia de la insurrección obrera. Es necesario también recalcar que la idea no es caer en un fetichismo de los Soviets, o caer en análisis mecanicistas o doctrinarios en base a una determinada forma de organización. La clase obrera y el movimiento de masas va creando sus organismos en base a sus necesidades y su naturaleza; puede ser el Soviet, los comités de huelga, los comités coordinadores, etc. Lo importante es que responden a la movilización permanente de la clase obrera y los sectores oprimidos y explotados.

Los organismos de combate de la clase obrera rusa, chilena y boliviana en procesos revolucionarios

Para definir una situación revolucionaria nos abocamos a la sintética definición de Lenin: los de arriba -clases dominantes- no

² Las milicias obreras en Bolivia estaban formadas desde antes que la COB. Sin embargo, a través de las tesis de Pulacayo se evidencia que estos tenían un rol importante dentro de la central.

puedan seguir viviendo ni gobernando como antes, mientras que los sectores explotados y oprimidos no quieran seguir siendo gobernados como antes (Lenin, 1915). De tal forma, el rasgo más característico de una revolución social y política es la intervención directa de las masas en el curso de los acontecimientos históricos (Trotsky, 1997; Moreno, 1984). En tiempos de “normalidad”, quienes llevan el rutinario y tortuoso curso de la historia son las instituciones tradicionales del Estado Burgués, sus ministros, partidos, intelectuales, etc. Los regímenes pueden cambiar como así sus instituciones y los distintos gobiernos, pero las instituciones del Estado ya sean las fuerzas armadas o el parlamento, siguen llevando el curso de la historia.

Sin embargo, en épocas de revolución las masas comienzan a forjar sus propias instituciones, sus propios métodos de organización y pasan a intervenir directamente en el curso de la historia. La forma de estudiar los órganos creados por la clase obrera debe ser contemplando su dinamismo, donde transitan desde las reivindicaciones económicas, democrático-burguesas, hacia consignas de poder o reivindicaciones de carácter socialista (Trotsky L. , 1932).

El Soviet, por ejemplo, nace como una institución de la clase obrera que cumplía la función de coordinar las distintas huelgas que se producían en 1905 para luego ser caracterizado en 1917 como el organismo de base para la toma del poder, donde se debía organizar el nuevo Estado obrero -destruyendo de raíz las instituciones del Estado Burgués. Este aprendizaje, y muchos otros de vital importancia, fueron extraídos del estudio de la primera revolución obrera: “La Comuna de París”. Trotsky también saca conclusiones contundentes sobre el rol del Partido en la construcción de la dictadura del proletariado. Estudios fundamentales que se deben sacar a la luz para tomar las conclusiones y lecciones pertinentes para el triunfo de una acción revolucionaria.

En Rusia las clases oprimidas y explotadas se organizaron en el Soviet, en Chile se organizaron tanto en los comandos comunales como en los cordones industriales y en Bolivia se organizaron en la COB.

De tal forma haremos en el siguiente artículo se hará referencia

a: La caracterización de los organismos emanados de la lucha obrera, que constituirían órganos de poder dual -o embrión de poder dual en el caso de los cordones. En segundo lugar, se tensionará el rol del partido en la toma del poder y su vínculo con los organismos de clase. En tercer lugar, se abordará la composición de clase y la importancia de la clase obrera industrial en la participación de estos.

El Soviet, el Cordón Industrial y la COB

Para quienes tengan una noción particularista, en el sentido de elevar a una categoría absoluta las particularidades de la clase obrera en cada país, esta comparación puede parecerle ridícula, reduccionista o quizás hasta forzada. Tampoco la idea es llevar a una categoría generalizadora en torno a las formas de organización de la clase obrera, eso sería un reduccionismo, un estudio superficial y mecánico respecto a la organización de la clase (Lenin, 1906).

Aquí lo que queremos comparar y rescatar es que, sabiendo de las particularidades de la clase en los distintos países, existen métodos de organización y de hacer política que escapan a las particularidades de cada región y que se ven plasmados en las características generales de la clase obrera y los sectores explotados. Un ejemplo de esto son las formas de democracia que levantan los sectores de la clase obrera industrial³ en situaciones revolucionarias como fue en Rusia, Bolivia y embrionariamente en Chile, como expresión de una toma superior de consciencia.

Los soviets, como forma organizativa de la clase obrera nacen en la víspera de la revolución de 1905 con el objetivo de poder organizar las huelgas y movilizaciones que llevaban a cabo las industrias en los sectores urbano-industriales de Rusia. En 1905, en la región

3 De aquí en adelante nos referiremos a clase obrera como todo trabajador asalariado perteneciente al departamento I en la economía marxista (producción de bienes de producción), que incluye fábricas (que producen máquinas por ejemplo), las minas, las refinerías, las hidroeléctricas, las obras de construcción pesada, la producción de materias primas en la agroindustria. Y al departamento II, que incluye la producción de bienes de consumo y la construcción de casas y departamentos. (Almeida, Notas sobre la evolución del proletariado industrial, 2017)

de Ivánovo-Vosnesensk nació el primer Soviet en medio de la lucha que llevaban a cabo la clase obrera de las industrias textiles. Esta tomó un carácter organizador donde se masificó la lucha, al día siguiente se organizó una asamblea de huelguistas a la cual asistieron cerca de 30.000 obreros y obreras textiles. Se decidió elegir un consejo de 110 delegados que tendrían la función de llevar a cabo las negociaciones con los patrones y el gobierno (Nin, 1932).

Al poco tiempo después le seguiría la formación del Soviet de Petrogrado y de Moscú, ciudades con una importante concentración industrial y de una importancia política relevante.

Los Soviets, si bien se formaron como una respuesta ante los ataques de la burguesía y el Zar, no surgieron mediante un “espontaneísmo” de las masas en la organización, sino que el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso estuvo coordinando estrechamente la organización del Soviet de Ivánovo-Vosmesnsk, no como una política que haya propuesto el Partido, sino como una respuesta ante la organización que la clase obrera dió (Nin, 1932). Solo en Petrogrado se dio una situación en la cual de ser un comité de huelga pasó a ser el centro de las luchas obreras, con la participación de un espectro más amplio en organizaciones políticas (A diferencia de Ivánovo-vosmesnsk, en el soviet de petrogrado también contaban con la participación de los eseristas).

Los soviets se diluirían luego de la derrota de 1905, pero la experiencia colectiva de la clase obrera los tendrá presentes en las vísperas de la revolución de 1917.

Por otra parte, los cordones industriales nacen también al calor de las movilizaciones, durante el año 1972 en la comuna de Maipú -comuna con una densidad industrial importante- se forma el comando de coordinación Maipú, el cual tenía como objetivo coordinar las distintas huelgas que llevaban a cabo la clase obrera en industrias como, Aluminios “El Mono”, Perlak y Polycron, quienes exigían el traspaso de las industrias al “Área de Propiedad Social” (APS)⁴ (Guzmán, 1996).

4 El Área de Propiedad Social, como política en el programa de gobierno de la UP buscaba nacionalizar las industrias estratégicas de Chile, esto mediante la expropiación de industrias que pasarían a mano del Estado mediante un adminis-

De aquí en adelante la organización de la clase obrera avanzaría exigiendo demandas económicas, como el cumplimiento en el pago de sueldos, el aumento de estos y el fin a los despidos, hasta ya exigir el traspaso de un conjunto de industrias, cada vez mayor, a la administración del Estado y los trabajadores (Mujica, 2007).

La cantidad de industrias que exigen el traspaso al Área Social aumenta y el gobierno responde con obstáculos, cuestionamientos y negativas hacia las exigencias de estos sectores de la clase obrera. Las empresas que exigen el traspaso ya no son solo las del comando coordinador de Maipú sino que se extienden a otros sectores del país.

Dentro de este clima de movilización, a mediados de Julio, nace el Cordón Industrial Cerrillos-Maipú, exigiendo el traspaso de todas las industrias de la comuna hacia el Área de Propiedad Social, lo que marcará un precedente para la pronta aparición de otros organismos de autoorganización obrera, el cual estallará en el paro patronal de octubre del 72'. Ante la arremetida de la burguesía en el paro patronal, surgen distintos cordones industriales: El cordón Vicuña Mackenna, el cordón Estación Central, cordón Huachipato, y varios otros comienzan a levantarse a través de métodos de acción directa, organización obrera por fuera de la legalidad y política institucional de la UP (Mujica, 2007).

Estos cordones se levantan en busca de mejores condiciones de vida para la clase obrera, se levantan en defensa de la arremetida burguesa ante el paro y se proyectarán no solo como un organismo de coordinación y defensa. Si no que también tendrán un rol en la administración y producción local de bienes⁵.

De tal forma es que se gesta una embrionaria forma de organización que buscara una coordinación a nivel nacional, pero que, dado los acontecimientos posteriores como la entrada del brazo armado de la burguesía al gabinete de gobierno, la política de devo-

trador del gobierno, con participación de los trabajadores dentro de la administración.

5 La industria MADEMSA a contrapelo de lo que proponía la administración estatal en la fábrica, decidió bajar los precios, elaborar más productos para la localidad y así tomar rienda de la producción misma, por fuera de las orientaciones del aparato estatal de la burguesía, dirigido por la Unidad Popular (Mujica, 2007).

luciones de empresa y la falta de una dirección revolucionaria que buscase fortalecerlos como organismos de combate y deliberación política, estás terminarían siendo víctimas de la contrarrevolución.

La COB por otra parte, nace como una central obrera que busca aglutinar a todos los sectores de la clase obrera y popular que fueron protagonistas de las movilizaciones de abril de 1952⁶. Con el impulso de la revolución y la destrucción del aparato de las fuerzas armadas, la principal vanguardia obrera agrupada en la FSTMB⁷ junto al POR⁸, forman la Central Obrera Boliviana, la cual constituía un organismo de poder efectivo; tenía su propio brazo armado conformado por las milicias obreras, aglutinaba al conjunto de los sectores del proletariado minero y productivo, deliberaba políticas de nacionalización, entre otras. Se mostraba en abierta tensión con el Estado burgués boliviano por tener el dominio total del Estado -con las características que se diferencian entre las clases-.

Luego de la revolución de 1952 se destruye el ejército, el presidente escapa al exilio y la clase obrera, mediante los Comités de Coordinación creados para la autodefensa, se reorganiza y unifica distintos sindicatos que desembocarían en la creación de una nueva central sindical, la COB.

La COB, si bien se conformó gracias a la rica herencia de lucha y organización con la que contaban los obreros mineros, esta tenía una gran dificultad por delante: la casi nula experiencia de la clase obrera en mantener independencia con el aparato estatal. La reaccionaria CSTB, obtuvo un ministro obrero en el gobierno “Hertzog”, el FSTMB funcionaba como bloque parlamentario junto al POR⁹ y

6 El 10 y 11 de Abril de 1952 se llevó a cabo la “revolución boliviana”, donde los principales centros mineros del país iniciaron una insurrección junto a las masas urbanas ante el golpe de estado que se hizo luego de las elecciones que dieron al MNR como ganador.

7 Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia.

8 Partido Obrero Revolucionario, partido trotskista afiliado a la Cuarta Internacional. Luego sufriría una división en base a la política de apoyo crítico al gobierno de Paz Estenssoro.

9 Sin embargo la política y las intervenciones del POR y el FTSMB eran dedicados a la denuncia hacia el régimen democrático-burgués, el desbaratamiento de las fuerzas armadas y el control obrero. Utilizando el parlamento como una

la COB tampoco se mantendría independiente del gobierno reformista del MNR (de Oliveira, 2007)

Luego de la toma del poder y la conformación de la COB se eligió un comité ejecutivo donde participaba el MNR junto con el POR. Mediante esa vía se desarrollaría la central durante un año sin un congreso fundacional que pudiese elegir una directiva de forma democrática e incentivar la elaboración política de la clase obrera.

Se debe entender primero las posiciones de las agrupaciones que tenían una capacidad de dirección dentro de la central. En primer lugar, el MNR, Movimiento Nacional Revolucionario, era un partido de composición heterogénea, donde participaban sectores de la pequeño-burguesía, estudiantes y ciertos sectores de la clase obrera. Sin embargo, sus acciones se caracterizaban por ser clandestinas y conspirativas, mediante negociaciones con oficiales del aparato de las fuerzas armadas para poder impulsar a la burguesía nacional boliviana y generar ciertas reformas “democráticas”, sin la perspectiva del socialismo en el horizonte.

El POR fue un partido afiliado a la Cuarta Internacional, la cual estaba dirigida en su mayoría por las políticas de Michel Pablo y Ernest Mandel. El POR tenía fuerte arraigo en los sectores mineros de Bolivia, teniendo una influencia preponderante en la FSTMB y en la COB, su política es zigzagueante, sobre todo a medida que se desarrolla la lucha dentro de la Cuarta Internacional respecto a la táctica del “entrismo sui generis” a los Partidos Comunistas, que eran parte de distintos gobiernos de Frente Popular, y por su viraje hacia el método foquista y guerrillero empleado por Guevara y luego Santucho en la década del 60-70.

El programa de la COB -definida en las tesis de Pulacayo del FSTMB- hacía referencia al fortalecimiento de una central sindical independiente del Estado, por la nacionalización de las minas y las industrias, por el armamento de la clase obrera y constituir un parlamento obrero -similar al Soviet-. Sin embargo, su política se mantuvo dentro de los márgenes del aparato del Estado Burgués, siendo co-gobierno con el MNR, con la táctica de arrastrar a los sectores

tribuna de propaganda y agitación revolucionaria (Moreno, El Partido y la Revolución, 1973).

del ala izquierda del MNR que en su mayoría eran obreros que participaban permanentemente en la central (de Oliveira, 2007).

La COB, a medida que pasaron los meses después de las jornadas de Julio, formó las “Centrales Departamentales”, que en muchas regiones eran el organismo que administraba y deliberaba el quehacer de la localidad. El POR estaba a cargo de la central departamental de Santa Cruz y este protagonizó una de las principales tensiones con el gobierno MNR. Cuando en el periódico “Rebelión” lanza un llamado a la radicalización de la revolución.

“La COB defiende la ocupación de las fábricas y las minas por los trabajadores (...) nacionalización de las minas, sin indemnización y bajo control obrero (...) el pueblo boliviano no puede cargar con el peso que significaría el pago de grandes indemnizaciones, el destino de la revolución se liga íntimamente al de la propiedad privada, que solo podrá ser superada por la acción revolucionaria de las masas. El Congreso Nacional de Trabajadores es un paso en la conquista de un parlamento obrero que, superando la estructura jurídica democrático-burguesa, abrirá el camino para un gobierno obrero y campesino”. (Rebelión, N°1, septiembre de 1952)

De aquí que el MNR colocaría una importante atención al desarrollo de la COB, dada la popularidad que estaba ganando y lograría en el primer congreso de la COB -junto a la política de apoyo crítico del POR- anexar esta al aparato del Estado mediante la nominación de ministros obreros que puedan sostener el régimen democrático-burgués en favor del MNR y la burguesía nacional.

La dualidad de poderes: relación entre el partido y los organismos de poder

La revisión sobre los organismos de poder -o poder embrionario en el caso de los cordones- en el presente artículo tiene por

objetivo el poder analizar a la luz de los hechos las condiciones que permitieron constituirse como tal, el contexto en las cuales surgieron y cuáles fueron los elementos determinantes que le permitieron u obstaculizaron la conquista del poder.

Trotsky, en la “Historia de la Revolución Rusa”, explica en que consiste la dualidad de poderes haciendo una contraposición histórica con la revolución inglesa del siglo XVII, la revolución francesa y la comuna de París. Para Trotsky, *“El régimen de la dualidad de poderes sólo surge allí donde chocan de modo irreconocible las dos clases; sólo puede darse, por tanto, en épocas revolucionarias, y constituye, además, uno de sus rasgos fundamentales.”* (Trotsky, Historia de la revolución rusa, 1932, pag. 186)

En Rusia tanto en 1905 como en 1917 surgieron los Soviets dentro un contexto en la cual las viejas clases aristócratas y de la nobleza -como también la burguesía- se mostraban incapaces de poder cumplir las demandas de la clase obrera y el campesinado. En 1905, mencionábamos antes como el calor de la lucha hizo surgir a los soviets, de la mano del partido obrero socialdemócrata ruso. Sin embargo, en 1917, luego de la revolución de febrero, fueron los mismos partidos que propugnaban una revolución democrático-burguesa quienes levantaron el Soviet desde arriba, designando su propio comité ejecutivo de forma consciente y deliberada, con el objetivo de evitar que el poder recaiga en sus manos (de los mencheviques, eseristas y resto de partidos reformistas) (Trotsky L. , 1932).

De aquí que el rol del Soviet para el reformismo tenga un rol de “fiscalizador” luego de la revolución de febrero, con el fin de asegurar una “revolución burguesa” dentro de Rusia, desarrollar su régimen parlamentario-burgués y poder seguir la lógica mecánica de las etapas que el estalinismo y el neoreformismo han acuñado para el siglo XXI. Pero, *“la dualidad de poderes excluye la división del poder en dos segmentos y todo equilibrio formal de poderes. No es un hecho constitucional, sino revolucionario, que atestigua que la ruptura del equilibrio social ha roto ya la superestructura del Estado”* (Trotsky L. , Historia de la Revolución Rusa, 1932, pag. 187).

En dicho sentido los organismos de poder dual, sea el Soviet o la COB, no resuelven por sí mismo la cuestión de la toma del poder

ni su programa. El programa y la dirección del Soviet u organismo puede servir para diversos fines, como para la organización de una lucha, la autodefensa contra agentes contrarrevolucionarios u otros. Pero, es el partido quien dota a los soviets de un programa y una dirección para un determinado momento, como lo puede ser para la toma del poder. De tal forma que los Soviets pasan de ser “fiscalizadores” a ser organismos de insurrección y base para la dictadura revolucionaria del proletariado, acorde a las organizaciones y direcciones que los partidos le doten.

La cuestión de dotar a los organismos de masa y de la clase obrera con un programa para la toma del poder, que sea votado democráticamente, hace una diferencia sustancial con regímenes que nacen de luchas militares, alejados de los centros urbanos-industriales (Moreno, 1986). La cuestión se puede abordar con la diferenciación entre un golpe conspirativo y una acción de insurrección proletaria. Para Lenin (1917), la insurrección corresponde al punto culmine de una revolución, donde el hastío de los sectores oprimidos y explotados llega a tal nivel que se expresa en la acción directa contra el régimen, protagonizado por las grandes masas populares -sea clase obrera o campesina. Por otra parte, la conspiración hace referencia al planeamiento de una acción clandestina y separada de las masas que busca cambiar la dirección del régimen por otra -usualmente son rotaciones en la conducción del Estado Burgués sin un cambio en las relaciones sociales de producción.

Así fue como los Soviets pasan a ser un instrumento “fiscalizador” de la democracia formal, burguesa, a ser uno de los pilares base para la insurrección y la democracia obrera. La cuestión respecto al rol del partido y de las organizaciones obreras y de masas recae en cómo se pueden combinar los factores “Insurreccionales” y “conspirativos”. Plantear un referéndum a la clase obrera y las masas sobre cuándo y cómo tomar el poder es imposible, Trotsky en “El arte de la Insurrección” hace referencia a esta problemática:

“Los métodos de la democracia tienen sus límites. Se puede interrogar a todos los viajeros de un tren para saber cuál es el tipo de vagón que mejor conviene, pero no

se puede ir a preguntarles a todos para saber si hay que frenar en plena marcha el tren que va a descarrilar. No obstante, si la operación se efectúa con destreza y a tiempo, se podrá contar con seguridad con la aprobación de los viajeros” (Trotsky L. , Historia de la Revolución Rusa, 1932, pág. 850)

A lo que refiere Trotsky, sobre la combinación entre “Insurrección” y “Conspiración”, es que en la insurrección las grandes capas de los sectores populares, campesinos y pequeño-burgueses empobrecidos y radicalizados tienden a tomar como suyas las banderas de cambio contra la clase dirigente, existiendo un gran descontento hacia el régimen impuesto, expresado en movilizaciones y en acciones directas por parte de los sectores oprimidos y explotados. Sin embargo, si no se cuenta con un partido que dirija la insurrección hacia una revolución socialista se tenderá a la capitulación al régimen democrático-burgués. La actuación del partido Bolchevique en el II Congreso Panruso de los Soviets, al votar la resolución sobre la toma del poder, evidencia en la práctica una de las más amplias democracias vista por la humanidad. Por medio de una correcta caracterización de la lucha de clases, viendo la disposición de los sectores obreros hacia una insurrección y sobre todo en la auto-organización de estos en los Soviets, el Comité Militar Revolucionario de Petrogrado, en trabajo conjunto con el partido Bolchevique, toman los principales puntos de la ciudad, mientras que en la apertura del Congreso fue la clase obrera quien votó el traspaso del poder a los Soviets. Y aquí es cuando entra la dialéctica entre el movimiento obrero de masas y el rol del partido revolucionario como ente conspirador en la insurrección.

Una insurrección llevada a cabo sin una dirección revolucionaria es cómo podemos caracterizar las revoluciones surgidas de la primavera árabe o de las revoluciones luego de los 70'. Revoluciones que no llegaron al punto de expropiar a la burguesía, cuestión que da para una discusión más profunda que se relaciona en extremo con este tema.

Vale decir que los organismos de poder dual no son la condicionante para una insurrección que pueda expropiar a la burguesía

y realizar la revolución socialista. Podemos observar un carácter dialéctico en lo que es la estrategia para la toma del poder, donde existen métodos conspirativos o insurreccionales que se expresan por fuera de los organismos de deliberación democrática de la clase obrera, tales como la revolución por conquista liderada por la Unión Soviética en los países de la Europa oriental o la toma del poder en manos de organizaciones de carácter militar, las cuales tienen como resultado lo que denominamos como “Estados Obreros Burocratizados” donde cambian las relaciones sociales de producción, pero no cambia la superestructura política hacia una emancipación de los sectores obreros en la capacidad de deliberación que tengan en el Estado Obrero¹⁰.

Mientras que existe, por el extremo opuesto, una concepción “pasiva” y “espontánea” sobre los organismos de democracia obrera, expresados por la falta de un partido revolucionario que pueda dirigir la insurrección -la cual desde la década del 70’ hasta la actualidad se han expresado en innumerables insurrecciones que no llegan a expropiar a la burguesía.

De tal forma, Trotsky en “Lecciones de Octubre” escribe sobre el rol de los Soviets y los márgenes de acción en los que se encuentran:

“La inestabilidad de los Soviets conciliadores residía en el carácter democrático de tal coalición de obreros, campesinos y soldados, que ejercían un semipoder. Les quedaba la alternativa de ver disminuir su papel hasta la extinción o asumir el poder de veras. Pero no podían asumirlo como coalición de obreros y campesinos representados por diferentes partidos, sino como dictadura del proletariado dirigida por un partido único que se atrajera a las masas campesinas, empezando por los elementos se-

10 No queremos ser injustos ni sectarios acá, donde efectivamente uno de los mayores logros democráticos en muchos estados obreros burocratizados se alcanza en base a las políticas de reducción de la jornada laboral, el reparto de la tierra a los campesinos, la socialización de la producción, y entre otros. Para Trotsky, el parlamentarismo jamás podrá superar las formas democráticas de los Soviets o de los Estados Obreros Burocratizados (Trotsky L. , ¿Puede reemplazar la democracia parlamentaria a los soviets?, 1929)

miproletarios”. (Trotsky L. , 1924, pág. 20)

Aquí la cuestión es si el partido revolucionario tiene la audacia de tomar el poder desde los organismos democráticamente constituidos por la clase obrera. En Bolivia, en los años 1951 y 1952, el ejército boliviano -principal brazo armado de la burguesía- se encontraba desarmado, se comenzó a reorganizar recién cerca de 6 meses después y el POR, principal partido obrero dentro de la dirección de la COB llama a un apoyo “crítico” al gobierno del MNR, lo que termina con un co-gobierno entre la COB y el MNR que dismantelará la posibilidad de toma del poder en Bolivia dentro de la década del 50’.

La problemática en Bolivia sobre la cuestión de la insurrección recae en dos problemas y en dos momentos distintos de la lucha de clase. La primera en lo que respecta al primer congreso de la COB y la dirección que el congreso le dio a la central, y en segundo lugar respecto a una capitulación al método guerrillero como “Táctica elevada a estrategia”¹¹ para la toma del poder.

La política del POR en el 52’, se resumía de la siguiente forma: “El POR comenzó con un apoyo justo pero crítico al gobierno del MNR. Vale decir, evitó lanzar la consigna (Abajo el gobierno del MNR); lo apoyó críticamente contra todo ataque por parte del imperialismo y la reacción, así como toda medida progresista.” (*Quatrième Internationale*, 1953, pag. 25)

La COB, teniendo en su posesión destacamentos obreros que bordeaban entre 50.000 a 100.000 hombres, habiendo destruido el aparato militar y habiendo derrocado el gobierno burgués, no tomó la tarea de la conquista del poder por parte de la clase obrera y la central recién fundada, como consecuencia del salto cualitativo que hubo en la conciencia de las y los obreros después de las jornadas de abril, mantuvo una relación de un equilibrio inestable que acabaría

11 Término acuñado por Nahuel Moreno en su libro “dos métodos frente a la revolución latinoamericana”. Donde en una polémica con Santucho (PRT-ERP) se acusa al método de guerra de guerrillas como una táctica elevada a estrategia, por llevar el análisis latinoamericano a una distinción “monolítica” entre “Imperialismo vs Liberación nacional”.

con la anexión de la central al gobierno de Paz Estenssoro luego de su primer congreso.

La segunda problemática se aborda luego en la década del ante el debate sobre el armamento a la clase obrera o a los sectores de la guerrilla. Aquí el POR se encontraba ya dividido en dos fracciones, las cuales se diferenciaban en torno al distanciamiento con el MNR y a la capitulación respecto al método foquista en Bolivia, en desmedro de la movilización de masas y su necesidad de armarse. Hay registros que muestran que en solo un día de insurrección las masas, sectores urbanos y de obreros, lograron saquear en un depósito cerca de 1.300 rifles usados en la guerra del Chaco, cuando el “Ejército Revolucionario” que se proponían a construir las organizaciones de izquierda -y el POR a través de la política del SU¹² solo logró 500 armas (el 10% de 5.000 combatientes). (Intercontinental Press, 1973). Sin embargo, esta es otra discusión que merece un artículo específicamente a ese periodo de la lucha de clases boliviana.

De tal forma, el partido revolucionario tiene un rol clave en la toma del poder y en la insurrección victoriosa hacia la revolución proletaria, la cuestión fundamental es sobre qué base se construirá el régimen de transición al socialismo. En los Soviets y en la COB se tenían situaciones históricas muy similares: quiebre -o destrucción en el caso boliviano- del ejército profesional, organismos de poder dual fundados en los sectores más avanzados del proletariado industrial, formación de milicias obreras y un régimen democrático-burgués de características similares a un gobierno de kerenskista. Trotsky, para representar la importancia del partido en el proceso revolucionario alude a la siguiente analogía:

“Una caldera a vapor, aunque se la maneje mal, puede rendir mucho servicio durante largo tiempo. En cambio, el manómetro es un instrumento muy delicado al que cualquier impacto arruina rápidamente. Con un manómetro inservible, la mejor caldera puede explotar. Aun si el partido fuera un instrumento de orientación como el manómetro o la brújula de un barco, su mal funcionamiento acarrearía grandes dificultades.

12 Se le denomina SU al “Secretariado Unificado”, grupo internacional de carácter trotskista que dirigió Ernest Mandel.

des. Pero más que eso, el partido es la parte más importante del mecanismo gubernamental. La caldera soviética puesta en marcha por la Revolución de Octubre es capaz de realizar un trabajo gigantesco aun con malos mecánicos. Pero el mal funcionamiento del manómetro plantea constantemente el peligro de que explote toda la máquina.” (Trotsky L. , Problemas de desarrollo en la U.R.S.S, 1977, pág. 147).

Sobre el carácter de la revolución y sus organismos de poder

Si bien la historia ha demostrado que han existido revoluciones sin partidos obreros revolucionarios a la cabeza. Estas revoluciones, luego de la revolución Cubana, no han podido llegar a la expropiación de la burguesía ni menos hablar a la instauración de una dictadura proletaria basada en la democracia obrera¹³.

Esto va muy ligado a la cuestión sobre el sujeto social de los procesos revolucionarios, el cual no tiene ninguna definición predetermined, sino que está directamente ligada a la dirección revolucionaria que busca la toma del poder. En Cuba, el campesinado tomo un carácter de vanguardia en la lucha guerrillera, sin embargo, en Bolivia -de composición altamente campesina e indígena- fue el peso pesado del proletariado minero quienes tomaron las banderas siendo vanguardia de la insurrección.

El proletariado ha tenido un rol sobresaliente en los procesos revolucionarios del siglo XX, luego de la revolución rusa se dio la revolución alemana de 1919-1923, la insurrección de Cantón en China en 1927 en Francia en el 35', en España con la insurrección catalana del 34', en Bolivia el 52'. Francia el 68', el Cordobazo del 69' y la lista continua.

El proletariado industrial -y no necesariamente urbano- no

13 Defendemos las conquistas realizadas por la revolución cubana, cambiando las relaciones sociales de producción permitiendo una democracia obrera que dentro del capitalismo sería imposible de generar. Por otra parte, al hablar de democracia obrera la entendemos como la existencia de espacios de discusión y de elaboración política de la clase obrera, existencia de un pluripartidismo de carácter “soviético” que defienda la movilización permanente de la clase obrera, etc.

solo a demostrado en Rusia ser una de las bases orgánicas para la futura toma y administración del poder, sino que también ha demostrado ánimos de movilización. Lenin se refiere a este tema estudiando el levantamiento obrero ruso en 1917: *“Para poder triunfar, la insurrección debe apoyarse no en una conjuración, no en un partido, sino en la clase más avanzada. Esto en primer lugar. La insurrección debe apoyarse en el auge revolucionario del pueblo. Esto en segundo lugar...”* (El Marxismo y la Insurrección, Lenin, 1917)

Cuando Lenin hace referencia a la clase más “avanzada”, hace referencia al sector del proletariado industrial como la clase preponderante en realizar la revolución socialista, sin embargo, se puede tergiversar como la clase que está en “la vanguardia” de la lucha -tomando un criterio subjetivista del análisis de clase- incluso hay quienes sostienen que se puede tomar como “clase en avanzada” a ciertos sectores que estén a la vanguardia. ¿Se podría tomar el Estudiantado como un sector de “avanzada” por ejemplo? O la reduccionista categoría de “pueblo”. Para contrastar esta posición hay que referirse a las posiciones de la III internacional respecto a la toma del poder por la clase “más avanzada” que en definitiva hace mención al proletariado industrial en base al rol que este tiene en la producción capitalista y a las características particulares de su organización.

“(...) En ese sistema (soviético), se le asegura una situación predominante al proletariado industrial, al que pertenece, debido a su mejor organización y su mayor desarrollo político, el papel de clase dirigente, cuya hegemonía permitirá al semiproletariado y a los campesinos pobres elevarse progresivamente...” (Cuatro Primeros Congresos de la Internacional Comunista, 2017, pág. 43).

La insurrección de Abril, que condujo a la inminente revolución boliviana, no fue una obra netamente “espontanea” de las masas obreras y sectores campesinos-indígenas de Bolivia. Si bien, no existió una dirección que pudiese dirigir el movimiento revolucionario hacia la toma del poder, si existía una larga tradición de lucha y de organización por parte de la clase obrera -especialmente en la

clase obrera minera- que logró realizar triunfalmente la insurrección contra el golpe de estado.

Al igual que la revolución de Febrero, donde no existió ninguna organización a la cabeza del levantamiento de las obreras textiles, si había en la conciencia del proletariado una larga experiencia de luchas y organización que permitió arrancarle el poder a las viejas clases aristócratas y nobles de Rusia.

Los orígenes de los cordones industriales, por otra parte, también muestran esa falta de organización por parte de una dirección revolucionaria, donde el MIR apostaba por la construcción de los comandos comunales y los consejos, que diluían la organización de la clase obrera dentro de las “masas populares”. Es necesario decir que coincidimos en la necesidad de formar organismos por fuera de los marcos de la legalidad burguesa para la organización independiente de la clase obrera y los sectores explotados y oprimidos. Sin embargo, creemos que ante los aprendizajes de la revolución de Octubre, el proletariado industrial y la organización -en base a los mecanismos de este- son un elemento fundamental en la cuestión de la toma del poder (Mujica, 2007).

En un artículo en respuesta al PC sobre los dichos de Corvalán respecto al fortalecimiento del gobierno de la UP dentro del Estado Burgués, el MIR plantea que *“Los Comandos y Consejos (comunales), el desarrollo del Poder Popular alternativo y autónomo, constituyen órganos fundamentales para abrir paso a la Revolución Proletaria”*. (El MIR y la Unidad Popular en Chile en Marxismo en América Latina. Michael Löwy, 2007, Pág. 353)

Con lo descrito anteriormente respecto a esta relación que existe entre los organismos de poder dual, el carácter de clase y la vinculación con el partido revolucionario, cabe entrar en la discusión respecto a cuáles fueron las formas que el MIR priorizo para organizar a los sectores populares alrededor del proletariado industrial. Cuestión que cuando se compara con el Soviet o con la COB, se observa que estos dos organismos funcionan de forma “centrípeta” ante el proletariado industrial, con un partido revolucionario dando un programa y dirección para que el proletariado tome las riendas del Estado.

La III internacional se refería de la siguiente forma a la importancia de los organismos que el proletariado de la siguiente forma:

“(...) solamente por medio de la creación de organizaciones industriales de ese tipo, por su vinculación en ramas de la industria y en centros industriales, la lucha de las masas obreras podrá adquirir una unidad orgánica, se logrará hacer efectiva una oposición a la división de las masas de la socialdemocracia y los jefes sindicales” (Cuatro Primeros Congresos de la Internacional Comunista, 2017, pág. 35).

Conclusión

En la actualidad, en pleno siglo XXI, las revoluciones y los conflictos lejos de haber cesado y marcado “el fin de la historia” se han vuelto más convulsivos, agresivos, destructivos y con una frecuencia casi vertiginosa. La revolución boliviana del 2003, el Argentinazo del 2001, la revolución de los pueblos árabes y de medio oriente, la revolución ecuatoriana, entre otras.

El conjunto de estas revoluciones han sido consecuencia del hastío de la clase trabajadora y los sectores oprimidos, han sido la consecuencia también de una constante pauperización de las condiciones de vida del proletariado a nivel general, donde las conquistas logradas en el Siglo XIX o siglo XX, muestran signos cada vez más vertiginoso de retrocesos tanto en seguridad laboral, jornada laboral, condiciones de trabajo que se asemejan a las formas esclavas de producción, etc.

La idea central de este escrito es poder sacar elementos para la discusión respecto a dos cuestiones en específico: La necesidad de que las organizaciones revolucionarias se inserten y tengan un trabajo político dentro de los sectores del proletariado industrial y dar una caracterización sobre la relación que debe tener el partido revolucionario con los organismos que levanta la clase obrera en situaciones revolucionarias.

En síntesis, el proletariado industrial es determinante para la construcción de un régimen de transición al socialismo, en primer

lugar por la localización que este tiene en la producción como único trabajador productivo, vale decir, que genera valor, produce plusvalía. En segundo lugar, porque este se encuentra concentrado en unidades productivas y realiza un trabajo colectivo, donde existe una cadena de producción, donde si bien las formas de organización de la producción han cambiado en forma (pasando de una producción de carácter “vertical” del modelo fordista, a una organización de redes en base a la flexibilización laboral), la contradicción del capital-trabajo sigue intacta. Y en tercer lugar, se confirma una de las tesis del Manifiesto Comunista sobre la tendencia del capitalismo a la pauperización del proletariado. No se cumple la previsión de la proletarianización de los sectores de la pequeño-burguesía, sino que se pauperiza mediante la rebaja del nivel de vida de la clase obrera. El proletariado no solo sufre un rebajamiento a nivel salarial -los ejércitos proletarios en el sudeste asiático y en China son la expresión más barbara de este hecho- sino que se evidencia en la pérdida de conquistas importantes del siglo XIX y XX (Almeida, 2017).

Por otra parte, también es importante mencionar que no existe una desaparición física del proletariado, sino un dislocamiento del proletariado de los países centrales del capitalismo a países neocoloniales, dependientes o coloniales del capitalismo. Por ejemplo, en Brasil, El Instituto Latinoamericano de Estudios Socioeconómicos en “El proletariado brasileño hoy” consigna un aumento de 6 millones en 1995 a 10,2 millones de obreros industriales. En los años 1995 eran el 3% de la población, en 2014 alcanzaron un 5,6% (cifra muy similar a la de los años 80, periodo de máxima industrialización de Brasil) (Ilaese, 2016)

Respecto al partido revolucionario, sostenemos que es el elemento fundamental y determinante en lo que es la victoria de la insurrección hacia un gobierno obrero, que sea dirigido por el partido revolucionario con las bases de un proletariado industrial, que no debe ser “fuerte” en los términos cuantitativos, sino que su “fuerza” reside en la posición que ocupa este en el marco de las relaciones de producción capitalistas.

De tal forma, es que el partido revolucionario debe tener una política de construcción en la clase obrera industrial, y debe tener una participación constante y profunda en los organismos que la

clase obrera crea, y no a través de la creación de organismos que llaman a una vanguardia que busca movilizarse, pero que en términos objetivos, no presenta las cualidades para poder construir organismos democráticos, basados en la democracia obrera y en las formas colectivas de organización que presenta el proletariado industrial en la fábrica.

En América Latina, como en el resto del mundo, es un hecho que las formas de flexibilización laboral han modificado las formas de organización de la clase obrera, pero no quiere decir que esta haya perdido las características que la hacen ser el soporte orgánico y muscular de la producción capitalista.

En Chile actualmente la clase obrera se encuentra aglutinada, con una importante densidad de población, en los sectores de la minería: Rancagua, Antofagasta, Calama, etc. Sectores que se encuentran alejados de los grandes sectores urbanos, pero que sin embargo sostienen la estructura económica de la burguesía en Chile. Existe también zonas industriales en importantes sectores de Santiago como, Maipú, Quilicura, Concepción, etc.

El sector de la industria forestal también es otro importante núcleo de proletariado industrial, aglutinado en lo que es el sur de Chile, protagonizando en la década anterior importantes luchas obreras, al igual que el proletariado minero.

Si bien la flexibilización laboral es un hecho que existe y que dificulta enormemente la organización de la clase obrera, en un régimen bonapartista esta organización es exponencialmente más difícil, cuestión que no es suficiente para cambiar la estrategia de la insurrección obrera, pero sí para cambiar la táctica de construcción en ella. La insurrección es la acción apoyada en el proletariado y las masas, la conspiración es la tarea del partido revolucionario.

Ante esto, las tácticas de inserción dentro del sector del proletariado industrial deben ser las mas flexibles para permitir la inserción dentro de este, no solamente mediante el trabajo sindical y dentro de las faenas -cuestión que con la flexibilización laboral se dificulta mucho. Sino que se debe entrar a los barrios obreros, lograr hacer avanzar la conciencia del proletariado industrial insertándose en estos, construir el partido de la clase obrera en el seno de esta.

Para finalizar, este texto es solo el inicio de una serie de discusiones que buscan fomentar el debate sobre el quehacer en la actualidad, en torno a las necesidades inmediatas y al programa que debemos adoptar quienes nos encontramos en la trinchera de la revolución socialista. Ante esto, el llamado es a criticar, debatir, estudiar y sobre todo a la elaboración y la escritura constante de posiciones políticas y debates de estrategia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBAMONTE, E. (2007). Un debate de estrategias. A 90 años de la Revolución Rusa. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- ALMEIDA, E. (2017). Notas sobre la evolución del proletariado industrial. *Marxismo Vivo* N°9, 07-26.
- ALMEIDA, E. (2017). Notas sobre la evolución del proletariado industrial. En *Marxismo Vivo*. Nueva Época. N°9 (págs. 07-27). Sao Paulo: Ediciones Marxismo Vivo.
- CUATRO PRIMEROS CONGRESOS DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA. (Mayo de 2017). Primer Congreso. Plataforma de la Internacional Comunista (págs. 19-56). Valencia: Editorials Sedov.
- DE OLIVEIRA, E. (2007). La revolución Boliviana. Editora UNESP: Editora UNESP.
- GUSMÁN, P. (Dirección). (1996). La Batalla de Chile [Película].
- ILAESE. (2016). O Proletariado Brasileiro hoje. Sao Paulo: Ilaese.
- INTERCONTINENTAL PRESS. (1973). Our role in battling against the military coup. En N. Moreno, *El Partido y la Revolución* (pág. 86). Sao Paulo: Editora Lorca.
- LENIN, V. (30 de Septiembre de 1906). La Guerra de Guerrillas. *Proletari*, Num° 5.
- LENIN, V. (1915). La Bancarrota de la II Internacional. Moscú: Editorial Progreso.
- LENIN, V. (1917). El Marxismo y la Insurrección. Petrogrado: Marxist Internet Archive.
- LENIN, V. (2007). La Revolución Proletaria y el renegado Kautsky.

- Madrid: Fundación Federico Engels.
- MORENO, N.** (1964). Dos métodos frente a la revolución latinoamericana. CITO.
- MORENO, N.** (1973). El Partido y la Revolución. Sao Paulo: Editora Lorca.
- MORENO, N.** (1986). Conversaciones con Nahuel Moreno. Buenos Aires: Antídoto.
- MOVIMIENTO DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIA.** (2007). El MIR y la Unidad Popular en Chile. En E. M. Latina, Michael Löwy (págs. 350-356). Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- MUJICA, D.** (2007). Cronología Comentada de los Cordones Industriales. Santiago de Chile: Biblioteca de Historia Obrera.
- NIN, A.** (1932). Los Soviets: Su origen, desarrollo y funciones. Valencia: Marxists Internet Archive.
- QUATRIÉME INTERNATIONALE.** (1953). Quatriéme Internationale. Quatriéme Internationale, 25.
- TROTSKY, L.** (1924). Lecciones de Octubre. Kislovodsk: Marxists Internet Archive.
- TROTSKY, L.** (22 de Mayo de 1929). ¿Puede reemplazar la democracia parlamentaria a los soviets? The New Republic.
- TROTSKY, L.** (1932). Historia de la Revolución Rusa. Londres: Marxists Internet Archive.
- TROTSKY, L.** (1977). Problemas de desarrollo en la U.R.S.S. En L. Trotsky, Escritos. Tomo II. Vol. 2 (págs. 142-162). Buenos Aires: Pluma.

LAS CATEGORÍAS DE VANGUARDIA Y HEGEMONÍA EN LA “TEORÍA DE ORGANIZACIÓN” LENINISTA DURANTE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA DE 1905

Por Joao Acharán Riffo

Cientista político

La revolución democrática de 1905 es la primera experiencia revolucionaria de masas de los socialdemócratas rusos. Es a la luz de dicha experiencia que desarrollaremos una reflexión en torno a la “teoría de organización” leninista, situándose en un contexto histórico determinado, tiempo y lugar concreto de desenvolvimiento de la lucha de clases.

No es el propósito de este ensayo presentar concienzudamente la “teoría de organización” leninista, sus componentes, principales características, los fundamentos teóricos sobre los que se levanta la propuesta leninista. Más bien, hace una contribución mucho más humilde: esboza una manera de acercarse al problema de la organización como conjunto de principios que estructura y da forma orgánica a prácticas específicas, que Lenin le asigna a una organización socialdemócrata. Si bien haremos un par de menciones a los “principios elementales” de organización socialdemócrata, la centralidad de nuestras preocupaciones abordará las tareas prácticas que la “teoría de organización” leninista le asigna al partido. Por una parte, la tarea práctica de intervención consciente y planificada para superar los niveles disimiles de conciencia política de clase, esto es, su rol de vanguardia, y por otro lado, la tarea práctica de dar conducción y dirección política a la lucha de diversos sectores sociales articulándolos en torno a la clase trabajadora, esto es, su rol de construcción

hegemónica.

Para abordar el problema de la organización en el pensamiento político leninista en los términos antes planteados, seguiremos el siguiente itinerario: en primer lugar, desarrollaremos brevemente un marco interpretativo para comprender la “teoría de organización” leninista desde el que situaremos nuestra reflexión; en segundo lugar, nos aproximamos a la categoría de Vanguardia como una intervención consciente de los sectores más politizados de la clase obrera para la superación de los límites de su actividad espontánea y de la lucha económica; en tercer lugar, desarrollaremos la categoría de Hegemonía como la capacidad de dirección y articulación; finalmente, la manera en que vanguardia y hegemonía se articulan en la apuesta táctico-estratégica del bolchevismo en la revolución democrática de 1905. Con este recorrido, buscamos sumergirnos en las complejidades de la teoría de organización leninista, superando mistificaciones y caricaturas.

La “teoría de organización” leninista: una cuestión de principios, una cuestión de prácticas

En su respuesta a *Problemas organizativos de la socialdemocracia* de Rosa Luxemburgo (que a su vez, es una crítica de Rosa Luxemburgo al *¿Qué Hacer?* de Lenin), Lenin comienza haciendo una aclaración. En sus obras, no defiende un “sistema de organización” frente a otros “sistemas de organización” sino que, más bien, desarrolla “los principios elementales de cualquier organización del partido” (Lenin, 1976, pág. 520). ¿Cuáles eran estos principios que defiende tan obsecuentemente Lenin? Las ideas fundamentales que enarbolaba, tanto en el *¿Qué Hacer?* como en *Un paso adelante, dos pasos atrás*, se reducían, en el fondo, a “la primera idea, que era la única de principios”: el centralismo (Lenin, *Un paso adelante, dos pasos atrás*, 1973, pág. 130). La diferenciación entre vanguardia y clase, como respuesta socialdemócrata a la brecha entre el papel teórico asignado al proletariado y su realización práctica, como respuesta socialdemócrata a las limitaciones de la lucha económica y la actividad espontánea de la clase obrera, son los “principios” a los

que toda organización socialdemócrata debe atender para el desarrollo de ciertas “tareas prácticas”.

Lenin no defiende “sistemas de organización” o “modelos de partido”, sino “principios” y “tareas prácticas” que adoptaran formas orgánicas concretas y específicas diferentes según las exigencias de un determinado momento histórico, según el estado de la “conciencia política de clase” y sus requerimientos táctico-estratégicos. La estructura orgánica del partido socialdemócrata, los aspectos formales de organización interna del partido, son objeto de la reflexión política de Lenin a la luz de los “principios elementales” de organización partidaria y de las tareas eminentemente prácticas que se le asigna al partido revolucionario. Desde esta perspectiva, la reorganización partidaria emprendida tras la revolución democrática de 1905 puede ser comprendida como adecuaciones táctico-estratégicas antes que como una “revuelta contra el leninismo”.

Las interpretaciones caricaturescas de la “teoría de organización” leninista, aquellas que ven sistemas y modelos de partido antes que principios y tareas prácticas, reaccionan con desconcierto frente a dichos cambios, al punto que no han sido pocos los que han querido contraponer la “concepción elitista del partido” del Qué Hacer con la democratización del Partido Obrero Socialdemócrata (POS-DR) (Liebman, 1975, pág. 29), la élite de revolucionarios profesionales e intelectuales con la afluencia masiva de cuadros obreros a las filas del partido, la desconfianza frente a la actividad espontánea de las masas con el entusiasmo por la capacidad creativa de la clase trabajadora. Estaríamos frente, nos dicen, a una inversión teórica de Lenin frente a sus propios planteamientos recientes, una “primera revuelta de Lenin contra el leninismo” (Shandro, 2010, pág. 300), una verdadera “revolución que conmocionó una doctrina” (Shandro, 2010, pág. 300).

Además de partir desde una interpretación errónea de la “teoría de organización” leninista, estos autores cometen el error de contraponer dicotómicamente “espontaneidad y conciencia, obreros e intelectuales, democracia y centralismo, partido y clase” (Shandro, 2010, pág. 301), y no concebirllos de manera dialéctica, en el devenir de una relación contradictoria que interviene políticamente sobre una situación cambiante. Comprender de esa manera dichos tér-

minos, implica asumir la orientación estratégica de Lenin hacia la aleatoriedad de la lucha política y que, por tanto, concibe “la identidad de las fuerzas políticas, los movimientos, las instituciones, las políticas, los problemas y las ideas” sujeta a los vaivenes de la lucha de clases y no meramente como reflejo de la estructura social. Por ello está siempre sujeta a una reevaluación en relación a la lógica y desarrollo de la propia lucha política.

La clave para comprender dialécticamente la relación que la “teoría de organización” leninista establece entre espontaneidad y conciencia, obreros e intelectuales, democracia y centralismo, partido y clase, está precisamente, en las categorías de vanguardia y hegemonía. En el movimiento real de lucha contra el Capital, la relación entre la actividad espontánea de la clase obrera y la planificación consciente de la práctica política de la vanguardia debe comprenderse a la luz de la noción de “lógica táctico-estratégica de lucha por la hegemonía” (Shandro, 2010).

La vanguardia como intervención consciente

Una interpretación ampliamente difundida de la “teoría de organización” leninista nos propone la imagen de un partido estrictamente disciplinado, constituido por una elite portadora de la conciencia de clase que vierte sobre una clase obrera inerte y/o amorfa. Esta interpretación ha logrado instalar, al menos, dos ideas fuerza como si fueran el núcleo clave de la teoría leninista de organización: i) la conciencia de clase proviene desde fuera de la clase trabajadora, principalmente desde la intelectualidad de extracción burguesa, y debido a ello ii) la vanguardia, portadora de conciencia de clase, suplanta a la clase trabajadora en el proceso revolucionario.

Es en su *¿Qué hacer?* donde Lenin desarrolla con mayor sistematicidad el “sistema” de organización revolucionaria y los “principios” que deben primar en ella para que se constituya efectivamente como un Partido para la lucha. Y es también en dicho texto, donde Lenin hace la polémica afirmación de que “la conciencia” debe ser “aportada” “desde fuera” a la clase. Lenin, cita amplia y textualmente las palabras “justas e importantes” (Lenin, *¿Qué Hacer?*, 1973, pág.

61), de Kautsky en el nuevo programa del Partido Socialdemócrata Austriaco, que reproducimos también a continuación

“Por supuesto, el socialismo, como doctrina, tiene sus raíces en las relaciones económicas actuales, exactamente igual que la lucha de clase del proletariado; y lo mismo que esta última, dimana de la lucha contra la pobreza y la miseria de las masas, pobreza y miseria que el capitalismo engendra. Pero el socialismo y la lucha de clases surgen juntos, aunque de premisas diferentes; no se derivan el uno de la otra. La conciencia socialista moderna sólo puede surgir de profundos conocimientos científicos. En efecto, la ciencia económica contemporánea es premisa de la producción socialista en el mismo grado que, pongamos por caso, la técnica moderna; y el proletariado, por mucho que lo desee, no puede crear ni la una ni la otra; de la ciencia no es el proletariado, sino la intelectualidad burguesa (subrayado por C. K.): es del cerebro de algunos miembros de este sector de donde ha surgido el socialismo moderno, y han sido ellos quienes lo han transmitido a los proletarios destacados por su desarrollo intelectual, los cuales lo introducen luego en la lucha de clase del proletariado, allí donde las condiciones lo permiten. De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde fuera en la lucha de clase del proletariado, y no algo que ha surgido espontáneamente dentro de ella” (Lenin, *¿Qué Hacer?*, 1973, pág. 61)

Por una parte, y haciendo propias palabras de Kautsky, Lenin parece adherir a la idea de que socialismo y lucha de clases no se derivan en absoluto el uno del otro y donde la “conciencia socialista moderna” sólo puede adquirirse de profundos conocimientos científicos ajenos a la cotidianidad de la clase, lo que delega a los intelectuales la responsabilidad de desarrollar esa conciencia e introducirla luego a la lucha de clases del proletariado. Lenin parece comulgar con esta perspectiva. Sin embargo, en las notas a pie de página plantea matices importantes: las calamidades que afronta la clase obrera

en el capitalismo le impulsan espontáneamente al socialismo pero el predominio ideológico de la burguesía y otras variables políticas contextuales propias de la Rusia zarista, impiden ese desarrollo “natural”. La clase obrera no estaría ontológicamente incapacitada de adquirir por sí misma esa conciencia, sino sólo contextualmente imposibilitada de hacerlo¹.

Lenin, por otro lado, parece instalar imperceptiblemente una diferencia sutil pero significativa, y es que mientras Kautsky habla de “conciencia socialista moderna”, Lenin lo reemplaza por “conciencia política de clase”.

“Al obrero se le puede dotar de conciencia política de clase sólo desde fuera, es decir, desde fuera de la lucha económica, desde fuera del campo de las relaciones entre obreros y patronos. La única esfera de que se pueden extraer esos conocimientos es la esfera de las relaciones de todas las clases y sectores sociales con el Estado y el gobierno, la esfera de las relaciones de todas las clases entre sí. Por eso, a la pregunta de qué hacen para dotar de conocimientos políticos a los obreros no se puede dar únicamente la respuesta con que se contentan, en la mayoría de los casos, los militantes dedicados a la labor práctica, sin hablar ya de quienes, entre ellos, son propensos al “economismo”, a saber: “Hay que ir a los obreros”. Para aportar a los obreros conocimientos políticos, los socialdemócratas deben ir a todas las clases de la población, deben enviar a todas partes destacamentos de su ejército” (Lenin, ¿Qué Hacer?, 1973, pág. 33).

1 “Se dice a menudo que la clase obrera tiende espontáneamente al socialismo. Esto es justo por completo en el sentido de que la teoría socialista determina, con más profundidad y exactitud que ninguna otra, las causas de las calamidades que padece la clase obrera, debido a lo cual los obreros la asimilan con tanta facilidad, siempre que esta teoría no ceda ante la espontaneidad, siempre que esta teoría supedita a la espontaneidad. Por lo general, esto se sobreentiende, pero Rab. Dielo lo olvida y lo desfigura. La clase obrera tiende al socialismo de manera espontánea; pero la ideología burguesa, la más difundida (y resucitada sin cesar en las formas más diversas), es, sin embargo, la que más se impone espontáneamente a los obreros” (Lenin, ¿Qué Hacer?, 1973, pág. 18).

La “conciencia política de clase” solo puede aportarse desde el exterior, dice Lenin. ¡Pero desde el exterior de la lucha económica! Se trata de una diferenciación fundamental: no se plantea que la conciencia viene desde fuera de la clase y su experiencia cotidiana de explotación ni mucho menos desde fuera de la lucha de clases, sino que desde fuera de la lucha meramente económica “entre obreros y patrones”. Con la afirmación de que la conciencia debe ser aportada desde fuera, Lenin no pretendía plantear las limitaciones de la clase para adquirir por sí misma esa conciencia sino, más bien, explicitar los límites de la lucha económica para desarrollar esa conciencia.

La tesis de Lenin complejiza el tratamiento que se le da en el marxismo al problema de la conciencia. Su “conciencia política de clase”, tiene un carácter discontinuo y contradictorio producto de las calamidades que afronta la clase obrera en el capitalismo. Desde su perspectiva, la espontaneidad se encuentra tensionada por una contradicción que la atraviesa: es, simultáneamente, embrión de la conciencia socialista que permite el despliegue de la creatividad obrera y un depósito de la ideología burguesa que reduce la práctica política de la clase obrera a una práctica artesanal. Lenin lo expone de la siguiente manera: “La clase obrera gravita espontáneamente hacia el socialismo; pero la ideología burguesa más extendida (y continua y variadamente reavivada) se impone no menos espontáneamente sobre el obrero en un grado aún mayor” (Lenin, ¿Qué Hacer?, 1973, pág. 18). Desde esta perspectiva, el rol de la vanguardia consciente para elevar los niveles de “conciencia política de clase” de la clase obrera requiere tanto fomentar la espontaneidad como combatirla (Bensaïd & Naïr, 1972). La “teoría de organización” leninista, en este sentido, no en una subestimación de la iniciativa de las masas sino una comprensión de sus limitaciones y un esfuerzo por superar esas limitaciones.

Por otro lado, no solo la lucha meramente económica tiene limitaciones, también la acción únicamente espontaneísta. La “lucha espontaneísta”, ajena a los métodos de dirección socialdemócrata, se expresa en la incapacidad de la clase obrera de establecer una política de independencia estratégica frente a la burguesía. ¿Qué implica una posición de independencia estratégica? Al menos supone tres premisas,

“Primero, el movimiento de la clase obrera no puede mantener su independencia estratégica sin llegar al reconocimiento de que sus intereses son irreconciliables con el conjunto del sistema sociopolítico organizado alrededor de la dominación de los intereses burgueses. Segundo, semejante reconocimiento implica que los intentos de reconciliar los intereses de la burguesía y del proletariado deben examinarse en el contexto de la crítica marxista de la economía política capitalista. De aquí resulta la tercera afirmación, este reconocimiento no resulta efectivo en la lucha de clases en ausencia de un liderazgo fundado en la teoría marxista” (Shandro, 2010, pág. 298).

Por tanto, para superar las limitaciones de la lucha económica y espontánea, para explotar el potencial de la actividad espontánea de la clase obrera en la elevación de sus niveles de “conciencia política de clase”, para proyectar políticamente una posición de independencia estratégica de la clase obrera, se requiere de una organización socialdemócrata. En un contexto de dislocación material de la formación económico-social rusa entre clases y grupos sociales con intereses específicos, antagónicos y/o contradictorios, de enajenación del trabajo humano, de predominio ideológico de la burguesía, etc., se produce la brecha entre el sujeto teórico-histórico y el sujeto político-práctico que hace necesario que la organización socialdemócrata asuma el carácter de vanguardia.

La vanguardia aparece como la intervención planificada sobre la disociación entre el papel teórico del proletariado y su conciencia enajenada por la ideología dominante, imprimiéndole una dirección socialdemócrata a la actividad espontánea y la lucha económica de la clase obrera. De esta manera, “el partido constituye un puente entre la conciencia incipiente del proletariado y el papel que le está teóricamente asignado. Él es el intermediario necesario entre el concepto de clase obrera y su realización práctica, alienada en la sociedad capitalista” (Bensaïd & Naïr, 1972). Desde esta perspectiva, las características del Partido como destacamento de vanguardia están condicionadas por el desarrollo desigual, discontinuo y contradictorio de la “conciencia política de clase”: la intervención

planificada de la vanguardia será menos necesaria en la medida que la clase trabajadora se vaya sacudiendo de la hegemonía burguesa. O, más exactamente, en la medida que la clase en sí se transformará progresivamente en la clase para sí; el sujeto teórico-histórico de la revolución tenderá a coincidir con su sujeto político-práctico. Solo en este momento, el concepto de vanguardia tiende a fusionarse con la clase trabajadora (Bensaïd & Naïr, 1972)².

En este momento de nuestro análisis, es pertinente explicitar lo que está detrás de la diferenciación entre sujeto teórico-histórico y sujeto político-práctico: no hay una relación de identidad absoluta entre el Partido de vanguardia y la clase obrera. Al contrario, todos los esfuerzos de Lenin en materia de organización están, precisamente, consagrados a evitar la confusión “desorganizadora”³ entre el partido y la clase (Lenin, *Un paso adelante, dos pasos atrás*, 1973, pág. 135). Esta es la profundidad del problema planteado en torno a la redacción del párrafo 1 de los estatutos del Partido que mantiene con Martov, en *Un paso adelante, dos pasos atrás*. En ese debate, la posición de Lenin afirma que

“es un error querer que cada huelguista pueda titularse miembro del partido; puesto que si cada huelga no fuera la expresión simple y espontánea de un poderoso

2 “Nosotros somos un partido de clase, y, por ello, casi toda la clase (y en tiempo de guerra, en época de guerra civil, la clase entera) debe actuar bajo la dirección de nuestro partido, debe adherirse a nuestro partido lo más posible; pero sería manilovismo y “seguidismo” creer que casi toda la clase o la clase entera pueda algún día, bajo el capitalismo, elevarse hasta el grado de conciencia y de actividad de su destacamento de vanguardia, de su partido socialdemócrata. Ningún socialdemócrata juicioso ha puesto nunca en duda que, en el capitalismo, ni aun la organización sindical (más rudimentaria, más asequible al grado de conciencia de las capas menos desarrolladas) esté en condiciones de englobar a toda o casi toda la clase obrera” (Lenin, *Un paso adelante, dos pasos atrás*, 1973, pág. 134).

3 “Desde el punto de vista del camarada Mártov, las fronteras del partido quedan, por el contrario, sin delimitar en absoluto, ya que “cualquier huelguista” puede “declararse miembro del partido”. ¿Qué provecho puede sacarse de semejante vaguedad? La gran difusión del “título”. Y el daño que causa estriba en que siembra la idea desorganizadora de confundir la clase con el partido” (Lenin, *Un paso adelante, dos pasos atrás*, 1973, pág. 135).

instinto de clase, sino la expresión consciente del proceso que lleva a la revolución social, entonces nuestro partido se identifica inmediatamente de un solo golpe, con toda la clase obrera, y en consecuencia terminaría de un solo golpe con toda la sociedad burguesa” (Lenin, *Un paso adelante, dos pasos atrás*, 1973, pág. 139).

El Partido, vanguardia de la clase trabajadora, “es el intérprete consciente de un proceso inconsciente” que “debe saber establecer unas relaciones de organización que aseguren determinado nivel de conciencia y eleven sistemáticamente este nivel” (Lenin, *Un paso adelante, dos pasos atrás*, 1973, pág. 139). La necesidad de establecer diferencias entre la clase trabajador y la vanguardia se debe, precisamente, “porque hay diferencias en el grado de conciencia y de actividad” (Lenin, *Un paso adelante, dos pasos atrás*, 1973, pág. 134). Olvidar esta diferencia implica abandonar de facto el “deber constante”, la razón de existir de la vanguardia en cuanto tal: la tarea “de elevar a sectores más amplios cada vez a un nivel superior” de “conciencia política de clase” (Lenin, *Un paso adelante, dos pasos atrás*, 1973, pág. 134).

A modo de recapitulación, podemos afirmar que la vanguardia, i) aparece como necesaria en condiciones de desarrollo desigual, discontinuo y contradictorio de la “conciencia política de clase”; ii) está conformada por hombres y mujeres que, por sus circunstancias materiales, entienden “por anticipado” ciertas realidades que no se han hecho evidentes de manera general; iii) estos hombres y mujeres son capaces de ello, ya sea por una posición cultural privilegiada (intelectualidad de extracción burguesa) o por una experiencia duramente adquirida como blancos de explotación y de su lucha contra ella (los cuadros obreros a través de la actividad espontánea de su clase direccionada por la intervención socialdemócrata); y iv) en la medida que se supera el desarrollo desigual de la “conciencia política de clase”, la vanguardia aparece como lo que es: una intervención planificada y consciente para su autodisolución, nada más, nada menos.

La Hegemonía, lógica táctico-estratégica de conducción política y articulación social

En el contexto de la revolución democrática, el debate en torno a la hegemonía estaba cruzada por los requerimientos táctico-estratégicos que el devenir de la lucha le planteaba a los socialdemócratas, principalmente en relación a la participación en un gobierno provisional revolucionario. Por un parte, para el neoiskismo, la naturaleza burguesa de la revolución democrática en curso exige que la clase trabajadora renuncie a cualquier pretensión de hegemonía, de manera de no coartar la acción de una burguesía liberal resuelta en la realización de sus tareas históricas. De esta manera, la tarea de la socialdemocracia en la revolución en curso es meramente profundizar la conciencia política de clase de la clase trabajadora y asegurar “la más completa libertad de crítica” de la socialdemocracia al nuevo régimen burgués (Lenin, Dos tareas de la socialdemocracia en la revolución democrática , 1973, pág. 39). Por ello, renunciar a la construcción de hegemonía tiene como consecuencia práctica inmediata renunciar a la participación en un gobierno provisional que “no podría satisfacer las necesidades vitales de la clase obrera, hasta que se plasme el socialismo” (Lenin, Dos tareas de la socialdemocracia en la revolución democrática , 1973, pág. 39). Por otro lado, para Lenin y sus aliados, resulta equivoco establecer una relación mecánica, “economicista”, entre el carácter de las tareas históricamente planteadas (tareas democráticas, por tanto, “burguesas”) con la definición del sujeto con la capacidad real de su realización. Que el carácter de las tareas planteadas por la revolución en curso sean democráticas deviene en la necesidad de la hegemonía de la clase trabajadora, y no al revés. De esta manera, “la clase más avanzada y única consecuentemente revolucionaria por la posición que ocupa” es la clase trabajadora y “está llamada, por lo mismo, a desempeñar el papel dirigente en el movimiento democrático revolucionario general de Rusia” (Lenin, Dos tareas de la socialdemocracia en la revolución democrática , 1973, pág. 29). La clase trabajadora no solo no debe quedarse al margen, sino que debe participar “del modo más enérgico y a luchar con la mayor decisión por la democracia proletaria consecuente, por llevar la revolución hasta el fin” (Lenin, Dos

tareas de la socialdemocracia en la revolución democrática , 1973, pág. 20). Es más, “el desenlace de la revolución depende del papel que desempeñe en ella la clase obrera: de que se limite a ser un auxiliar de la burguesía, aunque sea un auxiliar poderoso por la fuerza de su empuje contra la autocracia, pero endeble en política, o de que asuma el papel de dirigente de la revolución popular” (Lenin, Dos tareas de la socialdemocracia en la revolución democrática , 1973, pág. 7). La participación “desde arriba” de los socialdemócratas, como parte de un gobierno provisional revolucionario, que emanará de la insurrección de los soviets de obreros, campesinos y soldados, junto a la constitución de una fuerza política independiente y unida (el partido), que debe jugar un “papel activo, dirigente y orientador” (Lenin, Dos tareas de la socialdemocracia en la revolución democrática , 1973, pág. 17) corresponde a la única garantía de realización de las expectativas de la clase trabajadora (Lenin, Democracia obrera y democracia burguesa, 1973, pág. 165),

“No podemos salirnos del marco democrático burgués de la revolución rusa, pero podemos ensanchar en proporciones colosales dicho marco, podemos y debemos, en los límites del mismo, luchar por los intereses del proletariado, por satisfacer sus necesidades inmediatas y por crear las condiciones de preparación de sus fuerzas para la futura victoria completa” (Lenin, Dos tareas de la socialdemocracia en la revolución democrática , 1973, pág. 120).

Sin embargo, dicha participación “desde arriba” tiene determinado carácter, se encuentra sujeta a ciertos fines y aspectos formales:

“¿En qué condiciones es conveniente esa nueva variedad de lucha, de lucha “desde arriba”, aceptada por el congreso del partido? Cae de su peso que ahora no es posible hablar de condiciones concretas como la correlación de fuerzas y otras, y la resolución, naturalmente, renuncia a definir previamente dichas condiciones. Ninguna perso-

na sensata se decidirá a pronosticar nada en el momento actual con respecto a la cuestión que nos interesa. Se pueden y se deben determinar el carácter y los fines de nuestra participación. Es lo que hace la resolución, al indicar dos objetivos de la participación: 1) lucha implacable contra los intentos contrarrevolucionarios y 2) defensa de los intereses propios de la clase obrera. En el momento que los burgueses liberales empiezan a hablar con empeño de la psicología de la reacción (véase la muy edificante Carta abierta del señor Struve en el número 71 de *Osvobozhdenie*), esforzándose por intimidar al pueblo revolucionario e incitarle a ser condescendiente con la autocracia, es muy oportuno que el partido del proletariado recuerde el objetivo de la guerra que hoy sostenemos frente a la contrarrevolución (...). La resolución del congreso coloca en primer plano dos de estas condiciones; una se refiere al aspecto formal de la participación de la socialdemocracia en el gobierno provisional revolucionario (control riguroso de los mandatarios del partido por el partido mismo); otra, al propio carácter de dicha participación (no perder de vista ni un instante el objetivo de hacer la revolución socialista completa)” (Lenin, *Dos tareas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, 1973, pág. 11).

La hegemonía en Lenin, por tanto, es la capacidad –material y simbólica– de una clase de dar conducción y dirección política a la lucha de clases, ejerciendo un liderazgo que es capaz de visualizar un horizonte y señalar un camino que orienta y estructura la práctica política de una heterogeneidad de clases, franjas de clase y diversos sectores sociales a los que articula. La capacidad de construcción hegemónica de la clase trabajadora requiere de la articulación de una serie de antagonismos y contradicciones reales latentes en la formación económico-social rusa de la época y la integración parcial de los intereses de diversos grupos sociales subordinados en torno a la clase trabajadora como fuerza dirigente de la revolución democrática, única clase capaz de presentarse de forma plausible como un progreso universal de “la humanidad” –esto es, como

movimiento de encarnación de lo “universal” por un particular. El soporte institucional que viabiliza dicha articulación e integración parcial es el Soviet, innovación política que da cuenta de la capacidad creativa y espontánea de la clase trabajadora.

La centralidad de la clase trabajadora, su estatus de fuerza dirigente y columna vertebral del proceso, radica en las condiciones de posibilidad que determinan que clase o grupo social puede aspirar con éxito a la hegemonía. Dichas condiciones se encuentran ancladas en la estructura económica, que condicionan qué clase social o grupo puede aspirar con éxito a la hegemonía, posibilidad que solo se materializará en función de la aleatoriedad de la lucha y la capacidad efectiva de dicha clase o grupo social de convertirse en fuerza dirigente. De esta manera, si bien Lenin destaca que la clase trabajadora “por la posición que ocupa” (Lenin, *Dos tareas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, 1973, pág. 29) es la clase más resueltamente democrática, la hegemonía pertenecerá a “quien lucha con mayor energía que los demás, a quien aprovecha todas las ocasiones para asestar golpes al enemigo, a aquel cuyas palabras no difieren de los hechos y es, por ello, el guía ideológico de la democracia y critica toda ambigüedad” (Lenin, *Democracia obrera y democracia burguesa*, 1973, pág. 165). La hegemonía no es por tanto una construcción política exclusivamente aleatoria y contingente, pero tampoco puede derivarse mecánicamente de las relaciones económicas, intervienen en ella elementos materiales y subjetivos, donde los primeros condicionan y los segundos definen.

En definitiva, a modo de síntesis de planteamientos, podemos afirmar que i) la hegemonía es la capacidad de una clase de dar conducción y dirección política a la lucha de clases, a la vez que, articula e integra parcialmente en torno suyo a diversas clases, franjas de clase o sectores sociales; ii) las condiciones de posibilidad de una clase de aspirar con éxito a la hegemonía depende, simultáneamente, de su posición en la estructura económica de determinada formación económico-social como de la fortaleza de su organización, de sus niveles de politización y conciencia política de clase, de su disposición y energía revolucionaria, etc., iii) la clase trabajadora debe aspirar a esa construcción de hegemonía aun en procesos revolucionarios que no se plantean el socialismo como objetivo inmediato, para

dar respuesta a sus necesidades inmediatas y preparar condiciones para la revolución socialista; iv) la participación del partido, como fuerza política independiente y unificada de la clase trabajadora en la revolución democrática, es la única garantía para dar respuesta a las necesidades inmediatas de la clase trabajadora; y, v) el soviét es la innovación política de la clase trabajadora que viabiliza su capacidad hegemónica.

Vanguardia y Hegemonía en la interpretación leninista de la revolución democrática

La tesis de los bolcheviques plantea que los soviets de diputados obreros, campesinos y soldados debían transformarse de hecho, vía insurrección, en un gobierno provisional revolucionario, que convocará a la asamblea constituyente para ampliar los márgenes de libertad y democracia burguesa, proclamando la instauración de una república burguesa. Reconocen que el carácter de las tareas a impulsar por el gobierno provisional revolucionario sean tareas democrático-burguesas, lo que no implica que sea la burguesía la que debe asumir el rol de fuerza dirigente en el proceso revolucionario en curso, sino que debe ser la clase trabajadora organizada en torno a su vanguardia consciente, y en alianza con amplias capas sociales que convergen en el soviét, quienes asuman la hegemonía de dicha revolución democrática. El gobierno provisional revolucionario será una dictadura de clase, la *dictadura revolucionaria de obreros y campesinos*.

En *Nuestra tarea y el soviét de diputados obreros*, Lenin reflexiona sobre la capacidad del soviét de unificar “a todas las fuerzas genuinamente revolucionarias” y servir de medio para un levantamiento contra el Estado. Por consiguiente, había que considerarlo como “el embrión de un gobierno revolucionario provisional” (Shandro, 2010, pág. 305) y “como un órgano de lucha revolucionaria en el que confluyeran amplios sectores de la sociedad rusa de la época” (Shandro, 2010, pág. 306), debido a su carácter “no partidista”. El soviét era, por tanto, una organización “demasiado estrecha” (Lenin, *Nuestras tareas y el soviét de diputados obreros*, 1976, pág. 17), en

la medida en que para constituir un gobierno provisional revolucionario, se hacía necesario “reclutar con este fin la participación de nuevos diputados, no solamente obreros, sino (...) de marineros y soldados, [...] del campesinado revolucionario, [...] y de la intelectualidad revolucionaria burguesa” (Lenin, *Nuestras tareas y el soviét de diputados obreros*, 1976, pág. 18). Y estas dos características eran claves para comprender la polémica de Lenin con el menchevismo en relación a los soviets.

La posición de Lenin frente a las llamadas “organizaciones no partidistas” era exacerbadamente crítica, pero contextualizada en el marco de una revolución democrático-burguesa ofrecía oportunidades para el avance de la política socialdemócrata. De manera paralela, los bolcheviques lanzarían la consigna “¡Abajo el apartidismo! El no partidismo ha sido siempre y en todas partes un arma y una consigna de la burguesía” (Lenin, *Nuestras tareas y el soviét de diputados obreros*, 1976, pág. 20), mientras se disponían a participar y fortalecer la más importante de las organizaciones no partidistas que emergió de la actividad espontánea de la clase obrera: los soviets de diputados obreros, campesinos y soldados. Uno de los indicadores del carácter burgués de la revolución en curso, es la emergencia de organizaciones no partidistas “originales” que permiten “abarcarse rápidamente nuevos y nuevos sectores de la población al movimiento revolucionario de Rusia” (Lenin, *El Partido Socialista y el revolucionarismo sin partido*, 1976, pág. 86). Una posición consecuentemente socialdemócrata debe participar abiertamente en dichas organizaciones, aunque bajo condiciones y fines específicos. Una posición diferente, no “participar en organizaciones sin partido equivaldría en ciertos casos a renunciar a participar en la revolución democrática” (Lenin, *El Partido Socialista y el revolucionarismo sin partido*, 1976, pág. 88)

La labor de la vanguardia en el seno de las organizaciones no partidistas consiste, básicamente, en “preparar y organizar al proletariado socialista para la dirección consciente de la revolución socialista” (Lenin, *El Partido Socialista y el revolucionarismo sin partido*, 1976, pág. 88). Lo que no es otra cosa que propagar el programa de la socialdemocracia, determinar las tareas políticas inmediatas para la plena realización de la revolución democrática, de manera de lle-

varla hasta el final, bajo la hegemonía de la clase obrera.

En contraposición a la consigna menchevique, para Lenin, los soviets no eran en ningún caso “un parlamento obrero, un órgano de autogobierno del proletariado, ni un órgano de autogobierno en absoluto, sino una organización de lucha para alcanzar los objetivos finales” (Lenin, *Nuestras tareas y el soviet de diputados obreros*, 1976, pág. 21). Al contrario, “el Soviet de diputados obreros ha nacido de una huelga general, con motivo de la huelga y para propiciar los fines de la huelga” (Lenin, *Nuestras tareas y el soviet de diputados obreros*, 1976, pág. 14). Su carácter es, por una parte, el de ser el órgano de lucha del que se ha dotado la actividad espontánea de la clase obrera para perseguir las reivindicaciones económicas y políticas de la revolución democrática en curso y que representa, por otro lado, un “embrión de gobierno provisional revolucionario”. De esta manera, los soviets, como organización no partidista que emana de la creatividad espontánea de la clase trabajadora, es simultáneamente un órgano de lucha y un órgano de poder, que nace como herramienta concreta para canalizar la acción revolucionaria de diversas clases y que contiene la potencia anticipatoria de un gobierno de nuevo tipo. La posibilidad de convertir en acto esa latencia de gobierno provisional revolucionario, requiere la “proclamación” del soviet como tal, donde el soviet “debe crear” el gobierno provisional revolucionario (Lenin, *Nuestras tareas y el soviet de diputados obreros*, 1976, pág. 15). Y el acto político de dicha proclamación es la insurrección.

“El soviet debe proclamarse gobierno provisional revolucionario, o bien constituirlo, incorporando para ello a nuevos diputados, no sólo de los obreros, sino, primero, de los marineros y soldados, que en todas partes se sienten ya atraídos por la libertad; segundo, de los campesinos revolucionarios; y, tercero, de los intelectuales burgueses revolucionarios. El soviet debe elegir un núcleo fuerte para el gobierno provisional revolucionario y rodearlo de representantes de todos los partidos revolucionarios y de todos los demócratas revolucionarios” (Lenin, *Nuestras tareas y el soviet de diputados obreros*, 1976, pág. 17).

La posición que adoptaban Lenin y los bolcheviques frente a los soviets, por tanto, se plantea de manera crítica frente a dos nociones: i) las organizaciones no partidistas de la clase obrera; ii) los soviets como autogobierno revolucionario.

La posición de principio hacia las organizaciones no partidistas de la clase obrera se fundamenta, en que el no-partidismo tiende a expandir entre los obreros sentimientos de desconfianza hacia la socialdemocracia, mermando el desarrollo de “conciencia política de clase”. De esta manera, el “carácter discontinuo y contradictorio” en el desarrollo de la “conciencia política de clase” se hace más evidente al fortalecer los residuos de ideología burguesa que se expresan en la actividad espontánea de la clase obrera. Mientras, la crítica a las consignas mencheviques de “auto-gobierno revolucionario” o “congreso de los trabajadores” se fundamenta en que, por una parte, identifica a los soviets con la clase trabajadora, anulando su potencial de organización no-partidista de aglutinar en su seno a otros sectores sociales con los cuales era fundamental generar alianzas políticas. Y por otra parte, pues la idea misma de un órgano de “auto-gobierno” gestándose en paralelo al Estado, negaba la necesidad de la insurrección revolucionaria contra el zarismo y la reducía a una experiencia pedagógica, auto-educativa, que co-existe de manera simultánea y subordinada frente al Estado burgués.

La revolución democrática de 1905 evidencia de manera práctica la relación dialéctica de la espontaneidad y la conciencia en el pensamiento leninista. El movimiento de la clase obrera era “espontáneamente socialdemócrata”, no tanto en virtud de su conciencia sino más bien de su práctica, no tanto en virtud de lo que pensaba “sino sobre todo debido a lo que hacía y cómo lo hacía” (Shandro, 2010, pág. 307). No era “espontáneamente socialdemócrata” en virtud de su conciencia pues, al observar las “peticiones, exigencias e instrucciones que surgían de las fábricas, talleres, regimientos y distritos de toda Rusia” (Lenin), se trataba más bien de “reivindicaciones de derechos elementos” antes que “reivindicaciones específicamente de clase” (Lenin, *El Partido Socialista y el revolucionarismo sin partido*, 1976, pág. 87). Pero era “espontáneamente socialdemócrata” en virtud de su práctica, en la medida en que por su propia iniciativa da respuesta a la necesidad de un órgano de lucha revo-

lucionaria en el que confluyeran amplios sectores de la sociedad rusa de la época. La actividad espontánea de la clase obrera, de esta manera, da respuesta concreta a uno de los problemas planteados teóricamente a los revolucionarios de la época. En palabras de Lenin: “Hemos estado hablando todo el tiempo de la necesidad de una alianza militante de los socialdemócratas y de los revolucionarios burgueses demócratas. Hemos estado hablando de ello y los trabajadores [al sacar adelante el soviét] también lo han hecho” (Lenin, *Nuestras tareas y el soviét de diputados obreros*, 1976).

La disposición “instintiva y espontánea hacia la socialdemocracia” que Lenin atribuye a la clase obrera (Shandro, 2010, pág. 307) se demuestra, en esta dimensión práctica, como algo más que mera receptividad al programa de los socialdemócratas rusos. Se demuestra como capacidad de innovación política, desplegando su creatividad para dar respuesta concreta a un problema clave planteado en la teoría, desde su actividad espontánea. El Soviet venía, efectivamente, a resolver el problema de articulación de amplios sectores sociales en la lucha contra el zarismo y a construir una nueva herramienta de lucha capaz de organizar la insurrección para asumir el poder del Estado.

Palabras Finales

La “teoría de organización” leninista del partido no es la única posible para afrontar la construcción partidaria de organizaciones de nuevo tipo. Corresponde, sin embargo, a una apuesta concreta por desarrollar una práctica política que reconoce la potencia creativa de la lucha económica y espontánea, superando sus limitaciones en un contexto de desarrollo desigual, discontinuo y contradictorio de la clase trabajadora. En tiempos de descomposición política, ideológica y organizativa de la clase trabajadora la acción del partido solo puede pensarse como intervención consciente, por tanto planificada y centralizada, de los sectores con mayores niveles de conciencia política de clase sobre el estado de desarrollo desigual, discontinuo y contradictorio, de manera de elevar dicha conciencia en la propia clase trabajadora y diversos sectores sociales, esto es,

del sujeto revolucionario en su conjunto. El partido no puede ser separado del análisis específico de la conciencia política de la clase trabajadora, o sea, de comprender que dicha conciencia política de clase —opuesta a la mera conciencia “sindicalista” o “artesanal” no se desarrolla ni espontánea ni automáticamente desde la sola lucha económica y espontánea. En este sentido, la “teoría de organización” leninista le asigna al partido revolucionario un rol de vanguardia.

La “teoría de organización” leninista no cristaliza en sistemas y modelos petrificados de organización partidaria, incapaces de procesar los cambios en la dinámica de los acontecimientos y responder a los nuevos requerimientos que la práctica va demandando. Al contrario. La estructura orgánica del partido, los aspectos formales que adopte la organización partidaria, estarán condicionados por las tareas tácticas y estratégicas pertinentes para determinados periodos históricos, realizándose adecuaciones constantes para dar viabilidad a las apuestas políticas de la socialdemocracia. De esta forma, el partido debe contar con las herramientas para dar conducción y dirección política a la lucha de clases y articular de manera legítima a diversas clases, franjas de clases y/o sectores sociales en torno a la clase trabajadora. En este sentido, la “teoría de organización” leninista le asigna al partido un rol de construcción hegemónica.

En síntesis, la “teoría de organización” leninista le asigna al partido, por una parte, la tarea práctica de intervención consciente y planificada para superar los niveles disimiles de conciencia política de clase, esto es, su rol de vanguardia, y por otro lado, la tarea práctica de dar conducción y dirección política a la lucha de diversos sectores sociales articulándolos en torno a la clase trabajadora, esto es, su rol de construcción hegemónica. Nuestra propuesta, es que la “teoría de organización” leninista, los “principios elementales” de organización de la socialdemocracia, solo pueden pensarse en relación a las actividades prácticas que se le asignan al Partido, de manera de desarrollar formas orgánicas que estructuren y den viabilidad a la realización concreta de dichas tareas. Solo en este sentido, se puede pensar en una organización en el que se articulen de manera dialéctica espontaneidad y conciencia, obreros e intelectuales, democracia y centralismo, partido y clase.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BENSAÏD, D., & NAÏR, S. (1972). Lenin y Rosa Luxemburgo. El problema de organización. In L. Mari, & C. M. Gutiérrez, *El desafío de Rosa Luxemburgo*. Buenos Aires: Editorial Proceso.
- LENIN, V. I. (1973). ¿Qué Hacer? In V. I. Lenin, *Obras Escogidas Tomo II* (1902-1905) (pp. 3-78). Moscú: Editorial Progreso.
- LENIN, V. I. (1973). Democracia obrera y democracia burguesa. In V. I. Lenin, *Obras Escogidas Tomo II* (1902-1905) (pp. 161-165). Moscú: Editorial Progreso.
- LENIN, V. I. (1973). Dos tareas de la socialdemocracia en la revolución democrática . In V. I. Lenin, *Obras Escogidas Tomo III* (1905-1912) (pp. 6-58). Moscú: Progreso.
- LENIN, V. I. (1973). Un paso adelante, dos pasos atrás. In V. I. Lenin, *Obras Escogidas Tomo II* (1902-1905) (pp. 121-187). Moscú: Editorial Progreso.
- LENIN, V. I. (1976). El Partido Socialista y el revolucionarismo sin partido. In V. I. Lenin, *Obras Escogidas Tomo III* (1905-1912) (pp. 86-89). Moscú: Progreso.
- LENIN, V. I. (1976). Nuestras tareas y el soviet de diputados obreros. In V. I. Lenin, *Obras Completas Tomo X* (1905-1906) (pp. 9-22). Madrid: AKAL Editores.
- LENIN, V. I. (1976). Un paso adelante, dos pasos atrás (respuesta de Lenin a Rosa Luxemburgo). In V. I. Lenin, *Obras Completas Tomo VII* (1903-1904) (pp. 519-530). Madrid: AKAL Editores.
- LIEBMAN, M. (1975). *Leninism under Lenin*. Londres: Jonathan Cape.
- SHANDRO, A. (2010). Lenin y la Hegemonía. Los soviets, la clase obrera y el partido en la Revolución de 1905. In S. K. Sebastian Budgen, *Lenin Reactivado: Hacia una política de la verdad* (pp. 295-316). Madrid: AKAL Ediciones.

LA GUERRA CIVIL EN RUSIA (1917-1922)

Por Arturo Muñoz,

Militante de Partido Comunista Acción Proletaria PC(AP)

El año es 1917. La Primera Guerra Mundial se encuentra probablemente en su momento más álgido, pues ninguna de las grandes potencias involucradas ha demostrado ser capaz de derrotar ni de lograr sustantivos avances estratégicos sobre sus enemigos, pero ya comienzan a verse los terribles efectos de este desangramiento mundial: millones yacen muertos en los campos de batalla, las protestas por toda Europa en contra de la Guerra comienzan a poner en entredicho a los gobiernos y en Rusia, estas protestas ya cobraron a su primera víctima en Marzo, pues la autocracia zarista fue derrocada durante una manifestación del Día Internacional de la Mujer Trabajadora, el cual se celebraba en Febrero de acuerdo con el calendario Juliano que aún tenía vigencia en la Rusia de los Zares. Desde ese momento comienza una lucha por la hegemonía del poder político. Por una parte está el gobierno provisional del príncipe Lvov hasta Julio de 1917 y del SR-ista Kerenski hasta Noviembre, gobierno que preservó a Rusia en la Triple Entente y con ello, en su guerra contra los alemanes, austriacos y otomanos. Por otra parte, están los Soviets de Obreros, Soldados y Campesinos conformados por una serie de organizaciones políticas, mayoritariamente de izquierda. Hasta la llegada de Lenin, la confusión entre los bolcheviques los llevó a intentar colaborar con el gobierno provisional, sin embargo y con las Tesis de Abril, Lenin consiguió superar la confusión política de los bolcheviques y ponerlos en curso de colisión contra el Gobierno Provisional burgués con un apoyo creciente entre los Soviets.

Así se desarrollaron los eventos de Rusia hasta el día 7 de Noviembre de 1917 (25 de Octubre según el calendario juliano) cuan-

do los bolcheviques, desde el Soviet de Petrogrado, asaltan el Palacio de Invierno y ordenan a las diferentes células bolcheviques organizadas desde Petrogrado hasta Vladivostok la toma de los principales centros de poder político-administrativo y estaciones del ferrocarril Transiberiano, todo aquello transmitido mediante llamadas telefónicas y mensajes telegráficos.

Primera Fase: el Avance Bolchevique y Retirada de la Guerra Mundial (1917-1918)

La toma del poder en Rusia y con ello el fin del Poder Dual entre los Soviets y el recientemente derrocado Gobierno Provisional de Kerenski fue sólo el primer paso para iniciar la construcción del poder revolucionario, pues inmediatamente con la toma del poder se inicia un alzamiento contrarrevolucionario generalizado en toda Rusia, lo cual debe ser considerado en el contexto más grande de la Primera Guerra Mundial. Lenin había descrito al Imperialismo como una cadena que se extendía por todo el mundo, la cual sólo se rompería por el eslabón más débil. Ese eslabón en el año 1917 era Rusia, pues no sólo estaba atravesada por la contradicción entre las masas obreras y campesinas contra el poder militar-feudal del Zarismo, sino que además estaba atravesada por las diferentes empresas extranjeras francesas y británicas que expoliaban al pueblo ruso y a los demás pueblos sometidos a la autocracia Zarista. En el contexto de la Primera Guerra Mundial, el Zarismo, garante de la Reacción en Europa y Asia, estaba debilitada en su incesante guerra contra el Imperio Alemán y sus aliados, quienes además mantenían a los franceses y al Imperio Británico paralizados en las trincheras del Frente Occidental y en los desiertos áridos del Medio Oriente. Esta guerra fue al mismo tiempo una bendición y una maldición para los bolcheviques, pues al haberse debilitado toda la cadena internacional del Imperialismo, el eslabón más débil que se encontraba en Rusia pudo ser aplastado sin mayor problema por las fuerzas bolcheviques apoyadas por las masas hastiadas de la guerra y la miseria causada tanto por la misma guerra como por la implacable autocracia Zarista. Sin embargo, esta guerra significó también

la desintegración de Rusia y el surgimiento de numerosas fuerzas opositoras a los bolcheviques que luchaban con garras y colmillos aprovechando la debilidad generalizada de Rusia producto del desangramiento frente a los alemanes.

El primer problema grave que debieron enfrentar los bolcheviques fue la salida de la Guerra Mundial, pues las negociaciones con Alemania fueron entorpecidas desde el interior mismo de las filas del bolchevismo. Lev Bronstein, conocido por su pseudónimo Trotsky, un ex-populista, ex-menchevique y desde 3 meses antes de la Revolución, un Bolchevique, se había negado sistemáticamente a seguir las órdenes del Sovnarkom referentes a la firma inmediata de un tratado de paz con el Imperio Alemán para sacar a Rusia de la Guerra. Trotsky defendía la tesis irresponsable de que una vez que el cese al fuego establecido con los alemanes expirase, los soldados alemanes se unirían a los soldados rusos inspirados por los bolcheviques y marcharían en contra del Kaiser. Desde el día 15 de Diciembre regía un cese al fuego que Trotsky se negó sistemáticamente a convertir en Tratado de Paz. Las exigencias de Alemania eran simples y acotadas: independencia para Finlandia, entregar Polonia y finalmente la cesión de los territorios de la costa del Báltico, Estonia, Letonia y Lituania. Hasta Febrero de 1918 Trotsky se negó porfiadamente a firmar los territorios, por lo que cuando el cese al fuego expira y se vuelve al combate, pasó todo lo contrario a lo que defendía Trotsky. No fue el Ejército Imperial de Alemania el que comenzó a marchar en retirada, sino que fue el desmembrado Ejército Zarista, pues sus efectivos se rindieron y se retiraron hacia sus casas, desilusionados, permitiendo que las fuerzas del Kaiser Wilhelm avanzaran irrefrenables sobre Rusia a partir del 18 de Febrero, fecha en que expiraba el cese al fuego. Al ver que el Ejército Zarista, convertido posteriormente en el Ejército Rojo, no era capaz de resistir el avance de las fuerzas enemigas, se aceptó la firma del tratado de Brest-Litovsk el día 3 de Marzo de 1918, cediendo aparte de los territorios ya mencionados, toda Ucrania y Bielorrusia, formándose el gobierno colaboracionista de Symon Pletyura en Ucrania y el gobierno de la Rada Central Bielorrusa en Minsk, los cuales terminaron colaborando con Alemania hasta que el Armisticio de Rethondes puso fin a la Primera Guerra Mundial el día 11 de No-

viembre de 1918. Producto de estas nefastas negociaciones, Trotsky fue removido de su cargo de Comisario del Pueblo para Asuntos Externos y relocalizado como cabeza del RevVoenSovet, el Comité Militar Revolucionario.

Por otra parte, los Bolcheviques enfrentaban una serie de notables avances en las zonas orientales de Rusia, donde controlaban de forma total el ferrocarril Transiberiano, algo que cambió el día 25 de Mayo de 1918. La Legión Checoslovaca era un grupo de desertores austro-húngaros de nacionalidad checa y eslovaca que decidieron rendirse y unirse al Ejército Zarista durante la Ofensiva Brusilov de 1916 pues veían en el Zar y sus fuerzas una garantía de la existencia de un futuro Estado en Checoslovaquia, ocupada en ese entonces por Austria-Hungría. Los Bolcheviques decidieron evacuar a la Legión Checoslovaca hacia el Extremo Oriente y de ahí en adelante hasta los Estados Unidos, donde la Legión podría ser entregada a las fuerzas de la Triple Entente que peleaban en Francia.

En la ciudad de Chelyabinsk, un incidente causó el día 25 de Mayo el alzamiento de la Legión Checoslovaca cuando un hombre arrojó una piedra a un checoslovaco que iba en el Transiberiano, ante lo cual los checoslovacos reaccionaron asesinando al hombre en cuestión. Por esa razón, Trotsky decidió desarmar a la Legión y fusilar a un grupo de legionarios, lo cual fue respondido con un alzamiento generalizado de la Legión en toda la línea del Transiberiano desde el Volga hasta Siberia, cortando el corredor que controlaban los Bolcheviques hasta Vladivostok. Hasta el momento del alzamiento de la Legión Checoslovaca, los Bolcheviques controlaban cerca de dos tercios de Rusia, quedando bajo control de los contrarrevolucionarios tan sólo el extremo norte de Rusia desde los Urales hasta Kamchatka y Asia Central. Producto del alzamiento de la Legión, la situación se invirtió, dejando a los Bolcheviques con control únicamente de los alrededores de la Rusia Europea, sectores del Extremo Oriente, el Cáucaso Norte y Asia Central.

Segunda Fase: la Defensa del Poder Soviético e Intervención Extranjera (1918-1920)

El alzamiento del Ejército Blanco inició en los primeros días de la Revolución, pero no fue hasta el alzamiento de la Legión Checoslovaca que los blancos pudieron establecer una serie de gobiernos locales ante la presión que podían ejercer sobre los Bolcheviques a lo largo de todos los frentes. Además de eso, es necesario sumar las intervenciones extranjeras en contra de los Bolcheviques lanzadas tanto por la Triple Entente como por la Triple Alianza. La Triple Alianza se retiraría del conflicto en 1918 con la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial, pero las fuerzas Aliadas se retiraría sólo después de 1920, quedando rastros de la intervención inclusive hasta el año 1925 cuando el Imperio Japonés se retiró finalmente del norte de Sakhalin.

Dejando a un lado los territorios arrebatados por Alemania en Occidente, la Guerra Civil Rusa se peleó en 4 teatros de operaciones diferentes: el Sub-Ártico europeo (Karelia, Arkhangelsk y Murmansk principalmente) el Cáucaso, Asia Central y Siberia.

El Frente Sub-Ártico fue dirigido por el General Blanco Nikolai Yudenich, quien recibió apoyo de las fuerzas británicas que desembarcaron en Arkhangelsk en el año 1918 y que hasta 1920, momento en el cual es derrotado en la frontera con Estonia y debe exiliarse.

El Frente del Cáucaso y Ucrania, conocido como el Frente Sur, fue dirigido sucesivamente por 3 Generales Blancos, los cuales fueron derrotados uno tras otro por las fuerzas del Ejército Rojo dirigidas por Stalin, Voroshilov y Timoshenko, quienes tenían su cuartel general en la ciudad de Tsartsyn, posteriormente renombrada Stalingrado por los esfuerzos de Stalin para derrotar a las fuerzas del Ejército Blanco en defensa de dicha ciudad, además del General Frunze, uno de los Generales más renombrados del conflicto. Los Generales Blancos que participaron en esta campaña fueron primero Lavr Kornílov, quien había intentado un Golpe de Estado antes de la Revolución contra Kerensky, el cual fue derrotado tras la Marcha sobre el Hielo junto con su Ejército de Voluntarios en la ciudad de Ekaterinodar, donde fue fusilado por las fuerzas Bolcheviques en

1918. Luego de Kornílov, el control de Frente es tomado por Anton Denikin en 1920, quien mantuvo su poder principalmente sobre los territorios de Crimea y el sur de Ucrania, acosando a las fuerzas de Nestor Makhnó y a los Bolcheviques, quien es derrotado y enviado al exilio, dando paso así al último general en tomar control de las fuerzas del antiguo Ejército de Voluntarios de Kornílov, el Barón Negro Pyotr Wrangel, quien también operó desde Crimea y fue derrotado por las fuerzas Bolcheviques en 1920, poniendo fin de ese modo al Ejército Blanco en el Frente Sur.

El Frente de Asia Central fue tal vez uno de los más complicados de la Guerra Civil Rusa, pues los Bolcheviques, dirigidos por el General Mikhail Frunze, enfrentaron a numerosos grupos independentistas reaccionarios de musulmanes, asociados en el Movimiento Basmachi, el cual recibió un importante apoyo de parte del Imperio Otomano una vez que acabó la Primera Guerra Mundial. Los turcos estaban en una situación sumamente complicada pues fueron atacados por los Aliados para desmembrar el país entre 1919 y 1923, contexto en el cual colaboraron con la Rusia Soviética recibiendo apoyo militar y logístico y entregando apoyo a cambio. Ismail Enver Pashá, antiguo líder de los Jóvenes Turcos, fue enviado a Asia Central para combatir a los Basmachi, pero terminó cambiando de bando y peleando con los Basmachi contra el Ejército Rojo, pero una vez que los Basmachi fueran derrotados en 1922, Ismail Enver fue ejecutado por las mismas fuerzas del Ejército Rojo a las cuales debió haber apoyado desde un principio.

Finalmente, el Frente Oriental de Siberia fue el más complejo de todos los escenarios que debieron enfrentar los Bolcheviques, pues ahí es donde se encontraba el Directorio de Omsk, la fuerza contrarrevolucionaria más potente de toda Rusia, dirigida por el Almirante Aleksander Kolchak. Kolchak controlaba toda Siberia desde los Urales hasta Vladivostok, donde con apoyo de Estados Unidos y el Imperio Japonés preservó su gobierno hasta 1920. La campaña contra Kolchak fue terrible y dada la competencia del General Frunze, él fue asignado a combatirlo una vez que sus labores en el Frente Sur podían ser manejadas por Stalin, Voroshilov y Timoshenko sin mayor necesidad de apoyo. Kolchak había necesitado un golpe de Estado apoyado por el Imperio Británico en 1918 para arrebatarle

el poder a los SR-istas, quienes luego de alzarse contra Kolchak y ser aplastados decidieron unir fuerzas con los Bolcheviques, alianza que se desarrolló hasta 1920 con la derrota de Kolchak. Una vez que el Almirante Kolchak tomó la ciudad de Ufa fue ascendido al rango de “Regente Supremo de Rusia”, convirtiéndolo en la única fuerza unificadora que tenía el Ejército Blanco una vez que los Bolcheviques fueran derrotados. Sin embargo, el Almirante Kolchak no pudo derrotar a los Bolcheviques y rápidamente comenzó a perder terreno frente a ellos a partir de 1919 hasta el punto en que fue cercado en la ciudad de Irkutsk en Marzo de 1920, donde fue ejecutado por los Bolcheviques.

El año de 1920 es probablemente el que marca el fin del Ejército Blanco en Rusia y con ello de la reacción más abierta, dando paso al avance de los Bolcheviques sobre el resto de las fuerzas que se oponían al establecimiento del Socialismo.

Tercera Fase: La Consolidación (1920 - 1922)

La derrota de los Generales Blancos en 1920 no significó el fin de la Guerra Civil Rusa, sino que simplemente el cambio de enemigos que los Bolcheviques debieron enfrentar. Los antiguos aliados de los Bolcheviques comenzaban de ese modo a oponer resistencia armada en colaboración con las fuerzas extranjeras que seguían en su avance para la destrucción del Bolchevismo, promoviendo alzamientos anticomunistas en todo el país. Uno de esos alzamientos fue la Rebelión de Tambov en Agosto de 1920 dirigida por el SR-ista Alexander Antonov, la cual duró hasta 1921. Los Ejércitos Verdes del Partido SR-ista fueron una fuerza que peleó de lado de todas las demás fuerzas durante la Guerra Civil, cambiando de bando según les pareciera conveniente y sobretodo, cambiando de bando a escala local sin tener un mando centralizado coherente. Así hubo fuerzas del Ejército Verde que colaboraron con el Ejército Rojo, otros que colaboraron con los Blancos y otros que llegaron inclusive a colaborar con el Ejército Negro de Néstor Makhnó. Los Ejércitos Verdes surgen esencialmente como una fuerza Anti-Bolchevique, pues la política de requisiciones de alimento conocida como la Prodrav-

yorstka, necesaria para el esfuerzo de guerra del Bolchevismo dentro de la política del Comunismo de Guerra, fue tremendamente impopular entre los campesinos medios y los kulak, entonces todos estos grupos se organizaron en torno al Partido SR-ista y su política populista de defensa de la propiedad agrícola para oponerse a las requisiciones no sólo de la Prodravzvyorstka, sino que de cualquier otra fuerza que intentara obtener el grano necesario por la fuerza, fueran Rojos, Blancos o Negros.

Otra amenaza que debieron enfrentar los Bolcheviques fueron los movimientos independentistas dirigidos por reaccionarios que asaltaron a la Revolución en conjunto con las fuerzas extranjeras: los Basmachi señalados anteriormente, los finlandeses que tuvieron su propia guerra civil en la cual la Guardia Blanca de Finlandia dirigida por el General Carl Gustaff Emil Mannerhaim derrotó y destruyó al movimiento obrero finlandés, los georgianos en el Cáucaso que establecieron un gobierno dirigido por los Mencheviques de Irakli Tsereteli, los ucranianos dirigidos por Symon Pletyura y que fueron combatidos sin cuartel hasta que Kiev y el resto de Ucrania pudieron ser liberadas del gobierno colaboracionista y reemplazadas con un gobierno revolucionario, los reaccionarios independentistas del Báltico que sirvieron como una de las puntas de lanza de los Freikorps del derrotado Imperio Alemán para combatir al Bolchevismo y negarle acceso al Mar Báltico y la Polonia del Mariscal Josef Pilsudski, un reaccionario expansionista que buscaba derrocar al Bolchevismo y establecer un régimen colonial polaco que llegase hasta los montes Urales.

Este último caso, el de la reacción en Polonia, es uno de los más importantes a señalar junto con la Georgia Menchevique, pues los polacos eran lo único que se oponía entre los Bolcheviques y Alemania, donde el alzamiento Espartaquista de Rosa Luxemburgo había demostrado el potencial revolucionario del pueblo alemán y que además sembraba la esperanza de un potente bloque entre Rusia y Alemania para extender el Socialismo por toda Europa. Trotsky, el más entusiasta de los líderes Bolcheviques en torno a la expectativa de extender el Socialismo a Europa (al punto de llegar al liquidacionismo en caso de que aquel proyecto fracasara) llamó a lanzar una ofensiva contra Polonia para luego asaltar Alemania sin importar

los costos que ello podría implicar, en contra de la propuesta de Stalin, quien advirtió desde su conocimiento de las dinámicas nacionalistas de los diferentes pueblos, que el Nacionalismo Polaco no se había desarrollado todavía hasta sus máximas consecuencias, por tanto al enfrentarse contra los polacos, los Bolcheviques no serían vistos por la clase obrera polaca como libertadores, como camaradas que iban a luchar juntos contra ellos, sino que como rusos que no se diferenciarían en absoluto del Zarismo, por tanto enfrentarían no sólo a la reacción polaca sino que a la nación polaca en su conjunto. Y así es como efectivamente ocurrió. Las tácticas militares de Trotsky y Tukachevsky demostraron ser desastrosas, pues si bien con el apoyo de Stalin, Budyony, Frunze y otros Generales Rojos consiguieron que el Ejército Rojo llegase a las puertas de Varsovia, el ataque extremadamente rápido e irresponsable de Tukhachevsky, el cual no tenía en cuenta las capacidades logísticas del Ejército Rojo, fue frenado en seco a las puertas de Varsovia, causando con muchísimas bajas soviéticas lo que la reacción católica polaca ha denominado el “Milagro del Vístula”, consiguiendo que los polacos pudieran hacer retroceder al Ejército Rojo y arrebatándole a Rusia un tercio de Ucrania y dos tercios de Bielorrusia una vez que la paz con los expansionistas polacos fuera firmada en 1921.

Hacia 1922 y con la mayoría de las fuerzas enemigas derrotadas, con los japoneses y norteamericanos expulsados de Siberia, con los Ejércitos Blancos, Verdes y Negros aplastados bajo la bota del Ejército Rojo, el Sovnarkom funda el día 30 de Diciembre la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la cual debe iniciar las medidas necesarias para la reconstrucción de un país devastado por una Guerra Mundial, una Revolución y una intervención extranjera destinada a sofocar dicha Revolución. La Guerra Civil acabó con cerca de 10 millones de muertos y cerca de 20 millones de desplazados, siendo una de las catástrofes más terribles que hayan tenido que enfrentar los pueblos de Rusia en toda su historia.

Conclusiones

Los Bolcheviques fueron sin duda alguna un grupo aguerrido y muy listo. Cometieron notables errores pero aprendieron rápidamente de ellos y con ello pudieron adaptar sus estrategias militares, políticas y económicas a un ambiente que se modificaba rápidamente, un ambiente hostil que amenazaba con destruirlos en cada ataque. Pero aun así, el Bolchevismo consiguió prevalecer, pavimentando la esperanza del derrocamiento del capitalismo hasta el día de hoy. El Ejército Rojo, mal armado, dirigido por civiles y con el apoyo de militares hostiles a la causa del Bolchevismo, atraídos bajo amenaza o con incentivos diferentes a los que llaman la atención de un Revolucionario, fue capaz de vencer a una serie de fuerzas muy superiores en entrenamiento, armas y experiencia, todo aquello por la confianza que los Bolcheviques pudieron granjearse entre el pueblo, demostrando su superioridad moral y política, la sinceridad de sus intenciones y la determinación de sus métodos. Implacables y despiadados con los enemigos del pueblo, pero aun así capaces de demostrar al pueblo que la ira justa era contra sus enemigos y no contra toda la población, un manejo político superior y una flexibilidad en todo nivel fue lo que le entregó a los Bolcheviques la victoria en Rusia, permitiendo preservar la existencia de la Unión Soviética durante décadas.

PALABRAS FINALES DEL KOMITÉ CIENTOS AÑOS

La principal certeza del Comité, es que cerrar esta publicación no implica en ningún caso dar por finalizada las discusiones abiertas en el desarrollo del Seminario-Taller. Se trata de discusiones que, nos consta, aparecen reiteradamente en diferentes espacios sociales y políticos: planteadas de otra manera, con énfasis prácticos disímiles, pero, en esencia, las mismas preguntas, los mismos problemas, los mismos desafíos. Es precisamente, esa certeza la que nos convenció de la necesidad de hacer circular las provocaciones contenidas en esta publicación.

Concluir la publicación es, por tanto, una invitación. Una invitación que queremos acompañar de unos breves apuntes reflexivos sobre la experiencia en general: del contenido mismo del texto, por una parte, y del desarrollo propio del Seminario-Taller, por otro lado.

Respecto al contenido del documento síntesis, la primera reflexión es una precaución relevante. Metodológicamente, la construcción del documento síntesis se hizo con una técnica que rescata las temáticas, tópicos, categorías, ideas, etc., que aparecían regular y reiteradamente. Debido a esto, pueden haber sido expresadas posiciones minoritarias (de una sola persona) frente a algún tema que no queda reflejado en el documento, aun cuando se desarrolló todos los temas registrados en las actas que se tuvieron como insumo. Por ese mismo motivo, la metodología de sistematización utilizada tiende a la generación de síntesis construyendo posiciones que pueden no representar los desacuerdos reales, a veces irreconciliables, que se expresaron en las diferentes discusiones grupales. Esto se puede graficar con las síntesis construidas en torno a estrategia revolucionaria, discusión en la que se expresaron importantes desacuerdos políticos, que no se expresan de manera tan evidente en la síntesis

construida. El ejercicio de construcción de síntesis problemáticas fortalece carácter provocador que busca tener el documento, al pretender intencionar futuras discusiones.

Por otro lado, vemos en las siete temáticas transversales destacadas en el documento (vanguardia como movimiento inmanente, unidad política del sujeto revolucionario, conciencia de clase, métodos de dirección política e inserción social, feminismo de clase, dialéctica del cambio personal, colectivo y estructural y el devenir poder de la capacidad creativa de la clase trabajadora) dan cuenta de una tendencia hacia la discusión de problemas organizativos durante todas las sesiones, lo que se condice con nuestro diagnóstico inicial que destacaba la carencia de espacios donde la militancia pudiera repensar su quehacer y la necesidad de relevar el trabajo militante como la forma de hacer política.

Por último, sin temor a parecer reiterativos, es preciso destacar el ejercicio de producción teórica final, en primer lugar, porque da cuenta de la capacidad de generación de conocimiento desde la militancia que se anida en ejercicios de discusión e intercambio de saberes; en segundo lugar, porque las reflexiones resultantes son síntesis de una heterogeneidad de posiciones políticas que se expresaron durante las sesiones pero que compartían el consenso básico de la actualidad y necesidad de la revolución. En línea con esta última idea, no fue un espacio caracterizado por el “socialismo científico”, sino por una heterogeneidad de posiciones revolucionarias. Esto resulta evidente en la propuesta de formulación de una teoría de vanguardia que desarrolla el documento que no corresponde a su formulación ortodoxa clásica, sino que es enriquecida por las posiciones críticas de su contenido.

Finalmente, quisiéramos compartir algunas reflexiones en torno a la realización misma del Seminario-Taller; seminario y taller como espacios de trabajo vinculados, pero bajo metodologías diferenciadas.

Por una parte, evidenciamos que la “intelectualidad” (en este contexto, término restringido a aquellas personas que viven de la academia), mayoritariamente, se restó de las discusiones grupales del momento taller, restringiendo su participación a la presentación

de su ponencia, aun cuando la invitación que se les extendió era explícita en señalar que se esperaba que se involucraran en ambas partes de la jornada. Esta situación da cuenta, a nuestro juicio, de la disociación entre la actividad política práctica y el quehacer académico-intelectual que es notoria en la intelectualidad de izquierda chilena, que tiende a mantenerse al margen de espacios de militancia. Los expositores del momento Seminario que sí participaron activamente de las discusiones grupales del momento Taller, fueron los expositores que tienen una militancia activa en organizaciones políticas y sociales.

En segundo lugar, si bien la discusión sobre feminismo se intencionó en las discusiones grupales del momento taller, se debe explicitar el no cumplimiento de un objetivo trazado desde un inicio por el Comité: la participación de mujeres como expositoras en las diferentes sesiones y mayor presencia femenina en las discusiones grupales. Reconocer, en ese sentido, que las únicas dos mujeres que expusieron en el momento seminario, fueron por situaciones forzadas (bajadas o cambios en los expositores hombres previamente confirmados). Junto con esto, mencionar también que en algunos casos se extendió la invitación a organizaciones, las que de manera autónoma enviaron a hombres en su representación. La participación en el Seminario-Taller fue, por tanto, predominantemente masculina.

La invitación es, por tanto, a seguir trabajando, a seguir discutiendo, a seguir reflexionando. A atreverse a sistematizar experiencias y sintetizar reflexiones. A leernos críticamente, desprejuiciadamente, fraternalmente. Esta publicación aspira a intencionar y dinamizar procesos de producción teórica militante que se propongan un horizonte revolucionario como tarea actual, contemporánea, necesaria y urgente. Allí radica la relevancia de su circulación a 100 años de la gesta heroica de la clase trabajadora y el pueblo ruso: no se trata de un intento romántico y apologético por buscar en el pasado las certezas que nos exige nuestro presente, sino pensar los desafíos de nuestro presente a la luz de experiencias históricas que se propusieron seriamente la emancipación de las clases oprimidas en nuestra tierra.

La invitación ya está hecha.

ANEXO FOTOGRÁFICO I
Seminario-Taller



Día uno: **Transición Socialista**, sábado 14 de octubre 2017

















ANEXO FOTOGRÁFICO II
Revolución Rusa 1917









ALEXANDR KERENSKY (1881-1970),
socialrevolucionario y primer ministro del
Gobierno Provisional



NIKOLAI CHJEIDZE (1864-1926), líder
menchevique, primer presidente del Soviet
de Petrogrado



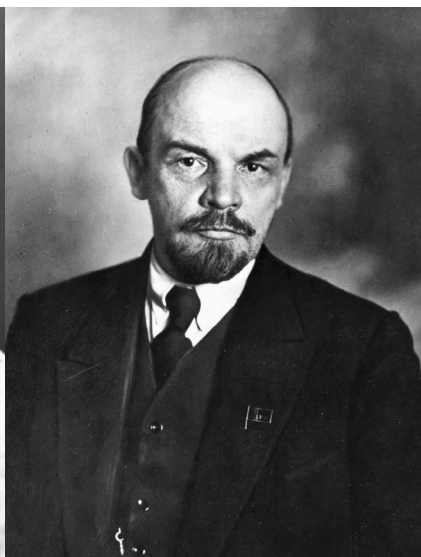
MARIA SPIRIDONOVA (1884-1941),
revolucionaria y líder del Partido
Socialrevolucionario de Izquierda



LEV KAMENEV (1883-1936), miembro del
buró político bolchevique y cabeza de su ala
conciliadora



LEON TROTSKY (1879-1940), segundo presidente del Soviet de Petrogrado y de su Consejo Militar Revolucionario (CMR)



VLADIMIR LENIN (1870-1924), líder bolchevique y presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo



ALEXANDRA KOLLONTAI (1872-1952), integrante del Comité Central bolchevique y primera mujer Comisaria del Pueblo



V. ANTONOV-OVSEENKO (1883-1938), bolchevique, miembro del CMR. Fue quien comandó el asalto al Palacio de Invierno

LA ACTUALIDAD DE LA REVOLUCION

Los 100 años de la Revolución Rusa, nos encontramos como izquierda revolucionaria en un escenario de alta dispersión ideológica, organizativa y carente de hipótesis estratégicas para hacer frente a los desafíos que el capitalismo nos pone por delante. Con la excusa del carácter estrecho y dogmático del marxismo, de su carácter teleológico y determinista, han adquirido predominancia en círculos político-sociales e intelectuales “nuevas” formas de concebir la conflictividad social que significan varios pasos hacia atrás: la lucha de clases ha sido diluida en las luchas agoniales entre identidades comunitarias, las contradicciones reales de nuestras formaciones económico-sociales han sido sustituidas por antagonismos que se construyen discursivamente y que reconstituyen el espacio de lo político desde definiciones laxas de “sujetos” políticos, la apuesta de totalidad de las transformaciones revolucionarias se niega en la exaltación de lo local y particular; se renuncia al pensamiento estratégico, y se difumina la política en meros posicionamientos éticos y/o estéticos frente a la realidad alienante que nos presenta el Capital en el siglo XXI.



El Komité 100 Años pretendió aprovechar la hazaña de octubre como excusa para la revisión y análisis de nuestra propia historia política y militante, pero con un objetivo claro: la creación de nuevas hazañas. Las revolucionarias y revolucionarios del mundo nos rearmamos lentamente de los duros golpes que hemos sobrellevado y hoy necesitamos recuperar herramientas: nuestra capacidad de criticar, de proponer y debatir, de avanzar en la contradicción.

